JOSEFINA MAYNADÉ

FARAONAS Y SACERDOTISAS

DEL ANTIGUO MATRIARCADO EGIPCIO

A PARTIR DE SU FUNDACIÓN
POR LOS GRANDES REYES DIVINOS

COLECCIÓN
«ASTROLOCÍA CÍCLICA»

VOLUMEN 3

B. COSTA-AMIC, EDITOR
MÉXICO, D. F.

PARA LOS grandes griegos fue Grecia la rectora del pensamiento occidental, la que estructuró las perdurables leyes, la filosofía, la democracia política, la didáctica, las reglas de arte y la investigación científica. Pero esto fue posible merced a la paternidad espiritual de Egipto y, ahondando en el pasado, nos conduce Josefina Maynadé a darnos cuenta de que ese país fue el heredero espiritual del sumergido Continente Atlante, donde floreció en remotísimos tiempos, una gran civilización.

Los relatos que constituyen este libro, históricos y documentados, los estudió y diseñó su autora en el mismo lugar donde fueron, antaño, vividos. Con acendrada unción recorrió aquellos escenarios, reviviendo en ellos los episodios descritos, situando en sus respectivos parajes a los personajes, algunos ya conocidos, aunque en determinados casos malversados, por el desconocimiento de lo que significaron en su época y en su medio.

B. COSTA-AMIC, EDITOR
Mesones, 14 México 1, D. F.

FARAONAS Y SACERDOTISAS DEL ANTIGUO MATRIARCADO EGIPCIO

«COLECCIÓN ASTROLOGÍA CÍCLICA»

DIRIGIDA POR

JOSEFINA MAYNADÉ

TÍTULOS PUBLICADOS:

— EL HORÓSCOPO DEL MUNDO (La Clave Astral de la Historia y la Era de Acuario que comienza).

— ASURAMAYA (El Gran Astrólogo Atlante) Con el hundimiento y tragedia de la Atlántida.

— FARAONAS Y SACERDOTISAS DEL ANTIGUO MATRIARCADO EGIPCIO (A partir de su fundación por los grandes Reyes Divinos).

— MOISÉS (Su adopción, con estudios e Iniciación en Heliópolis. Mentor del pueblo de Israel. Avatar del mundo occidental).

— ORFEO Y LA CÍCLICA EXPEDICIÓN DE LOS ARGONAUTAS (Orígenes de Grecia y de la Civilización occidental).

JOSEFINA MAYNADÉ

FARAONAS Y SACERDOTISAS

DEL ANTIGUO MATRIARCADO EGIPCIO

COLECCIÓN
«ASTROLOGÍA CÍCLICA»

VOLUMEN 3

B. COSTA-AMIC, *Editor*
CALLE MESONES, NÚM. 14
MÉXICO (1), D. F.

DERECHOS RESERVADOS © 1967 POR EL AUTOR

IMPRESO EN MÉXICO / *PRINTED IN MEXICO*
TALLERES DE B. COSTA-AMIC, EDITOR / MESONES, 14
MÉXICO (1), D. F.

PRÓLOGO

CADA DÍA tiende más la historia a profundizar su verdad y su filosofía, la honda lección que entraña la experiencia humana a través de los tiempos y de los lugares, indagando la raíz que alimentó el tronco común de las antiguas civilizaciones sobre el que se levanta el gran árbol genealógico de los pueblos y de las razas.

Esa búsqueda va sacando a la luz, necesariamente, ciertos brotes remotos y oscuros, a menudo relegados a la leyenda y que apuntan como índices inquietantes cuando la historia intenta remontar sus investigaciones al origen ancestral y oculto de las más antiguas civilizaciones.

Tales afloramientos rezuman de la Tierra como ente cósmico y universal, ya que la ley de los astros rige sus ciclos, sus oleadas de vida, promoviendo sus grandes y pequeñas revulsiones telúricas y sus sucesivas primaveras cíclicas, renacimientos periódicos del mundo que han impulsado las experiencias evolucionarias de la humanidad.

Las investigaciones a que conduce el avance de la ciencia, la inquietud del arte y las crecientes aportaciones técnicas, acrecientan cada día los medios de enriquecimiento y estudio. Los adelantos de la arqueología y paleografía, las excavaciones y los sondeos, la confrontación de las antiguas

creencias y de las características raciales; las contraposiciones y metamorfosis etnológicas y psicológicas a través de diversos medios geológicos y cronológicos, han proyectado últimamente intensa luz sobre la verdad histórica, prolongando la dádiva fascinante de los siglos y de los milenios. Hoy podemos decir que los horizontes históricos se han dilatado prodigiosamente.

Aplicando esos medios a la historia de Occidente y a sus diversas culturas pasadas, que han aupado a la cima a que ha llegado la civilización moderna, no podemos por menos de hallar siempre su fuente original en los atisbos, mitad históricos, mitad legendarios, de la antigua Atlántida.

De ella, de su apoteótico hundimiento y del Diluvio mundial que le siguió como consecuencia de la gran conmoción telúrica, todas las tradiciones antiguas dan fe en cierto modo a través de epopeyas, de himnos o de antiquísimos textos religiosos. A través de ellos, conocemos, específicamente legadas por las civilizaciones mediterráneas, la reiterada leyenda del hundimiento del Continente Atlante, del Gran Diluvio que asoló las tierras y los mares, del arca que salvó la flor de la civilización desaparecida bajo las aguas y, más veladamente aún, de la fundación del remoto Egipto por la colonia emigrada de la Atlántida en trance de sumersión cíclica y de la avanzadísima civilización que fundaron a orillas del Nilo.

Ese tronco egipcio de raíz atlante, fue el que alimentó las antiquísimas ramificaciones culturales posteriores a las famosas Dinastías Divinas de la tradición nilótica: Caldea, Asiria, Persia, Creta, Etruria, Judea, Gecia y otras que fueron más tarde absorbidas por ellas y que perviven en las viejas crónicas y en las mitologías de los pueblos del occidente europeo, como, por ejemplo, la antigua y deslumbrante Tartessos, ubicada en el suroeste de la península ibérica.

Si buscamos la justificación de esa prodigiosa siembra civilizadora, diversa y en cierto modo semejante, hallaremos sus manifestaciones unidas entre sí por el hilo áureo

de sus mismos inicios. Ese hilo áureo perduró a través de las Escuelas de los Misterios, auténticas universidades del saber y de la virtud, anexas a los Templos del antiguo Egipto. De ellas surgieron individualidades tan sobresalientes en la noble antigüedad como Moisés, Orfeo, Tales y la mayoría de los filósofos y científicos milesios, Pitágoras, Parménides, Platón, Aristóteles, Empédocles, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Euclides, Proclo, y la inmensa mayoría de los sabios de la Escuela Alejandrina y Neoplatónica de la época tolemaica.

Por los grandes griegos iniciados[1] *en Egipto, sigue siendo Grecia la rectora del pensamiento occidental, la que estructuró las perdurables leyes, la filosofía, la democracia política, la didáctica, las reglas del arte y la investigación científica.*

Merced a la paternidad espiritual de Egipto, Grecia fue el pródigo caudal que alimentó la civilización de occidente. Pero la avanzadísima cultura establecida por un misterioso pueblo procedente del Gran Verde —Océano Atlántico— a orillas del Nilo, fue, a su vez, la heredera espiritual del sumergido Continente Atlante donde floreció en remotos tiempos una gran civilización.

[1] La palabra "Iniciados" equivalía, en la más noble antigüedad, a "Universitarios Integrales". Ya que los universitarios de entonces —graduados en las Escuelas de los Misterios— no poseían, como en la actualidad, una exclusiva formación técnica, teórica y práctica dentro de una carrera o profesión específica, sino que recibían una educación integralmente humana y altamente espiritual. A ello coadyuvaban las complejísimas pruebas a las que eran reiterada y metódicamente sometidos, algunas de ellas dificilísimas de superar, aunque siempre ajustadas a las capacidades internas y externas de los estudiantes, ya que se hallaban supervisadas por auténticos Maestros, seres de gran sabiduría y elevada categoría espiritual. A través de sus cursos y de sus pruebas o exámenes, de un matiz complejísimo, desenvolvían los acogidos a la gran Escuela, no sólo la mente y las capacidades técnicas, sino la contraparte sutil de la naturaleza humana y los llamados supersentidos, convirtiendo así en auténticos superhombres y supermujeres a los individuos mejor dotados del mundo antiguo, autóctonos o extranjeros, acogidos a sus disciplinas y capaces de vincular las aspiraciones de perfección de que es susceptible la humanidad.

Ello ocurrió cuando los grandes Iniciados atlantes, avisados por mensajes de los Padres y Guías del mundo y asesorados por los estudios astrológicos tuvieron conocimiento del cercano gran desastre geológico en el que perdieron la vida, en el breve término de una noche y a través de tres grandes sacudidas sísmicas, sesenta y cuatro millones de almas. Entonces organizaron aquella memorable expedición con el fin de salvar, para la humanidad futura, los gérmenes puros de una civilización condenada, por sus pecados, a desaparecer para siempre bajo los mares purificadores.

Esos atlantes importaron en la zona occidental del bajo Nilo, por divino decreto, la arquitectura, las ciencias, las artes, la organización social, las costumbres, y especialmente, la religión esotérica de la Atlántida. Y allí establecieron una avanzadísima civilización, servida por un pueblo dúctil a las directrices de la gran Era que comenzaba.

La esencia espiritual, la sabiduría eterna, perduró de ese modo a través de la misteriosa institución de los Misterios, y de sus altas Escuelas, sustentadores de profunda sabiduría, acicate de la evolución de las almas elegidas.

La fecha del desembarco de los atlantes en el país de Egipto, al que llamaron primitivamente "Tierra de Khemi" o "Adorable Valle de las Tierras Puras", coincidió con los inicios de un gran ciclo o rueda zodiacal, hace unos doce mil años, según la cronología de la precesión equinoccial, movimiento lento del Sol a través de la cinta de las doce constelaciones o signos, en un período de cerca de 26,000 años.

En aquellos momentos tan trascendentales para la historia de la humanidad, el Sol, por precesión, pulsaba en primavera el signo de Cáncer, el celeste Escarabeo o Kheper *del antiguo zodíaco atlante egipcio.*

Cáncer o Kheper *es el signo de la Gran Madre, el trono zodiacal de la Luna de la que tomó el símbolo y la representación la primera mujer, Isa, la gran iniciada y sacerdotisa atlante. Por ello, ese signo inicial, que selló el horós-*

copo del nacimiento de la civilización egipcia, alzó a la mujer, por su misma significación celeste, al pináculo y a la máxima representación, en la sociedad de aquella bendita colonia fundadora del esplendoroso Egipto.

La misión de la mujer fue trascendentalísima, realzada y mantenida por las leyes divinas y las humanas. Por ello, ocupó los puestos de responsabilidad y de deber, con pleno derecho otorgado por los Padres Espirituales del mundo naciente, y fue ejercido en verdad a partir de entonces, en todos los sectores de la vida popular y secreta, en todos los órdenes de la actividad religiosa, social, familiar.

Los dos grandes seres o Maestros que la tradición nos ha legado y que dirigieron la expedición de aquellos nobles emigrantes, fueron el Manu y el sacerdote-astrólogo Asuramaya.[2] *Ellos fueron los sabios agentes de la voluntad de los Padres Celestes.*

Llegados felizmente después de numerosas aventuras, al término de su fundacional viaje, en el mismo lugar del desembarco y como hito eterno de tan memorable hecho, elevaron allí, para conmemorar la fundación de Egipto, el gran monumento pre-diluviano, la Esfinge.

La Esfinge representaba a la Mujer en su símbolo zodiacal andrógino, macho-hembra y León a la vez, alegorizando los dos signos zodiacales del traspaso, Leo y Cáncer, tronos celestes del Padre y de la Madre universales. Por ello se puede considerar la Esfinge de Gizeh como el protomonumento de la humanidad, puesto que fue construido por los atlantes, cuando aquella porción de Egipto regaba las aguas del Mar de Libia y que la gran convulsión geológica convirtió después en desierto.

La Esfinge da fe, pues, de las causas universales y cósmicas que determinaron el establecimiento del matriarcado en el antiguo Egipto.

[2] Véase el libro de la misma autora: *Asuramaya, el Gran Astrólogo Atlante*, publicado en la misma colección.

El estudio metódico y consciente reemprendido en nuestros tiempos, de la astrología cósmica y esotérica, ley causal de los inicios, auges y decadencias de las civilizaciones y de los pueblos, ayuda en gran manera a definir fechas y a establecer sobre fundamentos incontrovertibles el significado de símbolos y representaciones que tuvieron por sagrados los antiguos pueblos. Porque todos se basan en las posiciones estelares y en los influjos zodiacales correspondientes a su época. Esta pauta orientadora del pasado podría proyectar esclarecedora luz, además, en nuestro propio momento histórico de transición cíclica, debido a la nueva oleada de vida de la Era que adviene bajo el influjo del signo zodiacal de Acuario y que tiene que sellar las características totales de la naciente humanidad.

La revelación, pues, de la cronología cíclica del antiguo Egipto a través de la Astrología Cósmica y Esotérica, aclara numerosas incógnitas sobre el origen y naturaleza de su esplendoroso pasado, y el porqué de ciertas costumbres, así como el significado de su simbología sagrada y de sus atributos religiosos y reales, del mismo modo que facilita la exégesis de sus jeroglíficos y de sus oscuros tratados herméticos y poemáticos.

Hasta el presente, el estudio de los orígenes de la civilización egipcia, ha sido una incógnita insoluble para los egiptólogos especializados en la materia, así como para los historiadores del arte en general. Porque allí se da el caso único de que cuanto más nos remontamos a sus primitivas fuentes, mayor grado de cultura hallamos.

A orillas del sagrado Nilo, el proceso evolucionario normal de las civilizaciones: gestación, lento crecimiento, definición y perfección equivalente a la adultez y decadencia, se muestra invertido en sus fases comunes a los demás pueblos. Allí se atisba, desde sus remotos orígenes de cronología indefinible, un altísimo grado de civilización, un refinamiento inconcebible si no damos fe a la leyenda —o a la superhistoria— de la presencia allí de un pueblo emigrante

invasor o colonizador, altamente evolucionado, que instauró a base de un alto plan previo costumbres refinadísimas, un arte de gran perfección, una sabia legislación, la ciencia, la religión y la tradición de otro gran pueblo de origen altamente civilizado.

Esta verdad, que en parte reveló la tradición oculta astrológica, así como otra índole de investigaciones, confirma la razón de que fue una selección evadida del Continente Atlante la que desembarcó, guiada por la sabiduría de los astros, en el "Adorable Valle de las Tierras Puras", tierra preelegida de promisión, refugio apto para acoger las simientes preciosas de una altísima cultura predestinada a la desaparición.

Desde aquellos reculadísimos tiempos, que la cronología astrológica remonta al principio de nuestro presente gran ciclo zodiacal, hará unos doce mil años; en aquel suelo de marga fecunda, cada año renovada por la inundación de las aguas nilóticas, lleno de realidades y misterios, se han ido yuxtaponiendo en forma gradual o violenta mediante invasiones o contratos y dándose la mano a través de los azares y de los milenios, hasta nuestros días, todas las razas, las civilizaciones, las ideologías y las creencias del mundo.

Allí se sucedieron con luchas y alianzas, vencimientos, sumisiones y crueldades, nobles gestos y actitudes frustradas, las aportaciones de pueblos nubios y judíos, persas y sirios, libios y fenicios, griegos, cristianos coptos, árabes y mamelucos, británicos y franceses, hasta llegar a nuestros días.

Esa proseguida experiencia de choque y adaptación entre razas autóctonas y las invasoras sobre esa dilatada franja de tierra fecunda y limosna que arrastra el Nilo, la han convertido en sede acogedora de todas las creencias y todas las civilizaciones.

Desde el origen nebuloso de la Atlántida prediluviana, aquella herencia espiritual ha perdurado a través de los milenios, como retenida por potentes talismanes telúricos o por

voluntades invisibles, acaso por los mismos Espíritus Protectores que la fundaron, según vieja creencia de los nativos.

De ese modo, allí medraron no sólo tribus migradoras y guerreras, sino que, al amparo de sus Misterios, pervivieron todas las religiones vivas y muertas, pasadas y presentes del mundo. Las riberas nilóticas han sido como inmenso panteón sagrado donde la fe se elevó al Creador único, Aquel que conduce a todos los hombres a su propia divinidad.

A las antiguas mujeres egipcias, por su dignidad representativa, se las sometía asimismo a unas proporcionadas disciplinas iniciáticas, ya que, como dijimos al principio, en ellas recaía, en virtud de aquella sabia y astrológica legislación matriarcal, la misión rectora de la sociedad y la herencia de todos los bienes, desde el máximo don del trono faraónico, hasta el humilde predio de la huerta nilótica de la familia egipcia. Ya que en virtud del imperativo astral, perduró a través de numerosísimos siglos, allí, la tradición heredada de los fundadores atlantes.

Entre las brumas legendarias de esa fundación, encontramos patentizado ese sabio gobierno de las mujeres en la máxima autoridad de la soberana, en la representación de su gobierno y de su justicia, en la administración de sus nomos, de su política, de su moral y de su respeto a la tradición.

Ese antiquísimo y poderoso matriarcado arranca del establecimiento de la misteriosa monarquía de los Reyes Divinos de que habla Manethon, el famoso historiador egipcio y escriba del segundo faraón Tolomeo y en cuyas dinastías se basaron los historiadores posteriores. A esa autoridad se añaden, fragmentariamente, antiquísimos estelios y jeroglíficos de faraones, anhelosos de dejar fe de su ascendencia y divino privilegio como herederos de aquellas prerrogativas y poderes. De todo ello, dan fe Herodoto el "padre de la historia" y los célebres cronistas Diodoro, Estrabón y Plinio entre otros.

Pero en realidad, el matriarcado egipcio tiene causas más hondas que aquellas que pueden aflorar en las crónicas conocidas. Deriva del sello astral, de la impronta zodiacal que determinó la misma fundación del país de Egipto. Esas secuencias cíclicas, con sus predominantes simbólicas, constituyen el lenguaje oculto cuya interpretación puede aclarar muchas incógnitas. Esos ciclos zodiacales que determinan la misteriosa aguja solar, el gran reloj espacial de la historia, se mueve al ritmo lentísimo de la precesión equinoccial. Ese índice de la cronología solar se enseñaba en las escuelas de los Misterios y así, el requerimiento de los astros era obedecido y la voluntad de los dioses cumplida.

Durante la fabulosa regencia de las Dinastías de Reyes Divinos que abarcó los ciclos zodiacales de Cáncer y de Géminis, al iniciarse el segundo ciclo de los Gemelos celestes, apareció en el país del Nilo el primer Avatar o encarnación divina para enseñar a los hombres el mensaje espiritual que entrañaba el signo amaneciente y su respectiva tónica estelar.

Ese fue el primero de los Hermes egipcios —Hermes o Mercurio, regente planetario del signo de Géminis—. De él tomó su nombre y lo siguieron adoptando los Enviados cíclicos sucesivos.

La característica de ese signo tuvo su representación externa en la simbología de los Reyes Hermanos de la tradición semidivina. Por otro lado, aparece en aquellas fechas remotas el símbolo estelar del harpón o flecha egipcia con el que se designa el signo opuesto y complementario, Sagitario que presidía a la sazón los Grandes Misterios del equinoccio de otoño.

Ya dentro del esplendor de las primeras dinastías llamadas históricas, que encabeza el faraón Menes, encontramos la presencia espiritual de Toth-Hermes, el segundo Avatar o encarnación divina, conocido como el "Tres Veces Grande" al que se atribuye el Libro de los Muertos *cuyo verdadero título era* Libro de la salida a la Luz del Día,

Guía de las Iniciaciones y de los desencarnados iniciados. Además, se atribuyen a ese gran ser los tratados esotéricos llamados Libros de Hermes, *en número de 42, lamentablemente perdidos en el incendio de las naves romanas en el puerto de Alejandría, cuando las llamas devoradoras prendieron en el barrio cercano del Bruquión, donde se hallaba la mundialmente famosa Biblioteca de Alejandría. De esa terrible destrucción, sólo pudieron salvarse algunos fragmentos, más tarde traducidos y desvirtuados y que han llegado hasta nosotros compilados en el* Pymander, *el* Kybalión *y los* Diálogos de Asclepio.

En el período táurico, alcanzó Egipto el pináculo de su esplendor, puesto que en parte, se hicieron exotéricos ciertos misterios y ciencias y reglas del arte que redundaron en un notable engrandecimiento, embellecimiento y organización externa de aquel país, centro de la vida intelectual y de toda forma de cultura y refinamiento del mundo antiguo.

Entonces, el Toro celeste fue adorado exotéricamente en el símbolo del Buey Apis y de la Vaca Hathor.

Más tarde, entró Egipto en otra etapa de su historia más suntuosa, de mayor auge expansivo, de riqueza y poderío militar, bajo el signo zodiacal de Aries y Cordero Celeste, bajo cuya advocación tuvo lugar la aparición de Moisés y el éxodo del pueblo de Israel. Tebas, la grandiosa ciudad del alto Nilo, centraba entonces el predominio material del país entero bajo la autoridad faraónica de Seti I y de los Ramésidas, quienes ostentaron el símbolo del Cordero en el nomo tebano, adoptando en las esfinges que marginaban sus templos, las cabezas y los cuernos retorcidos del morueco, evidentes también en multitud de emblemas reales.

Ya posteriormente, el signo de los Peces determinó la marcada decadencia de las dinastías tolemaicas greco-egipcias del Delta, que dieron paso al auge de otras civilizaciones en las orillas del Mediterráneo.

Multitud de dioses y de genios, así como de inscripciones jeroglíficas, grafías, frisos, tablas, monolitos, pilones, co-

lumnas de templos y que se han clasificado como ídolos y formas de un antiguo culto zoolátrico, no son en verdad más que representaciones astrológicas, planetarias o zodiacales así como fuerzas vivas de la Naturaleza elemental.

Durante milenios, las leyes egipcias siguieron la inviolable tradición de los orígenes, determinados por la cronología precesional, mantenida en el seno de los Misterios, rigiendo el matriarcado que implantaron los primitivos colonizadores atlantes. De este modo, las grandes mujeres de su historia fueron las predestinadas a encarnar los hitos de la grandeza y la sabiduría del país de Egipto.

Basados en esa ley y en esa tradición, cuyos misterios tratamos de develar a través de las biografías de las grandes mujeres del país del Nilo, hemos tratado de estudiar una faceta casi ignorada de la historia de esa grande, maravillosa civilización que nos sorprende cada día por sus enigmas y sus revelaciones.

Así aparecen, en este libro que hoy ofrecemos a los lectores iberoamericanos, las más destacadas figuras femeninas que hicieron más ostensible la misión astral de aquel poderoso matriarcado de la antigüedad. Ellas representan las más preciosas joyas engarzadas en un collar que orna y ornará la memoria superconsciente de la humanidad, enriqueciendo así la experiencia de las generaciones que sobre el planeta se vayan sucediendo.

A tal fin, hemos ido evocando, una a una, las más notables mujeres del antiguo Egipto, encuadrándolas en el marco de sus respectivas épocas, ambientándolas en los climas y lugares y entre los personajes en que se desenvolvieron, siempre en la forma más fiel, asequible y deleitosa, no exenta, empero de la profundidad de su peculiar misión.

Nuestro ferviente anhelo es convertir esta obra en un medio rico en enseñanzas y en sugerencias, apto para una superior didáctica del espíritu.

Los relatos que siguen, históricos y documentados —como la mayoría de las efigies que preceden a sus biografías—,

fueron estudiados y diseñados en el mismo lugar —poderosamente vivo y talismánico todavía— donde fueron, antaño, vividos. La autora fue recorriendo, con acendrada unción, aquellos escenarios, reviviendo en ellos los episodios descritos, situando en sus respectivos parajes a los personajes, alguno de los cuales son ya conocidos, aunque a menudo, por desconocimiento total de lo que significaron en su época y en su medio, malversados.

Por su relevante impronta astrológica, por su doble representación esóterica, los personajes más interesantes del antiguo Egipto, los de más rica psicología, los de más variadas y pulidas facetas, los de más finos matices, fueron sus grandes mujeres representativas, Faraonas y Sacerdotisas, que constituyeron su largo y poderoso matriarcado. La historia de Egipto son, en verdad, sus mujeres.

En la dilatada, multimilenaria sucesión de las dinastías faraónicas, incluyendo aquellas divinas que velan las nieblas de la superhistoria, o del mito, fue siempre la Mujer la heredera legal del trono, sustentado por las Dos Coronas —la Roja del norte y la Blanca del sur— correspondientes a las Dos Tierras de Egipto.

Merced a la inviolable ley del matriarcado impuesto por los astros, los Faraones reinantes fueron más bien los ejecutores de la voluntad de la Faraona legítima, siempre una Mujer, a la que acataban y representaban.

Según esa antiquísima costumbre, la Mujer, en todos los órdenes de la vida, era la que sustentaba la legalidad y la responsabilidad: desde la exaltada Faraona semidivina y la no menos reverenciada Hierofántida o sacerdotisa máxima, trasuntos ambas de la divina Isis, la gran Madre, hasta la más humilde labradora del "Adorable Valle de las Tierras Puras".

Esa tradición matriarcal se mantuvo viva a través de innumerables milenios. No decayó la autoridad femenina hasta las dinastías XVIII y XIX, con el predominio varonil, conquistador y guerrero de los Tuthmésidas y los Ramési-

das. Con ellos, sin embargo, se inició la decadencia espiritual de Egipto al comienzo del Imperio Nuevo. Entonces, la vanagloria y la exaltación personal, las guerras de conquista, las fabulosas riquezas acumuladas en el país a través de tributos, rescates y trofeos de los pueblos vencidos o aliados, fueron socavando la sabiduría de las primitivas leyes, eliminando el soporte espiritual, tergiversando el entendimiento y la fe al decantar cada vez más del poder la influencia de la mujer en la vida pública, en las representaciones privadas y en la autoridad rectora del trono.

Y es curioso observar aquí que la más alta figura representativa de ese largo y relevante matriarcado egipcio, se alzara resplandeciente de poder, de sabiduría y de belleza, al borde mismo de la decadencia de aquel antiguo y glorioso matriarcado que tan notables y prestigiosas mujeres dio al acervo experimental de la humanidad.

Esta culminante, esplendorosa figura, considerada como "la más grande mujer de la historia" fue la faraona Hatshepsut, a pesar de que a su muerte, la envidia de su hermanastro Tuthmés III al que ella elevara al trono, destruyera toda huella de su grandeza, y de que, un poco más tarde, su sucesor Ramsés II mandara elevar doquiera estatuas suyas de un colosalismo desbordante y que los frisos e inscripciones, así como la magnitud de sus templos, pregonen las excelencias sin par del faraón.

Más conocida en su época por el honroso epíteto de "Horus Femenino", la grandeza de esa inteligente y poderosa mujer, cumbre del esplendor tebano trascendió a todo el continente africano y el asiático y su fama al mundo conocido de entonces. Ya que su máximo prestigio, se derivaba de su significación espiritual como avatar o encarnación divina del ciclo zodiacal de Aries que comenzaba.

Esa egregia figura femenina sintetiza, por decirlo así, la integral y más profunda encarnación del matriarcado egipcio. Ella enlaza su doble calidad humana y divina, su capacidad de gobierno y de enviada cíclica su representa-

ción religiosa y soberana. Dotada a la vez de gran inteligencia de tacto y de bravura, de sobrenaturales poderes y de gran intuición, plena de autoridad y de gracia, fue el tipo ideal de humanidad concebida como andrógino, hombre y mujer a la vez. Fue, en suma, capaz de manifestar virtudes y cualidades sin parangón en ningún otro momento de la historia dentro y fuera del país del Nilo.

Si remontamos la dilatada trama de los acontecimientos de aquel país antiquísimo, tan lleno de contrastes, echaremos de ver, así en los baches de sus decadencias como en las cumbres de sus esplendores, la acción, superficial o profunda, de su matriarcado.

Seguir las esclarecidas huellas de un pueblo en que la mujer mandaba con plenitud de aptitudes y de poderes y al que elevó a los máximos días de refinamiento, espiritualidad y esplendor, es, sin duda, la más asombrosa y aleccionadora contribución al conocimiento experimental y psicológico de la historia.

Este prólogo fue esbozado y esta obra inspirada y estructurada, a la sombra fresca y rumoreante del verde palmeral que cubre el lugar donde fue fundada la primitiva población de Menfis, sobre las ruinas de sus templos, o sobre el dosel de oro de sus tronos, a la vera de la Esfinge, el gran monumento de fama talismánica, de la más remota antigüedad.

En nombre de Aquellos cuyos Espíritus han seguido protegiendo las sucesivas oleadas civilizadoras del Valle nilótico, cosecha venturosa de su primitiva, sagrada siembra y cuya memoria perduró y fue invocada con el nombre reverente de Afrites [3] *y que velan acaso aún por la supervivencia de las verdades que enseñaron, ofrezco este trabajo, en el albor de un ciclo naciente de la humanidad a las muje-*

[3] Espíritus de los atlantes fundadores.

res de la Nueva Era. ¡Que ellas puedan contribuir al establecimiento de un mundo mejor y más justo! ¡Y ojalá logre, con mi esfuerzo y buena voluntad, levantar una punta del velo de Isis y muestre una parte de lo que constituyó su verdad y su sabiduría eternas!

J. M.

CAPÍTULO I

ISIS Y LA ISFINGE

Isis

DESPUÉS DE LAS INCIERTAS jornadas pasadas a merced de las enfurecidas olas del "Gran Verde", aquella dulce calma del mar, iluminado por el creciente de la Luna, invitaba a los navegantes del "Argha" al reposo, a la fe y a la confianza en el alto sino que les conducía.

En virtud de los misteriosos resortes reactivos de las almas y de la intensificada sensibilidad que agudizan los peligros, los contrastes y las grandes aventuras que ponen la suerte en vilo, Asuramaya, Manu y la Princesa Isa [1] se encontraban solos por vez primera sobre cubierta en las altas horas apacibles de la noche.

Isa, la hermosa sacerdotisa del Templo del Sol y de la Luna, izado en forma de pirámide escalonada en la cumbre de la colina que presidía la Ciudad de las Puertas de Oro, la capital del Continente Atlante, habíase al fin despojado del velo que cubría su faz y que la mantenía ignota ante los ojos ajenos.

Se hallaba a la sazón semitendida, laxada sobre el improvisado diván de cojines que para su comodidad y descanso le preparara Manu, el gran Legislador y Jefe de la expedición.

Pero era tanta la belleza, tan grandes los estímulos y el bienestar de que gozaban aquella noche, que los ojos de la Princesa permanecían abiertos contemplando beatífica-

[1] Según la tradición esotérica, Isa era el primitivo nombre de Isis.

mente el cielo cuajado de estrellas, la Luna creciente, el mar llano y oscuro y el camino de luz que trazaba en el agua la reverberación lunar.

Manu, que la observaba atenta y maravilladamente, la vio sonreir en tanto aspiraba, rítmica y profundamente, la leve brisa marina y entornaba sus grandes ojos soñadores.

El anciano Sacerdote Asuramaya, permanecía a cierta distancia, reclinado sobre el barandar de la nave, en actitud reconcentrada, aparentemente ajeno a los plácidos encantos de aquella noche incomparable; sin duda, su alma discurría por otros parajes de la previsión y del saber, merced a sus profundos conocimientos de los astros. Levantó los ojos y contempló el firmamento, cuajado de estrellas. Sonrió. ¿Qué le descubriría la lectura del luminoso lenguaje celeste?

De pronto, su voz afirmativa, de graves registros sonoros, rasgó el extraño sortilegio de la noche con estas palabras:

—La luz de los benignos astros confluye sobre nosotros en esta noche única. La Madre Celeste nos anuncia el orto de la Estrella guiadora por las tierras ya cercanas del horizonte oriental. La bendita Ourai, Sukra-Venus, nuestra protectora, nos mira sonriente tras el velo de las emanaciones del aura terrestre... Se aproximan las Moradas Gozosas...

Enderezóse el anciano y señalando con el índice de la mano diestra la bóveda celeste donde lucía la Luna creciente, añadió:

—Cuando la Madre muestre en el Cielo su disco perfecto...

Isa, conmovida por aquellas palabras insinuantemente proféticas del famoso astrólogo y Sumo Sacerdote, murmuró:

—¡Bendita coincidencia! Sintonizaron nuestros pensamientos, sin duda refractados por la Luna vigilante. En este momento, tuve, como un fugaz atisbo, el presentimiento de la llamada de las cercanas "Tierras Puras"... Y no só-

lo el presentimiento, sino el calor reconfortante, la irradiación fecunda y magnética de su suelo, junto con el anticipo de los aromas de sus flores exóticas... ¿Será sueño? ¿Será realidad? Mi viejo maestro, en tu sabiduría confiamos.

Como movido por un extraño resorte, Asuramaya se dirigió hacia la proa y su figura blanca se esfumó entre las sombras de los tensos velámenes policromos de la nave.

El "Argha" era la primera de las tres embarcaciones que constituían la expedición que conducía a los Iniciados atlantes dignos de tan alta misión y merecimiento. Avisados por medios astrológicos y ocultos del gran desastre cíclico que se aproximaba, se dirigían hacia las predestinadas "Tierras Puras", bogando hacia oriente donde debían sembrar la semilla de una altísima civilización, malograda por los pecados de los hombres y condenada por el destino a perecer bajo las aguas.

Seguían al "Argha", la nave guiadora en perfecta equidistancia, fundiendo en el mar sus estelas de plata, otras dos naves parejas que conducían hombres, mujeres, niños, animales y los utensilios y elementos necesarios para la colonización de las tierras vírgenes.

Sobre cubierta, reinaba un absoluto, espectante silencio. La hora, era en verdad excepcionalmente propicia para la consulta directa de los Espíritus Siderales, los Guías protectores.

Isa siguió reconcentrada, como exenta, inmersa en sus contemplaciones interiores, transida en sus arrobos, tendida sobre los muelles cojines.

Manu, sentado sobre un breve taburete, apoyado el mentón sobre la mano derecha, cuyo codo apoyaba en el borde de la barandilla, mostraba a la luz de la luna su correcto perfil inmóvil, inciso como una medalla, en tanto contemplaba con penetrantes ojos la lejanía.

Transcurrido un rato, apareció de nuevo sobre cubierta el anciano Sacerdote llevando cuidadosamente un envoltorio que sostenía en ambas manos. Sentóse en el liviano ta-

burete que le ofreciera Manu, de manera que tuviera por respaldo el barandar de la nave, y procedió ceremoniosamente a desenvolver, de entre las fundas de piel y sedas que lo guardaban, el precioso contenido que transportara en su cofre, desde el pequeño santuario interior de la nave, hasta el punto de cubierta donde se hallaban reunidos los tres principales personajes de la expedición atlante.

Una vez abierto el sagrado cofre, colocó Asuramaya al lado de Isa un pequeño trípode desmontable de oro, de forma circular, lleno de grabados simbólicos y puso sobre él unos extraños objetos propios del culto secreto de la joven Sacerdotisa. Después, situóse de nuevo quedamente en su breve sitial y se sumió en profunda meditación.

No tardó sin embargo mucho tiempo en volver de su introversión. Levantóse ágilmente y se dirigió de nuevo hacia Isa al tiempo que le decía, en voz baja, estas palabras:

—Hija mía; la hora invita a las revelaciones. Los Guías superiores celan nuestros futuros destinos. Nos hallamos en vísperas de acontecimientos decisivos... ¿Por qué, al amparo de los vínculos celestes, no tratas de abrir el ojo de la clarividencia, descorriendo una parte del velo que cubre el futuro?

Isa se mostró sensible al requerimiento de su paternal maestro y sabio astrólogo.

Sin decir palabra, extendió su fina mano sobre el trípode de oro y tomó de él dos objetos: una banda de tupido lino cuyo centro ofrecía una extraña cavidad, y una de las piedras talismánicas dejadas allí por el Sumo Sacerdote.

A la luz de la Luna, colocó la piedra en el breve hondón de la banda de tela; y reclinando su hermosa cabeza, atósela cuidadosamente en torno a la frente, de manera que la piedra sostenida por la cinta se situara en el punto sensible del entrecejo.

Bebió acto seguido el líquido de una copa de plata que le tendía Asuramaya, cuyo contenido había preparado de antemano cuidadosamente, y bajo las atentas miradas del

Sumo Sacerdote y del Legislador, permaneció reclinada, totalmente inmóvil, entregada sin duda a la acción misteriosa del talismán, del mágico brebaje y del astral sortilegio de la hora.

La espectativa de los tres personajes de cubierta se mantuvo tensa durante un buen rato. Sólo se oía el sordo rumor de las hélices hiriendo el quieto mar sin olas, y la cada vez más acelerada respiración de la hermosa Princesa-Sacerdotisa, transpuesta y silenciosa.

Por fin rompió la quietud nocturna la voz grave, lenta y frenada del anciano que decía:

—Isa, ¿me oyes? ¿Qué ven tus ojos abiertos tras las brumas misteriosas del futuro que nos aguarda? ¿Cuál es la voluntad que dictan a tus oídos, abiertos como flores del espacio, nuestros venerables Padres de Sukra-Venus?

Manu, situado al otro lado de la Princesa permanecía quieto, visiblemente emocionado, pendiente de sus labios.

Transcurridos unos instantes, ella susurró, con una voz tan leve que parecía un soplo:

—Comienzo a vislumbrar... Sí, a la luz plateada de la Luna Llena, veo extenderse ante nosotros una franja oscura de la Tierra hospitalaria de Khemi, la meta ansiada de nuestra expedición, el hogar seguro de la Colonia Atlante que por divino decreto venimos a fundar... Las tres naves, alineadas de costado, se van aproximando lentamente a la cercana orilla... Una inmensa bahía circular nos acoge con el ancho brazo de sus playas de fina arena. A la derecha, cierra la bahía un acantilado natural, a manera de avanzado muro blanco. A la sombra protectora del primero de esos cantiles, recalan felizmente nuestras naves.

Los labios perfectos y carnosos de Isa, dibujaron una leve sonrisa en el éxtasis de su visión premonitora.

Después de una leve pausa, tomó aliento y prosiguió:

—Ahora me veo a mí misma empinada en la proa del "Argha", contemplando el glorioso amanecer del primer día sobre la Tierra acogedora... ¡Oh, cuánta belleza admiro!

¡Bendito sea el hogar dichoso que la Deidad protectora nos destina! A la luz de los primeros rayos del radiante Sol, contemplo las arenas donde se hallan empotradas las quillas de nuestras tres naves. Puerto recogido nos ofrece el peñón rocoso que avanza hacia el mar como para darnos la bienvenida, hito y amparo de nuestro arribo... Más allá se extienden esbeltos palmerales que agitan sus lustrosos abanicos verdes al Sol temprano; las cintas de varios riachuelos resplandecen entre los árboles con el rosa plateado de sus aguas... Al fondo, hacia la derecha, observo las suaves estribaciones de una cordillera malva que arranca, ingente, de las tierras altas del sur... Oigo en torno cantos y exclamacionse de júbilo... Son nuestras gentes, que no hallan palabras para expresar su regocijo, ya que la gratitud de sus pechos rebosa de su corazón hacia el Padre Sol, Cuerpo de la Divinidad, por el venturoso fin de la expedición y el hallazgo de las Tierras generosas que habrán de alimentarles a ellos y a las innúmeras generaciones de sus descendientes...

Asuramaya y Manu se hallaban pendientes de las palabras de la Princesa vidente. Y con su anhelosa imaginación, iban completando, cada uno a su modo, las descripciones de las luminosas escenas y parajes vislumbrados.

Cuando cesó el relato, el rostro de la regia doncella adquirió de pronto una expresión angustiosa, interrogante. Su ceño apacible se frunció como si tratara de requerir algo más de la dádiva astral, que en forma de visión anticipada se acababa de ofrecer a su interior mirada.

—¿Vislumbras algo más, hija mía? —requirió, aproximándose más a ella, con voz insinuante y baja, el anciano Sacerdote—. Procura avanzar lentamente, siguiendo el ritmo del tiempo, sin esfuerzo... Trata de penetrar más allá de las brumas que nos ocultan los futuros acontecimientos.

Ella habló de nuevo con voz leve y entrecortada:

—Sí, creo ver... Pero son escenas fugitivas, sin enlace...

Asuramaya trató de ayudarla. Puso suavemente la mano sobre la región del entrecejo de la Princesa que cubría el talismán oculto en la bandeleta, y cerró los ojos en tanto pronunciaba:

—Enfoca tu voluntad en la voluntad del Padre...

El pecho de la Princesa se agitó con un extraño desasosiego.

Dijo, con voz más débil:

—No puedo... Densas nubes se interponen... Ahora, un claro de luz... Creo ver, sobre el mismo acantilado que dio sombra y albergue a nuestras naves una enorme efigie de piedra. Sí creo distinguir bien el volumen, los rasgos de ese grandioso monumento... Pero, ¿qué representará esa extraña, monstruosa figura? Su faz humana se yergue sobre un cuerpo inmenso de león tendido, saludando antes que nadie al Sol naciente... Otra vez la espesa niebla se interpone... Nada veo ya...

Tras esas palabras de la Princesa, se impuso un dilatado silencio.

Pero ella permanecía transpuesta, como si su alma espectante aguardara el descorrer de un más tupido velo interpuesto sobre la inmediata premonición de los hechos futuros y el presentimiento de otros que fatalmente habrían de ocurrir.

Repentinamente Isa se puso en pie y se mantuvo quieta, extrañamente rígida.

La Luna, declinante por el cielo de poniente, recortaba a contraluz su silueta esbelta, solemne en su inmovilidad como si fuera su propia estatua.

Así permaneció durante un buen rato, incapaz sin duda de definir su propia actitud.

Inopinadamente, lanzó un grito, y se volvió en redondo en dirección a occidente.

Al oir el grito, Manu se levantó apresuradamente y se aproximó a la Princesa en actitud solícita. Sin embargo, la

expresión ausente y la mirada un poco extraviada de ella le retuvieron.

Con un gesto trató Asuramaya de calmar la ansiedad manifiesta de Manu.

Gradualmente, el semblante de la Sacerdotisa iba revelando un secreto terror, algo indefinible que se interponía entre su conciencia y el interrogante último del tiempo, cuya dádiva no podía captar en el estado en que a la sazón se hallaba y que paralizaba su expresión.

Bajó al fin un poco la cabeza y su mirada vaga pareció realizar un supremo esfuerzo para clavarse en un punto de la vasta lejanía del mar. Abrió los labios, mas no pudo proferir palabra. Su aliento entrecortado dejaba sólo entrever la creciente angustia que la embargaba.

Levantó ambos brazos hacia adelante, con las manos crispadas, como si intentara retener algo irremediablemente perdido.

Asuramaya tomó entonces una de sus manos heladas y trató de transmitirle, amorosamente, el calor de su poder y la serenidad de su alma.

Casi instantáneamente, el semblante de la Princesa se serenó. Y los dos hombres admiraron de nuevo, a la luz de la Luna, los rasgos perfectos de su faz bellísima.

Pero a través de sus párpados semicerrados, velados por luengas pestañas, vieron resbalar, a lo largo de sus mejillas pálidas, sendas lágrimas.

—Quedamente, suspiró:

—No puedo... No puedo...

Su voz, ya desfalleciente, se quebró a tiempo que inclinaba su cabeza como el tallo de una flor tronchada.

Manu y Asuramaya hicieron ademán de sostenerla. Ella se rehizo al instante y añadió con más seguro acento:

—No podría describir el horrendo espectáculo que me ha sido dado vislumbrar. Una gigantesca conmoción telúrica resquebrajaba, en medio de una densa cortina de fuego y niebla tupidísima, la gran Isla Atlántida, nuestra patria

lejana. La he visto apenas quebrarse monstruosamente y hundirse, y surgir de nuevo varias veces sobre las enfurecidas olas, hasta precipitarse definitivamente en el hoyo inmenso, abierto en el seno de las aguas como fauces de un monstruo telúrico, para engullirla para siempre... ¡Ay, mi Atlántida!... Y aquí mismo, aquí, bajo el casco de esta nave al arrimo de la Tierra de promisión, he visto, precedido de un desgarrador silbido, retirarse el mar; le he visto huir precipitadamente como absorbido por la misma voracidad del gran hoyo abierto a lo lejos, en lo más profundo del "Gran Verde"...[2]

En aquel punto, irguióse el anciano Sacerdote. Y como si recuperara de pronto su plena dignidad sacerdotal levantó la mano y de un tirón despojó a Isa de la banda de lino que ceñía su frente.

La Piedra-Imán, llamada "Piedra del Cielo", el precioso talismán celeste que procuraba la clarividencia astral, cayó de su sien y rebotó sobre cubierta.

La joven Princesa se desplomó, exánime, en los robustos brazos de Manu, que amorosamente la sostuvieron. Y cuidadosamente, la depositó de nuevo sobre el muelle diván improvisado.

El anciano Asuramaya se sentó a su lado y puso paternalmente sus manos venerables, impregnadas de benéfico magnetismo, sobre la frente de ella, en tanto repetía, con una mezcla de autoridad y de ternura:

—Olvida... olvida... olvida. ¡Que se desvanezca de tu memoria toda proyección deprimente, toda imagen de terror, todo sombrío presentimiento! Esta es para nosotros una hora de luz. ¡Que la alegría inunde tu corazón!

*
* *

[2] Para mayor ilustración del lector, y sobre este apasionante tema del hundimiento del Continente Atlante, recomendamos la obra de la misma autora *Asuramaya, el Gran Astrólogo Atlante.*

El sesgo de funesto augurio en que terminó la consulta clarividente de la gran Sacerdotisa en plena mar, en vísperas del desembarco, parecía en verdad no haber dejado huella en su alma cuando, transcurridos unos días, los jóvenes tripulantes del "Argha" dieron rienda suelta al clamoroso júbilo al descubrir en el horizonte oriental, las Tierras cercanas.

A ello siguió la ejecución de los planes previstos por los sabios dirigentes de la expedición; el vívido, estimulador escenario de la llegada, la hermosura invitadora del paisaje, el gozoso, ordenado desembarco de las tres naves y por fin, la fundación solemne de Menfis, el primer poblado de la Colonia Atlante en tierras egipcias, el primer nomo del País venturoso de Khemi, hogar primado de los recién llegados, morada del Espíritu de la Nueva Edad. Era el primero entre los siete nomos que iban a constituir la naciente organización social y política dispuestos a civilizar las tierras bajas del futuro país de Egipto, patentizando el auge de su excepcional florecimiento.

Todo se desenvolvía sabiamente dentro del ritmo previsto, bajo la inteligente dirección del gran Legislador Manu.

Hito solemne de la conmemoración de la llegada, era, para los neófitos y los profanos, aquel monumento misterioso, aquella colosal efigie de piedra que se iba alzando, luna a luna, sobre el promontorio calizo de la orilla del Mar Líbico. Mas para los Iniciados, aquello sería el símbolo zodiacal y religioso del trascendental momento histórico que para el mundo significaba el comienzo de una Rueda Zodiacal, de una Gran Era de evolución sobre la Tierra. Esto representaba en verdad la Esfinge, aquella pétrea imagen monstruosa que sonreía enigmáticamente mirando el Sol naciente, amanecer, de un dilatado ciclo de tiempo que alboreaba en la historia de las grandes civilizaciones del mundo.

Un gran día comenzaba, ciertamente, con su noche, y los sabios Iniciados allí desembarcados, no lo ignoraban, por-

que se hallaban en posesión de los superiores conocimientos y las altas ciencias que enseñaban el oculto, misterioso y sapientísimo proceso de las etapas de la evolución, sus respectivas características y las profundas crisis de transformación que requiere el crecimiento de la humanidad. Tales crisis, hacían su aparición periódicamente sobre la faz de la Tierra, transformándola , adaptándola sucesivamente a las necesidades de cada momento histórico, salvando a la par los gérmenes puros del pasado que debían florecer en sucesivas edades.

Esta y no otra había sido la causa de la emigración del Continente Atlante en trance de perecer, de la colonia recién establecida en el noreste del virgen continente africano, de tan favorables radiaciones magnéticas, propicias al crecimiento de una grande y nueva civilización destinada a establecer un enlace de oro en la dilatada cadena de la evolución de la humanidad.

La civilización que allí iba a florecer era la legítima heredera de aquella que dejaran atrás, por insinuación divina, los Iniciados Blancos, la flor humana del gran Continente Atlante, condenado, por sus pecados y por la vulneración de los principios morales y espirituales, a desaparecer para siempre bajo las aguas purificadoras del gran mar.

Realizada la íntima promesa, cada cual obediente a su fe, estructurada su respectiva misión en aquel brote nuevo de la ya vieja y corrompida civilización atlante, se disponía en común a la obra del renacimiento espiritual de la raza en tierras puras e incontaminadas. Porque todos sabían y sentían en la raíz profunda de su ser, al unísono, que ellos constituían el germen escogido de las civilizaciones futuras.

Por ello, todos, con plena conciencia de su significado, se disponían a brindar el máximo esfuerzo, a poner a contribución del requerimiento cósmico su ideal, sus facultades, su afán realizador.

Símbolo y confluencia de ellos, muestra de la obra cívica, cultural y religiosa que iban a emprender, era aquel

ingente monumento de la Esfinge, mitad excavada en la roca viva, mitad —la más noble— labrada por sus artistas lapidarios en inmensos bloques arrancados de los montes vecinos.

De tal modo se elevaba en su autoridad misteriosa y soberana, como la cumbre máxima de todos aquellos contornos, la monumental figura de cabeza erguida de cara al oriente y que representaba la cima de su propia misión espiritual que se proponían llevar a cabo con la ayuda de los Guías invisibles de la Nueva Edad.

Manu contemplaba con complacencia cómo se iban acusando, en las moles más encumbradas del monumento, los rasgos andróginos de la representativa, enorme faz, ideal cósmico de todas las razas. Y al verla sonreir de cara al Sol naciente, él sonreía a su vez con el alma también iluminada.

Por fin llegó el día de la coronación de la inmensa Harmakis. Asuramaya había elegido, para esa destacada celebración, la fecha precisa del aniversario del desembarco, coincidente con el día memorable del equinoccio de primavera, acontecimiento de altísima significación, mística, inicio del año sideral y una de las cuatro grandes solemnidades religiosas e iniciáticas, ya que en el decurso de tales cuatro hitos anuales solares y lunares, se derramaba sobre el mundo, desde los ámbitos celestes, desde el mismo corazón del Logos creador, sendas oleadas de vida, de fuerza y de bendición.

Desde la parte posterior de la cripta excavada en el corazón de la roca, junto a la laguna sagrada, el Sumo Sacerdote meditaba, ya cerrada la noche, en el gran acontecimiento del siguiente día, en tanto contemplaba, a la luz clarísima de la Luna, la Esfinge acabada reflejándose como en un espejo de bruñida plata, en las aguas tranquilas del Mar de Libia.

En las atlas horas de la madrugada, fueron entrando en el pequeño Templo cruciforme que se abría entre las mons-

truosas garras tendidas y el pecho del león zodiacal, los jóvenes Iniciados atlantes, hombres y mujeres.

Lo centraba una simple ara, colocada a manera de altar sobre un circular pavimento al que se ascendía mediante tres gradas, en torno.

Consagrado en cuerpo y alma al sencillo ceremonial de la aurora, procedía a la sazón el santo Sacerdote a encender humildemente, una a una, las cuatro pequeñas lámparas de nafta que pendían en los extremos de las naves que miraban a los cuatro puntos cardinales, cuya dirección sintonizaba, en las fechas precisas de los solsticios y los equinoccios, con las cuatro direcciones magnéticas del Universo.

Ascendió luego el anciano Sacerdote las tres gradas de la rotonda central y prendió la sagrada llamita de su candil de aceites aromados en la próxima pira del ara, repleta de resinas y maderas olorosas consagradas.

Efectuados los rituales alumbramientos, elevó desde allí Asuramaya los ojos iluminados a la altura y su alma estableció el vínculo sagrado, en aquel preciso instante, con los Guías invisibles del ceremonial de la Festividad solar que iba a celebrarse.

Cuando ya al filo de la amanecida los jóvenes recién llegados le notificaron, obedeciendo sus anteriores disposiciones, la coronación de la Esfinge, Asuramaya levantó ambos brazos a la altura y dio gracias, con toda su alma, al supremo Ser Innominado.

Todos los iniciados presentes se reunieron entonces en torno al venerable Sacerdote y al unísono elevaron al Padre Solar, devotamente, en forma de ferviente plegaria, el himno de invocación de las místicas celebraciones atlantes.

Siguió después un dilatado silencio, en medio del cual los más sensitivos podían percibir el roce alado de las puras Presencias mediadoras.

Por fin, salió el Sumo Sacerdote de su inmóvil actitud reconcentrada, se irguió majestuosamente sobre el epicentro de la tarima circular, y aureolado al trasluz por la llama

trepidante y purificadora del incensario de la pira, dijo, con voz despaciada y lenta, estas solemnes palabras:

—Aquí os convoqué a todos, hijos míos, para este acto solemne que es a la vez, aniversario de nuestra feliz llegada a esta Tierra venturosa de Khemi y uno de los cuatro hitos anuales del ritual celeste de purificación y enlace con las fuerzas cósmicas y siderales: el místico equinoccio de primavera. Este brazo de la Gran Cruz Celeste del año, coincide hoy con la consagración del día por el Sol naciente. Ved, hijos míos, la venturosa sintonización de fechas y de significados. Por ello, ha sido elegida por los astros esta memorable jornada para el bautizo espiritual de este país de elección al que nos han conducido nuestros Guías invisibles.

Aquí hizo el anciano una pausa. Poco a poco, solemnemente, se volvió hacia los cuatro puntos cardinales, con los brazos tendidos al limitado auditorio de los jóvenes Iniciados, pendientes de sus palabras.

Después añadió:

—Gracias os doy a todos por vuestro celo, por vuestra consagración absoluta, por vuestro esfuerzo proseguido, por vuestra capacidad de servicio, por vuestra lealtad a la causa suprema de la civilización. Trasunto material, símbolo y representación concreta de la Divinidad que nos dirige y protege, es la Gran Harmakis. Ella nos acoge en su seno, una vez coronada por vosotros en este inolvidable día.

En este punto de su plática, levantó el anciano la mirada anhelante hacia los altos ventanucos que se habrían horizontalmente bajo los salientes sillares que formaban los aleros del techo. Sonrió complacido, y prosiguió:

—Se aproxima la bendita aurora... En este día que ya alborea, el primer rayo de Sol que bañe esta elegida porción del mundo, hacia la que se dirigen las altas miradas planetarias, será para el gran círculo de oro labrado que sirve ya de halo y corona a la Esfinge. Así coronada, ella recibirá, a través de los siglos y de los milenios, las plega-

rias y las bendiciones de las innúmeras generaciones que en esta tierra bendita se sucederán, porque seguirá siendo el viviente testimonio de nuestra llegada. Todo aquel que conozca el simbolismo del lenguaje celeste y sepa interpretarlo, tendrá fe, a través de ella, de las sucesivas civilizaciones del mundo y de sus etapas cíclicas. Por ellas se encamina la humanidad, lentamente, a la perfección. La Esfinge representa el comienzo de nuestra Gran Rueda Celeste, de la gran civilización que, iniciada en este punto magnético de nuestro planeta, florecerá, andando el tiempo, en todas las orillas del Mar Interior que besa las orientales tierras bajas del continente africano. La fecha de nuestra fundación señalará, sin embargo, un gran drama de la historia humana: el fin de un Ciclo, y el gozoso nacimiento de un Ciclo Nuevo cuyo mayor exponente, en sus gloriosos inicios, será la alta civilización que hemos venido a fundar. La Esfinge cuyo seno nos acoge y cobija en este Templo semirrupestre, significa, pues, el broche oculto de la Gran Rueda cíclica, el Padre y la Madre celestes aposentados en sus tronos zodiacales; el divino Andrógino que funde las dos grandes Moradas celestiales del Sol y de la Luna representados por el León y el Escarabeo, símbolos zodiacales, resplandecientes familias de estrellas, constelaciones que visita el Padre, centro de nuestro Universo, en su lenta marcha a través de la precesión de los equinoccios, cada 26,000 años... En tales períodos es cuando ocurren las grandes transformaciones telúricas, cuando, por divino decreto de Aquel que no tiene nombre, se sacude y remoza la Tierra y se purifica de los pecados de los hombres mediante la acción desencadenada de los elementos. Y tienen lugar los cambios y transformaciones que hacen posible la adaptación de las nuevas generaciones predestinadas al suelo regenerado de las patrias futuras, solares colectivos, aulas de crecimiento e instrucción de la humanidad en su ascenso por la senda de la perfección... Entonces se sumergen antiguos continentes y surgen otros nuevos. El fuego y el agua, elementos

respectivos de ambos signos zodiacales de fin y de inicio, invaden extensas zonas de nuestro planeta para purificarlas y tornar la tierra idílica y bella, limpia y regenerada en sus esencias biológicas, convirtiéndola en digna morada de las generaciones futuras. Por efecto de tales transformaciones, se revitaliza el mundo y se suceden las grandes primaveras de los ciclos mayores... Es la Ley, hijos míos. Pero recordad siempre que en el cumplimiento de esa Ley revulsiva y dolorosa, actúa siempre, aun a través de sus apariencias despiadadas, la Providencia divina, porque todo tiene por finalidad la Armonía, norma del Universo. Humildes intérpretes de esa Trinidad suprema —la Armonía, la Providencia y la Ley— procuremos en todo momento ser dignos de la misión que se nos ha confiado.

Después de una breve pausa en su peroración, levantó Asuramaya otra vez la faz, y vio la claridad rosada del cielo anunciando la aurora. Sonrió.

Sonrió, porque sabía que pronto, Ella entraría en el Templo del Sol y de la Luna. Y que, con este simple acto, se verificaría allí un mínimo trasunto del gran acontecer celeste. Y que, mediante sus ocultos conocimientos y su espíritu de consagración, vincularían aquel lugar sagrado con las supremas fuerzas y las altas bendiciones de los Espíritus Luminares y planetarios.

Una poderosa vibración, una intensa emoción reprimida en todos los corazones, llenó el ámbito reducido del Templo subterráneo. Porque todos se hallaban espectantes y preparados para el acontecimiento cósmico que iba a tener lugar.

De pronto, en voz muy baja y grave como un cósmico susurro, Asuramaya inició, en la solemne quietud de la hora, el sagrado Himno de Recepción de las Fuerzas Estelares. Todos los asistentes lo corearon. En el sagrado recinto fue creciendo y afirmándose gradualmente la voz colectiva, en tanto una música invisible de sistros y arpas dodecacordes, armonizaba, con su mágica sinfonía, el ambiente del lugar.

Mientras, fuera del Templo ocurría algo de no menos destacada importancia. Una litera de cortinajes totalmente corridos, transportada por ocho jóvenes neófitos y precedida por Manu, se detenía junto a la breve avenida abierta entre las garras tendidas de la Esfinge y su seno.

Manu descorrió los cortinajes y de ella descendió la esbelta y elegante figura, totalmente velada, de la Princesa-Sacerdotisa.

Púsose en pie, erguida, de cara al portal del Templo. Al recomponer su sagrada vestidura, vio, a través del entreabierto velo que cubría su faz, el primer rayo de Sol posado sobre el gran disco de oro que coronaba, desde la madrugada de aquel día, la cabeza de la colosal Karmakis. Ante aquel soberbio espectáculo, no pudo Isa reprimir una exclamación de gozo admirativo. Pero inmediatamente selló sus labios, apoyó su fina mano sobre la que en alto le brindaba el gran Legislador, y lentamente, ambos se dirigieron hacia el umbral del Templo abierto en el pecho de la piedra de la gran Esfinge.

En el mismo dintel se detuvieron y permanecieron un rato inmóviles hasta que el rayo de Sol llamó con sus rosados dedos la puerta clausurada del sagrado recinto.

La Princesa-Sacerdotisa levantó entonces con su mano diestra, a manera de simbólica llave, la que tiene el poder de las supremas aberturas, el *Ankh* sagrado, la Cruz Ansata de Oro de la Vida perdurable.

Como por arte de encantamiento, la Puerta del Templo se abrió de par en par, e Isa y Manu hicieron su entrada triunfal, inaugurando el Templo abierto en el corazón de la Gran Esfinge.

Al franquear el umbral la gentil pareja, una lluvia de flores de lotos multicolores se derramó sobre ellos.

Solemnemente, a pasos lentos, se dirigieron ambos hacia el altar central a los ritmos del coro y de la música sacros, que glosaban en aquel solemne momento el Himno de la Primavera del Mundo.

Cuando vieron al Sumo Sacerdote ir hacia ellos con los brazos en alto para darles la bienvenida, estrecharon sus manos y luego, Isa avanzó en medio de los dos hombres. Con breve y armonioso paso, ascendió seguida de Asuramaya las tres gradas de la tribuna central que presidía el ara de las consagraciones, en tanto Manu se alineaba en la primera fila formada por los jóvenes Iniciados.

Los rayos solares penetraron entonces casi horizontalmente por el portal abierto, e iluminaron la velada figura de la Sacerdotisa, en tanto Asuramaya permanecía discretamente tras ella, en semipenumbra.

Todos los presentes formaron estrecho círculo en torno a ellos. Y el silencio que siguió fue como un tácito homenaje a la belleza, a la majestad y a la máxima representación religiosa que la Princesa ostentaba.

Todas las miradas, todas las tácitas bendiciones de los presentes convergían emocionadamente en la luminosa presencia de la recién llegada, la que ostentaba en aquellos instantes, para ellos, la máxima representación en el cósmico y sideral Misterio.

Asuramaya se inclinó reverentemente ante ella y dijo estas palabras:

—En ti saludo, ¡oh Isa venerada!, a la Gran Sacerdotisa, encarnación del ritual celeste, Señora de ambos Luminares. Sólo tú posees la llave de poder capaz de abrir en todo su significado este primer Templo de la Tierra ofrecida, consagrado desde hoy a la vida eterna.

Al oir aquellas palabras, avanzó Isa unos breves pasos sujetando con ambas manos a la altura del pecho, el gran símbolo invocado. Y en tal actitud se volvió sucesivamente hacia los cuatro puntos cardinales, las cuatro naves cruciales que constituían el Templo, como si con ello abriera a la ulterior realidad las grandes fechas de celebración y enlace con los cuatro ritmos vitales soli-lunares y zodiacales, la tétrada sagrada del año.

Acto seguido y tras pronunciar la Palabra Sagrada, tuvieron lugar en el interior del Templo, en la cripta y por fin en la sacra laguna los actos místicos de salutación a la Primavera, después de hacer vivos los enlaces y vínculos universales. La preparación, la pureza y la conciencia interna de todos los asistentes, atrajeron en el ámbito consagrado del santuario subterráneo, a los Agentes invisibles, los mensajeros alados y los Padres espirituales de la Era que comenzaba. Las bendiciones flotaban en torno de todos los asistentes y las ocultas dádivas enriquecían los lugares y las almas convirtiéndose en centros operantes del más benéfico y transformador magnetismo.

Por fin, terminada la mística Festividad de la Primavera, conmemoración puntual del equinoccio solar y los Misterios de la Iniciación, el Sol, remontado, se ausentó del interior del Templo como si hubiera ya, con su asistencia, otorgado a las almas su luz y bendecido el recinto. La puerta de entrada se cerró tras él.

Como corolario del equinoccio, ocupó de nuevo Isa la rotonda-altar, epicentro del religioso recinto de planta tetráctica.

Envuelta en la semipenumbra dorada del Templo clausurado, junto al ara donde confluían las poderosas vibraciones de las Presencias invocadas en aquel memorable día, levantó ante el círculo formado por los jóvenes Iniciados, una punta del velo que cubría su faz.

Un estremecimiento inefable sobrecogió a todos, hombres y mujeres, al contemplar aquel bellísimo y pálido rostro de expresión transfigurada en el que destacaba la profunda mirada evadida de sus grandes ojos verdes y almendrados, que parecían fijos aun en las contempladas maravillas espaciales.

Coronaba a la Princesa el arco de plata de la Luna, salpicado de perlas y diamantes, y sobre su pecho palpitante lucía otro poderoso talismán zodiacal y lunar, un gran Escarabeo de cornalina.

Un silencio admirativo todo lo llenaba. Nadie osaba pronunciar palabra.

Erecta como una diosa, Isa fue descendiendo poco a poco las tres gradas del altar circular en dirección al Este. Y desprendiendo de su cuello la cadena de la que pendía el celeste talismán, recorrió parsimoniosamente el círculo formado por los jóvenes Iniciados y fue colocando sobre la frente de cada uno de ellos, a manera de personal consagración, el vínculo magnético que vibraba a la sazón bajo el peculiar magnetismo de las descendidas Fuerzas universales.

Asuramaya, levemente apoyado en el ara central, la seguía con el llameante poder de su mirada, intensificando la acción mística de la Sacerdotisa.

Al finalizar ella su recorrido, creyó el anciano llegado el momento de ensalzar el significado ritual de aquel acto con su palabra de sabiduría.

Señalando con el índice a la Sacerdotisa, comenzó diciendo:

—A todos cuantos compartís actualmente su gracia, os digo: ¡Veneradla! Veneradla, ya que ella es, en la Tierra, el símbolo y encarnación de la Gran Madre Celeste. Veneradla, que los hombres futuros la tendrán por diosa. Aquí la tenéis, revestida de los atributos y poderes de Máxima Sacerdotisa. Ella será para vosostros la suprema autoridad, la representante y ejecutora de la Ley, la transmisora de la voluntad de los Guías espirituales sobre los habitantes de la Tierra elegida de Khemi. Porque ella inaugura el supremo privilegio de las esposas de Osir, el Sol Nocturno, el Sol encarnado en el Gran Iniciado y que presidirá, como símbolo y representación antropomórfica, y fundando las divinas jerarquías rectoras, las dinastías reales que se sucederán gloriosamente para regir sabiamente, en nombre del eterno Padre, estas tierras que hemos venido a fundar. Os anuncio que del seno bendito de Isa, esta hermosa mujer que tenéis ante vosotros, nacerá el Hijo, de cuya forma pura se posesionará el Avatar del signo que comienza. Este

Hijo, encarnación de la voluntad del divino Padre, será el transmisor del Espíritu Santo. Por ello, su vientre es arca del Misterio precioso de la encarnación de la flor de la humanidad, trasunto de la pura matriz de los Tiempos. Esta mujer que aquí veis, es la predestinada para engendrar y dar vida al primero de los Reyes Iniciados, que en esta tierra, como un privilegio, se sucederán. Contempladla, reverenciadla, ya que ella ha sido elegida por el Espíritu del mundo hermano de la Tierra, para el Misterio de la Teogamia...

Un murmullo de sorpresa y admiración que era, a la vez, prez y alabanza hondísimas, llenó el ámbito del Templo. Y todos los presentes presintieron el alto significado del anuncio del divino Nacimiento.

El anciano, prosiguió:

—Ella es ya, como máxima Sacerdotisa de la Luna, esposa y hermana del Sol, el Señor de la Vida. Por ella, y a imagen suya, toda mujer nacida en estas Tierras Puras, encarnará la ley de sucesión legítima y será la que tendrá jurisdicción absoluta ante la ley, sobre la familia, sobre los bienes, sobre los hijos. Por ella, toda mujer será ensalzada, obedecida y respetada. Porque Isa recibirá la inspiración del Padre, merced al soplo teogámico que dignificará sobre todas, a esta primera madre divina.

Al final de la sencilla, pero solemne ceremonia solsticial, esta trascendental presentación de la misteriosa investidura de Isa, intensificó la mediación de las poderosas Presencias espirituales.

Después y como corolario magnético de su significación, todos los asistentes recibieron, en la laguna sagrada contigua al muro occidental del Templo, el bautismo del agua salada por total inmersión, ya que era el elemento idóneo al signo zodiacal que en aquel instante amanecía para la humanidad.

Isa, velada, de pie en su barca sagrada, iba sellando los labios de los que habían recibido el sideral bautismo y la purificación de todos sus cuerpos, con el *Ankh*, la Cruz de Oro coronada de la Vida eterna.

En tanto, con la faz iluminada por el resplandeciente Sol de aquel día, sobre el cielo azul intenso de Egipto, la Esfinge sonreía al futuro.

CAPÍTULO II

NEIT-HETEP
Y LAS DINASTÍAS DE REYES DIVINOS

Neit-Hetep

La gran reina Neit-Hetep, erguida ante su trono, sostuvo sobre su hijo una de aquellas miradas fijas, sostenidas, profundas y autoritarias que infundían pavor a cuantos la rodeaban y cuyo poder obligaba al sometimiento y a la humillación.

—Menes, hijo mío —dijo al fin, el bello rostro impasible, el gesto afirmativo—. Tu Padre, el gran Faraón Narmer, ha muerto. Aquel que inauguró la heroica dinastía de los reyes humanos; el que logró, a través de luchas y victorias innumerables, unir las Dos Coronas, la del Norte y la del Sur de Egipto, ha desaparecido para siempre de la escena del mundo. No lo verás más con los ojos físicos. El trono ha quedado vacío...

Aquí, la voz de la faraona viuda tembló imperceptiblemente al tiempo que, con gesto rígido, señalaba con la diestra tendida el trono parejo del faraón al lado del suyo propio.

Prosiguió con idéntico tono monótono de voz:

—Tu padre ha muerto y ha dejado el trono vacío, trono igual al mío... En ellos hemos administrado en común los intereses del país; hemos hecho justicia al pueblo dictando leyes a los escribas, dando y recibiendo órdenes de los capitanes de los fuertes y guarniciones de defensa, atendiendo a los emisarios e invitados de otros reinos... Tampoco lo verás en los campos de adiestramiento militar, ni interviniendo en las siembras y cosechas del Padre Nilo,

ni en las animadas cacerías del Paraíso-Oasis de Fayum donde con frecuencia te llevaba, ni presidiendo los juegos, las regatas engalanadas y los ejercicios del gran Lago. Tampoco lo verás ya más en la tierna intimidad de palacio, en nuestra amable compañía...

El joven Príncipe se hallaba profundamente turbado. Lo único que lo sostenía en pie y frenaba sus sollozos, al tiempo que le desconcertaba, era la hierática impasibilidad de su misma madre. ¿Cómo podía decirle aquellas palabras definitivas para la vida de ambos, sin alterar lo más leve las líneas de su fino rostro, sin que el ritmo de su seno acusara el hondo trastorno de su corazón?

Después de una embarazosa pausa, prosiguió Neit-Hetep:

—Hijo mío, tú no sabes aún lo que es la muerte, pero debes predisponerte a todas sus consecuencias. En breve serás entronizado Faraón de las Dos Tierras, te serán impuestas la doble tiara de las Dos Coronas y tus brazos cruzados sostendrán los dos atributos del poder real: el cetro y el flagelo. Pero ten en cuenta desde este momento, que ese poder debe ser compartido. Regirás el país sólo como ejecutor de mis mandatos. Ya que desde la fundación de Egipto por los Iniciados atlantes, nuestros Padres, este país se rige, por la voluntad emanada de los astros, mediante un alto matriarcado. Este matriarcado celeste lo inauguró Isis, la primera Gran Madre, la que dio a Egipto el fundador de la Dinastía de Reyes Divinos. Desde los orígenes, el Sol oculto que preside los Misterios, el dios Osiris, rige, no sólo los nacimientos y las muertes, sino la trama no menos misteriosa de las Jerarquías mandadas a gobernar este país, preferido por los Espíritus Luminares y Planetarios. Algún día, hijo mío, sabrás el misterio de las teogamias y de las teogenesias. Por ese misterio, naciste "Hijo de Osiris", aunque no en la forma total de los Faraones Divinos que te precedieron. Por ello fueron llamados "Lotos Despiertos"... Nosotros, aunque hijos también de Isis y de Osiris, los primeros padres y aunque nacidos en cierto modo en condición

divina, somos sin embargo "Lotos Dormidos"... Por eso nos cerramos al llegar la noche de la muerte...

El joven Menes no comprendió el alcance de aquellas palabras aunque se esforzó en penetrar su significado. Sólo presintió que se trataba de algo muy profundo y fundamental en la vida interna y externa de las Dinastías de los Reyes de Egipto.

Neit-Hetep, sin duda percibiendo la confusión de su hijo, añadió aún:

—Tardarás todavía mucho tiempo, necesitarás numerosas experiencias antes de que logres calar una parte del trasfondo de mis palabras. De momento, lo que interesa es que te capacites de lo que para ti representa el traspaso de tu Padre, el gran Faraón Narmer.

Después de pronunciar estas últimas palabras casi duras, de tan solemnes e incisas, la Reina sentóse en su trono y en él permaneció, hierática e inconmovible, como petrificada pero inconcebiblemente pálida, con la mirada perdida, como volcada más allá del tiempo, fija en la eternidad.

Un indefinible terror que no había experimentado nunca, se adueñó del joven Príncipe. En aquel instante indefinidamente dilatado, le pareció como si su Madre hubiera muerto también en cierto modo. Sintió que un nudo iba oprimiendo su pecho, desde su corazón a su garganta, y estuvo a punto de sollozar.

Hizo un supremo esfuerzo por dominar el llanto y la emoción que le avasallaba, y lo logró. Lo logró, gracias a que sus ojos, semivelados por las lágrimas, encontraron en la semipenumbra de la gran sala, la mirada firme, magnética, serena y amparadora de Hor-Ka-Ra, el "Amigo único" de su Padre, el primer ministro y escriba del reino, su propio tutor y maestro.

No sabía exactamente el tiempo que duraba aquella escena de intensidad indefinible para él. Pero ya no estaba solo ante la doble muerte, porque sentía la paz, el indeclinable soporte de aquellos ojos, fijos en él.

Sintió el creciente beneficio de aquella mirada poderosa y magnética. Y en aquel momento, creyó que toda la razón de su existencia, que la clave de su fuerza, que el soporte de su conciencia, estaban en ella. Pero... ¿y su Madre?

La miró otra vez, sentada ante sí, inmóvil, como evadida. Pero la miró esta vez con la transferida mirada serena, amorosa y translúcida de su maestro en la suya. No podía ya mirar de otro modo.

Comenzaba a comprender. Su Madre era una mujer heroica, digna como ninguna, investida de la dramática apariencia, entonces, de una reina de verdad, heredera intransferible de los monarcas egipcios, con todo el peso responsable de un matriarcado establecido por el imperativo de las fuerzas estelares, inhibida por deber de su misma ternura humana al anteponer a ella el sello misterioso de las divinas teogamias de sus regias antecesoras.

Hacía muy pocos días había muerto su Padre. Ella sola, y los que formaban el limitado círculo de los Shemsu-Hor (adoradores y servidores de Horus) del que Hor-Ka-Ra formaba parte, habían velado su forma abandonada cumpliendo las misteriosas disposiciones dadas por Narmer a su esposa y dictadas al escriba y "Amigo único" antes del acaecimiento de su muerte.

Evidentemente, un enigma para él indescifrable se cernía sobre los acontecimientos de aquellos últimos días. El sabía que un misterio sin precedentes rodeaba la muerte de su progenitor. Las alusiones veladas de los que le rodeaban, las palabras y los silencios de su misma Madre, se referían a ello.

Porque Menes conocía desde niño esa verdad, que siempre le pareció leyenda, de los llamados "Lotos Despiertos", los Reyes Divinos de las precedentes Dinastías de Egipto, "que no morían del todo"...

Y la actitud de su Madre al afirmar *la muerte* de Narmer, la muerte definitiva del Faraón su Padre, le descon-

certaba, le anonadaba. ¡Si osara requerir a Hor-Ka-Ra que le aclarara tan atormentadora incógnita!

Era prematuro. Esperaría a que el tiempo y la oportunidad le brindaran la ocasión de descifrar aquel enigma. Por otro lado, tenía derecho a ello. ¿No era él el único heredero de Narmer y de Neit-Hetep? ¿Qué ocurriría en adelante?

*
* *

Transcurridos algunos días, recibió Menes una orden de su Madre para que se pusiera a las órdenes del primer visir con objeto de realizar un viaje por el Nilo.

Llegado el momento, fue conducido con sumo sigilo, de noche, a orillas del río e introducido en la cámara adoselada de proa de una de las lujosas naves propiedad de la familia real.

Se recostó en un muelle diván, pero no logró conciliar el sueño. ¿Cuál sería la finalidad de aquel enigmático viaje? ¿A dónde le conduciría su Madre?

La nave remontaba, ligera, la corriente al impulso vigoroso de los remos. Desde la cámara oía el joven Príncipe, atenuado, el sordo y monótono chasquido de los remos al hundirse en el agua mansa del río.

Levantóse y entreabrió apenas los espesos cortinajes. Fue un gozoso espectáculo contemplar, a ambos lados del gran loto dorado y erguido que remataba la proa de la embarcación, las dos alas transparentes del agua hendida por la afilada quilla y que, a la luz de la Luna, se deshacía en hiladas de deshechas perlas sobre el río oscuro y dormido.

Por fin logró conciliar el sueño.

Un rayo de Sol, filtrado por el dosel que agitaba la brisa temprana, despertó al muchacho. Salió de la cámara para respirar el aire puro de la mañana y saludar con sus preces al Sol.

Era una pura delicia de los ojos admirar el espectáculo del temprano día desde el Nilo, bogando aguas arriba. El gran Luminar doraba los verdes palmerales y las huertas de la orilla occidental, en tanto la orilla opuesta, más alejada, aparecía, bajo la sombra malva y dilatada que proyectaban los montes próximos, borrosa e imprecisa tras el velo de la baja neblina.

Numerosas barquillas de pescadores de harpón y red, se hallaban adosadas a los bancales de troncos de sicomoro que avanzaban hacia el río desde la orilla oriental.

Al amanecer del tercer día, despertó Menes súbitamente y notó, en medio de un total silencio, que su barca estaba varada en la orilla.

Se levantó. La nave se hallaba anclada junto a la escalinata del embarcadero que comunicaba con la amplia avenida marginada de esfinges, de un grandioso templo, el pilón de cuya puerta principal, de más angosto dintel, coronaba el disco alado que relucía a los rayos del Sol como una joya bruñida.

Menes, acompañado por un sacerdote de cabeza rasurada y blanca veste de lino, subió las escalinatas del embarcadero, recorrió la avenida y franqueó la puerta oriental del Templo ornado con el reluciente símbolo sagrado que su padre y su maestro le habían enseñado a reverenciar.

Allí fueron a recibirle y a darle la bienvenida, el propio hierofante del Templo de Ptah, de Menfis, llegado allí con algunos de los sacerdotes oficiantes. Menes, experimentó gran satisfacción al encontrar en aquel lugar tan distante, a los personajes que habitualmente frecuentaban su propio palacio y el Templo adscrito a su morada.

El mismo sacerdote acompañante le condujo acto seguido a una celda un tanto alejada del gran salón de ceremonias. La celda era humilde y sólo había en ella un sencillo lecho y un taburete arrimado al alféizar interior del ventanal, tan amplio, que servía de mesa.

A la hora canicular del mismo día, alguien llamó a su puerta, dejóle unos sobrios alimentos y dióle, de palabra, una orden. Al caer la tarde empezaría su total ayuno. Se purificaría en el Nilo sagrado dos veces al día. Se consagraría al recogimiento interior recitando a ratos los himnos sagrados y meditando en las sentencias de los libros divinos.

Al cabo de unos días en los que el joven Menes acató puntualmente las órdenes recibidas, sujeto a un régimen total de purificación y ayuno, con la mente y el corazón concentrados en la devoción del supremo Dios, Espíritu del Sol, vistió el blanco indumento talar, peinó sus negros cabellos untados con esencias, calzó sus sandalias de papiro sobredorado e hizo su aparición en la inmensa aula del Templo de Abydos.

Frente al gran altar consagrado a Osiris, a Isis y a Horus, se levantaban dos tronos parejos. En uno de ellos estaba sentada, ostentando su máxima dignidad faraónica, erecta y hierática, la Reina Neit-Hetep.

Inmediatamente, el Hierofante del Templo se adelantó hacia el Príncipe y tomándole de la mano, lo encaminó hacia el altar central invitándole luego con el gesto a que ascendiera las breves gradas de los tronos, y ocupara el vacío, al lado de su Madre.

Al dirigir el joven Príncipe la mirada en torno suyo, reconoció inmediatamente al Hierofante de Ptah y a sus sagrados colaboradores, junto con Hor-Ka-Ra, los ministros y los visires de ambas Coronas, haciéndoles guardia de honor.

El gran Sacerdote del Templo, de pie ante ambos tronos, dijo con voz potente, que resonó por todos los ámbitos del grandioso salón:

—Los tres dioses bendicen en este instante, a través de mí, su intérprete y servidor, el doble trono de Egipto y sus dos egregios representantes. El país espera del joven Monarca la justicia y el acierto y un largo y próspero reinado de paz.

Entonces todos los sacerdotes que constituían la comunidad de Abydos junto con los recién llegados de Menfis, todos los cuales formaban parte del grupo selectísimo de los Shemsu-Hor —servidores de Horus, agrupación secreta instituida por Narmer, el difunto Rey— formaron círculo en torno al doble trono, enlazaron sus manos y al son de una música de percusión de distintos metales, de extrañas, dulces y prolongadas resonancias mágicas, entonaron a coro un himno de evocación de Horus, el que transfundía a los Faraones el poder realizador del Hijo Divino, la Tercera Persona de la divina Trinidad.

De pronto, se abrió la cima de la bóveda sobre el altar del Templo y un rayo de potente luz descendió de la altura y posó sus verticales rayos desde el cenit, sobre ambos Monarcas sedentes. Simultáneamente, se encendieron en el Templo los pebeteros de los cuatro ángulos parejos y todo se llenó del aroma de las resinas consagradas.

Como obediente a una llamada invisible, Neit-Hetep salió entonces de su hierática inmovilidad y se puso en pie. Levantó la mirada al Sol divino cuyo rayo se filtraba por la ranura cenital del Templo, cuya convexa techumbre simulaba el cielo azul lleno de estrellas, y pronunciando el nombre de Isis y de Neit, la diosa del firmamento de la que era ella suprema Sacerdotisa, descendió ceremoniosamente con ese ritmo único que sabían imprimir a sus pasos las mujeres egipcias, las tres gradas del trono. Y tomando de la bandeja que sostenía el primer Visir postrado la Corona blanca que dejara vacante Narmer, se irguió y girando lentamente sobre sus pies, ascendió de nuevo con los brazos tendidos sosteniendo en ellos el máximo emblema del faraonato egipcio. Dirigióse hacia su hijo quien se levantó para recibir dignamente la regia investidura y coronó la cabeza inclinada de Menes al tiempo que decía estas palabras:

—Como única heredera legítima y transmisora del poder y de la investidura reales, te instituyo en este solemne instante, por la voluntad suprema de Osiris, Isis y Horus, Fa-

raón de las Dos Tierras. De ellas son símbolo altísimo la Corona Blanca del Sur que ostentó tu Padre y la Corona Roja del Norte, que yo ostento. En verdad, ellas no forman más que un emblema único desde que el Gran Faraón Narmer unificó en una sola las Dos Tierras. Ahora cruza tus brazos sobre tu pecho, Hijo mío. Sólo así te pueden ser otorgados en cada mano, los atributos del mando, el cayado y el mangul de oro. Con los brazos cruzados sobre tu corazón, ejecutas el símbolo máximo: la cruz sideral, mística representación de las cuatro oleadas de Vida del Universo sobre la Tierra, de la que deriva el sagrado ritmo tetráctico de los ritos y de las estaciones, divina fuente de la Naturaleza que mana eternamente. Con ello te proclamo ante los tres Dioses y ante la representación política y religiosa, Faraón del gran país de Khemi. Gobernarás en mi nombre, hasta que contraigas matrimonio con una princesa de regia estirpe a la que yo infundiré, ante ti, los poderes legítimos de la realeza hereditaria.

Levantó la Faraona-Sacerdotisa de nuevo los ojos a la altura, respiró profundamente, y añadió con voz alta y firme, en medio de un emocionado silencio:

—¡Pido a los Reyes Divinos, nuestros antepasados, que celen tus pensamientos y tus actos, los sintonicen a su voluntad y a todas horas te protejan!

Esto diciendo, juntó sus manos a la altura de los ojos y contactó sus dedos con el entrecejo del hijo. Era la forma ritual de la transmisión del poder real. En aquel preciso instante, recibió Menes el vigoroso impacto magnético y a través de aquella corriente poderosísima, sintió que una oleada de vigor y de serenidad inefables le era comunicada a través de su Madre.

Inmediatamente después, cruzó Menes ambos brazos sobre el pecho sosteniendo los dos atributos del mando y sin decir palabra, por el solo poder de su incrementada, ferviente voluntad, prometió solemnemente ser digno de la suprema investidura que se le había conferido.

La mayoría de los asistentes vieron entonces, en el ápice crucial del gran Templo de Horus, brillar una doble luz que no era de la tierra. A eso, siguió una gran paz.

*
* *

Antes de partir de nuevo para Menfis, la capital de Egipto, para el cumplimiento de los deberes de la primera magistratura del país que debía compartir legítimamente con su Madre, Menes manifestó, ya en plena posesión de su entereza y voluntad, el deseo de visitar el sepulcro de su Padre.

Neit-Hetep expresó al Hierofante de Abydos el deseo de su hijo.

Y como una gracia concedida por vez primera a alguien que no formaba parte del círculo secreto de los grandes Iniciados, servidores y adoradores de Horus, obtuvo Menes su aquiescencia y se le otorgó un especial permiso para visitar el llamado "Cementerio de los Dormidos", palacio subterráneo donde se hallaban las tumbas de los Reyes pertenecientes a las Dinastías Divinas, desde la fundación de Egipto.

Narmer, el primer rey humano, se consideraba, por designios superiores, el fundador de las nuevas dinastías que debían regir, bajo un signo más batallador e incierto, aunque más experimental y responsable para el pueblo del país del Nilo. Ya que él representaba el traspaso de aquellas misteriosas dinastías superhumanas o de origen divino, a las históricas, encabezadas por Menes.

Aquellos venerables Seres, los Reyes Divinos, durante varios milenios habían gobernado el país patriarcalmente, con plenos poderes, ejecutores conscientes de poderosas entidades invisibles, aquellos Señores venidos de Sukra-Venus, el planeta hermano, conductor de la evolución de las humanidades terrestres.

Después de un proseguido descenso por un túnel subterráneo en una casi total oscuridad, siguieron Menes, Neit-Hetep, el gran Hierofante del Templo de Horus y un pequeño séquito de sacerdotes Shemsu-Hor, por un sendero de plano horizontal. Al final, atravesaban dicho sendero una red de entrelazados pasillos que por su forma y derivación constituían un intrincado laberinto.

El Hierofante tomó entonces la delantera y la comitiva penetró por uno de tales caminitos de forma quebrada y que daba acceso sin duda a otros falsos pasillos o pozos. Al final, llegaron a un espléndido umbral que inauguraba una antesala a la que llegaba el resplandor difuso de una luz levemente azulada que provenía de un inmenso salón subterráneo alumbrado por varias lámparas inextinguibles.

Adosadas a esa gran sala, a ambos lados y al fondo, se abrían numerosas hornacinas a manera de alcobas, por su dimensión, empotradas en la pared de piedra caliza pulimentada con primoroso y reluciente revoque, sobre el que destacaban símbolos y figuras de fresco y armonioso colorido y perfecto dibujo con inscripciones y sentencias en lenguaje jeroglífico o sagrado.

Cada una de tales alcobas se hallaba destinada a albergar el sarcófago de los Reyes y Reinas de origen divino que, con plenitud de poderes mágicos y superhumanos, dotados de extraordinarias facultades, gobernaron desde su fundación el país de Egipto, con paternal amor, con excepcional justicia, comprensión y sabiduría.

A un gesto del Hierofante y siempre acompañado de su Madre, el joven Menes avanzó hacia la primera cavidad de la viva roca labrada. Recostado en un bellísimo sarcófago de alabastro incrustado de oro y pedrería, cubierto sólo por un vidrio translúcido, levemente tornasolado, contempló el joven Rey, con estupefacción no exenta de emocionado respeto, la figura íntegra, agigantada, el rostro sonriente, aparentemente dormido, de nobleza y hermosura y extraordina-

rias, de uno de los venerables monarcas de las misteriosas Dinastías Divinas, ya desaparecidas.

El Gran Hierofante se aproximó a Menes y en voz baja, le dijo:

—Este es el cuerpo incorrupto del primer monarca egipcio, fruto de auténtica teogamia, hijo de Osiris, el Sol oculto antropomorfizado, y de Isis, la Gran Madre. Fue el primer nacido en esta tierra de promisión después de la fundación de Menfis por los atlantes. Hace cerca de cinco mil años que aquí duerme...

Menes no salía de su asombro. No osaba respirar ni decir palabra, inmóvil ante aquel incomprensible prodigio.

A un gesto del gran Sacerdote y precedido por él, y al lado de su Madre, pasaron al hueco donde se hallaba el segundo recinto funerario.

Tendida sobre un sarcófago de mármol azulado salpicado de incrustaciones estrelladas con símbolos humanos y divinos de brillantísimo esmalte en el friso inferior, y como si transcurriera allí su primer sueño beatífico, se hallaba una mujer grande y esbelta, bella como una diosa, de pelo rojizo, revestida con todos los atributos de la antigua realeza, ornada de riquísimas joyas talismánicas. Sobre su seno inmóvil —¡oh diosa de corazón parado!— reposaba, prendido de su collar de perlas y turquesas, un enorme escarabeo de oro.

—Es la primera gran Faraona de las tierras bajas de Khemi, Sacerdotisa máxima de la Luna, la Madre Celeste —dijo en el mismo tono de voz, grave y frenada, el Hierofante—. Duerme en plena paz como si velara, en su íntegra belleza incomparable, en virtud de los plenos poderes a ella otorgados a través de los Misterios atlantes. Todos sus regios, divinos sucesores, engendrados en el éxtasis de la comunión con la Divinidad en el connubio inefable de su suprema teogamia o intervención genésica de Osiris, reposan aquí y en las salas contiguas, cada una destinada a cierto número de dinastías, por orden cronológico, en número de trescien-

tos. Todos ellos dejaron sus cuerpos a voluntad una vez terminada su misión en la Tierra. Por su virtud y pureza, por sus desenvueltos poderes superhumanos, permanecen así como los ves, íntegros y sin merma, hermosos como lo fueron en vida, ya que la ley destructora del tiempo no actúa sobre su materia resplandeciente. Ello sólo es posible a aquel que ha trascendido la rueda de las encarnaciones y al que sirven, con entera obediencia, los agentes elementales de la Naturaleza, ejecutores de las leyes terrenas, porque se hallan biológicamente vinculados a las leyes universales...

En tanto decía estas palabras, tomó de nuevo el Hierofante la delantera a sus egregios huéspedes, Menes y Neit-Hetep y así se fueron deteniendo ante cada una de las subsiguientes hornacinas, habitadas por semejantes majestades dormidas en el eterno sueño de su incorruptible beatitud. Allí yacían, uno tras otro, Reyes y Reinas bellísimos, todos intactos en su vivo color y frescura. Señores de un pasado glorioso que dejaron en el subsuelo ocultamente guardado y vigilado, como un don inapreciable, la reliquia de sus cuerpos. Ellos significaban un vínculo magnético poderosísimo para el gran país predestinado a una de las más grandes experiencias civilizadoras de toda la historia humana, ejerciendo así su poderosa protección permanente sobre sus sucesores y su pueblo.

El gran Hierofante concluyó, al final de aquella sublimemente macabra visita:

—Así se fueron sucediendo, para este país de elección, esas venerables figuras dinásticas, constituyendo las Divinas Jerarquías de las que con el tiempo no quedará más que la leyenda...

El joven Faraón, profundamente emocionado, no podía salir de su estado de admiración y arrobamiento. Pero poco a poco se iba adueñando de él un sentimiento de inferioridad, de incapacidad manifiesta. El no dejaría nunca en la tierra de sus venerables antecesores semejante despojo adorable. ¿Cómo, pues, los grandes agentes de la evolución ha-

bían depositado en él, tan incapaz e imperfecto, el poder real que los Perfectos sustentaron durante tantos siglos?

—La sabiduría divina posee recursos que nosotros, por lo común, ignoramos —dijo, volviéndose hacia el joven Faraón el Hierofante mirándole de hito en hito, después de leer, sin duda, sus pensamientos—. No conviene autojuzgarnos. No has elegido tu misión, sino que se te ha otorgado. Lo que importa es adorar y merecer y vivir de tal modo, que seamos dignos de esa altísima confianza en nosotros depositada por los Grandes Conductores de la evolución de la humanidad. Procuremos, pues, en todo momento, servir de vínculo entre Ellos y nosotros para que actúen sin obstáculo. En ti, joven Rey, convergirá el poder de esos divinos Monarcas, tus antecesores. Cumplir su voluntad es, sin duda, la suprema virtud de sus descendientes...

Menes sintió en aquel momento como si realmente convergiera sobre él a través de la mirada fija del Hierofante, no sólo la voluntad, sino la paz y la bendición de todos aquellos regios Dormidos. Sintió como si se le aligerara la carga de la responsabilidad y se le alegrara el corazón.

—Así fue tu Padre... —añadió el Sumo Sacerdote de Horus.

Atravesaron, una tras otra, diversas salas funerarias de parecida disposición, todas iluminadas con aquel fulgor extraño, translúcido, azulado, que parecía no proyectar sombras.

Siguieron la marcha a través de los ámbitos subterráneos, bajo la guía del sumo Sacerdote y penetraron por fin por un pasillo de bajo techo que daba a una antesala relativamente angosta, levemente iluminada y decorada también con extraños jeroglíficos su forma de frisos superpuestos. A la derecha, una puerta disimulada comunicaba, mediante otro breve pasillo de enlace, con el *serdab*, cámara estrecha y totalmente desnuda en cuyo centro se hallaba, de pie y en actitud de avanzar un paso, el doble o *ka*, fidelísima imagen en piedra labrada y policromada del recién fallecido Faraón Narmer.

Al encontrar allí, inesperadamente, la representación casi viviente de su propio Padre avanzando hacia él, experimentó Menes, con la sorpresa, una emoción indescriptible. Superó con valor el choque emotivo gracias a que en aquel momento, sintió en la suya la presión de la mano de su Madre.

El guía pasó de largo, sin hacer comentario alguno y seguido de sus visitantes hicieron su entrada en la cámara mortuoria, a la que precedía un amplio umbral en el que se exhibían algunos muebles y enseres personales del regio finado.

—Señor mío —dijo entonces con voz enternecida, volviéndose hacia Menes, el anciano Hierofante—. He de hacerte antes una advertencia. No esperes contemplar ahora la vera efigie de tu predecesor, a semejanza de los anteriores Monarcas divinos. En cuanto a tu Padre... Lo verás, como es tu deseo, pero sólo a través de la artificial envoltura que protege su momia. Narmer no poseía los poderes suficientes para mantener, después de la muerte, su cuerpo incorrupto. Se hallaba sujeto, como nosotros, a las leyes humanas, no a las superhumanas o a las divinas. La evolución de nuestro pueblo lo requiere así en adelante. La prosecución de aquellas excelsas regencias, no haría en adelante más que adormecer beatíficamente a nuestro pueblo, por ellos gobernado, sumiéndole en una absoluta adoración a su belleza y a sus superiores facultades. Era preciso estimular en los hombres nuevas energías, otras facetas inoperantes del carácter, nuevos aspectos del conocimiento asequible a las razas humanas evolucionantes en este país. Por ello, se imponen nuevas formas de actividad y de inteligencia: la astucia, la lucha, la estrategia, la industria, la organización, el estímulo, la necesidad en todas sus formas. Si los hombres se saben superiormente dirigidos, excepcionalmente gobernados, se desinteresan de los asuntos públicos y colectivos y se tornan abúlicos e irresponsables, indiferentes o estáticos. Y a veces, es necesario sacudir a las masas mediante el dolor, la des-

orientación, la duda, la ambición, el descontento, las privaciones y los errores. Todo ello estimula el ansia humana de experiencia y superación. Esos períodos aunque semejan a menudo retrocesos, en realidad no lo son. Y esas temporales regresiones o involuciones, no son más que anticipos de períodos de evolución acelerada. El paso ascendente de la humanidad, no se halla a menudo sujeto a un ritmo previsto. Los medios de crecimiento son innumerables. Esto debe conocerlo un gobernante y jamás entregarse a la depresión, ni sumarse al desconcierto de sus súbditos. El buen gobernante lo será en relación al mantenimiento del vínculo con la voluntad divina que nos dirige, cuidando de obedecer la guía de tales conciencias superiores, ejecutoras de la ley de la evolución. He aquí su principal virtud. Porque ellos, los Perfectos, velan y velarán, en tanto los hombres tengan conciencia de su existencia, sobre este privilegiado país. Tu padre representó, en el plano de las Jerarquías rectoras de la patria, el traspaso, el enlace entre aquellos grandes Reyes que venerará la historia y las dinastías faraónicas humanas que tú encabezas. Narmer pasará a la historia como el precursor, como el primer Rey-Guerrero que llevó a efecto empresas arriesgadas para liberar al país de codiciosos enemigos. La grandeza, la riqueza y el poder de Egipto iban cundiendo en el mundo a través de modalidades fabulosas que suscitaban, en forma creciente, en el actual estado de evolución del mundo, la codicia y el deseo de rapiña. Fue el hombre elegido, terminada en la Tierra la misión de aquellos grandes, venerables Reyes, para llevar a cabo esa repulsa, esa afirmación temporal que el país necesitaba. Así logró, por la fuerza y el imperativo de sus victorias, imponer el respeto y afirmar la intangibilidad de sus fronteras contra amenazas e invasiones. Fue un gran Rey...

—Sí, mi Padre fue también un gran Rey —susurró, tímidamente, el joven Menes.

Se aproximó, acompañado de su Madre, al sarcófago de granito rosa pulido como una joya y empotrado en parte a la pared en forma de nicho encabezado con una semivoluta llena de inscripciones criptográficas sagradas.

Cuatro sacerdotes Shemsu-Hor, de blancas vestes y cabeza rapada, aparecieron entonces allí, como llamados a través de un resorte incógnito. Levantaron a una en silencio la pesada tapa...

El joven Monarca se asomó al interior. Allí, tendido, no vio más que el doble, labrado en oro policromado, del cuerpo de su Padre.

—Pero él... —requirió el muchacho, dirigiéndose a su Madre.

—No, hijo mío —respondió ella—. No exijas su levantamiento. Mejor es que no lo veas. No está dormido como los demás. Su cadáver, por propia voluntad fue sujeto a la difícil y complicada operación del embalsamamiento. Sólo así puede sobrevivir su *ka* y servir de vehículo entre sus cuerpos sutiles y su conciencia terrestre. Sólo así será apto para actuar en este mundo material. El sabe que tú necesitarás su colaboración y su consejo en determinados momentos. Y no sólo tú. También el círculo íntimo de los Shemsu-Hor, los ejecutores del plan espiritual, y el pueblo, al que tanto amó. De este modo, y bajo ciertas condiciones, puede incluso hacerse su presencia visible y tangible y manifestar su voluntad interviniendo en los momentos difíciles de tu gobierno y de tu vida. Guiado así por su experiencia, velando amorosamente sobre ti, sobre nosotros, podrás conducir con más acierto y resolución los problemas del Estado. Si no se hubiera prestado tu Padre a ese sacrificio de la momificación artificial, su cuerpo abandonado, ya sin vida, entregado sin remedio al proceso natural de la descomposición, no tardaría tampoco su doble, el vehículo mediador, en desintegrarse. Entonces, al cabo de cierto tiempo, ocurriría en él la "segunda muerte". Después de ella, la conciencia terrestre se desvanece, falta el vehículo de enlace

entre el espíritu radiante y el alma del desencarnado. Y el *ba* asciende entonces, una vez quemadas las impurezas anímicas y el rastro de los pecados del mundo, a la región feliz del Amenti conocida por los Campos de Yalú...

Menes no pudo dominar su emoción. Cubrió su faz con ambas manos y estalló en sollozos.

Entonces sintió que unos brazos vigorosos le conducían fuera del recinto subterráneo.

Poco a poco, su alma se fue serenando. Y por fin, al embocar el último tramo del pasillo ascendente, experimentó una secreta alegría al percibir la luz del Sol del mundo exterior.

Una vez al aire libre, respiró con unción como para retener el privilegio inapreciable de la dádiva que se le había otorgado. Y ante el Astro del Día, prometió en silencio, reverentemente, ser digno de ella.

Más tarde, al salir del Templo de Horus, después de la ceremonia de acción de gracias, al lado de su Madre y seguido por el Hierofante de Menfis, los sacerdotes auxiliares, consejeros y ministros de las Dos Coronas, oyó con inefable gozo, como si fuera una música lejana, el susurro del agua deslizante del Nilo sagrado.

Ya bogando aguas abajo al impulso suave de la brisa que ondulaba con una pulsación de luz y sombra la vela blanca y roja de la nave regia, recuperó toda su entereza. Sabía que algo había quedado en él, de manera tangible, de su reciente visita a los cuerpos venerandos de los divinos "Dormidos", los guardianes espirituales de Egipto.

A la vista de Menfis, Neit-Hetep se aproximó a su hijo, apoyado de codos en la barandilla lateral de la nave. Y por primera vez desde hacía muchos días, lo miró con ternura. En aquel momento, alejada de sus deberes reales, se sentía sólo madre.

Rodeó con su brazo diestro los recios hombros de su hijo, y le susurro al oído para darle aliento:

—Si una vez reanudada tu vida en la antigua Menfis, posesionado de la máxima magistratura del país, consagras el sueño de la siesta a la gran Harmakis venerada, la Esfinge que erigieron los Iniciados atlantes en el lugar mismo de su desembarco, recostándote a su sombra, ella te hablará en nombre de los astros a los que se halla vinculada, y te dará a conocer su voluntad sobre el pueblo egipcio. Si tienes fe, la protección no te faltará. Mi amor te será escudo y fortaleza. ¿Qué más puedes desear, hijo mío? Sonríe. Respóndeme, ahora y siempre, con la oración permanente del amor y de la alegría...

CAPÍTULO III

HETEP-HERES
Y TOTH HERMES, "TRES VECES GRANDE"

Hetep-Heres

Cuando Hetep-Heres vio entrar en su señorial mansión un poco alejada del núcleo urbano de Menfis, al joven Toth, lanzó una exclamación de sorpresa.

Avanzó presurosa entre sus servidores y fue hacia él con los brazos tendidos, las palmas de las manos de frente, largas, finamente enjoyadas, en actitud de reverente saludo y bienvenida.

Dijo al Hierofante suplente del Templo de Ptah:

—¡Oh, bendita esta casa por tu presencia! Desde aquel infortunado día del grave accidente sufrido por mi hijo Kufú, no habías vuelto a pisar su suelo.

—Venerable Hetep-Heres —respondió con voz grave y aplomada el joven, correspondiendo al mismo tiempo al saludo—. Nunca dejé de hallarme a vuestro lado desde entonces. ¡Me fue tan dulce vuestra compañía, tan grata vuestra hospitalidad!

Con un insinuado gesto sobriamente ceremonioso, Hetep-Heres dio su aquiescencia al cumplido, que sabía verdadero.

—Lo sé —dijo, en tanto precedía al joven sacerdote por la semipenumbra del pasillo, todo de alabastro pulimentado—. Lo sé desde que por vez primera te conocí. Todo ha cambiado para nosotros, desde entonces...

Toth siguió a la madre de su amigo sin decir palabra, un poco ausente en su habitual actitud reconcentrada.

Atravesaron el segundo pilón y entraron ambos en el amplio patio interior, semitechado, rodeado de un elegante

peristilo de columnas palmiformes cuyos estriados capiteles sostenían un rico artesonado en torno.

En medio del patio, ornado de azulejos de vivos colores, la abertura de la bóveda dejaba caer verticalmente un chorro de sol dorado, el incomparable sol egipcio, que abrillantaba el agua del breve estanque como si fuera un gran topacio licuado, en cuyo centro un surtidor cantaba su monodia dulcemente.

Toth tomó asiento al lado de Hetep-Heres, atento a su invitación, en el banco más próximo.

Como si repentinamente volviera de su estado introvertido, abrió de pronto el joven sacerdote sus grandes ojos rasgados y negrísimos, hondos y resplandecientes, que sabían calar tan hondo en los seres y en las cosas, y dirigió su mirada con especial complacencia, más allá de las columnas ceñidas de yedra, hacia los lotos que crecían a pleno sol en el agua del estanque.

¡Oh, la maravilla de aquellos lotos grandes, únicos, blancos, azules, amarillos, rojos, que tan bien sabían cuidar delicadas manos de mujer y que ostentaban orgullosos su hermosura flotante sobre el agua! Volviéndose, miró con gratitud a la dueña del prodigio.

Ella levantó los ojos, requerida, sabiéndose en silencio solicitada por la mirada enternecida de él, detenida largamente en la suya.

Hetep-Heres no pudo evitar la conmoción producida por la intensa y magnética mirada del joven Hierofante, y bajó los párpados de nuevo.

¡Cuán hermosa aparecía aún de aquel modo, infantilmente turbada, la gran sacerdotisa del Templo de la diosa Maat, consagrado a la Verdad-Justicia!

Era auténticamente adorable, porque adoraba a su vez, como un símbolo viviente de la máxima religiosidad, al joven Toth, encarnación de la sabiduría y de la santidad en aquellos momentos de transición a una Nueva Era profetizada del mundo. Ella sabía el progreso que precedió a su

hallazgo, su obtención por los sacerdotes-astrólogos del Templo de Ptah, la tierna historia de su nacimiento, de la renuncia de sus padres, la profecía de su futuro, su alta categoría espiritual...

Toth presentía aquel mudo homenaje de admiración y de gratitud y no deseaba aquello. Prefería, de su amable anfitriona y gran amiga, en aquel momento y para la finalidad que allí le conducía, el acercamiento, la familiaridad.

Se levantó para contemplar de cerca las flores. Acarició el más próximo loto azul que cándidamente se ofrecía a sus suaves manos. Aproximó éstas al fresco chorro del agua, y sonrió como un niño a la sensación del líquido elemento estallando como un cristal en sus palmas tendidas.

Hetep-Heres tuvo entonces un fugaz vislumbre de su misión futura. Y levantándose, tendió insensiblemente hacia el joven Toth las manos juntas en actitud de adoración y reconocimiento.

Toth lo presintió. Y obedeciendo a la voz interior refluyó la admirativa corriente hacia ella, pensando en el objetivo de su visita:

Volvióse súbitamente hacia Hetep-Heres y le dijo:

—¿Dónde está Kufú?

—En el Templo, recibiendo las lecciones de los escribas —respondió maquinalmente la mujer, como volviendo de su deslumbramiento.

—Lo suponía —añadió el joven sacerdote.

Y con la máxima naturalidad, dirigióse otra vez hacia el banco de granito. Se sentaron de nuevo. Prosiguió:

—Me encanta su interés por esa índole de estudios. Su destino se acelera y pronto la vida le requerirá. Planean en el aire importantes acontecimientos... Conviene que se prepare de antemano, en su integridad, para que pueda superar las pruebas de entrenamiento, los exámenes previos y las grandes ordalias de la Iniciación.

—¡La Iniciación!... —exclamó, suspirando, la dama. Y añadió, levantándose—: Temo por él. ¡Es tan joven, to-

davía! Su formación espiritual es muy reciente. Desde que entraste en su vida requerido por la gran Ley de Necesidad [1] a raíz de la grave caída de su carro, cuando tan oportunamente le asiste y curaste. Hará sólo...

Toth la atajó:

—El tiempo no cuenta para los procesos interiores. Era la hora de Dios y yo, su humilde instrumento. Kufú tiene una misión que cumplir. Los astros de su nacimiento anunciaron su alto futuro cumplimiento. La sintonización de sus posiciones zodiacales y planetarias, las miradas celestes del Padre y de la Madre afines con la tónica astral de este país en la hora de trascendentales cambios que vivimos, requieren su acelerada preparación. A esto he venido. Porque depende principalmente de ti... No temas por tu hijo. Hetep-Heres, tú eres la mujer destinada a dejar hondo surco en la historia, imprimiendo tu recia voluntad en su joven corazón. Porque antes de emprender la trayectoria humana y espiritual que Egipto le reclama, es preciso que se halle en condiciones de franquear, con la preparación y el temple debidos, las Puertas Secretas. Investida tú también por el toque de la Divinidad, tu destino y el suyo se hallan íntimamente entreverados. Y ambos debéis trazar sobre el suelo predestinado de Egipto, la huella de luz y de sabiduría que nos legaron los Divinos Antepasados. Esa Luz solar emanada de los Misterios, tiene su dualidad en el mundo, merced al hombre y la mujer iniciados. Las duras pruebas para alcanzar este superior estado, tienden a reducir y a fortalecer e nel hombre las condiciones viriles: el valor, la resistencia, la osadía, la inteligencia y la confianza en sí mismo, cualidades inherentes a los reyes y a los nobles. Porque tú sabes bien, como Iniciada en los Misterios femeninos de la Gran Madre, que el ideal del individuo superiormente desarrollado y educado en su integralidad en las Escuelas de los Misterios, consiste en el logro de la armonía así externa

[1] Equivalente a la Ley del Karma de los indos.

como interna. El ser armónico encarna el máximo ideal de humanidad: el andrógino, cuya alma resume a la par las cualidades masculinas mencionadas, a las femeninas de la sensibilidad, la dulzura, la belleza, la obediencia estricta a las órdenes recibidas, la exquisitez y la elegancia en todas sus formas. Por ello, llegado el solemne momento, no dejará tu hijo de recibir, con la investidura solar antropomorfizada en Osiris, la dádiva espiritual de Isis divina, la Gran Madre, encarnación de la eterna sabiduría y del eterno amor...

—¡Oh Toth! —exclamó en aquel instante, movida por la convicción profunda de su fe en las palabras del joven sacerdote—. Poseo en este momento la certeza de algo que intuí en ti desde el punto y hora en que te conocí cuando te condujo a esta morada la Ley cósmica que impulsa, a menudo a través del dolor, a las almas al mayor bien. Tú fuiste entonces el agente de esa Ley Universal que rige la vida de los hombres como regula la órbita celeste de los mundos. Tú encarnaste la compasión que invocas, de la que se halla colmado tu generoso corazón. De lo contrario, no habrías salvado a mi amado hijo Kufú, librándolo de perecer entre las ruedas del carro desbocado, ni lo habrías velado noche y día, ni le habrías curado con tu ciencia de Sanador y Terapeuta la rotura de la pierna ni la infección de la herida, ni habrías consagrado a él tan largo tiempo, abandonando tus estudios, tus deberes y tus consagraciones. A tal desgraciado acontecimiento se debió tu llegada aquí fraguando el alto significado de nuestra amistad y mutua ayuda para siempre. Al concepto que desde un principio formé de ti, se sumó luego una proyección, acaso un recuerdo de mi adolescencia. Consagrada, desde mi temprana edad, al culto de la Madre Divina en la forma de la diosa Maat, férvidamente anhelosa de conciencia, tuve el privilegio de tener por tutor sagrado a mi propio bisabuelo, el gran Faraón y alto Iniciado Zoser y como instructor a su primer ministro, consejero y "amigo único", el gran médi-

co y astrólogo Im-Hotep, el que legó a la posteridad el mayor y más sabio tratado de Medicina Astrológica a través del Colegio del Templo donde tú te formaste. Cuantas veces me pregunté: ¿Qué hice yo para merecer tales maestros, tales ascendientes, tan altos privilegios del destino? Y ahora me pregunto al tener, no sólo el vislumbre, sino la certeza de tu misión, entreverada a nuestra vida: ¿Cómo corresponderemos, ¡oh Toth!, a tus inmensas dádivas?

—Todo hecho en este mundo físico, obedece a una causalidad —respondió, con ponderado acento, el joven sacerdote—. Sin duda, tu bondad, tu sentido de responsabilidad ponen tan alto precio a mis actos y tan inmerecida ponderación a tus juicios. Tú sí que mereces, no sólo esa consagración y esos dones míos que nombras, sino otros que sin duda ignoras, ¡oh maravillosa y ejemplar mujer, trasunto en la tierra de la Divina Madre!

Toth la contempló en ese punto de su conversación con sus grandes ojos negros de mirada enternecida. Luego, prosiguió, tomando la mano suavemente cedida y temblorosa de Hetep-Heres:

—En adelante, mi mayor orgullo será no recibir de ti elogios, sino órdenes; y al ofrecer mi ayuda a tu hijo, a través de ti, obediente a la voluntad de la divina Jerarquía que gobierna los destinos de este privilegiado país, recibir sólo la satisfacción de un deber cumplido en colaboración.

Humildemente, la gran sacerdotisa de Maat replicó:

—Tan confusa me hallo ante tus razones, que prefiero no hablar de mí, de nosotros... De todo corazón te confío, porque sé que también es ésta la voluntad de Kufú, su guía espiritual. Te la confío poniendo por testigo de esta fe en los altos destinos de nuestro pueblo, a mi antecesor Zoser. Y en su nombre, voy a referirte algo que en mi tierno corazón quedó grabado para siempre y que no olvidaré mientras viva: su astrológica profecía respecto al advenimiento del segundo Hermes, el que encarna periódicamente en Egipto la voluntad del Padre y de la Madre celestes como Hijo de

la Sabiduría y que desciende a la Tierra consciente de su misión para renovar los Misterios y transferir a través de ellos la fuerza de la Ley, de acuerdo con el signo que preside su misión terrestre, purificando las instituciones vinculadas con la vida espiritual del país, imprimiendo en ellas la tónica zodiacal y planetaria que preside cada ciclo evolutivo, cada avance de la humanidad. Según su solemne predicción, en ese tránsito de una a otra Era de evolución, nos hallamos ahora. Y tú, Toth, eres el Hermes que esperamos. Tú, el llamado a ser, por divino decreto, el heredero espiritual de aquellos grandes Iniciados atlantes, nuestros remotos antecesores, que vinieron a fundar la avanzadísima civilización de este país, inspirados por los Guías internos de Sukra-Venus, el planeta hermano de la Tierra, superior a ella en el grado de evolución... ¡Oh Toth Hermes, yo te reverencio como Maestro cíclico, como encarnación del Hijo celeste, ya que tú has venido al mundo para confirmar los astrales vaticinios de mi anciano bisabuelo, el gran Faraón Zoser!

Al pronunciar estas últimas, emotivas palabras, experimentó Hetep-Heres una profnuda conmoción en todo su ser, una poderosa descarga magnética en su sensible aura y obtuvo la plena confirmación viva de las propias palabras que acababa de pronunciar.

El propio Toth se hallaba en aquel momento ante ella como transfigurado. ¡Instantes de tránsito inolvidable en los que el mensaje de lo eterno se abre en luz a través de las tupidas vallas de la vida material!

Se hizo un solemne y prolongado silencio. En su estado de extática elevación, Hetep-Heres conoció la verdad por comunión directa. Y cayó de rodillas ante el joven Toth-Hermes.

Isis, la diosa velada de la tradición egipcia, acababa de descorrer, por unos instantes, el velo de misterio que cubría su faz.

En el peristilo de la señorial morada, junto al surtidor de canto cristalino, y la tersura de los lotos abiertos, se hizo una gran paz.

Por fin, recuperada la conciencia de la hora y del lugar irguióse el joven sacerdote y encarándose con su antigua anfitriona, la madre de su gran amigo, dijo como si acabara de entrar:

—Venía esta vez a esta casa y en tu busca, con una especial misión. Venía a anunciarte un posible, inmediato cambio en tu vida y en la vida de tu hijo Kufú. Ha sido probado por los sacerdotes pedagogos y he oído sus elogios. Acaso sin darse cuenta, ha pasado también por las preparatorias pruebas. Su alma está madura. El horóscopo de tu hijo, hace prever un destino relevante, íntimamente unido al proceso ascensional del país en el inicio de un nuevo signo espiritual. Hay quien vela... Podría significar, incluso, su ascensión al trono de Egipto...

En aquel momento, pareció como si el alma evadida de Hetep-Heres, volviera de una dilatada, beatífica ausencia. Movido su ser por profunda sacudida psíquica, exclamó:

—¡Kufú Faraón! ¡No es posible! —Y cubrióse la faz con ambas manos. Luego prosiguió en voz baja, como si hablara consigo misma—: No es posible... ¿De manos de qué mujer heredaría el trono para la prosecución legal del regio matriarcado? Yo no puedo transferirle esa herencia... Zoser, el gran Faraón y su regia esposa, no pudieron legar a mi abuela más que el título de Princesa Real. Vino la última al mundo, con todo el pesar de sus progenitores. El anciano Zoser que era, además de médico insigne, un gran astrólogo, lo sabía. Y sabía la fatal decadencia de la rama del fenecido Snefru, su regio sucesor.

—Para ninguna persona consciente es esto un misterio —intervino Toth—. A ello venía precisamente. El cónclave de los "Shemsu-Hor" los preservadores del primitivo mensaje de Horus, llamados "los que ven", oidores a la par de la palabra de los Divinos, veladores conscientes del destino

de nuestra patria saben que Kufú es el elegido. No tardará, pues, en ser designado Faraón de las Dos Tierras de Egipto. Elevado a la máxima magistratura del país, le serán impuestas las dos Coronas. ¡Que las Tierras benditas de Khemi se vean por él realzadas!

Hetep-Heres suspiró:

—De acuerdo con la Ley, la herencia, matriarcal... no puede ser transgredida.

Toth sonrió y dijo:

—Queda Mertitefs, la hija legítima de Snefru, de madre regia.

—¡Mertitefs! —repitió, con breve aliento, Hetep-Heres—. Es difícil.

Después de un breve, embarazoso silencio, levantó la mirada y fijándola, casi suplicante, en el joven Hierofante, añadió:

—Piensa que mi hijo Kufú... conoció, en su época mundana, la intimidad de las más hermosas mujeres egipcias y extranjeras; que sus refinados gustos estéticos, sus preferencias sentimentales y posteriormente sus renuncias, sus votos de castidad y su consagración a la vida espiritual...

—Estoy convencido de ello y me hallo dispuesto a completar tus pensamientos y tus sentimientos al respecto. Evidentemente, en el mejor de los casos, Mertitefs no es el tipo femenino de Kufú. Sé cuán buen catador de femeninas perfecciones es tu hijo, cómo adora el arte viviente en todas sus manifestaciones, su refinada sensibilidad... Mertitefs no es en verdad una mujer hermosa. Ella lo sabe. Pero yo sé también que vislumbra con esperanza esa posibilidad. Y no esperará, puedes estar segura, ganar el corazón de su futuro esposo con sus externos encantos. Pero sí, con su virtud, con su espíritu de consagración y de sacrificio, con su inteligencia, con su delicadeza, con su discreción, con su innato sentido de la mesura. Acaso aspire a convertirse en la perfecta compañera y colaboradora de mi mejor amigo...

Ayudémosla desde ahora. Sé cuanto pesa, en las íntimas decisiones de Kufú, la opinión de su adorada madre.

Hetep-Heres se conmovió profundamente al oir aquellas palabras. Y comprendió. Aprobó con la cabeza y permaneció callada largo rato.

Toth prosiguió:

—La vida del máximo representante de un país y más especialmente tratándose de Egipto, debe sujetarse en cuanto a sus requisitos externos, a los imperativos de la tradición. Imperativos —podemos afirmarlo en aras al respeto de la intimidad— de orden impersonal con miras al bien colectivo y obedeciendo a finalidades ocultas y trascendentes. Por ello la toma de una esposa real, no implica —no no ha implicado nunca— el acicate del agrado, el vínculo electivo del amor entre ambos esposos reales. En la unión de los Faraones, hombre y mujer, se halla el símbolo del andrógino divino, la presencia de la gran Harmakis, la Esfinge veneranda, la que saluda primero en nuestro nombre al Sol de cada día desde los remotos, misteriosos orígenes. Esa unión implicaría, además de la legalidad matriarcal, la única que puede otorgar la regencia a Kufú, la fuerza y la unión consagrada, la comprensión fraternal y amistosa, el objetivo del mejor servicio al pueblo, la posibilidad de formar una unidad poderosa ante el ojo vigilante de Horus divino, el que nos contempla desde la eternidad.

Tras estas palabras, todo el ámbito se llenó de significados y de confirmaciones. Era como una tácita aprobación, como un pacto sellado por dos grandes almas consagradas al bien.

Colmado el objetivo de su visita, salió Toth en silencio de la señorial morada, atravesó solo el jardín, deambuló por la pradera, en cuyo césped verde-esmeralda, salpicado de florecillas multicolores pacía, lustroso y cansino, el ganado de la hacienda de Kufú y de su noble madre. Dirigióse hacia la orilla del río y allí permaneció un buen rato contemplando la sagrada corriente. Por fin, tomó a buen paso

la dirección norte por cuya senda, bordeada de palmeras, se deslizaba entre el plumón de las cañas dulces y de los papiros florecidos, el regato azul de un canalillo que conducía el agua del Nilo hasta el Templo de Ptah.

*
* *

La súbita muerte del Faraón Snefru dejaba vacante el trono del alto y del bajo Egipto. Poco tiempo después, el traspaso del anciano Hierofante, casi inválido desde hacía tiempo, ponía defintivamente en manos de Toth, el joven Hierofante suplente, la responsabilidad religiosa, esotérica y política del poderoso organismo sacerdotal de Menfis.

Eran en verdad aquellos tiempos de aceleración.

El requerimiento divino, destacaba en los dos puestos de mayor relieve del país, a Toth y a Kufú, los dos entrañables amigos.

Y por un imperativo de su mutuo y predestinado sino, fue el mismo Toth el elegido para conducir y consagrar en la última etapa de su Iniciación en los Misterios —la compleja y defintiva de la ordalia astral en el sarcófago de Osiris— del joven Kufú, predestinado al alto faraonato egipcio.

Esa difícil, misteriosa prueba final de los Misterios, no tenía lugar en cuerpo físico. El candidato debía abandonarlo entregándose al sueño hipnótico, a un estado de muerte aparente mediante ciertas fórmulas y encantamientos de ritual y por el toque de la varilla mágica ejercido sobre la espina dorsal por el sumo Hierofante investido de todo su poder y merced a la intervención de la talismánica "piedra del Cielo".

Pero esa prueba decisiva no podía tener efecto hasta que el recipiendario no saliera airoso de las anteriores y durísimas de los elementos y de las tentaciones, hasta que no hubiera trascendido con éxito las pruebas de la inteligen-

cia, de la intuición, de la telepatía, del total remonte a voluntad, del dominio de la mente y de todos los sentidos, de la renuncia, en fin, de la personalidad, con todos sus instintos y apetencias.

En esa actitud de pureza y de total entrega, de vinculación voluntaria con la Divinidad sin forma, se conducía al neófito a la cámara profunda de la cripta y en el interior del sarcófago transcurría para él, sólo perceptible para ojos supervidentes, la victoria definitiva.

A tal fin, caía el candidato, sin perder un solo instante la conciencia, en un sueño lúcido, precursor del desdoblamiento. Era tan idónea esa prueba terrible a la "muerte verdadera", que, si salía de ella vencedor, despertaría como recién nacido, definitivamente "osirificado". Si fracasaba, el sarcófago se convertiría para él en ataúd del cuerpo definitivamente abandonado.

Toth Hermes, inclinado ansiosamente sobre la pálida forma rendida de su querido amigo, celaba con especial interés aunque con absoluta confianza, aquel proceso de muerte aparente y sus trascendentales consecuencias.

Durante tres noches y dos días lo veló, sin abandonarlo, en la penumbra de la cripta iniciática en el subterráneo del Templo del Ptah. Junto con algunos sacerdotes supervidentes, fue siguiendo el proceso del doble o *ka* de Kufú, unido a su cuerpo yacente por el hilo plateado de la vida. Este doble servía de enlace al *ab*, la voluntad consciente y al *ba*, el alma del transido.

Una a una, Kufú iba superando las definitivas, insólitas ordalias en un mundo de más complejas añagazas y más sutiles tentaciones, bajo la guía de los protectores invisibles y la vigilancia de los sacerdotes.

Ni por un momento dejó el joven recipiendario, como era de rigor en su estado de desdoblamiento, de hallarse en plena lucidez, discriminando sus impulsos y sus actos. Ni una sola vez ignoró los deberes del candidato, las reglas aprendidas de antemano en cuerpo físico, las etapas del sen-

dero a seguir, las claves de los respectivos vencimientos y las sentencias sagradas inherentes a cada etapa.

Por fin, al amanecer del tercer día, experimentó Toth la mayor alegría de su vida: la de consagrar, a la luz del primer rayo de Sol entrado por la ranura abierta en el espeso muro que daba a oriente, con el toque magnético de La Cruz ansata de la Vida, Iniciado total en los Misterios, a Kufú.

Así despertó triunfalmente, en el sagrario interior del Templo, aquel que se hallaba predestinado por las fuerzas estelares, desde su nacimiento, a regir los destinos del pueblo egipcio.

Despertó a la nueva Luz, como recién nacido, apto ya para gobernar en nombre del Espíritu del Sol, a través del símbolo del dios Osiris, el hombre superior o divinizado. Despertó, al tiempo en que Toth-Hermes le transmitía el sagrado soplo y pronunciaba, al son de una música invisible, el HIMNO de los Iniciados consagrados:

"¡Despierta, oh tú que permaneciste dormido!...
El Disco del Sol es tu Disco,
sus rayos de Luz son tus rayos,
su diadema Ureret es tu diadema,
su inmensidad tu inmensidad...
Su nacimiento al amanecer es tu nacimiento,
su trono es tu trono,
su legado tu herencia.
sus adornos los tuyos,
tuyos sus decretos...
¡Gloria a ti Osiris, hijo de Nut!" [2]

*
* *

[2] *Libro de los Muertos.*

Poco tiempo después, se abrió la puerta sellada, en el Templo de Ptah, de la Sala de las Coronaciones, presidida por la doble imagen de Uazet, la diosa de las Dos Coronas, Blanca la del Sur, Roja la del Norte, situadas a ambos lados del disco del Sol que, suspendido sobre la figura de Horus reinante, con cabeza de Halcón, símbolo del Faraón Iniciado, semejaba coronarlo con su disco o halo esplendoroso.

Allí se celebraron solemnemente, con general regocijo, los esponsales de Kufú y Mertitefs, los dos jóvenes Faraones que inauguraban, con su coronación, la cuarta dinastía, bajo el signo zodiacal del Toro Celeste, cuya Era recién iniciada prometía la máxima prosperidad al país de Egipto.

CAPÍTULO IV

MERTITEFS Y LA GRAN PIRÁMIDE

Mertitefs

ANTE EL AFECTUOSO, retirado requerimiento de la Faraona, Toth-Hermes consintió en ir personalmente a la Casa Grande, la regia morada, y satisfacer lo que consideraba un oficio de concordia, un deber de amistad con el Faraón Kufú y, más allá de toda significación personal, un tributo al despertar espiritual de Egipto.

Y pensó también que acaso aquella aparente transgresión del protocolo tradicional —ya que por lo común, jamás para asuntos privados trasponía el gran Hierofante las puertas del Templo—, cumpliría esta vez una misión de la que podía derivarse el éxito inicial de la gran empresa entre ambos amigos proyectada y que tantos beneficios podría reportar al presente y al futuro del país.

Decidióse. Vistió el sencillo hábito de lino usual en los sacerdotes, exento totalmente de los distintivos de su supremo cargo, peinó su negra cabellera lustrosa, partida a raya sobre la frente y que rozaba sus anchos hombros; ajustóse a la cintura el ceñidor de cuero con aditamentos de plata y oro, calzó las ligeras sandalias de papiro y llamó a dos de sus más capaces ayudantes de la Escuela de Arquitectura, edificio adosado a la parte sur del Templo de Ptah.

Bajo sus órdenes envolvieron la preciosa maqueta totalmente terminada, la colocaron sobre unas finas parihuelas y precedidos de Toth, se dirigieron al suntuoso Palacio regio, situado a corta distancia del Templo.

Al anunciarse a los guardas del pilón de entrada al recinto, inmóviles como estatuas, con la lanza erecta ante sí,

y apostados a ambos lados de la puerta, les franquearon la entrada al gran portal de abertura trapezoide, rindiendo armas. Al ser anunciada a la Faraona la presencia del sacerdote y de su séquito, ésta sonrió con especial complacencia. Se irguió con un leve gesto de femineidad triunfante y dio simultáneamente dos órdenes a sus servidores: que acompañaran inmediatamente a Toth y a sus ayudantes a la misma estancia familiar donde ella se encontraba, y que anunciaran a su esposo el Faraón, la llegada de su amigo.

Ambos coincidieron, con la mejor sonrisa, ante la presencia de Mertitefs.

—¡Cuánto estimo tu venida y tu interés en complacerme! —dijo, dirigiéndose al Hierofante, la joven Faraona, al tiempo que apoyaba la mano en la que gentilmente le brindaba su esposo.

Toth quedó de momento estupefacto al verla a ella. No había vuelto a ver a Mertitefs después de la ceremonia de los regios esponsales y de su solemne coronación. Ya que él mismo había organizado y ejercido de máximo pontifical en los dos imponentes y aparatosos actos. Con tal motivo, se había entrevistado con antelación y en distintas circunstancias con la hija única del difunto Faraón Snefru, a la que aquél llamaba "la bien amada de su Padre".

Apenas habían transcurrido siete lunas desde que tales acontecimientos tuvieran lugar. ¿Y era posible que en tan poco tiempo hubiera cambiado su aspecto de tal modo? No parecía, en verdad, la misma mujer que de pie, contemplándole amable y a la vez triunfalmente, tenía ante sí.

¿A qué milagro se debía tan notoria transformación? En su admirativo asombro contempló, llena de prestancia, desenvoltura e indiscutible atractivo, a aquella que poco antes apareciera ante su presencia, tímida, insignificante, desgarbada y mal parecida.

Recordaba con todo detalle Toth, con su lúcida memoria, su ancha faz de cutis pálido y grosero, sus labios excesivamente abultados, sus grandes ojos separados, abiertos,

de expresión un poco bovina bajo la sombra de las espesas cejas...

La miró con reticencia, sin decir palabra. ¿Era, en verdad, la misma de entonces?

Ante todo, captó el extraño sortilegio que en su oído ejercía al presente su voz. Le parecía modulada de nuevo, como si llevara prendida en su mágico encanto, todos los íntimos enternecimientos desde entonces vividos.

Aquel dato fue la revelación. Y Toth fue observando entonces con placentera comprobación, todos los síntomas evidentes de aquella amorosa metamorfosis operada en Mertitefs.

Para romper el prolongado silencio, habló ella de nuevo y pronunció en voz muy baja, vagos cumplidos a Toth y a Kufú.

Efectivamente; sin duda era su voz la clave de su total transformación, de su presente encanto. Sus palabras resonaban en los oídos de Toth como una música dulcemente modulada. Ejercían en él una extraña seducción sus matices leves, casi perdidos; sus graves acentos, su tono ligeramente gutural de inflexiones profundas, su dulzura. Parecía un arpa.

Su tez poseía a la sazón una tersura y un animado color, como si a través de su expresión, resplandeciera. Sus mismas facciones aparecían, si no perfectas, armoniosas. Sus ojos un poco bovinos, de detenido mirar, ribeteados ahora de color azul, miraban con un dominio y una profundidad que los alargaba y entornaba levemente; en ciertos momentos parecía como si chispeara en su trasfondo una indefinida llama. Era la llama mágica del amor cumplido.

También su cuerpo había ganado en finura y en esbeltez. Sobre su ceñidor de metal y de piedras preciosas, resaltaban, bajo la leve túnica ceñida color azul pálido, sus senos modelados "de adolescente", rítmicamente agitados bajo el collar de perlas y turquesas que se perdía bajo su larga cabellera perfumada.

A una indicación de ella, tomaron asiento los dos hombres en sendos divanes de cuero policromado.

Kufú comenzó a hablar, interpretando el deseo de la Reina de ver convertida en realidad la magna obra que en colaboración se proponían realizar.

Toth apuntó entonces las razones sociales e históricas del futuro monumento, derivando luego su plática lenta y entreverada de silencios, hacia ciertas soluciones de su incumbencia de tipo oculto, matemático y astronómico.

Pronto, la plática derivó en diálogo. Toth iba contestando a todas las preguntas y objeciones del Faraón y se hallaba dispuesto a demostrar sus bien cimentados asertos.

En el decurso de aquella interesante conversación, el joven Hierofante se dio cuenta de que Kufú consultaba de vez en cuando con la mirada y la expresión a su esposa, como requiriendo su aquiescencia.

Y presintió, con hondo contentamiento, aquello que tanto deseara y por lo que tanto había rogado: que el amor naciera, prometedor y perdurable, entre los regios esposos. Sabía con certeza que aquel amor sería la más pródiga fuente de compensaciones entre ambos y que representaba un caudal de bendiciones para el país. Que a raíz de aquel acontecimiento íntimo, brotarían un sin fin de realizaciones prósperas y de obras maravillosas. Y pensó en la realidad de aquel monumento por él esbozado, símbolo elocuente del gran porvenir de Egipto...

Una alegría intensa y contenida aceleraba los latidos del generoso corazón de Toth, animando con intuitivos destellos su premonitora visión, su amena, profunda y científica charla.

Al expresar por fin Mertitefs, llena de interés, su deseo de contemplar el precioso, acabado proyecto, deseo que se apresuró a corear Kufú, levantóse el sacerdote máximo y se fue en busca de sus acompañantes y del precioso cargamento que llevaban.

Al aparecer ante los Faraones, hizo seña Toth a sus dos

discípulos de que dejaran las parihuelas con el envoltorio que sostenían, frente a sus Majestades, y luego de que se retiraran.

Entonces avanzó unos pasos y ante la aumentada curiosidad de ambos monarcas, procedió a desenvolver el voluminoso objeto.

Por fin quedó al descubierto, blanca e impoluta, como si no hubiera sido confeccionada por manos humanas, la maqueta en yeso pulimentado del monumento llamado a ser el pasmo de las humanidades presentes y futuras.

Era un bloque liso y uniforme del más simple de los cuerpos geométricos conocidos: el pentaedro piramidal consistente en una base cuadrada rectangular y cuatro facetas triangulares como superficies.

Kufú, sonriente, observaba las reacciones de su esposa. Mas ella no osaba exteriorizar la más mínima expresión ni emitir juicio alguno, esperando las opiniones de Toth Hermes y las del Faraón su esposo.

—Querida mía —dijo éste por fin levantándose—. Aquí tienes la diminuta, proporcionada forma de lo que está llamado a ser un día el más grande y asombroso monumento del mundo en todos los tiempos. Fíjate. Es como una llama petrificada. Porque será en verdad un monumento alzado al Fuego celeste. Su forma arquitectónica, vista en su superficie, responde al concepto de construcción más simple y elemental. Sin embargo, las leyes que lo fundamentan; las ideas, así concretas como abstractas que lo inspiran, harán de él el más profundo y trascendental tratado de sabiduría concretado en piedra. Todo ello, dejando aparte las soluciones inmediatas que su construcción aportará al problema de los sin trabajo durante las dilatadas etapas de sequía, problema hasta ahora insoluble y que en ciertas épocas ha hecho tambalear el trono y oscurecer la gloria de pasadas dinastías, desde que los Reyes Divinos cedieron el poder gubernamental a los hombres para el logro de las experiencias requeridas.

Toth intervino. Aproximóse antes a la maqueta y acariciándola con sus hermosas manos, en cuya diestra lucía la sortija talismánica del Gran Hierofante en la que se hallaba grabado el nombre jeroglífico del dios Ptah, añadió:

—Es la ciencia, es la belleza, es la verdad, es el amor, representados en el magno símbolo del cuaternario cualitativo, unidos a su contraparte divina, que como réplica magnética, altamente potenciada, coronará su cima en forma de piramidión, otra pequeña pirámide ensamblada a la inferior o telúrica.

Y diciendo estas palabras, separó de la parte superior de la maqueta, la pequeña, perfecta pirámide de su cima y la mostró a la Reina sobre la palma de su mano, como una joya.

—La materia que la componga, no será de este mundo...[1] —dijo.

Luego, sacó de su cinturón una laminilla de cobre que introdujo en uno de los vértices angulares del poliedro y éste se abrió, mostrando su interior.

La curiosidad de Mertitefs subió de punto. Levantóse y se inclinó para observar de cerca aquella oculta, misteriosa trama de cámaras y de pasillos de diversos tamaños y direcciones, con canalillos de ventilación, piezas giratorias, pozos y contracámaras.

Señalándolas con el dedo, Toth iba nombrando tales huecos, uno a uno, ya que todos respondían a un orden y a una finalidad, situados en su dirección correspondiente.

Cada una de aquellas diminutas cámaras, en número de siete, respondía a la configuración e influjo de un determinado planeta y a todas presidía por su altitud y mayor ámbito, la Cámara destinada al Sol. A través del dédalo de los pasillos que a ellas conducían apuntaba Toth su significación dentro de las etapas iniciáticas. De una manera un

[1] La tradición oculta deja entrever que la materia del piramidión era aerolítica o espacial, a manera de índice magnético, poderosamente talismánico.

poco velada, aludió acto seguido al significado oculto de aquel misterioso recorrido por el futuro Iniciado en los Misterios Mayores a través del seno ignoto, poderosamente magnético de la Gran Pirámide. Habló de su relación con los mundos invisibles, con los siete cuerpos o envolturas del individuo superior; de las pruebas inherentes a cada una de ellas y de la etapa final y definitiva, la muerte de la personalidad o su superación humana y el recobro operativo del cuerpo solar en el mundo invisible, etapa última de la Iniciación, al abandonar el candidato su cuerpo inánime en el sarcófago de granito de la elevada cámara solar cuyo ámbito alimentaban dos canalillos de ventilación y cuyo techo sostenían cinco bóvedas superpuestas, destinadas a contrarrestar la presión de la inmensa mole sobre el ancho ámbito hueco de la cámara. Luego, habló del significado del emplazamiento y de sus colosales dimensiones, de las correspondencias históricas, geológicas, astronómicas y éticas de la futura Gran Pirámide.

—Es realmente maravilloso, algo sin posible ponderación. Sólo tus dones de sabiduría, Toth-Hermes... —apuntó, confundida, la Reina.

Este se apresuró a derivar la alusión:

—De su concreción nos hablará Kufú...

El joven Faraón tomó amorosamente la diestra de su esposa y añadió:

—Como puedes ya colegir, querida mía, esta inmensa pirámide no será grande solamente por sus proporciones materiales. No será sólo una ingente montaña artificial de bloques enormes, pulidos, arrancados de las vírgenes canteras del muro oriental, allende el río y ajustados entre sí como joyas. Los sabios conocerán no sólo el esfuerzo y lo que supone su construcción, que no parecerá en verdad obra de hombres, sino su contenido simbólico, su valor científico y espiritual...

—No puedo imaginar cómo será posible...

—Hay quien vela sobre esta realidad en tantos concep-

tos creadora. Ya que, sobre su inmediata finalidad de tipo social y económico, sobre el logro tangible, sobre su beneficio inmediato, resplandecerá, a través del genio que la concibió, la inmensa lección de sabiduría que representará, para el presente y el porvenir no sólo del pueblo egipcio, sino del mundo entero, la erección de la Pirámide magna —dijo, con lenguaje agudo, de firme convencimiento, el Faraón.

Mertitefs lo miró agradecida. Mas insistió, aun dubitativa, con esa extraña y lenta amargura ancestral de egipcia que viviera, desde su nacimiento, el drama proseguido de su pueblo:

—Si con ello lográramos en verdad aliviar el hambre y la miseria de las gentes humildes; si en las temporadas de sequía y de forzoso paro, cuando bajan al mínimo nivel las aguas del Nilo y el pueblo labrador espera pacientemente la nueva inundación y la dádiva del limo negro y fecundante soñando en las siembras, las floraciones, las futuras cosechas... ¡Oh, si lográramos de ese modo ocupar en tan dilatados períodos de inactividad tantos brazos caídos, llenando despensas y esperanzas!

—¡Sea tuya la primera esperanza de ese logro, tú, que eres para el pueblo egipcio la primera dama investida por la voluntad divina! —reiteró el joven y enamorado Faraón Kufú—. Yo quisiera ante todo infundir en tu corazón mi fe. Yo sé que, durante muchos años, ese gigantesco monumento que proyectamos, asegurará el sustento de las familias trabajadoras, alzando la moral de las gentes humildes.

—¡Benditos seáis, aunque sea por vuestras nobles intenciones! —respondió, resignada más que convencida, Mertitefs.

—Reina mía —añadió entonces Toth, dirigiéndose, con iluminada sonrisa a la mujer—. No dudes un punto de la altura y efectividad de nuestro proyecto. Necesitamos de tu apoyo y de tu fe. Piensa que la Gran Pirámide llevará grabado en su seno, para gloria de vuestro mutuo reinado sobre la Tierra, el cartucho glorioso del Faraón Kufú. Y aun-

que la verdadera misión del monumento sea colmar las necesidades materiales y espirituales de los diversos sectores de nuestra sociedad, para los profanos presentes y futuros, esa mole inmensa no tendrá otra finalidad que la de ser la tumba de un hombre que gobernó, con la máxima caridad y justicia, las Dos Tierras del Nilo.

—No, mi gran amigo —se apresuró a interrumpir Kufú—. En este caso, la historia nos traicionaría a todos y frustraría de raíz la plena misión de la Gran Pirámide. Si no significara más que el sepulcro de un hombre engreído por su grandeza...

—¿Qué nos importa, ahora y siempre, a nosotros, la opinión de los ignorantes? Todo aquel que investigue, sabrá que han precedido a su construcción leyes eternas. Para el sabio, será el hito máximo de la ciencia y de la sabiduría arcanas, el Templo del Arquetipo o del Hombre Perfecto, y testimoniará la sabiduría de nuestros Templos-Escuelas, donde adquieren y adquirirán en el porvenir su máxima investidura de iniciados y de sabios, de nobles y de puros los seres preparados, sea cual fuere su condición social; ya que la finalidad esencial de la Pirámide, será la de constituir un centro sapientísimo de Iniciación. De este modo, abastecerá el hambre física y el hambre espiritual. Por la albura y el pulimento externo de sus cuatro fachadas triangulares, debido a la materia de su revestimiento, será el faro de la más esplendorosa civilización. En cuanto a su construcción, se llevará a cabo de acuerdo con cánones astronómicos y numéricos extraídos de los Templos de la noble Tradición, y legados por aquellos primeros Fundadores, cuyos espíritus, los *Afrites* atlantes, todavía se manifiestan velando por la pureza de sus enseñanzas, por la ejemplaridad de sus costumbres, por la magia operativa de sus ceremonias. Las almas protectoras de esos altos Seres, cuya proyección perdurará durante muchísimos milenos, han señalado esa eminencia, el lugar del emplazamiento de la Gran Pirámide, porque en ella perdura especialmente su fuerza

y su magnetismo. Es, por tanto, un lugar talismánico, situado a la vera de la Harmakis venerandas, el monumento prediluviano de la fundación. En ese bendito lugar consagraron aquellos grandes Seres por vez primera en nuestras Tierras, al Sol, a la Luna y a Sukra-Venus, cósmica hermana de la Tierra, más avanzada en evolución. A tales Seres, ningún Iniciado puede considerarlos muertos, sino dormidos. Ellos nos aman, nos guían, nos instruyen y nos ordenan, en este trascendental momento histórico, revitalizar espiritualmente al mundo, dando fe de sus enseñanzas. Nos hallamos a las puertas de un ciclo nuevo de civilización, sellado por el signo zodiacal del Toro celeste y por su opuesto y complementario, el de la sagrada serpiente, el símbolo de la cobra que debe presidir la senda de los elegidos, la forma operativa de los Misterios. Ellos deben presidir, según la voluntad de los Guías, la fórmula actual de la Enseñanza de la sabiduría milenaria que encarna el descendimiento de la gracia y de la fuerza. Porque en cada nuevo ciclo de civilización, desciende la tercera persona de la divina Trinidad tradicional encarnada en Osiris, Isis y Horus.

Aquí Mertitefs levantó la mano, como abrumada por las divinas evocaciones. Calló Toth y ella habló en voz baja, humildemente:

—No sé si merezco efectuar ese requerimiento, pedirte esa aclaración como Hierofante. Es el ruego de una ignorante que en todo momento atenderá tus superiores órdenes. ¿Puedo pedirte aclaración, sin mengua de la debida reverencia, sobre esas tres divinidades que nombras y el por qué de su representación en investiduras humanas?

Toth hizo un signo de aquiescencia y dijo:

—Diré sólo lo que me sea permitido al respecto, mi adorable Reina y Señora. Según el axioma oculto, "Como arriba, así es abajo". Trata de comprender la economía oculta y pedagógica que estas palabras encierran. Esfuérzate en interpretar la inmensa y sabia ley de las correspondencias terrestres y universales, ya que: "Lo magno se refleja en

lo mínimo". Si el concepto abstracto de las Ideas Madres y sus poderes universales no hallaran una noble canalización en sus representaciones terrestres o antropomórficas, el individuo no podría recibir ni asimilar la fuerza y el mensaje de lo alto. Si no poseyera ese enlace asequible, hecho a su semejanza, se perdería irremisiblemente para la experiencia humana, el alto valor pedagógico de las divinas enseñanzas. Y no olvides, Mertitefs, que siempre el que oficia una ceremonia de reflejo universal sobre la Tierra, aun la más sencilla, encarna, a pesar de sus limitaciones, al Poder que invoca y se lo incorpora. De ese modo puede transmitir a los creyentes y aun a los no creyentes, la divina corriente por su mediación descendida. La tradición es profundamente sabia. Los mismos venerables Fundadores llegados por decreto de los astros a las Tierras Puras del Adorable Valle de Khemi poco antes del anunciado hundimiento del Continente Atlante, llevaban la investidura de la Trina Deidad que preside la religión; la encarnaban, ostentaban sus atributos y sus nombres y transmitieron a sus sucesores su sagrada investidura y su sabiduría.

Toth hizo una pausa, acarició de nuevo la ebúrnea, refulgente maqueta, el poliedro piramidal, y prosiguió:

—Esta es la causa del magno monumento que nos proponemos erigir en este momento trascendente y crucial de la humanidad. En verdad, ese monumento, así en su magnitud como en sus proporciones simplísimas, está llamado a encarnar el concepto a la vez abstracto y concreto del pensamiento de la divinidad, revelado a través del avatar cíclico de la Era que comienza bajo el signo equinoccial del Toro celeste. La Gran Pirámide será, en lo que atañe a la gran ciencia universal y cósmica, un inmenso observatorio de los fenómenos espaciales, un magno instrumento de medición puesto al servicio de la ciencia matemática universal y terrestre de todos los tiempos. Por su mismo emplazamiento, señalará el meridiano ideal de nuestro planeta, ya que dividirá el globo terráqueo en masas iguales de continentes.

y mares. Cada una de sus facetas triangulares se hallará orientada a uno de los cuatro puntos cardinales. En verano, a la hora del mediodía, hallándose el Sol visible en su cenit, la Gran Pirámide no proyectará sombra alguna en torno. Por la proyección temporal de luz y de sombra sobre sus facetas y sus ángulos, constituirá el inmenso almanaque de las estaciones, regulando las épocas de las plantaciones y de las cosechas. Por sus descomunales proporciones, su mole resplandecerá a inmensas distancias y será testigo irradiante de una altísima civilización que asombrará al mundo presente y futuro, por su sabiduría sin par en la larga historia de las edades. Por su construcción, distribución y emplazamiento, constituirá, para los sabios del mundo radicados y formados en las altas Escuelas de los Templos de esta ventura Tierra de Khemi, el más asombroso observatorio astronómico conocido para captar las evoluciones de los astros, sus posiciones e influjos, y el valor de sus rayos que canalizarán los rituales ocultos y religiosos. Desde su cima augusta, no sólo se oteará la mayor extensión del valle y del sagrado Nilo, sino que centrará el punto exacto de la hipotética circunferencia cuyo arco diseña el Delta mediterráneo, indicando la zona de la primitiva civilización y emplazamiento de los Fundadores. En cuanto a su más plena significación matemática, el eje central, la altura de la Gran Pirámide o sea, la perpendicular del vértice a la base constituirá para eterna lección y asombro de las edades futuras, la fracción exacta no sólo del eje polar de nuestro planeta, sino la distancia de la Tierra al Sol, el peso y sección de la Tierra, el Gran Año Heliacal con la rueda completa que recorre el Sol en la lentísima precesión de los equinoccios, así como señalará los días del año terrestre con el cálculo experimental de los años sagrados venusianos y los del planeta Marte. La dirección del pasillo vedado de entrada al inmenso recinto clausurado, señalará, en su pro-

[2] Sirio, Estrella Polar de los orígenes.

yección celeste, para conocimiento e índice de las edades futuras, el punto de orientación de la estrella Sothis [2] de la constelación del Perro. En cuanto a la Cámara superior consagrada al Sol oculto, Luz de nuestros Misterios, poseerá, aparte sus canales de ventilación del exterior, la permanente temperatura media ideal y la presión atmosférica uniforme y requerida. Será, en fin y refiriéndonos ahora a sus proporciones externas, el mayor edificio o monumento en piedra del mundo de todos los tiempos. La Pirámide justificará en fin, los vastos conocimientos y la adoración de un pueblo naturalista y hondamente espiritualista a la par, que rindió culto al Sol como centro del Universo y a su Espíritu como a la Divinidad suprema, única y sin par, centro de la vida múltiple de los mundos de nuestro sistema y de los seres que los habitan. Espíritu y fuego creador, cuya chispa sublime anida en el interior del hombre, afirmando los principios indestructibles de la sabiduría eterna que, junto a la moral iniciática, conducen al individuo a su máxima perfección.

Toth contempló a Mertitefs con los ojos iluminados por la llama recóndita del entusiasmo y de la inspiración. Ambos Faraones se hallaban como paralizados por la intensa emoción.

El joven Hierofante prosiguió en tono más acompasado y leve, dirigiéndose especialmente a Mertitefs:

—Imagina, ¡oh excelsa Faraona!, lo que supondrá, para el presente y para el futuro, este magno monumento de la humanidad. Imagínala erigida ya, a la luz del Sol y al suave resplandor blanco de la Luna, mostrando noche y día a las generaciones que lo contemplen, a lo largo de los siglos, que aquí se conmemoró tan maravillosamente a través de esa inmensa pira petrificada, el Fuego Blanco, el alma de sus Misterios. En este breve proyecto que te ofrezco, se condensa la suma de todas las magnas verdades que sustenta y que sustentarán, invariablemente, todas las selecciones hu-

manas del mundo. Lo quisiera entrañado a tu nombre, al nombre de tu esposo...

—Y a tu inmarcesible gloria, ¡oh gran Toth! —exclamó, vibrante de entusiasmo, la Faraona Mertitefs.

Después de un general silencio, tomó ésta de nuevo la palabra, y dijo:

—¡Que los Padres espirituales de Egipto nos presten su colaboración! ¡Estamos dispuestos a la obra, cueste lo que cueste!

Vibraba en sus palabras, que la emoción velaba, la razón suprema de aquella realización cumbre de su época, que juntos los tres iban a emprender.

Tendió ambas manos a Toth y a Kufú simultáneamente. Y así enlazados, formaron un triángulo viviente, una fuerza magnética que venía a confirmar, a manera de un pacto inefable, el ideal compartido, la fe consolidada y la indisoluble amistad de sus creadores y patrocinadores.

Por fin habló el Faraón diciendo:

—Se llevará a cabo, porque sobre la Gran Pirámide y cuanto significa, velan nuestros antepasados y nuestros dioses. En cuanto a su realización material y en beneficio de nuestro pueblo, vaciaremos las arcas reales y llenaremos hasta los topes los silos comunales. ¡Que el Padre Nilo nos aumente en tanto, con su abundoso caudal, las dádivas!

Acto seguido, con voz temblorosa, como si pronunciara un solemne juramento, dijo lentamente Mertitefs estas palabras:

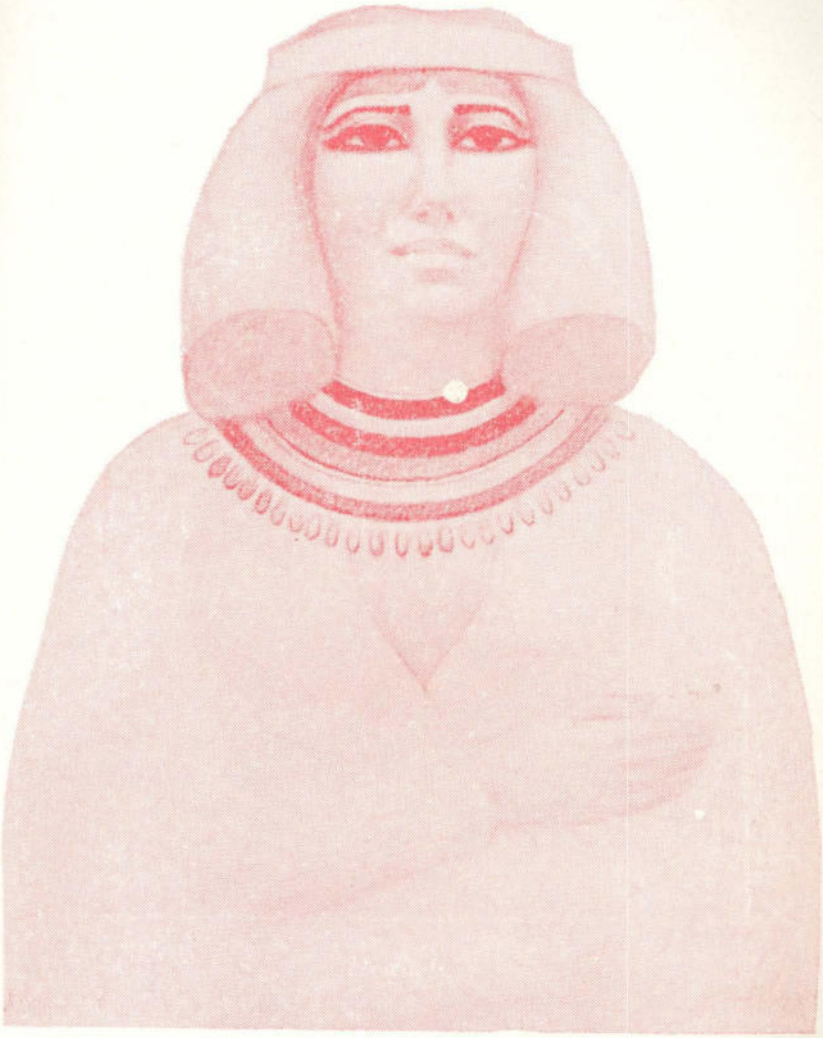
—Yo pongo a contribución de esta obra inmensa, todo cuanto poseo: el íntegro caudal de mi herencia, el oro rescatado en las campañas que en Nubia llevaron a cabo mis regios predecesores, mis piedras preciosas de oriente y de las orillas del Mar Rojo, los objetos de ricos metales cincelados que exornan mi hogar, las vajillas labradas, las bandejas, las lámparas de plata del Sinaí, mis bajeles de guerra y mis lujosas naves, mis ganados, mis vastos predios, todas mis joyas...

Suspiró profundamente y luego añadió con voz más firme y cadenciosa, dirigiéndose especialmente al joven Hierofante:

—¡Bendito seas mil veces por tu sabiduría, oh Toth-Hermes, autor del proyecto, plasmador de la Idea! Por las profundas verdades que encierra, pasarás gloriosamente a la historia como encarnación de Horus, el Hijo divino, en este momento de cíclica transición y de reafirmación del perenne mensaje del Espíritu que encarnas. Que la Gran Pirámide testimonie el mensaje de esta hora y logres por ella la inmortalidad de tu obra y se una reverentemente, a tu nombre, para siempre, el de "Tres Veces Grande".

CAPÍTULO V

NOFERT. LA ESCUELA DE SABIDURÍA Y LA INICIACIÓN SOLAR



Nofert

LA JOVEN PRINCESA descendió ágilmente las gradas de la Escuela-Internado anexa al Templo de Ra de la Ciudad de On,[1] miró hacia atrás y segura de no ser vista de nadie y deseosa de dar a su escapada un cariz de travesura, echó a correr por el amplio patio que daba al sur, atravesó el ala de doble columnata que lo marginaba, ganó el verde bosquecillo de acacias y palmerales contiguo al Templo y se perdió entre los espesos cañaverales cercanos a la orilla del río.

Desde allí anduvo cautelosamente por el quebrado suelo del limo nilótico cuarteado por la sequía del verano anticipado.

Al cabo de un rato experimentó un intenso dolor en las palmas de sus blancos pies, mal defendidos por las leves sandalias de papiro coloreado. Sentóse a la vera de la escasa corriente, descalzóse y miró compasivamente sus pies llagados. En verdad, no estaba habituada a andar por terrenos ardorosos y accidentados.

Ya más aliviada, levantó la vista y contempló a ambos lados el menguado caudal del río y la estrecha, dilatada faja de terreno oscuro que se prolongaba tierras arriba y tierras abajo, ceñida a ambos lados por el muro de montañas que separaban las tierras habitadas de Egipto de ambos desiertos. Experimentó una extraña angustia en su co-

[1] La primitiva Heliópolis.

razón y miró con ojos enternecidos la tierra generosa que a la sazón clamaba, a través de sus hondas resquebrajaduras, por el desbordamiento fecundante del Nilo que devolvería una vez más al milenario país el trabajo, el pan y la alegría.

Intentó sonreir a la esperanza. Pero de pronto se fijó en una hilera de miserables seres postrados, labriegos hambrientos acompañados de sus mujeres y de sus escuálidos hijos que, tendidos en la otra orilla sobre la yerma vereda solitaria, rogaban al dios Hapi, el Padre Nilo, el advenimiento de la sustentadora dádiva.

¡Qué desgarrador, dramático espectáculo! En verdad, todo era aridez, desolación y miseria en torno suyo, más allá de los extensos, sagrados y ricos predios. ¿Qué había sido de las huertas florecientes, los floridos prados verdes, los ganados lentos y rumiadores, las bandadas de los ibis zancudos, los patos, las palomas, las dulces tórtolas?

Sólo llegaban a sus oídos, a la sazón, la lejana invocación coral del Templo, el ruego trágico y débil de los necesitados, el croar de algunas ranas y el zumbido de los insectos que pululaban, formando nubes, en torno a las aguas estancadas.

Nofert, la sensitiva doncella novicia del Templo, estudiante aprovechada de la Escuela de Sabiduría, sintió ganas de llorar. Mas de pronto recordó la divisa pregonada por el profesor del aula de astronomía, nacido sin duda bajo el influjo del bravo planeta *kahit*, que era: "la voluntad y la oración a través de la alegría".

—¡Oh Padre! —murmuró entonces la devota joven levantando sus hermosos, humedecidos ojos al cielo—. ¡Sea yo fiel al requerimiento astral y te ayude a infundir el contentamiento en todos los corazones!

Sonrió. Y por efecto del espectro de la luz descompuesta a través de sus lágrimas, le parecieron las perspectivas glorificadas.

Inmediatamente pensó en Sethon, su medio hermano, de viaje por las lejanas tierras del sur. Su estancia allí debía tocar a su fin y no tardaría en recalar junto al Templo para traerle nuevas de sus amados compañeros de estudios alejados ya del Templo y de su Escuela. Después, tal vez la llevaría a Menfis en su barca, a casa de su madre. Sentía aquellos días una extraña nostalgia indefinida... ¡Y era tan bueno, Sethon! Lloró de nuevo.

Disgustóse consigo misma. ¡Cuánto le costaría, con su sentimental, incontrolado carácter, llegar a la ecuanimidad preconizada a través de las disciplinas religiosas, a la inquebrantable paz y armonía propias de los iniciados en los Misterios del Templo del Sol!

Levantóse y se puso de puntillas para contemplar, a la luz rojiza del sol poniente, un poco hacia el sur, más allá del lecho del río y del dilatado estero oscuro de las huertas resecas, la ciudad de Menfis, toda rodeada de jardines, surcada por canales que parecían de oro a la luz declinante del sol, enjoyada de templos, de escuelas, de palacios, de plazas inmensas, con sus limpios barrios de casitas blancas y rojas. No lejos de la orilla, al norte, estaba el palacio de su madre con su pequeño recaladero propio, con sus escaleras de mohosa piedra caliza y sus lujosas naves arrimadas. Acaso se hallara en aquel momento también junto a la orilla, pensando en ella, esperándola.

Sintió los efectos del intensificado bochorno. Soplaba de nuevo el *kamsin*, el ardoroso viento del desierto. Pronto se sintió envuelta en una nube fúlbea, espesa, que le quemaba la faz que recalentaba los untuosos cabellos sueltos y agitados e irritaba sus labios y sus ojos. El collar de oro y plata que llevaba, ardía sobre su delicado pecho, enrojeciéndole la piel.

Corrió hacia atrás y ganó de nuevo la preeminencia acogedora del patio. Acurrucóse detrás de una de las recias columnas de ceñido capitel papiriforme y desde aquel relativo refugio, echó de nuevo una mirada esperanzada ha-

cia las dilatadas perspectivas del sur rogando interiormente por el próximo desbordamiento del río, por la adveniente riqueza del limo que sus aguas abundosas depositarían sobre aquellas exhaustas, sedientas orillas.

Pensó otra vez en su hermanastro. Sethon había partido por allí, aguas arriba, hacía escasamente una lunación. Su retorno coincidiría como siempre con la crecida del río que le devolvería a On sin esfuerzo con la premura arrolladora de las primeras aguas. A la sazón se hallaría sin duda junto a los grandes despeñaderos que pronto se convertirían en altísimas cataratas, con los soldados de los fuertes y guarniciones del sur. O acaso en el Templo de Isis veneranda, en Filae, en la amable compañía de sus dos mejores amigas también cantoras sagradas, educadas en la alta Escuela del Templo de On, o junto a Idun-Ra, el joven sacerdote nubio, tan grande y tan dulce, iniciado en el mismo templo, famoso por sus enseñanzas en todo Egipto.

Sethon elegía siempre, para efectuar sus largos viajes, los días largos de la primavera tardía. Remontaba la escasa corriente del Nilo con una pericia sin par, con el agua a trechos casi estancada en los fondos de la madre del río. La navegación, entonces, era lenta y costosa, ya que se efectuaba a remo o pértiga y a vela tendida cuando soplaba, intermitente, el viento refrigerante del mar del norte.

El muchacho tenía fama de nauta experto ya que, aleccionado desde la primera infancia por su padre, conocía de instinto los riscos, las sirtes perdidas y los brazos exhaustos del río, como las lindes peligrosas en las noches oscuras.

¿Habría cumplido todos sus encargos? ¡Cuántas cosas le contaría de aquellos maravillosos paisajes sureños, teatro de sus nuevas aventuras!

En dirección oeste, el disco del sol, enorme, rojo y sin rayos, palpitaba como un gran corazón sobre la cima de los montes líbicos. Lo vio, casi deslumbrada, cómo se hundía de golpe, como tragado por el desierto misterioso plagado de leyendas.

Cerró los ojos y permaneció un buen rato quieta, sin pensar en nada, sumida en la beatitud infinita de aquella hora que invitaba al recogimiento.

Por fin, atravesó velozmente el ámbito del patio rodeado por el inmenso peristilo, cuando la faz rosada de la Luna casi plena, recién surgida por el cielo malva de oriente parecía sonreirle irónicamente asomando por entre los sucesivos espacios que entreabrían las columnas.

Llegó por la amplia escalinata al mirador y penetró en el recio edificio que constituía un ala de la Escuela por la puerta que dominaba la ancha perspectiva del río.

Deslizóse como una exhalación por el pasillo a la Sala de Canto, cuyo coro se hallaba ya dispuesto a entonar las diarias preces cantadas, al tiempo que los arpistas sacros afinaban sus enormes instrumentos, ensayaban los flautistas en sus cañas de bambú, ceñidas de aros de plata y los restantes músicos agitaban las ristras de campanillas, los címbalos templados de metal, acariciaban los pequeños tamboriles de pergamino y daban con sus macillas sobre los grandes tambores de percusión de graves y resonantes sonoridades.

Nofert poseía una voz de timbre privilegiado que matizaba hasta lo inconcebible y que afilaba como un hilo de oro que apenas se quebraba, merced al dominio aprendido de la respiración y que aún plasmaba prodigiosamente las extraordinarias condiciones acústicas de la sala de música. La vastísima gama de sus emisiones vocales, la pureza y emotividad de su dicción, eran el encanto no sólo de los sacerdotes músicos, sino del auditorio en pleno reunido durante los ensayos y oficios con el anhelo preferente de escucharla a ella. De hecho, era Nofert la que llevaba la voz cantante en los coros sagrados. A ella le eran confiados los solos sostenidos o la preeminencia de las frases musicales, o las inflexiones de poder dictadas por el propio dios en las solemnidades rituales, cuando los cantantes adiestrados se convertían en dócil instrumento interpretativo bajo la di-

vina voluntad. La joven novicia comenzaba a otorgar jornadas de gloria al Templo. Su nombre corría de boca en boca en torno a las solemnidades rituales.

En aquellas fechas los ensayos se reiteraban y ella debía someterse, debidamente preparada, a lecciones exhaustivas bajo la dirección de los más expertos maestros de música. A través de sus estudios, ella conocía la sagrada ciencia y aprendía con ahinco ya que su vocación era consagrarse al entero servicio de la divinidad solar.

¡Ah, ensalzarla, rendida a su canto! ¡Había experimentado tan inefables beatitudes, cuando su voz, ya místicamente transpuesta, se convertía en instrumento delicado de los genios invisibles de la armonía! Cantando los sagrados Himnos, había sentido varias veces el éxtasis de la divina posesión, y había oído dictados de voces inefables. Entonces otorgaba su dádiva ajena por completo a los requerimientos de la tierra, como suspendida en las puras esencias de Nut, la máxima deidad celeste.

Aquel día, al terminar la lección de canto y el ensayo general de los coros y orquesta para las próximas Fiestas del Solsticio estival, Nofert sintió necesidad de respirar al aire libre las refrigerantes brisas nocturnas, abocándose al ancho mirador de la azotea que daba al río.

Al poco rato notó algo extraño, como si flotara en el ambiente una suspensión temporal del aliento cósmico. El aire se hacía por momentos irrespirable, denso, bochornoso. La Luna rojiza, inmensa como un sol apagado y sin vida, recortaba los contornos del paisaje con su luz y su sombra. Las palmeras de abanicos inmóviles, las aguas bajas estancadas, los cañaverales resecos, las moradas silenciosas, los lejanos, fantasmales montes blanquecinos, parecían suspensos ante algún presentido acontecimiento.

Nofert sintió una extraña angustia en el corazón, como si le faltaran estímulos para respirar. Se ahogaba... Ella, tan sensible siempre, percibía en el aire detenido y cargado, la espera de algo indefinible.

Esto pensaba la virgen cantora del Templo de Ra aquella noche estival, cuando de pronto, sus finos oídos captaron un lejano rumor crepitante como de un bosque ardiendo, que se iba intensificando poco a poco.

—Proviene del lejano sur —dijo en voz alta, maquinalmente.

Empinóse y oteó, a la clara luz de la Luna, las perspectivas del exhausto río.

Al cabo de un rato, su mirada escrutadora descubrió a lo lejos uno de los más prodigiosos fenómenos de la vida egipcia: la crecida arrolladora anual del Nilo, el momento en que la oleada invasora de las grandes aguas llegaban al llano desde las alturas donde se licuaban, con el advenimiento del verano, las nieves de las cumbres etiópicas que alimentaban los grandes lagos. Al desbordarse, se precipitaban las aguas tierras abajo formando los anchos abanicos de las cataratas para derramarse al fin, subyugadas, por el hondo lecho y la vega dilatada del Nilo milenario. Así se producía siempre, en torno a las fechas cruciales del solsticio, la inundación periódica del Valle.

Aquel rumor primero se fue tornando paulatinamente ruido ensordecedor al tiempo que el alto oleaje irrumpía sobre las tierras resquebrajadas de la región baja.

La joven Princesa contempló enternecida y asombrada el fenómeno de la llegada de las grandes aguas envuelto en el misterio de las sombras nocturnas, a manera de un monstruo telúrico que, despeñado de las veladas alturas, se amansaba al llegar al Adorable Valle de las Tierras Puras como lo llamaron los antiguos Fundadores.

El imperativo sereno de la plegaria se impuso en ella sobre el impulso irreprimible de la imaginación. Aquella inmensa oleada segura y anchurosa que avanzaba hacia ella, era la dádiva veneranda del Padre Nilo a las tierras venturosas del Valle; era la subsistencia, el milagro renovado, la vida de aquel país de remota historia.

Abrió los brazos para bendecir la dádiva en nombre de sus hermanos de raza y vio con infinito amor cómo la pura corriente inicial se ensanchaba bajo sus pies. Era el Nilo verde que llegaba para fecundar el llano, en su dilatado recorrido por la cuenca interminable hasta el Delta, para morir en el mar.

Vio maravillada cómo se estrellaba la enorme ola rugidora contra los costados del lecho del río, cómo rebasaba la verde espuma la quebrada ribera hasta llegar a los muros de contención y las escalinatas del embarcadero del Templo anegándolo todo, hasta el mismo basamento de las columnas del patio de la Escuela.

A pesar de que, con el impulso de las sucesivas crecidas superpuestas, numerosas gotas de agua arracimada la salpicaban, permaneció Nofert agarrada al alto barandar de la terraza contemplando, a la luz de la Luna, entre soprendida y admirada, cómo desfilaban ante sí, revolcados por el ímpetu de las aguas, numerosos pequeños cocodrilos verdes cuyos lomos escamosos brillaban, formando remolinos, a la clara luz de la Luna egipcia. Vio el desfile de los árboles tiernos, arrancados de cuajo por el ímpetu de la alta corriente, deslizarse inmóviles como fantásticos cadáveres vegetales. Vio los inmensos matojos flotantes como islas de plantas y flores desconocidas entre las que reinaban, abiertas como estrellas sobre la noche profunda de las aguas oscuras, los grandes lotos blancos y azules que crecían en las orillas de los altos lagos y en los ribazos de las cataratas.

Pensó de nuevo en Sethon. El le había contado aquellos prodigios de la flora gigante de las remotas alturas, de los que eran muestra aquellas numerosas víctimas florales que el agua arrastraba ante su vista dolida y admirada.

—El salado mar del norte que azota las orillas del Delta las engullirá irremisiblemente. ¡Si me fuera posible salvar alguna y replantarla en el lago sagrado del Templo! —dijo en voz baja, en tanto tendía instintivamente su diestra para

rescatar de las impenitentes aguas alguna de aquellas hermosuras.

Sonrió dolorosamente ante la absurdidad de su ocurrencia.

Sin duda al amor de la crecida su hermanastro retornaría y acaso le trajera esta vez algunos lotos vivos del sur. El sabía cuánto los adoraba.

¿Habría cumplido a la par, en el decurso de sus estancias por las tierras altas de la Corona Blanca, sus encargos? ¿Habría ofrecido en su nombre los preciosos sistros de reglamento canónico a sus compañeras, sacerdotisas cantatrices a la sazón en el Templo de la Madre Isis, en la sagrada Isla y el papiro en el que ella misma dibujara e iluminara, en lenguaje jeroglífico, los Himnos de Invocación de Toth, el "Tres Veces Grande" dedicados al sumo sacerdote nubio, su buen amigo, antiguo condiscípulo en las aulas sabias de On, iniciado en las criptas vedadas del Templo?

Coincidieron gozosamente, con la crecida del río, los sagrados Festivales del Solsticio, y los populares holgorios, los ayunos y los banquetes, las purificaciones con los cánticos y las danzas. Todos a una celebraban, en lo hondo de sus corazones, el advenimiento de un período de trabajo, de paz y de abundancia.

Vibraba con tan fausto motivo, en el doble del aire que refrigeraba el deleitoso Valle, la alegría. Había llegado la estación de la gracia para todos los habitantes del país del Nilo.

Sin embargo, algo sutil y extraño, un indefinible trasfondo de inquietud hacía que la bella Nofert se sintiera un poco exenta en medio de aquellos exultantes gozos populares y religiosos. Y en sus introversiones, se sentía culpable de no contribuir con la irradiación de su propia aura al esplendor interno de aquel magno acontecimiento.

Ella misma discriminaba su conducta. ¿Qué le faltaba, en verdad? ¿No era la neófita preferida entre todos los estudiantes de la Escuela por sus relevantes aptitudes, por su privilegiada voz, por su arte, por sus alcances en sus

ejercicios de supervidencia, por sus ocasionales recuerdos de su actuación consciente en el supermundo durante el sueño, por su ayuda invisible, por su propia hermosura física, incluso por su noble abolengo, ya que su ascendencia se entroncaba, a través de su madre, con la casa real del viejo Faraón Khefren? ¿No era, en suma, una doncella afortunada? ¡Cuántas envidiaban, sin duda, su privilegiada situación, su gran porvenir!

A menudo trataba, con tales estímulos, de justificar un optimismo que superara aquel íntimo vacío, la raíz secreta de su desaliento.

Se sentía sola en medio de aquel ambiente culto. Sin amor, desarraigada prematuramente de su hogar de niña, huérfana de mimos y cuidados, ella, de un natural tan tierno y sensible, se veía obligada a vivir en un medio colectivo de constante esfuerzo y estricta disciplina.

A menudo, consagraba sus escasos ocios en la Escuela del Templo, buscando algún rincón solitario y entregando su mente y su corazón a recrear su vida posible mediante escenas imaginadas evocadoras de un clima familiar, sin más deberes y estímulos que el amor de un esposo y el cuidado de unos hijos. ¡Ah, tener un hogar suyo, ignorado por todos sus maestros y condiscípulos, cálido y amoroso, que llenara todos los anhelos de su alma enferma de nostalgia!

En la semioscuridad de la gran aula de la planta baja del Edificio-Escuela anexo al gran Templo del Sol, acariciaba a la sazón, sola y sin testigos, tales pensamientos.

Desde la fecha del solsticio, se veía obligada a más duros y constantes entrenamientos con miras a un mayor desarrollo de su doble vista.

Bien es verdad que desde muy niña y siempre en forma ocasional e inesperada, le había aflorado, en determinados momentos de su vida, en forma de transvisión, el ojo invisible de su frente, el que miraba con extraña profundidad cuando se hallaba ante ella, la anciana sacerdotisa y maestra Meritduia.

Recordó que una vez, hallándose tendida a la vera del remanso del río que se extendía entre tiernos cañaverales en la finca de sus abuelos maternos, donde el agua límpida parecía un espejo de plata bruñida, haciendo un leve juego con los ojos que ella misma había descubierto, logró desdoblar la visión y ver cosas a enorme distancia de donde se encontraba, como si formaran parte del paisaje que tenía a su alrededor.

Y vio algo horrible. Algo que mudó la faz de su vida y oscureció su dicha y torció las rutas de su porvenir. Vio a su padre, de pie en la proa de su nave, clavar el harpón en la piel rugosa y reluciente de un tremendo hipopótamo. Vio cómo el espantoso animal abría sus enormes fauces, aullando. Cómo se revolcaba en las aguas sanguinolentas bajo la liviana embarcación y cómo la alzaba en vilo, hundiendo a su padre y a su ayudante en el río, allí donde sus orillas se ensanchaban sobre el fondo de las verdes islas del sur. Nada dijo ella, de momento. Pero su padre, jamás volvió de aquella trágica cacería.

Desde entonces no quiso ver más. Ya no frecuentó el idílico paraje del cristalino remanso que guardaba su secreto. Se consagró al amor de su madre, cuando...

En aquel momento, la voz profunda y dulce a la vez de Meritduia sacó a Nofert de su ensimismamiento en el instante en que el recuerdo de su espantosa visión se unía, por la misma ilación natural de los acontecimientos vividos, con el recuerdo de su hermanastro, algo mayor que ella en edad, hijo también de su padre y como él aficionado a la navegación y a la caza.

—¿En qué piensas, Nofert? No será en Maat, la diosa de la verdad y la sabiduría...

Lo dijo con un leve deje de reconvención. La joven lo entendió así y levantándose ante la maestra, bajó humildemente los párpados y sin saber por qué, enrojeció.

La anciana sacerdotisa y esposa del Sol, directora del Colegio de estudiantes y novicias, sonrió con benevolencia.

Su noble rostro ajado se tensó y apareció en él un fugaz vislumbre de la hermosa mujer que había sido. Pero progresivamente, en el curso de los años, su belleza en declive había ido aflorando en ella otros más permanentes encantos parejos al incremento de sus extraordinarias facultades internas, para gloria y fama del Templo consagrado al Dios único.

De pie, en silencio ante Nofert, alta y aún esbelta, imponía por su majestad, su poder y su autoridad. Meritduia amaba especialmente a la dulce cantora y en ella tenía puestas sus mayores esperanzas.

Para tranquilizarla acarició sus hombros y aproximó a la turbada doncella su faz y la miró con cariñosa insistencia. En verdad, viéndola tan cerca, le pareció en aquel momento la joven princesa más bella que nunca con las mejillas arreboladas y los párpados caídos. Su frente breve, ceñida por la banda dorada que sujetaba la abundosa cabellera partida, parecía a la sazón más breve aún velada por los negros cabellos cortos y lacios.

Meritduia contempló a su sabor la cabeza baja, levemente inclinada de su discípula predilecta, su faz bondadosa de mejillas carnosas, su fina nariz de agitadas aletas, sus labios gruesos y temblorosos.

La maestra la requirió por fin con autoridad sin dejar de mirarla. Sus magnéticos ojos abiertos e irresistibles constituían una orden inapelable.

Nofert percibía la naturaleza de aquel poderoso influjo. Levantó la cabeza y miró a la anciana sacerdotisa sonriendo melancólicamente.

—Hija mía —díjole entonces, desarmada, la gran maestra—. Si tu voz es grata a los adoradores de Ra y a los *Iakhu*, los espíritus protectores del sagrado lugar, yo adoro en ti otras latentes facultades que te ensalzarán un día al mayor servicio del dios. Pronto entrarás en una fase decisiva de tus experiencias. Pero tendrás que poner en juego todo tu dominio y voluntad de vencer. Ya naciste dotada y

con un alto destino trazado. Cuando hayas realizado más destacados progresos en ciencias y artes y conozcas más profundamente la teoría y la práctica de la visión a distancia y a través de los cuerpos, iniciarás tus estudios superiores en la Sección de Terapéutica y ciencia de la salud, manifestación de la celeste armonía, la más noble de todas las especialidades de la Escuela por lo que tiene de eficaz servicio directo a la humanidad. Allí aprenderás a conocer las interioridades del cuerpo humano mediante la transvisión, seguirás el curso complicado del funcionamiento de todos los órganos hasta que seas capaz de descubrir la localización y las causas de las enfermedades y anomalías, colaborando eficazmente con los iniciados médicos y astrólogos. A menudo serás requerida para otros experimentos. Dejarás el cuerpo a voluntad, obedeciendo órdenes superiores, sometida al sueño hipnótico y allegarás conscientemente noticia de hechos importantes en bien de las almas. No te faltará, especialmente en tal quehacer, la ayuda espiritual de los protectores visibles e invisibles que velan por los que sufren y les prestan su apoyo, los guían y amparan en los momentos difíciles. Pero para llegar a ello, no sólo debes desenvolver tus facultades latentes, sino que debes ser probada y vigilada. Debes saber hablar y callar a tiempo, dominar los pensamientos, acallarlos, dirigirlos, sojuzgar tus propios deseos, recordar y olvidar según convenga y llevar siempre contigo un cargamento de sabiduría que aflore en la ocasión que te depare la vida en forma directa, justa y espontánea. O sea, debes hacerte tan dúctil, que la divinidad interior aparezca a primer plano de tus actitudes y actuaciones cuando las circunstancias lo requieran. ¿Comprendes ahora, hija mía, por qué a veces te sientes sola sin estarlo, por qué la disciplina te oprime, cuando algún día te parecerá todo liberación y vencimiento y gozo inefable del servicio prestado? De este modo, insensiblemente, alcanzarás el mayor galardón a que puede aspirar un alma: superar la definitiva prueba astral de la "tumba abierta", la

conciencia continuada. Con ello se conquista la muerte y se conquista la vida. Es la superación sin esfuerzo ya de toda torcedura y debilidad humanas. Y cuando alcances así la dignidad suprema de "nacida de nuevo" a la vida eterna, comprenderás el por qué de tus circunstancias actuales y todo lo darás por bien empleado y todo lo bendecirás...

—Comprendo —murmuró tímidamente Nofert.

Meritduia elevó su mirada a lo alto, cerró los ojos, y prosiguió:

—Ahora, dispónte con alegría a seguir el humilde recorrido de los esforzados. Aprende a sutilizar tus vehículos, día a día, mediante proseguidos ejercicios. Por lo demás, déjate vivir, acepta todo advenimiento como dádiva divina y mantente siempre avizorante, alegre y en perfecto equilibrio.

Después de pronunciar estas palabras, la anciana sacerdotisa se dirigió hacia uno de los anaqueles que formaban ángulo en el aula de estudio, tomó de él una cajita de ébano primorosamente taraceado, la abrió mediante un mecanismo resorte y extrajo de ella varios objetos que fue colocando parsimoniosamente sobre el extremo próximo de la larga mesa, en tanto invitaba con el gesto a Nofert que allí tomara asiento.

—Desde ahora —díjole la maestra después de un sostenido silencio, sentándose a su vez— comenzarán para ti, mediante estos instrumentos de desarrollo, los ejercicios proseguidos de transvisión terrena. No olvides que la voluntad y la perseverancia son los dos aliados del éxito. Con el tiempo y una vez lograda esta facultad que derribará para ti todas las vallas que opone la materia física, se te abrirán las puertas de la supervisión, grata al dios.

Diciendo tales palabras, fue poniendo Meritduia cuidadosamente ante su joven discípula con su venerable mano diestra de largos y afilados dedos, ya pálida y descarnada, un pequeño piramidión de plata bruñida, una esfera facetada de pulido cristal de roca y una amplia vasija de

bronce de bellos repujados de verde pátina, que llenó con el agua contenida en un jarro próximo de cerámica.

Esta simple operación puso inopinadamente en juego en la bella Nofert un resorte secreto de su memoria y apareció ante sus ojos internos el cuadro vivo y doloroso de su niñez.

—¡Oh, no! —exclamó, con una espontánea actitud de rechazo—. Ver a través del agua, no...

Y apartó instintivamente la vasija de bronce y el jarrón que tenía delante. La mente se le nubló y cerró los ojos.

La sensible maestra percibió inmediatamente el doloroso impacto del alma de su discípula. Nada dijo. Pero se levantó y vertió el líquido elemento contenido en el gran jarrón de cerámica por el ventanal abierto que daba al jardín.

Sentóse de nuevo junto a Nofert y mirándola intensamente en los ojos díjole:

—El medio transmisor más fácil, al principio, es el agua inmóvil. Pero el mismo efecto se obtiene con nna superficie pulimentada de noble metal. Por ejemplo, este piramidión.

Al pronunciar estas animosas y afirmativas palabras, aproximó más a Nofert la diminuta pirámide de plata de cuatro facetas triangulares bellamente pulidas. Y añadió inmediatamente:

—Para iniciar esos ejercicios, lo más inmediato es mantener la mente vacía y en perfecta calma. El equilibrio temperamental es requisito indispensable para lograr el definitivo imperio sobre nuestras fuerzas mentales y lograr el vacío absoluto de toda imagen. Ahora, querida, serénate. Cierra un rato los ojos, vacía la mente, láxate y emprende el ejercicio de transvisión. Durante un número de sesiones fijarás tu mirada apacible, y sin apartarla del mismo punto prefijado, con perseverancia, lograrás la doble vista, facultad esencial para los servicios secretos del Templo...

Nofert, obediente y sumisa, cerró los ojos. Meritduia desapareció sin hacer ruido, como una sombra, de la gran sala.

Cuando después de largo rato abrió Nofert de nuevo los ojos, vio que se hallaba totalmente sola en el amplio recinto de la Escuela.

Se pasó ambas manos por la frente y los ojos. Estaba pálida. Había sin duda realizado un proseguido esfuerzo para alejar el tumulto de sus emociones y el impacto tenaz y doloroso de sus recuerdos.

Pero había vencido. Antes de dar comienzo a sus ejercicios, miró en torno y al sentirse sola se levantó para respirar la leve brisa del norte. El calor era intenso y le dolían las sienes.

El Sol de la tarde ponía una deslumbradora reverberación dorada sobre las aguas del río. Era fama en el país que, contemplando un buen rato la corriente del Nilo sagrado se curaban ciertas dolencias.

Concentró sonriendo su mirada sobre el brillante cristal transparente y sintió que recobraba poco a poco la armonía total. Su cerebro y sus nervios se tonificaron y la invadió una gran paz.

Involuntariamente volvió la vista hacia el sur y cruzó fugazmente su pensamiento la imagen de su hermanastro Sethon navegando a toda velocidad arrastrado por la impetuosa corriente de las aguas. Creyó oir su característico silbido, el agudo, cariñoso anuncio de su llegada que ella tan bien conocía.

—Lejos de mí toda imagen —díjose a sí misma, con grave e imperativa voz—. Que mi mente permanezca en blanco.

Y volviéndose rotunda de espaldas al río, penetró decidida en la vastísima aula y se dirigió de nuevo, como una autómata hacia su asiento, junto a la gran mesa. Aproximó sus ojos al piramidión de plata y los fijó con intensidad, sin pestañear, en una de sus pulidas, triangulares facetas.

Así permaneció, sin moverse, largo rato. ¿Cuánto? No tenía conciencia de ello.

Cuando la tierra se envolvía ya en la dulce semipenumbra grana del crepúsculo, Nofert permanecía aún totalmente absorta requiriendo con sus grandes y profundos ojos color lapislázuli, la pulida faceta del piramidión.

De pronto acusó un leve estremecimiento. Le pareció como si aquella leve superficie brillante se ensanchara a manera de un gran ventanal abierto, a su visión interior. Sus pupilas se dilataron, sus mejillas se encendieron...

¿Qué vio, en aquella ocasión, la dulce princesa neófita del Templo de Ra de la ciudad sabia de On?

Sus percepciones se fueron definiendo, poco a poco. Y sobre el mágico espejo triangular, apareció la gentil y hercúlea figura de su hermanastro. Vióle cómo tiraba con ambos brazos, desde la leve popa de su nave, de la red cargada; cómo se alejaba sonriendo de la orilla sobre un fondo verde de frondosos palmerales que se reflejaban, quebrándose, en el agua; cómo ataba la red a un costado de la barca y luego, cómo desenvolvía del mástil central la vela y ataba sus cabos y cómo tensaba el viento el cuadrado velamen rojo, verde y amarillo. Vióle puesto ya a merced de la corriente favorable, deslizarse velozmente aguas abajo, tendido en el fondo de la embarcación, en tanto entonaba una y otra vez, la canción silbada que ella tan bien conocía...

Inesperadamente, la sonrisa de Nofert trocóse en un rictus de sorpresa. Como superpuesta a la visión a distancia de su querido hermano, vio cómo se iba definiendo y agrandando sobre la luciente superficie triangular, la faz severa, de expresión impaciente, un poco dura, de Ra-Hotep, el joven sacerdote ahijado, discípulo y ayudante del anciano Hierofante de Ra.

Intentó levantarse, turbada por el imperativo de aquella postrera visión interpuesta sobre la apacible y familiar anterior, cuando sintió que unas manos le oprimían por detrás los hombros, como invitándola a permanecer sentada.

Obedeció sin volverse, como una autómata. Por fin volvióse, movida por un imperativo indefinible.

Detrás de ella se hallaba de pie, en persona, el propio Ra-Hotep, mirándola, requiriéndola en silencio, ansiosamente.

Nofert se levantó en actitud de reto y ambos jóvenes se encontraron frente a frente.

La actitud de la princesa desarmó lentamente al joven sacerdote. Su mirada, que a través del espejo del piramidión aparecía inquieta, abierta e interrogativa, iba derivando en una muda y tierna expresión de súplica. Ya contemplaba a su compañera con amoroso éxtasis.

Ella adivinó y desvió los ojos hacia el abierto ventanal que daba al río y poco a poco encaminó en aquella dirección sus pasos. Apoyó ambos codos en el recio alféizar, levantó la mirada al cielo de transparente azul cerúleo de la noche incipiente, ya perforado por tímidas estrellas, y suspiró, subyugada por su paz y su soberana belleza.

Estuvo mucho tiempo así hasta que cerró la noche. Cuando se volvió se hallaba de nuevo totalmente sola. Atravesó la estancia, envuelta ya en misteriosa penumbra, se retiró a su particular habitación y sin saber por qué, lloró.

Nofert sentía periódicamente la necesidad, una imperativa y elemental necesidad de compartir con otros seres su vida en plan espontáneo y familiar. La vida, fría de intimidad, del templo, no se adaptaba, en verdad, a su natural afectuoso y comunicativo. Sin duda por esto pensaba tanto en Sethon, el hermano que tanto la quería limpia y fraternalmente, sin complicaciones. Con él había compartido su niñez, el amor del mutuo padre que los amaba a ambos entrañablemente. Entonces era feliz, sus anhelos eran compartidos, sus deseos satisfechos. Y aquellos años ya lejanos, se le aparecían como una aurora dulcísima de felicidad desdichadamente para ella truncada.

Desde que a la muerte de su padre se vio sometida, en la pubertad, a las arduas disciplinas y sobriedades de la vida casi enclaustrada del Templo y de su Escuela, las visitas espaciadas de Sethon y las breves escapadas de ambos,

atravesando el río, al noble caserón de su madre, significaban la alegría, el retorno esporádico al libre juego irresponsable de la vida infantil, al retozo de la naturaleza y al íntimo trato familiar.

Rióse de sí misma. Enjugó sus lágrimas y exclamó:

—Siempre seré una niña. No tengo remedio. Esto no podrá comprenderlo nunca Ra-Hotep. Por eso se me antoja siempre su severa mirada un mudo reproche. Sin embargo, aquella última tarde...

Enarcó los hombros. Lo mejor era, en verdad, relajar la mente, no pensar en nada. Y se durmió apaciblemente.

En la mañana del tercer día de la transvisión tenida a través de la pequeña pirámide de plata, Nofert, obedeciendo a un aviso inefable, descendió cautelosamente las gradas de la puerta de la Escuela que daba al sur, y atravesó diagonalmente el grandioso peristilo del patio.

La inundación del río hacía que el agua rozara el fuerte basamento de piedra del edificio, cubriendo las breves gradas del embarcadero y el espigón que lo resguardaba de la corriente.

Se aproximó al reborde y contempló maravillada la doble hilera de recias columnas de capitel papiriforme, reflejarse temblorosas en las aguas rojizas del Nilo. Su propia figura diminuta, parecía quebrarse a ratos y desaparecer entre las breves ondas murmurantes.

Encaminóse luego en dirección al este, siguiendo la hilera de columnas más próxima. Allí, a sus pies, se extendía la tierna alfombra verde del prado perteneciente al Templo. Y complacida, vio cómo pastaban y rumiaban plácidamente en las frescas horas matinales, los bueyes y las vacas sagradas entre los finos ibis zancudos, los gansos y los blancos cisnes.

La bella Princesa se abalanzó sobre la recia base de granito de una columna y contempló con afán lleno de curiosidad la perspectiva de los montes que marginaban, más allá de la feraz ribera nilótica, el dilatado desierto. ¡Qué

soberbio espectáculo se ofrecía ante sus ojos, tan sensibles a los encantos de la Naturaleza!

El tierno y gangoso mujir de las vacas la sacó de su ensimismamiento y sonrió con tierna expresión ante el cuadro que a la sazón se ofrecía a su mirada. Unas vacas próximas daban de mamar a los ternerillos en tanto otras eran ordeñadas por los humildes servidores del Templo.

Atravesó nuevamente el patio bajo el imperativo de la llamada interior y fijó de nuevo la vista sobre el río, en dirección sur.

De pronto le pareció distinguir muy lejos, en el límite horizontal de las aguas, un puntito oscuro que se fue lentamente definiendo, hasta aparecer la manchita oro y grana de una vela...

—¡La barca de Sethon! —exclamó alborozada, dando un salto sobre el pavimento, la Princesa.

Y sus ojos permanecieron como prendidos en aquella imagen entrañable y presentida que crecía paulatinamente como un milagro del Padre Nilo.

Esperó, ilusionada, la llegada del navegante. Por fin, ya cercana la navecilla, comprendió el juego del timón y del ancho remo, al verla virar y enfilar la proa, con el velamen de color atravesado, hacia el lugar donde ella se encontraba esperando.

Pronto llegó a sus oídos atentos, con el rumor acompasado del remo, la canción silbada de Sethon, de pie en la proa de su pequeña nave.

Los hermanos se saludaron a través de la distancia, con el remo en alto él, blandiendo el amarillo chal, ella.

Ya rozando la barra exterior en espigón del embarcadero, el joven nauta apuntó el ancho remo, a manera de pértiga, en la grada sumergida y con ágil pirueta brincó apoyado en la punta de su mango robusto, como si volara, hasta caer de pie en el mismo borde del peristilo donde Nofert se hallaba, riendo de su propia travesura.

Ambos hermanos se abrazaron.

Con el ímpetu del salto, la barca retrocedió en las aguas. Nofert, al verlo, lanzó una exclamación, con los brazos en alto. Entonces Sethon, en cuclillas sobre el mismo borde del basamento, inició sobre el río un silbo cariñoso fingiendo que atraía, con el gesto de sus manos, a la nave alejada.

Inmediatamente, ésta, obediente a la llamada de su dueño, se arrimó sumisa al breve embarcadero del Templo. El joven saltó a ella, tomó una soga, y amarró la barca a una columna.

Nofert celebró la ocurrencia de su hermanastro y lo contempló admirada. Por un momento creyó en sus poderes sobrenaturales. Luego, rio de buena gana. El la invitó a que saltara a la barca, tomó ella la mano que le tendía y penetró en su interior.

Con el salto, tambaleó la liviana embarcación. Nofert se agarró instintivamente al brazo robusto del muchacho. Entonces creció de nuevo su admiración al verle más recio y crecido que la última vez. Sus anchos hombros, su cintura breve, su brillante y rojiza piel curtida por el sol y el agua, no habían alterado, sin embargo, la expresión traviesa y aniñada de su rostro y esto la llenó de contento.

—¡Bien haces honor a tu nombre, Sethon! —exclamó—. Sigues siendo el mismo "diablillo de On..."

El rio a su vez, porque en el fondo de su corazón le encantaba seguir siendo un niño para su hermana.

—Traigo unas cosas para ti que espero te gustarán.

Y acto seguido arrastró, atrayéndola de debajo del toldillo que cubría el hueco de popa, una caja de madera incorruptible de sicomoro. La abrió y extrajo de ella varios objetos.

—Toma. Esto te lo envía el sacerdote nubio de Filaé, al que visité en tu nombre —díjole, al tiempo que le ofrecía una pequeña y deliciosa estatuilla de Isis tallada en ébano con incrustaciones de policromado marfil.

—Es preciosa —dijo Nofert, mirándola ilusionada. Y la oprimió contra su corazón.

—Aquí te traigo —prosiguió Sethon, brindándole un soberbio jarrón de verde y veteado jaspe cuyo interior contenía, sustentado por la marga negra y fecunda de los altos lagos, un enorme loto azul— el regalo de tus lejanas compañeras del mismo Templo.

Nofert abrió desmesuradamente sus luminosos ojos cándidos y rozó suavemente con sus labios carnosos el cáliz de la sagrada flor en tanto murmuraba:

—¡El loto que yo quería! ¡Bendita sea la flor simbólica de los orígenes!... Parece la estrella del amor.

—¡Ojalá brille para ti aún más esplendorosa! —rubricó Sethon.

Inmediatamente se agachó de nuevo el mozo y extrajo del fondo de la barca una canasta trenzada con fibras de palma, en tanto decía:

—Este es mi regalo, el que tú preferías, siendo niña.

Nofert la abrió. Estaba repleta de dulcísimos dátiles gigantes, aquellos que ofrecen las tierras altas que riegan abundosamente las cataratas del Nilo.

—Y también esta bolsa de sal divina, acarreada hasta los mercados de Syena desde el mar Rojo, el de las grandes mareas. ¡Ah, quién pudiera ser nauta no de río, sino de estos grandes mares! —Y Sethon, con la mirada nostálgica perdida en un extraño horizonte imaginario, suspiró.

Nofert volvióse de pronto, como movida por extraño resorte, hacia la parte de poniente, allende el río. Levantó los ojos. El gran disco del sol bordeaba a la sazón la línea del cenit. Pensó que la echarían de menos en el refectorio. Sin más explicaciones abrazó precipitadamente a Sethon y de un salto, alcanzó el borde de piedra del patio.

Profiriendo una exclamación y casi al mismo tiempo, fue colocando el sorprendido muchacho los objetos que traía sobre el pavimento.

En el mismo instante, presintiendo Nofert tras de sí la presencia de alguien, se volvió en redondo, tácitamente requerida.

No pudo reprimir un grito de sorpresa. Allí mismo, semioculto detrás de la primera columna, se hallaba de pie, mirándola fijamente, el joven sacerdote Ra-Hotep.

Creyó ella atisbar un oculto reproche en sus grandes, magnéticos ojos fijos, como si la interrogaran.

—Es mi hermano —dijo en voz baja, como justificándose. E inmediatamente le volvió la espalda para despedir al gentil muchacho que se alejaba ya en su barca, con un movimiento alado de su diestra.

Cuando se volvió hacia su enigmático y mudo compañero, sus miradas se encontraron de nuevo. Pero la expresión del rostro de Ra-Hotep se había transformado. Expresaba entonces una honda, indefinible dulzura.

Permanecieron así un buen rato, uno delante del otro, como sorprendidos de sí mismos.

Por fin, los labios del joven sacerdote, siempre sellados a la palabra, se abrieron, y por vez primera, como un milagro, murmuró como si balbuceara:

—Nofert, te amo...

Ella se estremeció visiblemente. Aunque adivinara hacía tiempo los secretos sentimientos de Ra-Hotep, a través de sus persistentes, acuciantes miradas, nunca había oído su voz. Pero no ignoraba que todo sacerdote iniciado, aspirante a la suprema categoría de Shemsu-Hor [2] debía pasar los años de precepto en absoluta mudez para ganar la "Palabra justa". Sabía Nofert que cerraba sus labios un juramento hondo como la muerte. Y ahora, de pronto, los abría para confesarle su grande y contenido amor.

Su voz recién nacida, le pareció a ella una música. ¿Le pareció así, acaso porque sus primeras palabras le abrían el paraíso de la felicidad?

[2] Mística comunidad de "Servidores de Horus" iniciados, asistidos por el Espíritu del Hijo de Osiris y de Isis, la Divina Trinidad de los egipcios, en sus manifestaciones cíclicas y que velaban por la pureza original de los Misterios.

Ra-Hotep acababa de lograr una doble victoria: el cumplimiento de la prueba impuesta y proseguida del silencio, el largo período de *ma-kheru* durante el cual debía el candidato observar un permanente mutismo, y el consentimiento de Nofert, la amada de su corazón...

Cuando ella se agachó al fin para recoger los obsequios que le trajera su hermano, sus manos se encontraron con las de Ra-Hotep, dispuesto a ayudarla.

Ambos se miraron entonces de cerca; y sin decírselo, sellaron, como un pacto indisoluble, su mutua confesión de amor.

Cargados con los preciosos objetos, uno al lado del otro, muy juntos, atravesaron el patio, ascendieron las anchas gradas, y penetraron en el interior del Edificio-Escuela.

*
* *

En el famoso centro cultural y religioso de la sabia On, reinaba desde entonces un indefinible ambiente de fiesta.

Era que tanto Meritduia, la gran sacerdotisa, como el supremo Hierofante de Ra, miraban con el más benigno interés el adivinado idilio entre Nofert, la más prometedora y aventajada discípula de la Escuela y Ra-Hotep, el joven príncipe ayudante y substituto ya del anciano gran sacerdote por sus excepcionales dotes morales y espirituales y su gran sabiduría.

Pensaban ellos que si el amor conducía a ambos jóvenes, sus discípulos predilectos, a la sagrada unión, podrían morir tranquilos. Porque su obra, así cultural como religiosa, proseguiría bajo la dirección y la tutela de la joven y prometedora pareja.

Era por tanto preciso acelerar su preparación, responsabilizarlos, hacerlos dignos de los cargos que debían desempeñar en el futuro y de su alta y noble misión ante la voluntad y el requerimientos de los siglos.

Entonces comenzó para Nofert y también para Ra-Hotep, un período de intensificados estudios y de especiales entrenamientos.

Y a ambos les parecía, sin decírselo, que el amor les hacía clarividentes de sus altos destinos futuros.

Su progresivo saber, su mutua nobleza de sangre y de herencia, les fue dotando paulatinamente de una investidura excepcional no sólo en todas las ramas del conocimiento, sino de la virtud y de los supersentidos desvelados, con miras a su prevista labor docente anunciada por los astros.

De ese modo, un día no lejano, ellos podrían asumir la dirección del Templo-Escuela elevándolo a su mayor fama como centro de sabiduría en todo el mundo conocido.

*

* *

Con el tiempo, se consagraron ambos al incremento de la ya famosa Biblioteca de aquella docta Universidad del saber con una aportación de valiosísimos tratados antiguos en lenguaje jeroglífico, cuya reproducción e ilustración corría a cargo del nuevo equipo por ellos fundado, de jóvenes y diestros escribas que trabajaban a base de papiros y materiales novísimos logrados tras perseverante elaboración en los propios laboratorios químicos y en los talleres anexos a la Escuela.

Merced a las facultades excepcionales de Nofert, se incrementó especialmente el servicio de los sacerdotes, así masculinos como femeninos, consagrados a la medicina preventiva ampliando las formas establecidas de curación y regeneración a través del magnetismo, la botánica, la cirugía y aplicando sobre todo los elementos naturales en las formas regenerativas. Incrementaron la medicina general y las especialidades.

Los estilos arquitectónicos y artísticos, así como la música, no como teoría, sino en sus formas ejecutivas e instrumentales y en conjuntos, cobraron notorio auge y progre-

so con el impulso que les dieron Nofert y Ra-Hotep, ya que cada día su sensibilidad se incrementaba y su conocimiento de la ciencia de los astros les abría nuevos e insospechados ámbitos para la senda que juntos iban a recorrer.

De ese modo se intensificaban en torno suyo las esperanzas y los propicios presagios. Todo se llenó de promesas y de justificadas simpatías que fueron atrayendo al Templo-Escuela auténticos valores humanos de todas las latitudes, así como efectivas riquezas para su más noble aplicación en beneficio del país y para el servicio de sus dioses.

Hasta que al fin, llegó para ellos, como una corona merecida a través de sus esfuerzos y nobilísimas labores, la máxima compensación apetecida: su unión.

Se anunció un buen día el fausto momento de sus esponsales, que bendeciría el propio dios Ra y toda la comunidad en el Templo acogida, coreada por el eco de todas las buenas voluntades representadas por los numerosos estamentos sociales del país.

Antes, le fue impuesta a Nofert la pluma escarlata de Maat, la diosa de la Verdad-Sabiduría; simultáneamente, fue investido Ra-Hotep con el raro emblema del arpón celeste, distintivo de la breve comunidad de "Servidores de Horus", cuando ostentaba ya, junto al anciano sumo sacerdote, el casco de oro de la osirificación y pendía sobre su pecho puro y enamorado el *ankh* sagrado, la cruz coronada de la vida eterna, distintivos ambos de la más alta iniciación solar.

El día señalado fue de solemne fiesta no sólo para el Templo-Escuela, sino para todo el país. A On acudieron multitud de barcas engalanadas y de carruajes pintados de vivos colores arrastrados por blancos caballos.

Precedidos de solemnes oficios religiosos y con asistencia de faraones, príncipes y nobles, tuvieron lugar los sonados esponsales de Nofert y de Ra-Hotep, radiantes de felicidad. El anciano sacerdote unió sus manos ante el disco iluminado de la gran divinidad solar. Y en tanto las retenía

entre las suyas magnéticas y paternales, díjoles con cálido acento:

—Hijos míos bienamados; hoy confluyen benéficamente en lo alto del firmamento los rayos conjuntos de ambos Luminares, el Padre y la Madre celestes, unidos en esta solemne festividad por el planeta del Amor, Sukra-Venus, la hermana mayor en evolución, de la Tierra, a la que todo lo debemos. Ellos presiden ahora vuestra unión. Pido a los cielos que así os contemplen con mirada benigna para toda la eternidad, para que seáis ejemplo permanente de indestructible amor y de servicio a la divinidad y a las humanidades del presente y del futuro. En la vida y en la muerte, permaneced unidos por el celeste vínculo. Extiende tú, Ra-Hotep, vencedor de los Misterios, las alas del Halcón sagrado, símbolo de la gracia, sobre tu esposa, sobre tus hijos, sobre todos los seres que te rodeen y los que esperen de ti los beneficios de la sabiduría a través de tu máximo cargo de Hierofante de este Templo. Y tú, Nofert, que puedas ser digna en todo momento, así en tus deberes íntimos de esposa y madre, como en los sagrados de sacerdotisa y Hierofántida, del alto privilegio que el destino te ha otorgado. Muy pronto, hijos míos, mi noble compañera en la dirección y enseñanza de la Escuela y en el servicio de este Templo, la venerable Meritduia y yo, tendremos que rendir al gran Dios Ra el alma y al sepulcro nuestra física envoltura. Entonces os convertiréis vosotros en la voluntad activa de los Guías que velan, desde la Fundación, sobre el sagrado país que baña el Nilo. Os pido ante el general testimonio de los aquí presentes y el de los elevados Invisibles, que nos substituyáis con dignidad. Que innúmeros soles os alumbren en plena paz y gozo fecundos y que bajo vuestro mandato, otorguéis a la bendita On, convertida en capital espiritual del mundo, días de inolvidable gloria, y que los siglos y los milenios futuros os miren agradecidos y os bendigan y tengan constancia de vuestra obra, como yo os bendigo ahora con todo mi corazón, hijos míos bien amados!

CAPÍTULO VI

DOS NITOCRIS. LA SACERDOTISA ENAMORADA Y LA FARAONA VENGATIVA

Nitocris (1ª)

Cuando la alta figura velada apareció en el umbral de las dependencias dedicadas a la enseñanza anexas al gran Templo de Ptah de la ciudad de Menfis, el venerable maestro de neófitos y jefe de los ceremoniales sagrados, la reconoció inmediatamente.

Fue hacia ella con ambos brazos levantados como si se dirigiera a una deidad. Y humildemente, exclamó:

—¡Oh, Majestad! ¿Cómo no presentí esta vez tu llegada? ¿Acaso me llamaste y mi mente absorta no recibió el impacto?

La Altísima adelantó su mano en actitud de decantar la presunta justificación del sacerdote, atravesó en silencio la penumbrosa estancia y se dirigió por sí misma hacia el recinto confidencial, en tanto las dos doncellas que la acompañaban permanecían cada una a ambos lados de la puerta del pilón de entrada, esperando a su Señora.

Cuando el maestro sacerdote Ka-Ptah corrió por dentro, tras ella, el cerrojo de la recoleta cámara después de cerciorarse de que nadie había sido testigo de la presencia allí de la regia confidente, volvióse hacia su discípula y soberana y esperó sus órdenes.

Ella respiró profundamente. Y en tanto levantaba el velo que cubría su faz, dijo, con su voz grave y autoritaria:

—Esta vez me hubiera sido difícil concretar mi pensamiento y el objeto de mi venida. Además, me acuciaba el propósito de mantener mi incógnita.

Ka-Ptah sonrió un poco enigmáticamente. Después trató de escrutar aquel rostro imperativo y perfecto en el que resaltaba la expresión de sus grandes ojos rasgados del color del Nilo.

Ella se dio cuenta en seguida del propósito de su sagaz confesor y maestro. Y fiel a su decidida voluntad de ocultar el trasfondo de su pensamiento, intentó desviar la mirada de su mudo interlocutor.

Ka-Ptah adivinó, sin embargo. Y díjole con suave, seguro acento:

—Puedes expresarte con entera libertad. Estoy incondicionalmente a tu servicio.

Los húmedos labios rojos de la Faraona se dilataron en una indefinible sonrisa que lentamente fue torciendo sus comisuras derivando en un rictus de frenada amargura.

—Sé cuán sensible eres —comenzó diciendo— a la captación telepática, a la emisión del proyectado pensamiento. Pruebas tengo de ello. Pero esta vez preferí sorprenderte. De lo contrario, mi mental llamada te hubiera, sin duda, conturbado.

—¿Tan grave es el motivo?

Ella no percibió sin embargo el fugaz trasfondo de ironía que velaba estas últimas palabras del maestro.

Tomó la visitante asiento en el lugar indicado por el sacerdote, y comenzó a hablar, expresando así el motivo de su extraña, inesperada visita:

—Acaso recuerdes que hace tiempo, cuando aún vivía mi adorado esposo, te manifesté mi interés por conocer ciertos lugares vedados y realizar algunas averiguaciones relacionadas con la época del Faraón Menkara y la leyenda de la primera Nitocris, mi omónima y su amada.

—Tu encarnación anterior... —rubricó Ka-Ptah.

—Así es. No me cabe ya la menor duda. He tenido recientemente ciertas experiencias que me lo confirman, pero...

Suspiró profundamente la Faraona, hizo con la cabeza un gesto negativo como si dudara del valor de sus propias manifestaciones. Mas prosiguió, decidida, acelerando sus palabras:

—Hay teorías que pudieran interponerse a ciertos hechos... Tú mismo las has insinuado... Por ello necesito de tu colaboración. Quiero aclararlo todo.

Y lo miró audazmente, con mirada inapelable.

El sacerdote cerró los ojos y se inclinó humildemente ante la voluntad imperiosa de la Reina.

—Me tienes a tus órdenes —murmuró. Irguióse poco a poco y aproximándose más a su voluntariosa, regia discípula, añadió—: Si para ello requieres que ponga en juego los sentidos suprafísicos, te diré por anticipado que la experiencia que solicitas sería mía, no tuya. Y toda fe transferida...

—Supones, entonces... —insinuó ella, conteniendo el ademán.

El afirmó:

—Yo te facilitaré los medios para que puedas, si te empeñas, aclarar los hechos por ti misma. Sígueme.

Ella se levantó de su asiento y se dirigió hacia el extremo de la habitación, siguiendo al maestro-sacerdote.

Abrió éste un voluminoso armario, tiró de una de las gavetas y sacó de ella una cajita de ébano. La abrió. En su interior, cuidadosamente colocado, había un recio collar de plata ornado de alargadas perlas, del que pendía una enorme turquesa tallada en forma de escarabeo.

Mostrándolo a Nitocris, dijo:

—Después de múltiples pesquisas, logré obtener esa preciosa joya y poderoso talismán, que perteneció a la anterior Nitocris, la sacerdotisa de Hathor, regalo del propio Faraón Menkara a la elegida de su corazón.

Ella lo tomó con avidez y lo aproximó a sus labios.

El sacerdote objetó:

—¡No! Sobre la frente, en el lugar del entrecejo, y manteniendo una actitud absolutamente receptiva. Unicamente así puede tener éxito el experimento. Si lo deseas...

Ella asintió con la cabeza.

—Recuéstate en aquel diván y láxate totalmente.

La altiva Faraona obedeció como una autómata.

Al poco rato el venerable sacerdote se le aproximó y puso en la mano abandonada de ella un objeto en tanto le decía en voz baja al oído, acentuando las frases:

—Mantén la Piedra del Cielo sobre la palma de manera natural, sin presionarla con los dedos. Centra la mirada interna en el escarabeo...

Tomóle acto seguido la otra mano yacente a lo largo de su cuerpo rendido y transmitió en silencio a la Reina de Egipto el magnetismo revelador.

La experiencia tuvo efecto. Transcurrido un rato, Nitocris se estremeció. Luego, susurró estas entrecortadas palabras:

—Apenas distingo las escenas, pero me veo ahora a mí misma bañándome en un verde remanso del Nilo. Sí, creo reconocer el lugar... No lejos del antiguo Templo de la diosa Hathor. ¡Qué hermosa era entonces!... Relucen al Sol los bucles rojizos de mi cabellera tendida, enmarcando el rostro luminoso, de rosadas mejillas. Era yo extranjera en esta milenaria tierra, y todos admiraban mi exótica belleza. Los zancudos ibis de negra cabeza, los patos y las palomas torcaces, tomaban de mis manos el grano y las caricias... De pronto, unos chillidos estridentes, un revuelo de cándidas alas... sobre el cielo azul, casi tocando mi cabeza, aparece un águila inmensa, roza fugaz la arena de la orilla y se remonta al instante llevando en el pico una de mis sandalias... Aparece otra escena. Me veo elegantemente vestida en un lujoso salón del regio Palacio. El joven y apuesto Faraón ajusta a mi pie la sandalia que el ave de presa dejó caer en su jardín. Nuestras miradas se encuentran... Un ardiente amor nace... Soy proclamada,

entre varias doncellas, la propietaria de la prenda. Recibo la joya-galardón de la hermosura y secretamente, la preferencia y el amor del Rey...[1] Véome ahora de retorno a mis oficios religiosos del Templo de Hathor, la diosa del Amor, y le ofrezco en testimonio de gratitud la valiosa joya... La tristeza me invade. Por mi condición humilde, no puedo ser la legítima esposa del Faraón. Veo a su lado, ocupando el trono, a una princesa de sangre real. Los celos me avasallan. Pero el amor de Menkara era mío. Entre todas, yo era la elegida de su corazón. Hizo grabar en piedra su voluntad de que a mi mente, mi cuerpo embalsamado reposara en un bellísimo sarcófago de basalto azul en una cámara próxima a la suya, en la misma entraña de la tercera pirámide que fabricaba... Una densa niebla me envuelve... Ahora creo ver... Sí, aparece ante mí, claramente, la escena de la muerte de ambos. Los rayos violados que vinculan el influjo lunar, proyectados sobre mi cadáver, alumbran la laboriosa momificación de mi cuerpo inerte. Después, la vida continúa, y el amor... Veo mi *ka* casi tangible, provocativamente hermoso, rondar en torno a la Pirámide, sembrando la confusión y la alarma... El sacerdocio de Ptah interviene... Imprecaciones, conjuros mágicos... ¿Qué pasa con la momia? El misterio sella los labios y las conciencias sacerdotales. Se forja la leyenda de la bella Nitocris, "la de rosadas mejillas"... Transcurren velozmente unos siglos, proyectando su luz y su sombra sobre los monumentos milenarios. La incógnita todo lo interfiere... No veo más...

— Viste bastante —dijo en aquel momento Ka-Ptah, retirando su mano de la diestra de Nitocris y la Piedra mágica que sostenía de la siniestra.

Reclinóse en el mismo instante la Faraona, abrió desorbitadamente los ojos, y miró en torno.

[1] Los amantes del antiguo *folk-lore* han querido descubrir, en la legendaria historia de esa primera Nitocris, el remoto origen del popular cuento de la "Cenicienta".

—La paz sea contigo —dijo simplemente el sacerdote, en tanto guardaba otra vez en el armario del ángulo de la habitación, la Piedra del Cielo.

Ella se puso en pie. Desabrochó acto seguido el gran collar talismánico que sostenía la turquesa en forma de escarabeo que colocara sobre su frente, e hizo ademán de restituirlo a Ka-Ptah.

—Esto te pertenece —objetó él—. Guárdalo. Acaso te ayude a recordar algo más. No olvides, sin embargo, que se trata no sólo de una joya talismánica de gran poder, sino de un símbolo sagrado.

Nitocris abrochó de nuevo el precioso collar en torno a su busto dorado y jadeante. Avanzó luego unos pasos hacia su maestro y le inquirió, con apenas frenado acento de autoridad en sus palabras:

—Quiero salir de dudas. Como sacerdote iniciado, dime: ¿Puede un alma, en tanto perdura su momia, reencarnar en un nuevo cuerpo?

El reflexionó. Por fin, haciendo un esfuerzo para no traicionar el jurado secreto sin desatender la concreta, exigida respuesta a su soberana, respondió:

—Todo depende de la perdurabilidad del doble o *ka*. No siempre...

Ella interrumpió, en forma categórica:

—Necesito que me ocampañes mañana, a medianoche, día de la Luna Llena, a la tercera Pirámide y me facilites el ingreso en las cámaras sepulcrales.

Ka-Ptah se quedó mudo. A pesar de su gran autodominio, no pudo disimular, de momento, su contrariedad. Esta no pasó inadvertida a la sagaz Nitocris.

Pasados unos instantes, se atrevió a objetar el sacerdote:

—No debes ignorar que la inviolabilidad de las tumbas es una divisa religiosa.

Ella se estremeció. Sus labios se contrajeron, miró a su maestro con altivez y dijo, levantando la voz:

—Estas me pertenecen. Me pertenecen como soberana y como alma. Tú supiste antes que nadie, por tus excepcionales facultades, desde que vine al mundo, por qué y cómo me hallaba predestinada a ocupar el trono de Egipto. Sabías que yo fui, en la vida pasada, aquella primera Nitocris, la amorosa y casquivana sacerdotisa de Hathor, y más tarde, la concubina del Faraón Menkara, en su misma Pirámide enterrada. Y porque lo sabías, me impusiste el mismo nombre. Acaso esa sintonización sonora y repetida, me ha ayudado a recordar... Debiste saberlo. Eres, por tanto, en cierto modo, cómplice de mi propia voluntad.

—Tu vida actual ha rectificado, sin embargo, la de aquella bellísima Nitocris, "la de mejillas de rosa". Lograste ahora tu máximo deseo de entonces: ser la indiscutible soberana de Egipto y dueña absoluta del amor del Faraón. Todavía diré más. Esta Nitocris ha borrado a aquélla en cierto modo. Tu amante esposo actual, el difunto Faraón Metesufis II, debe celar tus actos. Procura ser digna de él.

Ella se agitó, visiblemente contrariada. Exclamó:

—Lo amé, lo amo en Menkara. Tengo el convencimiento de que mi esposo actual ha sido la reencarnación de aquel pasado, entrañable amor mío, cuando era el último Faraón de la IV Dinastía, hace trescientos años...

Nitocris fijó una mirada terrible, sostenida, en el vacío. Luego bajó la cabeza, y prosiguió en voz baja y profunda, como hablando consigo misma:

—...Pero esta vez ha muerto asesinado, alevosamente asesinado... No pude hallar su cadáver, no pudo ser momificado a tiempo, y su *ka* se habrá disgregado con sus restos putrefactos...

Dos gruesas lágrimas resbalaron de los ojos verdeazules de la Reina de Egipto. Irguió la cabeza e insinuó una indefinible expresión de reto que captó Ka-Ptah.

Ella lo miró, al fin, y díjole:

—¿Puedes aseverar mis presentimientos? ¡Habla!

El apostilló simplemente:

—Sólo Dios lo sabe.

Nitocris recogió su manto, bajó de nuevo el levantado velo malva y oro que cubría su cabeza, y se dirigió, majetuosa y altiva hacia la puerta en tanto ordenaba sin volver la cabeza:

—Mañana, antes de medianoche, te esperaré en la cara septentrional de la tercera Pirámide.

—Eres mi soberana —susurró él.

Y cerró la puerta.

*
* *

Cualquiera que la hubiera visto a altas horas de la noche, al claro de la luna egipcia y envuelta en blancos velos, rondar una y otra vez en torno a la Pirámide de Menkara, la hubiera tomado sin duda por el redivivo fantasma de aquella primera Nitocris de oscura leyenda, la "Bella de sonrosadas mejillas".

Por fin se paró, rígida, en el lugar de antemano convenido. Acababa de divisar la venerable silueta de su maestro y confesor, Ka-Ptah.

Desde la vaga lejanía, levantó él al divisar a la Reina la lámpara encendida, a guisa de saludo y cumplimiento. Al llegar junto a ella tomó la delantera y sin decir palabra, la precedió en la ascensión de las gradillas disimuladas, excavadas al margen de las grandes losas centrales de granito rosa de la cara norte de la Pirámide.

De pronto se paró, dejó la lámpara apoyada en sus propios pies y comenzó a tactar la pulida pared en todas direcciones.

Por fin una de las grandes losas cedió; y girando sobre sí misma, dejó al descubierto una breve abertura.

Entraron en ella, uno tras otro, semiagachados. Se asomó luego por la disimulada entrada el sacerdote, y después de cerciorarse de que nadie había sido testigo de su pene-

tración en la Pirámide, hizo girar de nuevo la losa alineando el inclinado muro del exterior.

Siguieron ambos en silencio por un largo y oscuro corredor descendente que desembocaba en otro horizontal, perpendicular al de la entrada. A los pocos pasos, cegaba ese pasillo un pozo sin brocal, de abertura cuadrangular. Descendieron por él con cautela, agarrados a los salientes sujetadores de hierro.

A la luz de la lámpara, divisábase el fondo a través de la clara losa de mármol pulido que lo centraba. Aquella losa precedía a las tres gradas que conducían, siempre en dirección oeste, a través de un pasillo bajísimo y estrecho, a la gran sala subterránea de los ofertorios y banquetes reales que precedía, como era costumbre, a la cámara del *serdab* en el que daban tres puertas, dos de ellas simuladas. A ambos lados de esa antecámara mortuoria se abrían dos espaciosos departamentos dedicados a albergar todos los objetos, trajes y muebles que pertenecieran al difunto Faraón.

Ka-Ptah, seguido de Nitocris, penetraron en el *serdab* junto al cual se abría el recinto mortuorio, donde se hallaba, depositada en su sarcófago, la momia del Faraón allí enterrado.

Nitocris se detuvo visiblemente emocionada ante la viviente estatua de pie, que representaba fielmente sus rasgos fisonómicos, su aventajada estatura, el color de su piel, de su cabello, de sus ojos que miraban de frente con una honda mirada parada de siglos.

Volvióse luego, contemplando en torno las paredes ornadas de frisos y de jeroglíficos.

Por fin murmuró:

—Recuerdo todo esto... Lo recuerdo como a través de un tupido velo... Sí, aquí estuve repetidas veces, entonces. Primero revestida de mi anterior cuerpo material siendo la bella cretense de "mejillas de rosa". Luego ya difunta, con mi vitalizado *ka*. Todo me es familiar: su imagen, las es-

cenas que reproducen su vida. Así, de pie, me recibía siempre sonriendo...

Su voz se esfumó, como diluida en el lejano recuerdo.

Luego penetraron en las dos salas contiguas.

La mirada un poco vaga, como transpuesta, de Nitocris, vuelta de las reconditeces del subconsciente, se exteriorizó y abrió sus hermosos ojos claros admirando las inmensas riquezas que la rodeaban.

¡Cuánta magnificencia, en verdad! Allí relucían a la luz de la lámpara, prodigiosamente amontonados, los muebles ricamente labrados con incrustaciones de oro y pedrerías, algunos de ellos ingeniosamente desmontables, de la pertenencia del Faraón, por él usados en el gran Palacio de Menfis y en sus campañas guerreras. Allí estaban, como esperando ser utilizados por su dueño, intactos, sus indumentos, sus armas, sus utensilios, su trono de oro macizo, sus lechos, sus carros de guerra, sus vajillas de plata labrada, sus mesas y banquetas, sus armas, sus herramientas, sus copas de alabastro transparentes, sus arcos, sus pelucas, sus riquísimas joyas, sus talismanes y amuletos, su barca, sus coronas, sus atributos reales, sus sandalias, sus vestidos, incluso sus perfumes y sus tarros de ungüentos. Todo bruñido, resplandeciente, intacto, acompañándole en su morada perdurable.

Como en el *serdab*, aparecían en la pared los frisos pintados representando las amables y tiernas escenas de su vida cotidiana, así como sus hazañas guerreras, con la teoría interminable de sus servidores, sus guardias reales, sus ejércitos, sus villas de recreo, sus regios salones, sus jardines.

—Al otro lado se halla el sarcófago —dijo Ka-Ptah para sacarla de su ensimismamiento.

Entraron en la cámara mortuoria.

—He aquí lo realmente interesante de este recinto —comentó el sacerdote señalando con el dedo los muros inscritos del fondo—. Son los Himnos sagrados que acostumbra-

Nitocris (2º)

Nitocris (2º)

ba a recitar el Faraón-Iniciado, los Libros Sabios de Toth, el "Tres veces grande". Y he aquí, eternizado en estas otras grafías policromadas, de perfección incomparable, el viaje post-mortem del alma osirificada a través de las pruebas de los Misterios, junto al plano-guía de la tumba, con objeto de indicar al *ka* del difunto, en la turbación propia de su despertar a la nueva vida, el camino a seguir para encontrar la salida y las palabras de poder que le ayudarían a recobrar la total lucidez, guiándole por el dédalo del Amenti hasta encontrar la senda iluminada que conduce a los Campos de Yalú, la mansión de eterna bienaventuranza.

Pero Nitocris miraba fijamente, con expresión de alucinada, el hermoso sarcófago de sienita asentado sobre la preeminencia del túmulo de veteado mármol y presidido por la imagen resplandeciente de Nut, la diosa celeste, con ademán de amparar el sarcófago con sus alas tendidas, toda rodeada de estrellas.

Ka-Ptah la ayudó a levantar la tapa del sarcófago.

Una vez logrado con gran esfuerzo este primer propósito, procedieron ambos a levantar las tres envolturas de oro de preservación, magníficamente conservadas; envolturas antropoides que reproducían con exactitud las facciones y el cuerpo yacente del Faraón difunto. Por fin apareció el féretro de madera incorruptible de sicomoro.

Conteniendo la respiración, lograron levantar la tapa. Y a la luz de la lámpara aproximada vieron el cuerpo momificado, cubierto a medias por el primitivo vendaje, en perfecto estado de conservación, del Faraón Menkara. La momia se hallaba revestida con los atributos regios, enjoyada como un ícono. Tenía los ojos cerrados, pero su rostro demacrado insinuaba una tétrica sonrisa. Sobre su frente, junto al *uraeus* sagrado, se mantenía aún, tenue como un soplo, una desecada flor de loto azul, la última que le brindara, extraída de su corona de sacerdotisa de Hathor, la anterior Nitocris.

En aquel momento, tuvo ella un nuevo vislumbre de su existencia pasada.

—Recuerdo el momento en que puse sobre su frente esta flor que perduró mi último beso a su forma momificada. No fue aquí, sino en su Palacio, después del ritual de evocación del *ka*. Le acompañé luego en la barca fúnebre arrastrada por lentos tiros de bueyes sagrados por el sendero enarenado que conducía a las Pirámides, confundida entre el coro numeroso de las plañideras...

Siguió a la confesión un extraño silencio. Por fin, oprimiendo nerviosamente, por encima del féretro, la mano del sacerdote y como si quisera tomar por solemne testigo la propia momia del Faraón, añadió:

—¡Oh Ka-Ptah! Tú que sabes más que mortal alguno, dime: ¿Es posible, en tanto perdura la momia, vehículo de enlace para la pervivencia del *ka*, que el alma reencarne en un nuevo cuerpo?

Ka-Ptah se hallaba en situación embarazosa. Por fin habló esforzándose visiblemente en esquivar, en cierto modo, la repuesta:

—Son muchas las almas amadas en el transcurso de nuestras numerosas vidas sobre la Tierra. La finalidad del amor es la iluminación, el crecimiento del alma. No importan pues, dentro de la economía evolucionaria del espíritu, los amores, sino el amor. ¿A qué preocuparnos tanto, pues, por esa misteriosa trama de los encuentros? ¿Qué importa, no ya al interés unifacético y limitado de la personalidad, sino a la divina condición del ser permanente que en una vida anterior fuera tu máximo amor Menkara y ahora el no menos admirable Metesufis?

Nitocris se estremeció.

—Entonces, ¿quieres dar a entender que en tanto el *ka* sobrevive...

El sacerdote la miraba fijamente con sus ojos profundos que sabían calar el trasfondo de las almas y sus más ocultas reacciones. Y a la luz amarillenta de la lámpara

de aceite percibió fugazmente, en el rostro contraído de la Reina, el resplandor siniestro de un terrible, acariciado propósito.

—Lo que importa —dijo al fin el sacerdote en tanto procedía a tapar de nuevo la forma embalsamada del Faraón— es amar sin discriminación. Amar es comprender. Transmutar el odio en amor, he aquí la gran lección de la divina Ley de Necesidad [2] el motor invisible de la evolución y de la vida infinita.

Una vez recubierto el sarcófago de granito, pasaron de nuevo a la antesala, en cuyo centro se hallaba, de pie, la estatua viviente del Faraón. Ella lo miró de nuevo frente a frente y exclamó, visiblemente turbada:

—No puedo... no puedo colegir. No puedo tampoco olvidar. Amé a Metesufis con el mismo gran amor con que a ti te amé. Por eso estoy de nuevo aquí, revestida de esa otra carne, gravitando en torno al objetivo de mi amor y de mi máxima ambición de entonces: llegar a ser la esposa legítima del Faraón, mi amado y esposo. Lo logré. Mas... ¡ay! ¡Cuán breve licencia me dio la vida esta vez, después de acceder a mi gran deseo! ¡Cuán desgraciada soy!

Y ocultando el rostro entre sus dos manos, rompió en sollozos.

Ka-Ptah, enternecido, le oprimió cariñosamente los hombros:

—No olvides que Dios nos otorga siempre lo mejor. Que el amor verdadero no puede morir. Que nadie es capaz de mover una hoja ni disparar un harpón, si la todopoderosa mano no dirige la fuerza que impulsa su ejecutoria.

Ella, sorda a todo razonamiento, prosiguió rendida a su llanto y a su desesperación, fija en su mente su propia despechada actitud ante la irreparable contrariedad de su vida.

Levantó por fin los brazos, y exclamó, con acento desgarrador:

[2] Ley del *karma* de los hindúes.

—¡Maldición! ¡Maldición!...

Ka-Ptah le cogió con fuerza ambos brazos alzados y díjole con severo acento:

—Ten ante todo en cuenta, hija mía, que te hallas en recinto sagrado. ¡Salgamos inmediatamente de aquí!

Y tomó la delantera, desandando el camino que conducía al exterior.

Apuntaba el día. El cielo rosado de la aurora llenaba la tierra de un hálito tibio. A medida que descendían por la cara norte de la Pirámide, sentían el soplo refrigerante y puro del mar, que invitaba a la resurrección y a la alegría.

El sacerdote apagó su lámpara. Sonrió al cielo del amanecer y luego a la Faraona de Egipto, asociando el milagro divino en su corazón. Mas ella se hallaba aún envuelta en el vórtice arrollador de sus turbados pensamientos.

—No olvides —díjole la Reina con una mirada dura como un reto— que solicité de ti me franquearas la entrada a ambas cámaras sepulcrales.

El sacerdote volvió la faz, puso la palma de su diestra a la altura del corazón de la Reina y díjole:

—La noche protectora amparó nuestro viaje por el interior del monumento funerario, la tercera Pirámide. Accedí a tu demanda... Mi deber de sacerdote me reclama ahora en el Templo. Van a dar comienzo los oficios matinales.

Nitocris presentía que la razón última trataba de encubrir una negativa. Sin embargo, no insistió. Conocía ya el resorte secreto que franqueaba la entrada y estaba enterada del camino.

Pasó tiempo.

El "Adorable Valle" de las Dos Coronas, seguía gobernado por Nitocris, la misántropa Faraona, en tanto el trono del Compañero Regente permanecía, año tras año, vacío. Los pretendientes se impacientaban y la promiscuidad en torno a su presencia de los que se creían con derecho al supremo cargo, la agobiaban. Pero sus labios permanecían sellados a todo directo o indirecto requerimiento que inten-

tara violentar su firme voluntad de permanecer en estado de viudez, fiel a la memoria de su esposo misteriosamente desaparecido, y nada dejaba entrever sus planes con respecto al futuro.

No obstante, en la soledad de sus pensamientos entenebrecidos, la venganza iba tomando cuerpo fraguando el plan definitivo, largamente acariciado.

A la luz de la tradición egipcia, consideraba Nitocris un grave traumatismo, para el proceso del alma, la pérdida definitiva, la irreparable desintegración del *ka* del difunto. Le era por tanto imposible entrar en relación con el esposo amado, velar por su morada definitiva, cumplir el ritual de la supervivencia, consagrarle dádivas y sacrificios, organizar banquetes y libaciones funerarios.

Esa imposibilidad, gravitaba en su interior como un atenazante remordimiento.

Sin la asistencia del consejero máximo se sentía yerma de protección, sin soporte ni guía, sin propósitos de altura, sin voluntad para llenar sus deberes de gran sacerdotisa de Isis inherente al cargo de Faraona reinante.

—Tengo el alma amputada —murmuraba en sus largas noches de confusión y de insomnio—. No puedo vivir ni puedo morir sin haber realizado justicia. ¡Y la haré con mi propia mano!...

No, ella no perdonaría nunca a los asesinos de su esposo. Sentía que una terrible ordalia actuaba en ella, convirtiéndola en instrumento de purgación. Conocía ya, uno a uno, a los causantes de su muerte. Había logrado reconstruir, con profusión de detalles, el luctuoso hecho.

Hallándose su amado esposo, el Faraón Metesufis, como tenía por costumbre al levantar los cotos, de excursión, cacería y pesca en el oasis de Fayum, acompañado de sus cortesanos y amigos íntimos, sus consejeros secretos, fraguaron éstos en la sombra, ambiciosos del poder, el premeditado plan de su desaparición.

No murió ahogado mientras pescaba, al resbalar de su frágil bote en el Lago Moeris como habían intentado justificar al regreso, sino que un harpón traicionero y anónimo, derribó al incauto por la espalda, hundiéndole para siempre, ya sin vida, en el légamo insondable de su fondo.

A tal certeza había llegado la Reina viuda pacientemente, mediante la proseguida investigación psíquica, valiéndose de las facultades excepcionales de dos novicias clarividentes de su Templo, llegando a reconstruir así hasta sus más mínimos detalles el repugnante atentado.

Su frecuente contacto con los culpables, su intervención en los puestos de responsabilidad, acrecentaban la sorda y creciente rebelión interior y la impelían a la venganza.

Lo que más la desazonaba, más aún que la alevosa muerte física de su esposo, era la constante pesadilla de no haber podido rescatar a tiempo su cuerpo para la momificación y al desintegrarse su *ka*, pasar irremediablemente por la segunda muerte. Acaso sus almas se separarían ya para siempre...

Aquel inmenso ultraje perpetrado a sus vidas, incrementaba cada día su interior desgarradura hasta rozar los límites de lo irreparable.

—¡Haré justicia! —repetía—. ¡Así también se sirve a los dioses!

Un día llamó secretamente a Palacio al segundo constructor y arquitecto, hombre ducho en su oficio y de su entera confianza.

Le comunicó sus planes.

—Confío en ti —díjole al despedirse—. Que este deseo mío permanezca en el más absoluto secreto. En un plazo de siete lunas debe quedar terminado el proyectado embalse y en mi poder la llave del mecanismo de las compuertas subterráneas.

—Se hará como tu Majestad ordena. Pongo a los dioses por testigos y mi vida en prenda de su cumplimiento.

—Serás debidamente recompensado —rubricó ella, insinuando una extraña sonrisa.

Al día siguiente, al sentarse en su trono en presencia de toda la corte, rodeada de sus visires y consejeros, sonrió también por vez primera al principal asesino de su esposo, el que más insistentemente la pretendía con el afán de lograr, mediante la legalización de su boda con la Faraona legítima, merced a la ley tradicional del matriarcado, la ascensión al trono de Egipto.

Corrió la voz y se multiplicaron los pronósticos. Se manifestaron, casi ostensiblemente, los planes y las ambiciones.

Llegó el día del tercer aniversario de su viudez, que Nitocris anunciara como tope de su retraimiento, su dolor y su luto.

Organizó el banquete con gran lujo y pomposo ceremonial. Y preparóse para asistir a él ornada con sus mejores galas, ostentando sus más valiosas joyas.

El comedor de invierno aparecía profusamente engalanado en aquella fiesta. Hubo un derroche de exquisiteces culinarias; abundaron los vinos perfumados, las tres clases de cerveza, refrescada con la nieve de las altas cataratas descendida por el río en ligeras piraguas nubias; hubo profusión de danzas, de músicas, de juegos que duraron hasta altas horas de la noche.

Los invitados fueron desfilando a excepción de los íntimos cortesanos, aquellos que esperaban el beneplácito de la Reina a sus pretensiones, para anunciar al siguiente día el formalizado compromiso a todo el país.

Ella se ausentó unos momentos de la fiesta, pretextando una ligera indisposición.

Entonces ascendió, peldaño tras peldaño, el conducto secreto que conducía a las compuertas del embalse, manipuló con mano segura sus resortes... Y el líquido elemento se precipitó, bramando, por la senda abierta, y desembocó con furia arrolladora en el comedor clausurado, inundándolo.

Así hallaron muerte semejante, ahogándose en las aguas

del gran río de la historia egipcia, aquellos que fueron causantes y responsables de la alevosa muerte de Metesufis II, Faraón de la sexta dinastía.

Pocos días después de este trágico acontecimiento que conmovió a todo el país, una sombra tambaleante, cubierta con un manto gris, rondaba, amparada en la lobreguez que precede a la madrugada en torno a la tercera Pirámide.

Por fin, después de observar detenidamente alrededor, ascendió cautelosamente, hasta la mitad, la breve rampa escalonada, excavada en el centro de la cara triangular que daba al norte. Detúvose allí un instante, extrajo de entre los pliegues de su manto oscuro una lámpara, y desapareció como tragada por la fauce de piedra del monumento funerario.

Aquella figura inquieta, tambaleante y velada, no era otra que Nitocris, la Faraona de Egipto, temerosa y perturbada por la magnitud de su propia venganza, terriblemente consumada en su propio Palacio en la noche del memorable banquete.

La consternación había cundido. Y fuera y aun dentro de sus dominios, voces cada vez más altas pedían reparación.

¿Cómo justificar su decisión extrema? No había cómplices ni testigos del drama preconcebido para asesinar a su esposo. Un torbellino de locura envolvía, como un sudario, las horas atormentadas de la Reina culpable.

Recorrió, alumbrada por su lámpara, el mismo conocido pasillo descendente, torció por la derecha el pasillo horizontal en dirección oeste, descendió por el pozo y tomó otro senderillo angostísimo que se abría, al final de unas pequeñas gradas, a la izquierda del que siguiera con Ka-Ptah para ganar el *serdab* del Faraón Menkara y sus cámaras adyacentes.

Otra rampa disimulada, y por fin, a manera de umbral, una pequeña cámara, otra contingua ornada de vistosos frisos con las hornacinas de las ofrendas totalmente vacías

y por fin, la cámara mortuoria, "su propia cámara", la que guardaba la momia de la primera Nitocris, "la bella de rosadas mejillas"...

Sí, estaba segura... Se hallaba ante el hermoso sarcófago de basalto azul.

Se aproximó a él con los ojos desmesuradamente abiertos. Mas... ¡oh sorpresa! ¡La tumba aparecía totalmente vacía!

La lámpara cayó de la mano temblorosa de la Faraona, apagándose al tiempo que lanzaba un agudo grito que terminó en un proseguido, desgarrado lamento.

A tientas halló la salida, atravesó la antecámara y palpando las paredes, descendió el angosto pasillo, desembocó en el de la otra cámara funeraria, ascendió trabajosamente por el pozo, ganó el pasillo horizontal, y por fin, tropezando y cayendo y volviéndose a levantar repetidas veces, llegó al primer corredor ascendente de la entrada.

Espantada de su propio sino, dudó algún tiempo. Luego abrió, exclamando:

—Mi única salida es la muerte, mas ... ¿Cómo sobrevivir en el más allá destruido mi propio *ka* al expoliar mi antigua tumba, si muero ahora maldita y abandonada? ¡Sea la temprana, apacible luz de este día, mi propio sudario!

La pequeña mole giratoria se acopló de nuevo a la fachada. Nitocris descendió las brevísimas gradillas hasta alcanzar la base de la Pirámide. Y echó a andar, vociferando, como alocada:

—No... No quiero la destrucción de mi alma. Mucho amé, y por el amor he de redimirme. Deseo ardientemente sobrevivir después de mi muerte física, aunque sea para expiar mis culpas.

Llegó inadvertida a su Palacio por una puerta secreta, se encerró a sus habitaciones y lloró desesperadamente.

Los rumores del pleno día hicieron llegar hasta ella la creciente ola de la confusión.

Anticipándose al raudal avasallante del juicio popular, planeó en voz alta su propia muerte.

No moriría por el fuego, ni tragada por las aguas, ni precipitándose en el abismo, sino en la fría integridad de su propio lecho.

Grabó sobre una hoja de papiro su última voluntad, la enrolló en un tubo de metal sellado, puso encima el nombre de Ka-Ptah, y lo dejó depositado en la cabecera de su lecho. Eran sus postreras disposiciones en lo referente a su momificación secreta, y su deseo de ser enterrada en el interior del sarcófago azul que perteneciera a la primera Nitocris, en el interior de la tercera Pirámide. Con sus riquezas personales, pedía al maestro sacerdote se ornaran las criptas, se abrieran hornacinas para las ofrendas, se pagaran generosamente los ritos funerarios y se erigiera a poca distancia un Templo a su mmeoria.

Dio orden a su doncella de que llamara a Ka-Ptah. Luego se vistió y se compuso como si fuera a la ceremonia de su propia coronación.

Mojó acto seguido un estilete de oro en el tarro del más activo veneno, tendióse en el lecho, y lo clavó con fuerza, sin alterar las bellas facciones de su rostro, en su corazón.

No tuvo tiempo de cruzar sobre su pecho los brazos, sosteniendo el flagelo y el cetro de oro, atributos de los Faraones reinantes.

Manos piadosas lo hicieron en su lugar.

Así acabó, árbitro de su propio, trágico destino, la última Faraona de la sexta dinastía del gran país que riega el Nilo.

CAPÍTULO VII

HATSHEPSUT, LA GRAN FARAONA BARBADA, "HORUS FEMENINO"

Hatshepsut

NUNCA HABÍA aparecido la Sala de las Coronaciones del gran Templo de Heliópolis, tan profusamente engalanada como aquel memorable día.

Poco antes habían tenido lugar en el Templo acontecimientos y rituales insólitos que excedían los preparativos a las habituales celebraciones tetrácticas del año, coincidentes con las fechas de los dos solsticios y los dos equinoccios.

Con motivo de las místicas solemnidades del solsticio invernal, habíanse remozado los utensilios sagrados del culto, se habían erigido dos nuevos monolitos, llamados por su altura y magnificencia "índices del Dios único" bellísimos por la perfección y policromía de sus misteriosas inscripciones y por los piramidiones de oro que coronaban su cima y que iluminaban como faros la puerta principal del Templo; habíanse añadido voces nuevas a los corales religiosos, de antiquísima y noble tradición, y con instrumentos desconocidos procedentes del Asia vencida, el conjunto orquestal. Pero lo que realmente llamaba la atención era que las grandes estatuas de los dioses habían sido descendidas de sus plintos y con gran cuidado y especiales fórmulas de encantamiento sumergidas para su purificación, durante la noche sagrada de la Luna Llena, en las aguas del Nilo.

¿Qué acontecimiento de trascendental importancia para la historia de Egipto iba a tener lugar en la tradicionalmente famosa Ciudad del Sol, morada del Dios Ra, padre espiritual de ambas Tierras?

Nadie lo sabía. Nadie, exceptuando los grandes magnates de la corte faraónica, los Consejeros del Cielo y los sacerdotes del Templo. Mas aquellas trascendentales disposiciones y el mismo sigilo con que se llevaban a cabo las órdenes, intrigaban a todos los habitantes de la ciudad, sin exceptuar a los mismos que cumplían tales ordenanzas.

Los más curiosos y avisados barruntaban que el motivo de todo obedecía a la próxima celebración de la tercera década de la ascensión al trono, por la voluntad soberana de la legítima Faraona Aahmés, de Tuthmés I, el liberador de Egipto, el gran capitán que lograra expulsar de todo el país a los Hiksos invasores, los "Reyes Pastores", "semitas leprosos y judíos" y a sus secuaces, que infestaron con plagas y oprobios, durante varios siglos, el "Adorable Valle de las Tierras Puras" del País de Khemi, fundado por Dinastías Divinas.

Era costumbre en el antiguo Egipto —que obedecía sin duda a prescripciones religiosas de inmemorial tradición— que al cumplir los treinta años de su reinado, el Faraón o la Faraona debían abdicar por inaptitud o senilidad, ya que ese término era el concedido por la Naturaleza a la capacidad biológica de una generación, a menos de que el gran Dios considerara de necesidad prolongar el período de su reinado a través de una curiosa ceremonia llamada del "Levantamiento del *Djed*" cuya finalidad era rejuvenecer al Rey, infudiéndole la divinidad invocada, sus propios efluvios vitales.

Sin embargo, nadie sabía con certeza qué iba a ocurrir en el sacro recinto de la antigua On. Lo que sí era cierto es que se aproximaba un sonado, insólito acontecimiento.

El día señalado, sobre el gran tapiz extendido frente a los dos regios tronos, permanecía echado el simbólico *Djed*, el pilar de cuatro capiteles y de humanas proporciones que encarnaba la cuádruple naturaleza de la personalidad del Faraón, regente y ejecutor de la legítima voluntad de la Faraona de Egipto.

Cuando, a la anunciada hora de la tarde, el Padre Sol, cuerpo de la Deidad, iluminaba desde el oeste el alado artesonado de ambos tronos, comenzaron a sonar, al principio muy suavemente, las primeras pulsaciones armoniosas de los mazos percutiendo en trémolos inefables sobre los siete discos de distinto metal templados al diapasón de los siete planetas, ministros celestes del cupremo dios Sol.

Entonces apareció en la Sala de las Coronaciones Aahmés, la soberana de sonrisa fascinadora, esposa del alto Dios y por cuyas venas corría la sangre bendita de las primeras Dinastías de Reyes Divinos, acompañada de Tuthmés I, su regio consorte. Pero el asombro de todos los presentes —el cuerpo sacerdotal en pleno, los invitados extranjeros, los representantes de los nomos o regiones del país del Nilo, los nobles y cortesanos, los jefes militares de la Casa Real y de las guarniciciones del norte y del sur de las Dos Tierras— subió de punto al ver que ambos Faraones llevaban en medio, cogida de ambas manos, a su pequeña hija Hatshepsut.

Se miraron perplejos los unos a los otros, sin decir palabra. ¿Qué podía significar la presencia de la niña en aquella solemne ceremonia ritual de la erección del *Djed*?

Como era de rigor en el ceremonial cortesano en tales solemnidades, los delegados nómicos puestos en fila a ambos lados de la regia alfombra, adelantaron sus respectivos estandartes en cuya cima ondeaban, bordados de oro y piedras ricas los banderines representando a sus tótems respectivos; regios personajes avanzaron así, lenta y ceremoniosamente bajo la vibrante arcada de los rendidos tributos.

Todos los presentes se inclinaron al paso de sus Majestades, en espera de acontecimientos.

Después de todo, los Faraones, junto con el Gran Hierofante y el Consejero del Cielo o Maestro Astrólogo, eran los únicos que podían interpretar, para tales solemnidades, la voluntad divina sobre el presente y sobre el porvenir del país de Egipto.

Algunos de los presentes, sin embargo, no ignoraban el misterio que rodeaba el nacimiento de la pequeña Princesa. Así que su presencia en los sagrados oficios de aquel día podía estar relacionada con los inmediatos requerimientos de su divino Padre Amen y su intervención directa en los destinos del país.

La espectación creció cuando se hizo un general, imponente silencio en la Sala de las Coronaciones y los Monarcas, con su pequeña, atravesaron al fin el círculo formado por doce sacerdotes en torno al escabel central que contenía ambos tronos, ascendieron sus cuatro peldaños y se situaron las regias personas de pie ante los respectivos sitiales.

Se sentó primero, majestuosa y resplandeciente como una diosa, sonriendo siempre, la Faraona Aahmés. Siguió el ejemplo Tuthmés y entre ambos tronos permaneció de pie, firme y hierática, la pequeña, gentil figura de Hatshepsut. Imponentemente grave, la diminuta princesa hacía girar, con la cabecita inmóvil, sus grandes ojos asombrados, de un lado a otro de la gran Sala. Luego los fijó, llenos de curiosidad, en la bandeja que sostenían dos sacerdotisas de Isis, investidas con los atributos de la diosa máxima y ante la cual el Hierofante procedía a bendecir las Dos Coronas, la Blanca del Sur y la Roja del Norte envolviéndolas en los humos del pequeño incensario que sostenía en tanto sus labios pronunciaban palabras mágicas ininteligibles. Después colocó a cada lado de ambas Coronas los atributos reales: el cetro y el flagelo de oro.

Cuando sonó en la parte alta la vibrante trompeta que anunciaba el momento de la consagración, apareció una teoría de sacerdotisas agitando los sistros, instrumento sagrado de extrañas repercusiones mágicas en tanto un coro invisible entonaba, al compás de una orquesta, Himnos de invocación.

Todo el ambiente se llenó de poderosas Presencias invisibles, en tan solemne ocasión allí atraídas. Para los supervivientes, no era un secreto la concurrencia allí de los resplandecientes *kas* de los Faraones y de los altos Sacerdotes Ini-

ciados desencarnados, así como los dobles de los dioses y los genios protectores del lugar.

Después, cuando de acuerdo con el regio protocolo de ritual, esperaban los asistentes que el Faraón Tuthmés, ejecutor del mando de ambos Monarcas, procediera a levantar, mediante las cintas doradas que lo sujetaban, la simbólica y recostada imagen del *Djed*, ambos Faraones se irguieron ante sus tronos y así permanecieron en completa inmovilidad largo rato, con los ojos cerrados, como esperando la interna orden del dios.

Por fin la hermosa Aahmés hizo un gesto contenido con su diestra cuyos dedos tensos y hieráticos daban a entender su voluntad sobre el Faraón. Entonces Tuthmés tomó a la pequeña Hatshepsut de la mano, avanzó con ella unos pasos hasta el mismo borde de la regia tribuna y dirigiéndose a todos los asistentes dijo estas palabras:

—Escuchadme con atención en este solemne momento, todos los que aquí estáis, visibles e invisibles. Hablo en nombre del supremo Dios.

Hizo una pausa, respiró profundamente, y prosiguió:

—Me dirijo especialmente a vosotros, los que constituís el noble cuerpo sacerdotal de este Templo, de magna tradición religiosa en este gran país y que obedecéis la palabra profética de vuestro Hierofante, aquí presente, transmisor de los divinos efluvios; me dirijo también a las corporaciones y fuerzas vivas del país, a los fieles nomarcas, a los jefes militares, mis ministros y colaboradores. Y os digo: hoy es día de regocijo para todos. Esta niña que aquí véis, a la que se impuso al nacer el nombre de Khnumit-Amen-Hatshepsut, la coloco en vida en mi trono, porque tal es la voluntad de su divino Padre Amen, dios y señor de Tebas, la noble Ciudad de los Cien Portales. Ella debe ocupar desde ahora mi lugar y el de la Faraona Aahmés con toda la autoridad y las prerrogativas inherentes a tan supremo cargo. Sed testigos de su solemne entronizamiento...

En aquel mismo instante tomó a la niña por la cintura

y la sentó en su trono. Y prosiguió, dirigiéndose a los asistentes:

—He aquí a esta niña privilegiada, hija del dios, sentada por su voluntad en el trono que por divina herencia le corresponde. Desde este trascendental momento, ella os gobierna, ya que es vuestra legítima soberana. Ella dirige los destinos de mi pueblo. Acatadla. Y para que tengáis fe de mi voluntad, que es la voluntad del divino Padre Amen, presenciaréis ahora su investidura, la transmisión de atributos y poderes y el descendimiento sobre ella de la gracia de Horus representado por el Ave mágica de alas tendidas...

Diciendo estas palabras, tactó Tuthmés con el índice de su diestra anillado con la sortija talismánica los puntos soprasensibles del cuerpo de la pequeña Princesa, los siete centros de poder de su columna vertebral. Luego, el gran Hierofante ascendió las cuatro gradas del regio escabel y untando en los sagrados óleos perfumados la punta de sus dedos, procedió a dar a la niña los toques de la suprema investidura áurica. A tal efecto, pulsó el vértice de su cabecita entre la crencha que dividía en el centro su cabellera recortada en forma de flequillo sobre la frente, luego el punto de su entrecejo, acto seguido su garganta, y en forma simbólica, por aproximación, el lugar del corazón y los tres centros inferiores.

Acto seguido se levantó su madre Aahmés y tomando de la pátera consagrada la corona roja del norte, la colocó en la cabecita de la niña en tanto rodeaba su cuello con el collar de piedras preciosas, cada una de las cuales tenía una virtud amulética y una vibración planetaria.

El Faraón procedió entonces a colocar, sobre la corona roja que ostentaba ya la Princesita, la blanca y cónica del sur, después de lo cual puso en sus manecitas cruzadas los emblemas ejecutivos reales del cetro y el flagelo de oro.

Transcurrido un imponente silencio en el que las tres figuras regias aparecían inmóviles como íconos. Tuthmés se situó de nuevo ante Hatshepsut y a la vista de todos le transmitió su aliento sobre la nariz, sobre la boca y los oídos. Después, volviéndose, habló de nuevo a los asistentes:

—Sobre ella gravitan ya las protecciones y las responsabilidades. Hatshepsut ha sido investida ante vuestros ojos, Faraona de Egipto. Vosotros sois testigos de esa solemne transmisión de atributos y de poderes. Ahora ella os hará oir su voz, ya que ostenta la máxima autoridad real. Escucharla con atención.

Se hizo en torno un espectante silencio al que había precedido un general murmullo.

La pequeña cerró los ojos y de pronto, se irguió con extraña majestad. Y como un prodigio que testificaba la asistencia invisible de la deidad que actuaba tras ella, vibró en el ámbito tenso de la Sala la vocecita de oro de la niña Faraona, diciendo:

—Mi divino Padre Amen habla por mí. El quiere ante todo que el pueblo de Egipto sea feliz. Mi deber, al subir al trono, es procuraros esta felicidad. Ayudadme todos a conseguirlo. Mediante la gracia descendida de Horus, en este inicio de Era sellada por el Cordero celeste, yo reinaré en su nombre con sabiduría y con justicia. A través de la mía, encontraréis vuestra alegría, mi contacto os purificará de enfermedad y de pecado y mi palabra os conducirá y os dará la paz y os comunicará con los dioses protectores. Yo miraré bellamente las cosas y los seres. Así os miraré a vosotros y a mi floreciente país y os bendeciré, para que a través de mí, os bendiga mi divino Padre.

Al terminar la prodigiosa y regia criatura su parlamento, el Faraón Tuthmés I apostilló:

—Ella os contempla con ojos más puros que ser alguno de la Tierra. Por ella también os contempla la divina Madre. Acatadla, que ella os gobernará con plenitud de gracias y de poderes. El que la desobedezca, será castigado; el

que la acate, recibirá recompensa de su divino Padre Amen, cuya voluntad ejercerá sobre todos sus súbditos. En verdad os digo que esta niña nació en condición divina. Que durante incontables años, lleve ella la prosperidad a Egipto.

La pequeña Hatshepsut se levantó, descendió las cuatro gradas del escaño regio, y se encaminó por sí sola hacia el círculo que formaban en torno los sacerdotes y sacerdotisas del Templo, como baluarte de la tradicional protección ejercida por el sacerdocio en torno a los monarcas. Erguida y firme como un diminuto ícono viviente, ornada con todos los reales atributos, se situó frente al sumo sacerdote.

Su encanto natural, su aura de inocencia, su gravedad y su gracia, prendieron en el corazón de todos los presentes.

El Hierofante la tomó entonces de la mano y ascendió con ella a la tribuna regia, sentó a la menuda regente en su trono y se inclinó ante ella en un acto de humillación y acatamiento. Luego tomó de su pecho la Cruz Ansata de Oro que ostentaban los grandes iniciados en los Misterios egipcios, la dio a besar a la niña, y la colocó unos instantes sobre su frente coronada.

Volvióse entonces y desde el extremo de la real tribuna, dirigióse a los presentes con estas palabras:

—Nada debo recomendar, como intérprete del gran dios, a la nueva y pequeña gran Faraona, ascendida ahora al trono de Egipto, ocupado un tiempo por Divinas Dinastías reales. De ella, todo lo esperamos. Sabemos que nos guiará por las sendas del bien y de la prosperidad y que gobernará con justicia, amor y sabiduría. El dios Amen otorgará a su hija la inspiración y la energía necesarias para que su reinado señale la cúspide del esplendor de Egipto. En cuanto a vosotros que me escucháis, congregados en esta sala, os digo y proclamo, como a los cuatro puntos cardinales de su ámbito y de todo el recinto sagrado y más allá de él, que esta niña que aquí véis, sentada en el regio trono, posee

un *ka* divino resplandeciente como el Sol. Es la herencia de su Padre Amen, descendido para fertilizar el germen del Faraón terrestre en la matriz de su excelsa Madre. Por ello, su inmensa aura benéfica nos envuelve y éste es nuestro mayor don. Ella será a su hora, mediante el poder esplendoroso de su *ka*, la encarnación femenina de Horus, tercera persona de la divina Trinidad. Y mediante ese poder, investida de esa misión, revitalizará espiritualmente al mundo, iniciando el nuevo gran ciclo zodiacal anunciado. A esta afirmación, no me resta más que añadir estas palabras: Ya que es carne y vida del gran Dios por nosotros adorado, os suplico a todos, personajes de filiación sagrada o profana, desde los más encumbrados a los más humildes aquí reunidos, que vengáis a rendir acatamiento y obediencia a su Majestad.

Acto seguido, desfilaron uno a uno en silencio, ante el trono de la pequeña Faraona recién proclamada, todos los asistentes a la ceremonia. Se humillaron ante ella, le rozaron los diminutos pies con sus labios, y le juraron fidelidad, poniendo su diestra tendida sobre la cruz de sus bracitos que sostenían firmemente el báculo de oro y el flagelo sobre su pecho.

Se levantó acta oficial del solemne acontecimiento que se acababa de celebrar, para que así constara en los tiempos por venir.

Sacerdotes y asistentes, por orden y categorías, en procesión, se situaron detrás de Hatshepsut y de sus padres que formaban tras ella inmediata escolta. Sólo precedía a la pequeña Faraona el sacerdote lampadario, ungido y de cabeza totalmente rasurada, con la lámpara perpetua levantada.

Así penetraron, lenta y solemnemente, caminando a compás del cascabeleo estremecedor de un sistro empuñado por una sacerdotisa invisible, por el angosto pasillo abierto en el Muro Blanco que rodeaba al Templo de Ra y cuyas grafías policromadas representaban en sus paredes la misma doble procesión ritual, en su modalidad humana y divina.

*
* *

Era ancestral costumbre entre los egipcios, despertar a los Faraones al salir el Sol con cantos y danzas, al son de suaves instrumentos musicales.

El dulce despertar, así, de las regias personas, parecía tener la virtud de imprimir en su ánimo, en el decurso del día comenzado, la paz, la armonía y el gozo que acompañan al Rey del Universo.

Así despertó aquel día de plácido otoño, sonriendo a la dádiva divina del maravilloso amanecer tebano, la Faraona Hatshepsut.

Inmediatamente echó sobre sus hombros un liviano chal, calzó sus sandalias de papiro trenzadas con hilos de oro, corrió los tupidos cortinajes y se asomó al ancho ventanal de su antecámara que daba a oriente.

Al recibir en plena faz los primeros rayos del Sol, levantó ambos brazos y recitó al Señor de la vida infinita el Himno sagrado del gran Toth, dedicado a la "Salida a la Luz del Día":

"Gloria a ti, ¡oh Ra!, cuando te levantas sobre el Horizonte,
y cuando, semejante a Tum, al anochecer te pones.
Verdaderamente hermosos son tus rayos
cuando desde lo alto de la celeste comba
en todo tu esplendor te manifiestas.
Allí habita Nut que te dio nacimiento...
Tú fuiste coronado Rey de los dioses,
y tu Madre Nut, diosa del Océano celeste,
adorándote, ante Ti se prosterna.
De Ti emanan el equilibrio y el orden de los mundos.
Desde el comienzo en la mañana hasta el anochecer,
al finalizar tu carrera,
a grandes zancadas recorres el Cielo,

y tu corazón se regocija y el Lago Infinito queda pacificado,
y el Demonio vencido.
¡Oh Divinidad única!...
Tú el veloz, Tú el Señor, Tú el Unico,
Tú el Creador de todo cuanto existe.
Desde el alba de los tiempos,
eres el artífice de la lengua de las Jerarquías Divinas,
extraes del Primordial Océano los seres,
y los pones a salvo en la Isla del Lago de Horus...
¡Loado sea Tu Nombre!..." [1]

Después del armonioso, devoto recitado, tomó la Reina su acostumbrado baño matinal en el estanque recoleto bordeado de lotos que alimentaba un pequeño canal del Nilo, en su jardín privado velado por frondosos palmerales y adelfas de todos los colores, importadas de Creta; pasó luego a su tocador, se decoró pacientemente, ayudada por sus doncellas y envuelta en una amplia veste de fino lino azul, salió al gran jardín por la puerta que daba al oeste, cuajado a la sazón de frutos y de flores.

Al divisarla, salieron a su encuentro, retozando, chillando y ladrando jubilosamente, los finos galgos y los pequeños monos verdes, regalo de la Reina de Punt, el país aliado surafricano, saludándola con sus saltos y sus piruetas; abrieron, pavoneándose en torno suyo sus grandes abanicos de plumas multicolores los pavorreales. Y gozosa del recibimiento de esta espontánea cohorte a su regia persona, exenta de etiquetas y ceremoniales, anduvo alegremente por las limpias avenidas en busca de su madre.

En un extremo del jardín, regando las delicadas flores temporeras, se hallaba Aahmés, esperándola.

Hatshepsut corrió hacia ella. Madre e hija, se abrazaron entrañablemente.

[1] *Libro de los Muertos.*

—¡Que la luz de Amen ilumine tu corazón, Madre querida, y te dé en este día la máxima alegría!

—Tuya sea para la eternidad —respondióle Aahmés con una sonrisa no exenta de gravedad.

Enlazadas pasearon en el puro frescor de la mañana entre las amenas umbrías del jardín, contemplando a trechos las dilatadas perspectivas del río de aguas nacaradas y las rosadas cumbres de la cordillera líbica, frontera del dilatado desierto.

Unidas en el mismo sentimiento de adoración profunda, en silencio, detuviéronse un buen rato contemplando el juego suavísimo de las primeras luces del día acariciando la alterosa cima de Bab-El-Muluk, el inmenso vigía montañoso del nomo tebano, y su reflejo tembloroso sobre las apacibles aguas del Nilo.

Los tempranos rayos del Sol coronaban a la sazón con sus oros rosados la enhiesta cumbre monda, encrespada y caliza, en tanto leves sombras malva rodeaban sus flancos y difuminaban las brumas lechosas que partiendo de la anchurosa falda de la montaña, alcanzaban a cubrir la orilla opuesta del río.

—¡Oh dádiva divina de la mañana egipcia! —exclamó al fin la joven Faraona. Luego, mirando a su madre con expresión enternecida, añadió—: Te rogué que vinieras al apuntar el día, ¡oh tú, hermosa entre las hermosas!, porque deseo darte hoy, día de aniversario de mi ensalzamiento al trono, una grata sorpresa.

Halagada por el prometido homenaje de su hija, Aahmés la besó y la envolvió, como una caricia, en la más dulce mirada de sus grandes ojos profundos.

Hatshepsut prosiguió:

—Después de la primera comida, cuando el Sol se halle a media carrera desde el horizonte matutino al cenit, el gran Visir nos esperará en la otra orilla, junto al embarcadero.

Próximo el momento anunciado, vistióse la gran Faraona, ayudada de sus doncellas, con una corta túnica de lino,

habitual indumento masculino; cubrieron su peinada cabellera con un reluciente casco metálico de pequeños conos repujados cubría su frente y su cabeza, aplicáronle la barba postiza, tomó luego su látigo de puño de oro y acompañada de su madre, atravesó la avenida occidental del jardín que desembocaba en el embarcadero particular de la Reina. Ayudadas ambas por el remero y timonel, subieron a la lujosa barca ornada toda ella con atributos isíacos y navegaron suavemente, en la paz inefable de aquella hora divina, sobre el sagrado Nilo, atravesando la corriente en su máxima anchura.

En la opuesta orilla, inmóvil sobre el primer escalón del embarcadero occidental, como si flotara sobre las aguas en medio de la niebla imprecisa, estaba, esperando a ambas mujeres, Senmut, el gran Visir, arquitecto y primer consejero de la Faraona.

Al divisar la barca, saludó a las regias damas. Al poco rato ayudó al amarre de la embarcación, dio gentilmente la mano a ambas mujeres al desembarcar y acto seguido acompañó a Aahmés al primero y más lujoso de los dos carruajes allí cerca apostados, y ayudóla a montar en él. Y en el momento en que la anciana Faraona tomaba asiento en su única silla trasera, saltó ágilmente Hatshepsut, y tomando de pie ella misma las riendas, hizo restallar el látigo, y atizó con maestría el tronco de sus dos hermosos caballos blancos, obsequio de su propio padre ya difunto, al retornar de su gloriosa y última campaña de guerra por el Asia Menor.

El carro partió veloz, tomando la joven Faraona la delantera por la senda polvosa del Valle, en dirección a la cordillera. Detrás, a cierta distancia, la seguía de escolta, solo en su carro de guerra, el gran Visir.

Al llegar ambos carros a la ancha planicie yerma que formaba impresionante anfiteatro natural entre los montes de Deir-El-Bahari, las regias viajeras se apearon con la solícita ayuda del Visir. Ambas mujeres permanecieron inmó-

viles al divisar la maravilla que se extendía ante su perpleja mirada. Aquella zona, ayer desértica, se había convertido como por arte de encantamiento, en un oasis de verdor.

La propia Hatshepsut lanzó la primera una incontenible exclamación de asombro ante aquel inusitado espectáculo. A pesar de que su planeamiento, más parecido a sueño que a posible realidad se debía a la propia Faraona, la esforzada labor y el sorprendente logro eran exclusivamente debidos al talento, al ingenio y a la entera dedicación del Gran Visir y arquitecto Senmut.

Alimentaba el tierno verdor y la pujanza de aquel vergel semejante a un oasis, dos canalillos subterráneos de aguas nilóticas que embalsaban dos estanques en cuyas márgenes crecían, ufanos, los lirios, las violetas y los narcisos.

A ambos lados de la amplia y dilatada avenida central, que llegaba hasta el pilón de la terraza inferior del Templo, excavado en la falda caliza de la montaña, mecían sus finas copas, acariciadas por la brisa refrescante del norte, los morados tamarindos y las acacias de verdes hojas.

Más allá del templo, a ambos lados, prolongando la elegante columnata y como brotando de la misma roca yerma, crecían vigorosas las amarillas aliagas tragacantas importadas del desierto y los cactos gigantes de robustos miembros retorcidos.

En los cuidados parterres centrales, abundaban los rosales, las dulces sensitivas y las efímeras anémonas multicolores.

Aahmés y Hatshepsut, cogidas del brazo y seguidas de Senmut, ascendieron lentamente por la hermosa y amplia avenida, admirando la belleza de las plantas y las flores en aquel lugar alejado del estero del río, ya en zona árida y semidesértica.

Aamés, gozaba deteniéndose a trechos contemplando las más bellas flores y paladeando por anticipado los dulces frutos de que se hallaban cargados los menudos perales, los granados, los naranjos, los manzanos y los nogales de la

pródiga huerta que llegaba hasta las mismas lindes laterales de aquel inmenso vergel improvisado.

Hatshepsut señaló un punto en la espesura y dijo con aire satisfecho a su madre:

—Aquí tienes, querida, la auténtica gloria, el prodigio sin par del recinto sagrado de la diosa Hathor; el sándalo de oriente. Y allá, los arbustos de la mirra procedentes del Mar Interior y la casia y el árbol del incienso, únicos en Egipto. Son los obsequios inapreciables y los tributos de la Reina del País de Punt, del extremo límite africano lindante con el Mar Rojo. No hace mucho, llegaron de aquel lejano país, navegando nuestras naves por el brazo oriental del Delta que mandó dragar mi padre, tu esposo, el gran Tuthmés I en servicio de sus últimas campañas de consolidación de los fuertes extranjeros, una vez expulsados de la patria a los Hiksos invasores. Pero mis naves fueron en son de paz. La propia Reina de aquellas aliadas regiones sureñas, enferma de reuma inflamatorio, quiso recibir a mis generales y emisarios a su llegada para rendirles personal acatamiento y pleitesía, ya que iban en mi nombre. Preservadas las raíces de estos árboles sagrados, con las tierras nativas enfundadas en tubos metálicos, sufrieron sin merma la travesía y aquí han arraigado y florecido para gloria y servicio de mi divino Padre Amen y de la celeste Hathor, la Diosa del Amor por nosotras venerada y a la que se halla consagrado este funerario Templo que vas a visitar, debido al ingenio y al arte paciente de mi colaborador y estimado consejero Senmut.

Y al decir estas palabras, volvióse, graciosa y sonriente, hacia el Visir.

Ambas mujeres se situaron entonces a ambos lados del primer ministro, arquitecto y director de aquella ingente fábrica sin par en las orillas del Nilo, semejante a un proseguido calado de piedra alba sobre el fondo dorado e imponente del muro montañoso.

Excavadas en la propia falda de la montaña, prodigio-

samente pulimentados sus murales y peristilos aparecieron pronto, en toda su elegancia y magnificencia a la vista asombrada de las Faraonas egipcias, las tres terrazas superpuestas del gran Templo rupestre que bien merecía desde aquel instante, ante la historia, el epíteto de "sublime entre los sublimes".

Al llegar los tres cerca del umbral, Hatshepsut no pudo reprimir una exclamación de asombro. ¿Qué era aquello?

—Lo inesperado —dijo, sonriendo con satisfacción, Senmut—. Ahora te toca a ti, mi Reina, rendirte a la sorpresa. Aquí te aguardaba. Y a fe mía, que el homenaje es bien mínimo ante lo que mereces. Tú eres, ya que a tu sueño, iniciativa y munificencia se debe este Templo, quien debe darle entrada.

Efectivamente. A ambos lados de la gran puerta central, alzadas majestuosamente sobre sendas bases de oscuro esquisto, dos esfinges parejas de granito rosa, cuya cabeza humana representaba a la propia Hatshepsut, presidían, una a cada lado, la entrada del Templo, rematando la gran avenida de acceso.

—Nunca podré pagarte esta delicadeza —murmuró ella, estrechando efusivamente la mano de su fiel colaborador y consejero.

—Una obra magnífica, digna de un verdadero artista —subrayó la anciana Aahmés.

Entraron. Un frescor agradable, impregnado aún del olor húmedo y dulzón del enlucido y la encáustica de las pinturas que decoraban gran parte de los muros recién construidos, les procuró una agradable, estimuladora sensación.

Si parte del edificio, que constituía la primera terraza se consagraba a exaltar los himnos y alabanzas de los dioses, la parte media y superior del templo glosaba la vida y los hechos de la propia Faraona, desde su mismo misterioso nacimiento como hija del dios Amen aparecido en forma de nube radiosa y perfumada a su madre para fertilizar el germen en sus entrañas depositado del que nació la Reina de los su-

periores destinos, hasta su mágica, teúrgica exaltación al trono siendo niña y la glosa feliz de los acontecimientos más destacados de su reinado, resaltando entre todos el gráfico relato de sus pacíficas conquistas en el Africa ecuatorial, especialmente aquellas que exaltaban el paso de las naves regias por el Mar Rojo de fértiles orillas.

—Aquí —comenzó a explicar el noble guía, en tanto transitaban las damas, admirando los magníficos grafiados multicolores de los primeros paneles—. Aquí aparece la gran Faraona Aahmés en su gloriosa juventud, en el momento en que el propio Toth-Hermes la presenta a Amen, el gran dios tebano, con estas palabras que aquí veis: "Aahmés es su nombre. Es la más hermosa de todas las mujeres..."

En el panel inmediato, aparecía la propia Reina-Madre en los dos instantes supremos de la teogamia, privilegio sólo concedido a las altas Iniciadas y Sumas-Sacerdotisas de los Misterios de Amen, esposas por tanto del dios, cuya unión mística podía hacerse efectiva en casos de astral premonición, vitalizando el germen de un ser predestinado a una superior misión. En el caso del misterioso engendro de la Faraona Hatshepsut, el ser llamado al nacimiento venía al mundo, de ese modo, investido de los poderes y facultades propios para regir los altos destinos del país puesto bajo la advocación espiritual del Dios-Padre. De tal modo purificaba el supremio dios, en las épocas propicias de resurrección cíclica, la sangre dinástica. Así infundía en los Faraones predestinados, la trascendental herencia de los primeros Reyes Divinos.

Allí aparecía Aahmés sentada sobre un lecho de ceremonia ornado con cabeza y pies de león dorado. Frente a ella se hallaba el dios y ambos aparecían juntos, con las piernas enlazadas.

La anciana Faraona, explicó, reviviendo en emocionado éxtasis la escena:

—El divino Amen se me apareció envuelto en esplendorosa nube, se infundió en Tuthmés I, mi regio y enamo-

rado esposo, y en estado de suprema beatitud te engendré. Presa del más dulce arrobamiento, en brazos del dios, le dije: "Noble cosa es ver tu faz cuando te unes a mi majestad y te muestras en toda tu gracia. Tu divino rocío impregna todos mis miembros." Entonces tu divino Padre díjome estas palabras: "Primera entre las Nobles será el nombre dado a la hija que abrirá tu seno. Esa Virgen Florida ejercerá un bienhechor reinado sobre esta bendita tierra." Y por la voluntad del Padre, en el día más feliz de mi vida, abriste sin dolor mi seno y aspiraste el primer aliento de la celeste Nut...

Aahmés cerró los ojos y sonrió al mágico recuerdo con especial complacencia.

Tal era el caso de la concepción extraordinaria de Hatshepsut, la Faraona de los grandes destinos.

La pintura grafiada del panel contiguo, revelaba el misterio de su nacimiento, cuando se derramó en torno a la madre y la hija recién nacida, el hálito perfumado, bendición de su divino Padre.

—En honra tuya y para glorificar tu memoria, quiero que consten, madre mía, esos testimonios perdurables de los hechos de nuestra vida, de nuestro destino, enlazadas por la suprema voluntad de Amen, para que sirvan de ejemplo e ilustración a las generaciones venideras, hasta los tiempos sin fin —corroboró, con actitud un tanto ampulosa, la joven Faraona.

Aahmés, derramando abundantes lágrimas, contemplaba muda de emoción aquellos verídicos, figurados relatos de su historia, debidos al amoroso homenaje de su hija.

Abrazóla con inmenso, reconocido amor con aquella sonrisa que era una pura gracia para todo aquel que tuviera el privilegio de contemplarla.

Senmut se adelantó hacia un muro todavía en construcción, donde operarios y artistas delineaban, sobre la parte donde el enlucido de la pared parecía impoluto, con finos trazos y en tinta negra, valiéndose de tientos y finísimos pin-

celes, los dibujos que después, grafiados y policromados, representarían otras figuras, escenas y caracteres jeroglíficos alusivos a las dedicaciones del bellísimo Templo.

Intercambió el gran arquitecto y director algunas palabras con los constructores y dibujantes. Y después de dar algunas órdenes, se encaminó de nuevo hacia las augustas damas diciendo a Hatshepsut, en tanto señalaba los recién diseñados frisos:

—Ahí constará, ¡oh egregia!, el relato prodigioso de tu propia vida que constituye, a la par de este Templo, maravilla de maravillas, la historia de una mujer predestinada, por la voluntad del supremo dios y para gloria de sus súbditos, a reinar sobre el país de Egipto. Representada entera en las paredes de este Templo de Deir-El-Bahari, realizado bajo la luz de tu propio, inspirado númen, honrará como ninguno el valle occidental de Tebas, la ciudad victoriosa de los Cien Portales, ápice de la mayor civilización del mundo. Todos deseamos que conste que tú has sido la flor soberana de su culminación, su sabiduría, su hermosura, su poesía. Porque aquí constarán también tus títulos faraónicos, tus máximos ensalzamientos que no han tenido ni tendrán par en la dilatada historia de las Faraonas del país del Nilo...

Así rezaban, en verdad, junto al bellísimo retrato representativo de la soberana los términos jeroglíficos: "Hatshepsut, la Divina, Hijo del Sol, Horus de Oro, Rey del Norte y del Sur de Egipto, Señora de las Dos Coronas, Dádiva Graciosa de las Edades, Diosa del Amanecer, Conquistador de todas las Tierras, Vivificador de todos los Corazones, Esposa predilecta de Amen, la más poderosa y la más noble entre las nobles."

—¿No son éstos tus lemas proclamados, puesto que así constan en tu Sello Real, epígrafes de tu vida y de tu gloriosa historia? —añadió con acento emocionado, el gran Visir.

—Estos son, en verdad —respondió ella con gravedad,

irguiéndose de pronto como si tratara de encarnar en aquel instante su total investidura.

—Así conste —reafirmó él con acento inapelable, a manera de juramento— en nombre del Espíritu del Sol encarnado en el Padre Amen, por los siglos y los milenios, hasta la eternidad.

Aahmés puso el amable colofón:

—¡Que él proteja este Templo y a su constructor! ¡Que él inspire a mi hija mayores obras!

Y los tres personajes, después de pasar en silencio ante los nuevos frisos en ejecución, prosiguieron su visita por todo el recinto sagrado, recorriendo sus vastas salas, sus terrazas, su templete, el gran patio ornado con un elegante peristilo de columnas cuyo capitel representaba a la diosa Hathor.

Abandonaron las regias visitantes, seguidas de su ilustre guía, el recinto del Templo. Al trasponer la entrada principal del jardín, se detuvieron para contemplar, a la dulce contraluz del crepúsculo, ya a cierta distancia, el espectáculo de la gran fábrica semirrupestre recién creada, como la más preciosa dádiva consagrada al Creador de las máximas hermosuras de la Naturaleza.

Bajo la transparente luz grana del cielo del poniente africano, de una limpidez y una tersura inefables, la vista del Templo empotrado en la montaña aparecía como un milagro, como fruto de un acto de taumaturgia más que como obra salida de manos humanas.

Era en verdad un prodigio del arte contemplar, como brotando del seno opulento de la cordillera líbica, que lo enmarcaba, el Templo de triple terraza, de columnas de un blanco impoluto, recamado como una joya. Flores multicolores se derramaban abundosamente desde la alta techumbre de la terraza superior y emparradas en los arquitrabes, descendían en forma de grandes matojos colgantes por las esbeltas columnas prismadas, módulo original, canon surgido de la mente inspirada de la Faraona. Y desde allí, parecía

como si saltaran al techo de la segunda terraza y de la segunda a la tercera, en descenso, cambiando de tono el color de las flores semejante a un prodigio de hermosura y fecundidad vegetal.

Por fin, habló con voz velada por la emoción la anciana Aahmés:

—¿Dónde queda a tu lado, hija mía, la fama de Semíramis, la reina asiática, creadora de los pregonados jardines colgantes de Babilonia?

Hatshepsut sonrió y con cierto gesto de altivez, respondió, con un empaque en el que se translucía su preeminencia indiscutible, la afirmación de su plena investidura espiritual y su poder frente a la caprichosa soberana caldea:

—Yo soy, querida madre, Faraona egipcia.

Su madre, entonces, ratificó:

—No en vano tu divino Padre Amen eligió mi seno para engendrarte como andrógino divino con el signo creador de Horus Femenino, cíclico avatar de la Era que comienza y cuya oculta tónica será la Belleza.

De allí se dirigieron los visitantes a la tumba no lejana del primer Faraón enterrado en el Valle de los Reyes, entre las altas cimas de la cordillera líbico-tebana, con objeto de realizar sus rituales ofrendas y hallarse en compañía del *ka* viviente de Tuthmés I, esposo de Aahmés y padre material de Hatshepsut.

En el altar de las ofrendas, junto a las puertas simuladas del *serdab* que guardaba el doble perfecto del cuerpo vivo del Faraón difunto, dejaron ellas las primicias de frutos y flores, quemaron los perfumes consagrados y realizaron sus plegarias e invocaciones, ayudadas por los sacerdotes dedicados a mantener el culto funerario.

Por fin, dieron por terminada ambas Faraonas su visita por los magnificentes parajes del oeste del Nilo cuando el ojo rutilante del Sol transponía ya, perfilándolas con un festón de oro vivo, las crestas de los montes de la cordillera, centinelas augustos del Desierto.

Después de aposentar en la silla a su augusta madre, montó Hatshepsut en su lujoso carro y tomando virilmente las riendas doradas, descendió velozmente, seguida de Senmut, la senda polvorienta que conducía a la verde ribera del río.

Antes de llegar a ella, lejos ya de aquellos transformados lugares de ensueño, retuvo la augusta y brava joven la embocadura del blanco tiro, frenó el carro y volvióse para contemplar desde la lejanía, tras la verde mancha de sus jardines el templo empotrado en la montaña. Recorrió satisfecha con los hermosos ojos semientornados las hileras superpuestas de sus columnatas de apariencia alabastrina, aquellas columnas únicas, sin tradición posible en la sagrada arquitectura de Egipto, y que ella entrevió, como afortunada premonición, en uno de sus sueños vívidos.

Y sonrió complacida, cara al hondón calado de la montaña perforada que guardaba el tesoro de su monumento llamado a asombrar al mundo por su arte, su magnificencia y su profundo simbolismo.

*
* *

Recién terminada la magna asamblea de los nomarcas, representantes de los nomos o regiones en que se dividía el alto y el bajo Egipto, se reunieron en privado en otro salón del Palacio regio, destinado a los consejeros del Faraón reinante, los altos dignatarios, gobernantes máximos y asesores de la política del país.

El consejo consultivo tenía lugar en torno a una gran mesa oblonga incrustada de metales y piedras policromas.

Cuando no se hallaba presente la Reina, que ocupaba el más elevado sitial de la presidencia, los consejeros departían amigablemente entre sí, sin distinción de cargos ni categorías.

Aquella vez el anciano Anena, que fue ya en vida de

Tuthmés I consejero mayor de sus majestades y que continuaba siéndolo de su hija Hatshepsut y por cuya voluntad mantenía sus antiguos privilegios, habló el primero:

—Los delegados foráneos deberían comprender definitivamente —comenzó diciendo con su vocecita gangosa y aguda— que la gran Faraona ha emancipado, en cierto modo, a los nomos; que los ha transformado, de antiguos feudos reales que eran, en regiones autónomas, gobernadas por hombres capacitados y de absoluta confianza en su misión rectora. Sin embargo, nuestra Faraona Hatshepsut desea, una vez al año y coincidiendo con las Fiestas de la Primavera, conocer los logros, adelantos e iniciativas de los delegados de cada región de su gran país. Porque si bien es cierto que de esas tierras recibe la monarquía ofrendas y tributos, su mayor anhelo es la propia prosperidad y bienestar de tales regiones, y conociendo sus iniciativas, mejoras y adelantos, contribuir a ellos con su peculio y su sabiduría.

Los ministros asistentes aprobaron por unanimidad las palabras del decano.

Luego tomó la palabra Nehsi, el ministro Guarda del Sello Real, y dijo con su proverbial acento parsimonioso y ponderado:

—Hay que comprender ante todo, que la evolución de nuestro milenario país y debido principalmente a sus arraigadas tradiciones, es lenta, como lentas discurren las aguas de su río sagrado. La adaptación de las regiones a la sabia legislación de nuestra gran Faraona, que Amén guarde, requerirá tiempo. Una transformación social y moral de tal envergadura, no se improvisa. No es extraño, pues, que se susciten dudas y aun ciertos desajustes de opinión entre los delegados nomarcas que en algunos momentos llegaron a perturbar el ambiente fraterno de la recién celebrada asamblea.

Aquí intervino, nervioso y locuaz, Tutti, el consejero de finanzas:

—Este pesimismo, este modo de objetivizar las cosas, de remoto arraigo en nuestro país, no conduce a nada positivo. Yo advertí en los delegados, predominantemente, una buena voluntad para el enfoque de los respectivos problemas y la satisfacción por el auge prometedor de nuestras finanzas en esta próspera etapa de dichoso reinado. La prosperidad de que gozamos se debe principalmente a haber reabierto nuestra soberana las minas de plata y de turquesas del Sinaí, tan estimadas en todo el mundo y de tan gran rendimiento financiero para nuestras arcas. Ello ha permitido costear el dragado a fondo del brazo suroriental del Delta, obra ingente que nos ha abierto las puertas a la navegación del Mar Rojo y a los ricos países limítrofes del Africa ecuatorial, sojuzgados por la escuadra de nuestra soberana. Por este nuevo, inaugurado periplo de nuestra navegación, penetran ahora en nuestro país las riquezas incalculables de Punt y de toda la costa oriental del continente. La hermosura y prosperidad de nuestros parques, de nuestros oasis, de nuestras riberas, la riqueza incrementada de nuestra fauna y de nuestra flora fluviales y pantanosas, se deben a las aportaciones y a los injertos y replantes de nuevas especies; los viveros artificiales han incrementado el caudal y la cantidad de la pesca, merced al cultivo proseguido de los peces exóticos. El oro, el cobre, el ébano, el marfil, las piedras preciosas, las resinas y esencias, junto con el incrementado comercio de Creta y de los países sojuzgados del Asia Menor, aumentan los productos de exportación y de importación con géneros de un valor inapreciable. El comercio, la industria y el arte egipcios se abren nuevos mercados en todo el mundo. Por fortuna, podemos mirar con ojos optimistas el porvenir. Gozamos de un largo período de paz y de estabilidad. ¿Qué más podemos desear?

—Esta paz —intervino Senmut, primer ministro y consejero de la Reina— esencial para el auge de esa apuntada prosperidad, no es, a mi ver, más que aparente. Para habla-

ros de ese extremo vine principalmente aquí, a pesar de que asuntos privados me requieren actualmente en otros lugares.

Y dirigiéndose directamente al ministro de finanzas, añadió:

—A veces, esa prosperidad de la economía que acaba de mencionar mi gran amigo, el financiero Tutti, entraña un peligro. Me consta que existe en el país un sector que socava la moral y difunde el descontento y fomenta la inconformidad con la legislación vigente. Un sector que combate la paz aquí pregonada alegando precisamente la necesidad de la guerra. El meollo de esa facción que fomenta sistemáticamente el descontento se basa en la necesidad de situar en el trono a un hombre en vez de una mujer. Un hombre de signo batallador y guerrero, que aplicara las energías y riquezas del país en organizar expediciones y guerras de conquista...

La imponente figura del venerable sacerdote Hapusenheb, ocupó de pronto el hito de la atención colectiva cuando se levantó de su asiento para dirigirse con ampuloso gesto a la reducida concurrencia:

—¡Siempre el brazo militar! Lo que realmente asegura la evolución de un país es la paz, no la guerra. La misión tradicional de Egipto se basa en su sabiduría, en su ciencia, en su religión. Egipto no es un país guerrero. Los dioses quieren la paz.

Senmut asintió:

—Así es. Pero se trata de un peligro en puerta y hay que afrontarlo.

El anciano Anena intervino de nuevo:

—No es fácil cuando la causa reside en la misma entraña de la familia real...

—En su rama ilegal, querrás decir —redarguyó con energía, visiblemente contrariado, el sumo sacerdote—. El peligro emana del descendiente bastardo del gran Tuthmés.

—Sin embargo, nuestro deber es enfocar los hechos des-

de un ángulo de visión imparcial —redarguyó Anena—. Debemos reconocer que, aparte el origen de su nacimiento, el joven Tuthmés es un gran militar, el ídolo de nuestro ejército. No podemos soslayar el hecho... Me consta que la misma Reina Madre Aahmés, gran intuitiva, ha insinuado a su augusta hija, como único medio de afrontar a la luz del día este incipiente peligro, que contraiga nuevas nupcias con su hermanastro y lo alíe al poder, manteniendo ella, como es lógico, la preeminencia legal en el trono. De esa forma...

Neshi completó la frase, diciendo:

—De esta forma, unciéndolo por su propia voluntad al trono, Hatshepsut lograría acaso derivar hacia otras más constructivas sendas la escisión que apunta. Y afirmar de ese modo una efectiva colaboración con su medio hermano dejando de fomentar indirectamente, por falta de vinculación con el poder, la facción del brazo militar que intriga en la sombra.

Pero Senmut atisbaba otras posibles complicaciones al noble ejercicio de la legítima regencia. Y amparado en el profundo conocimiento del alma de la Faraona, alegó:

—Hatshepsut es un Faraón completo, hombre y mujer a un tiempo. No carece de la energía necesaria para hacer abortar ese movimiento clandestino sin apelar a situaciones forzadas que a la larga acaso incrementaran en su contra los peligros crecientes de la subversión.

Hapusehneb añadió entonces:

—Ella posee, en verdad, no sólo la legitimidad dinástica a través de la herencia sanguínea de su madre, la Faraona Aahmés de la que heredó el trono de Egipto, sino la investidura del radiante *ka* de su Padre Amen. Por ello, participa de su naturaleza divina, ya que fue engendrada en el misterio inefable de la teogenesis. Siendo, pues, nuestra Faraona, hombre y mujer, andrógino asistido por la fuerza cósmica del descendimiento cíclico, encarnación de Horus y puestos ya en evidencia sus reales y superiores poderes,

hemos de partir de la base de que Hatshepsut no necesita de aliados masculinos para ejercer su total autoridad sobre el país y todos sus habitantes. Ella no ignora su destino histórico ni tampoco el ejercicio de sus grandes poderes que puede aplicar en caso necesario. ¿Por qué dudáis de la capacidad de una mujer exaltada por la divina voluntad al trono que, sabiendo que es, en realidad, un ser andrógino, se os muestra a menudo, para atestiguarlo, con indumento masculino?

Casi todos los asistentes a la reunión asintieron con sendos movimientos de cabeza.

Sin embargo, el anciano Anena insistió con su vocecita débil y gangosa:

—Yo, como consejero y hombre de confianza de ambas Faraonas, apoyo mi tesis, que en nada contradice las virtudes y relevantísimas condiciones de esta gran mujer y soberana nuestra que es Hatshepsut. Pero apelando a vuestro imparcial criterio, voy a haceros una proposición: Si todos a una apoyáramos la exaltación al trono, como colaborador de la Reina, de su hermanastro Tuthmés mediante legítimo matrimonio, colmando sus secretos anhelos, ¿no ahuyentaríamos el peligro que se cierne ahora sobre nuestra amada Faraona y sobre todo el país? Además, ¿no es ya del dominio común el hecho sobrenatural ocurrido durante la procesión de la última Luna Llena, en que la imagen ungida y purificada de Amen, apartándose de su ruta, se dirigió por sí misma hacia el lugar donde se hallaba el joven Tuthmés y se inclinó ante él como intentando mostrar sus preferencias?

El sumo sacerdote adoptó otra básica razón dubitativa:

—Ante todo —dijo, mirando de reojo con expresión de ironía al viejo consejero—. ¿Cuentas con el previo consentimiento de la interesada?

Al oir estas palabras, el consejero se levantó y encaróse con el sacerdote. Pareció que iba a responder a la directa alusión. Pero ambos se miraron un buen rato y guardaron

silencio, como detenidos por la compartida incertidumbre sobre un problema que no les era dable, ante la imperiosa voluntad de su soberana, resolver.

La incógnita hizo fruncir el ceño a la mayoría de los asistentes.

En aquel momento la puerta se abrió de par en par. Y entre los dos recios guardianes de la entrada, penetró en la sala del consejo, altiva y majestuosa, la Faraona Hatshepsut.

Los consejeros se levantaron y se inclinaron ante su presencia, en señal de humildad y acatamiento. Y nadie osó pronunciar palabra.

Era la Reina hermosa. Pero de ella emanaba, sobre todas sus físicas perfecciones, una fascinación inefable. La mirada de sus grandes ojos profundos relucía y amilanaba al mismo tiempo a aquel en quien se posaba.

Era su piel fina y dorada, enternecida con óleos perfumados. Esbelta, aunque no excesivamente alta, poseía su cuerpo, cosa curiosa, las proporciones del andrógino, su espiritual y cíclico atributo. Ancha de hombros, su torso se adelgazaba progresivamente sin experimentar la turgencia excesiva de las caderas.

Vestía a la sazón, cosa no común en ella, indumento de su sexo: una ceñida veste de seda blanca bordada con hilos de plata que, dejando al descubierto los fuertes y torneados brazos, ceñía su busto en el punto donde descansaban las últimas perlas de su precioso collar, modelando sus senos duros y breves de adolescente, ideal estético de la belleza femenina entre los egipcios. Ceñía su noble frente pensativa la cobra de oro, sujeta a su tocado de plumas de buitre estilizado tan en boga en la época tebana y que por su radiante policromía tanto realzaba la hermosura del rostro de la soberana.

Entró sonriendo, con los ojos bajos, alargados con lápiz de *kohl* negro-azul hasta las sienes, sosteniendo en sus manos cruzadas ambos atributos reales.

Al entrar en la sala, un aroma delicado y penetrante,

que poseía sin duda embriagador influjo sobre cuantos lo aspiraban, se expandió en torno como un anuncio tácito de su seductora personalidad triunfante.

Antes de ocupar el alto sitial vacío, dejó con displicente actitud, sobre la mesa, el cetro y el flagelo de oro, murmurando:

—Anhelo estos momentos de olvido de mi investidura de mando...

Respiró hondamente la Faraona, despojóse acto seguido de su adornado tocado, echó atrás su hermosa cabellera endrina brillante como la luna, y tomó asiento en el trono vacío.

En voz baja, añadió, como si hablara consigo misma:

—...Pleitos y más pleitos, asuntos judiciales y privados... ¡Cuán difícil es, a veces, administrar justicia! Difícil y desagradable.

Pasó ambas manos finas y enjoyadas sobre su frente, como si tratara de ahuyentar recientes, enfadosos recuerdos. Abrió los ojos desmesuradamente, sonrió con una de aquellas mágicas sonrisas llenas de sugestión y de gracia indefinibles y su expresión pareció un remedo de la aurora. Miró uno a uno a todos los concurrentes y con su voz de oro, preguntó:

—¿Qué acordaron mis queridos ministros en mi ausencia?

—Siempre nos ocupa el bien supremo de nuestra soberana —musitó Senmut.

—Me consta —ratificó ella, con evadida expresión enigmática.

Hatshepsut se hallaba verdaderamente hermosa. Poseía en aquel período de su temprana madurez, el mayor encanto de su vida; la plena sazón de su inteligencia, la fuerza y el dominio, la energía aunada a la dulzura. Y sobre todo, una ponderación de todas sus riquísimas facultades que le otorgaba una autoridad natural que no requería de ella ni el gesto ni la palabra. Todo lo arrollaba con su simpatía,

todo lo avasallaba con el influjo de su poder. ¿Quién era capaz de resistir su voluntad? Ella era el triunfo y era la paz.

Bajo el imperio de su presencia, seguían guardando silencio los circunstantes. Ella callaba y nadie osaba interrumpir sus pensamientos.

Por fin dijo la Faraona, con un leve dejo de amargura en su sonrisa irónica:

—Mis consejeros tienen la palabra...

En vista de que nadie se atrevía a dirigírsela el primero, Hatshepsut respiró profundamente y mirando fijamente al sumo sacerdote de Amen, dijo estas solemnes palabras:

—¡Venerable Hapusheneb! Nombro testigos de las palabras que a ti te dirijo, a todos mis consejeros aquí presentes. A ti, máximo jerarca religioso, te comunico mi decisión de contraer nuevas nupcias reales con mi medio hermano, que al compartir mi trono, llevará el nombre dinástico de Tuthmés III.

Los consejeros quedaron de pronto anonadados en sus respectivos asientos y se miraron unos a otros consternados, como descubiertos en flagrante conspiración.

Hatshepsut, dueña absoluta de sí misma, dotada de una aguda intuición trató de superar la embarazosa escena.

—¡Vamos, vamos!... —exclamó al fin—. ¿Es que pensáis oponer alguna razón a mi propósito? Yo esperaba vuestra aprobación... ¿Qué dices a eso, querido Senmut?

—Tu voluntad, ¡oh divina,!, no nos sorprende, en verdad... —musitó el aludido.

Ella objetó, sin dejar de sonreir, mirando uno a uno, con extraña insistencia, a los turbados consejeros:

—Yo afirmaría más bien que contradice el criterio de la mayoría. Mas voy a justificaros el por qué de mi decisión, que es irrevocable. Lo hago ante todo en bien del país, sorteando enardecidos criterios dispares. Todo lo sé. Pero conozco la voluntad de los astros... y no rehuyo las consecuencias. No ignoro las dificultades, incluso los peligros. Sin

embargo, es la fórmula más viable. Pongo mis conveniencias, acaso mis preferencias a un lado cuando se trata del bien de la colectividad. Estoy segura de que el joven Tuthmés III dará días de gloria a Egipto. Glorias militares, campañas de conquista, guerras de expansión que si bien harán derramar muchas lágrimas a nuestro pueblo, expandirán por el orbe nuestro mensaje y nuestra civilización al tiempo que aumentarán nuestro prestigio y nuestro poder, afianzarán nuestras fronteras naturales, acrecentarán nuestras riquezas, fomentarán nuestro comercio y obligarán a un acatamiento absoluto a los pueblos vecinos que de enemigos se convertirán en sumisos colaboradores...

El sacerdote adoptó una actitud de insistente tenacidad:

—La gloria de Egipto no es la de las armas...

—Lo sé —afirmó con imperio la Faraona—. Pero el mundo se halla abocado a un caos que acabaría por arrollarnos. La ciencia y la sabiduría son las armas más nobles. Pero en ciertos momentos no se pueden esgrimir contra los pueblos jóvenes, emprendedores y belicosos.

—Tu misión no es ésta. No olvides que tu trono se halla sellado por el dedo de Amen. Sobre ti planean las alas tendidas del Ave sagrada. En ti reconocemos la gracia cíclica del descendimiento de Horus, tercera persona de la divina trinidad —insistió.

Aquí intervino Senmut, diciendo:

—Me temo que el partido legitimista no reconozca a otro monarca que a ti, la Faraona legítima.

La voz aguda y débil de Anena objetó:

—En apoyo de su misma autoridad legítima, ella puede, si es su voluntad, legitimar la regencia de su hermanastro mediante el matrimonio.

Hatshepsut asintió con la cabeza.

Después de un breve silencio y en actitud sumisa y desarmada, añadió el sumo sacerdote:

—Disculpa, ¡oh incomparable, adorada soberana nuestra!, si nuestro celo de consejeros rebasa alguna vez la obe-

diencia que te debemos. Sea cual fuere tu decisión, si implica sacrificio de tu parte, sabe que nada logrará oscurecer ante los ojos de tus leales servidores tu estela espiritual, tu fama de Reina justa e iluminada. Tu ejemplo perdurará por los siglos de los siglos...

—Gracias, queridos míos, gracias —dijo aquí, levantándose de su sitial, Hatshepsut—. Pido al gran dios mi Padre, que nunca me falte vuestra noble y leal colaboración.

Después, adoptando de nuevo su gesto imperativo, añadió dirigiéndose a Hapusheneb:

—Con el consentimiento del alto cuerpo sacerdotal que tú repreesntas, ordeno que nuestra boda se celebre, con toda solemnidad, después de las Grandes Festividades del equinoccio de otoño.

Acto seguido, tendió la mano en dirección a Neshi, el Guarda del Sello Real y añadió:

—Deseo que anuncies por vía legal, a todos los delegados y feudatarios del país, así como a los representantes extranjeros, mi decisión.

Dichas estas palabras, avanzó unos pasos, se encasquetó el tocado de estilizado buitre, tomó de la mesa próxima los dos máximos atributos reales, los cruzó sobre su pecho, irguió su majestuoso busto, y salió altivamente, a lentos pasos, de la sala del consejo.

CAPÍTULO VIII

NEFERTITI, LA HERMOSA Y EL CISMA DE ATEN

Nefertiti

—Tu tiorba tiene un sonido triste, mi querida Tadukipa —dijo Dakotis, la hábil tocadora de pandero, en tanto hacía sonar suavemente, como una brisa, los cascabeles de plata—. Tus finos dedos acarician hoy las cuerdas de modo que cada frase musical parece terminar en lamento.

La joven Princesa no contestó. Volvió la gentil cabecita hacia el río e inclinándose al borde de la balsa, acarició las frescas aguas corrientes.

Presintiendo la causa de aquella actitud evasiva de su amiga, Dakotis se acercó más a ella, reclinóse sobre un muelle cojín de seda y tomando entre las suyas su mano mojada, insistió en voz baja:

—¿Por qué te obstinas en ocultarme a mí, tu más adicta compañera, el motivo de tu pena?

Dos gruesas lágrimas resbalaron entonces por el rostro inclinado de la Princesa. Y ambas lloraron junto al río.

Fue en verdad un concierto melancólico el de aquella plácida noche sobre la balsa florida, en las orillas soñadoras del Eufrates.

Sin embargo, ni el general egipcio de la guarnición del istmo del Sinaí ni sus comandos militares, ni la regia escolta particular del Faraón, en honor de los cuales se organizara la típica fiesta, ni siquiera el propio Rey Dushratta rodeado de sus inteligentes visires, notaron la pesadumbre y el agobio de la bellísima Princesa mitani.

Por el contrario, la dulzura del fluvial paisaje y el encanto melódico de la música que la refracción sonora del agua llenaba de matices y suavidades inefables, habían captado de tal manera el ánimo de los nobles oyentes que los inmergia en un mundo ideal, en una introversión placentera de la que no hubieran deseado retornar.

Si llevados por la dulzura de la música asiática y la exquisitez sin par del escenario, levantaban los ojos extáticos al cielo, experimentaban la paz grandiosa de aquella inmensa bóveda celeste, más cuajada que en parte alguna de rutilantes estrellas.

Cerraban aquel rincón de ensueño los finos sauces y la valla rumorosa de las cañas que marginaban ambas orillas del Eufrates caudaloso, y lo alumbraban numerosas antorchas cuya luz temblaba levemente, movida por la fresca brisa nocturna, sobre las ondas murmurantes.

Recién llegados del árido y polvoriento desierto, los guerreros y emisarios egipcios agasajados, creían vivir en un mundo de fascinante, extrahumana hermosura.

Sin duda contribuía aquel día a la plenitud y al bienestar que experimentaban, sumado al sortilegio del concierto y del prodigioso paraje natural, el suculento banquete con que los obsequiara, en su palacio, el Rey de Mitania, y especialmente, los incomparables vinos perfumados con miel y esencias asiáticas y vertidos a profusión en las copas de oro de los nobles invitados.

Así, en aquella noche inolvidable, reinaba en todos los corazones una dulce y frenada alegría. En todos, menos en los tiernos y sensibles del Rey y de su hija predilecta, la bellísima y delicada Tadukipa.

—¡Alégrate! —exclamó al finalizar la representación de danzas y música Dakotis, dirigiéndose a su regia compañera en tanto la atraía cariñosamente hacia sí por el frágil talle—. Alégrate por convencimiento y por deber, tú que has sido siempre la alegría de la corte mitani y tu sonrisa su luz.

La Princesa suspiró:

—Por deber, acaso; pero ¡por convencimiento!... Precisamente porque no comparto el vuestro, me avasalla la tristeza. Si yo me hallara, como tú, convencida de que por vía diplomática mi marcha se seguirá aplazando indefinidamente, como hasta ahora...

—Tu padre, el Rey, hallará otra vez la fórmula, no lo dudes. Te ama demasiado para renunciar fácilmente a su hija más amada —insistió Dakotis.

—Mi Padre no puede actuar con absoluta libertad, bien lo sabes. El es, en cierto modo, un Rey vasallo. Nuestro reino se halla mediatizado desde que pasó a ser tributario del faraonato cuando los egipcios recobraron su propio país y expulsaron más allá de sus fronteras a los Hiksos invasores, aquellos Reyes Pastores que invadieron antaño el país del Nilo.

—Sí —rsepondió la amiga, ansiosa de devolver la tranquilidad, a toda costa, al afligido ánimo de la Princesa—. Pero los Amenofis no tienen el temple subyugador de sus antepasados, los Tuthmés, de estirpe aguerrida y conquistadora. Lo que fuera en aquéllos imposición y espíritu de dominio, en éstos es ruego. Aspiran sólo a mantener la moral y el buen trato para perdurar el caudillaje hereditario de las naciones del Asia adicta manteniendo el lujo incomparable de la corte y de la capital tebana mediante los crecidos tributos de los pueblos sojuzgados. Actualmente su norma no es ya el despotismo y la humillación, sino la colaboración fraterna. Así, en el estado legal como en el político, como en el religioso, puedes tú mejor que nadie inferir la prueba irrefutable de esta verdad: la reina legítima, la transmisora del poder dinástico en el gran país de Egipto, no es una egipcia, sino una asiática, una hija del Eufrates, una hermana de tu Padre. Desde que ganó el favor del Faraón, escaló las supremas gradas del torno, aún siendo extranjera.

Estas palabras, que querían ser de consuelo y de esperanza, no hicieron sino intensificar los tristes presentimientos que la música evocara en el alma sensible de la Princesa. Y las lágrimas velaron de nuevo la dulzura de sus ojos flavos, color de miel y rodaron por sus pálidas mejillas.

A la mañana siguiente, solicitó el general egipcio una audiencia privada del Rey Dushratta.

Barruntaba éste, desde la llegada del alto jefe militar, el motivo de su reciente misión diplomática y el principal objeto de su llegada. Por ello no podía desterrar de su corazón un trasfondo de melancolía. ¡Le sería tan áspera la vida sin el consuelo y la alegría de su hija Tadukipa, la luz de sus ojos!

Pero de pronto, creyó errados sus presentimientos cuando comenzó a definir el general el objetivo de su viaje y el principal motivo de su solicitada entrevista:

—El gran Faraón Amenofis III y la gran Faraona Tiye, tu regia hermana, formulan por mi mediación este ruego al Rey Dushratta del país amigo de Mitania.

Y diciendo estas palabras extrajo el general embajador, de un envoltorio de lino color de azafrán, un pequeño bloque de barro cocido en el que había grabada una íntima misiva.

Dushratta tomó con mano temblorosa el bloque escrito, se aproximó al ventanal y leyó los pequeños signos jeroglíficos grabados allí por la propia mano, senil e insegura ya, del Faraón.

Después, el Rey mitano, tras reflexionar un rato, sonrió con cierta ironía. Y volviéndose al general egipcio, díjole estas palabras:

—El gran Faraón Amenofis me pide el envió de la imagen milagrosa de Isthar... ¿Qué dice a ello vuestra augusta soberana adoradora de Adón, el Dios único?

El general adoptó una actitud grave y pensativa. Respondió:

—El que pide la famosa imagen de pregonadas virtudes sanadoras, es un moribundo. ¿Cuando osaría su esposa Tiye, de alto espíritu comprensivo, oponerse a ésta su postrera fe? En su nombre también, te pido esta gracia...

—Serán complacidos —afirmó Dushratta, recobrando su habitual aplomo—. De todo corazón sumo mi prez a la de todo el pueblo egipcio, por la salud del Faraón.

El general agradeció formulariamente, y añadió:

—Mi misión personal, no se limita a obtener tu consentimiento en la demanda de mi venerado monarca. Existe otra pendiente, expresada en misivas anteriores, que no ha merecido hasta ahora explícita respuesta. Se trata...

Dushratta palideció. Después de una pausa, prosiguió el emisario:

—...se trata de tu hija Tadukipa.

El Rey mitani respondió:

—General, yo no puedo ser, en éste y en otros casos, más que un vasallo de honor de tu Faraón. No puedo optar. Cumpliré su voluntad, aunque en este caso me cercene la vida.

—No es eso... —objeto el general egipcio, avanzando hacia el Rey unos pasos, en actitud solícita.

—Sí, aunque su requerimiento me honre. Pero eso es privarme de lo que más quiero en el mundo.

El general se apresuró a aclarar:

—¿Conoce realmente la Princesa lo que ese compromiso representa para su futuro destino? Se trata del más alto trono del mundo, el que ocuparon las Dinastías de Reyes Divinos. Ella ha sido solicitada como esposa legítima del Príncipe regente Amenofis IV, como dueña y señora de los destinos del gran pueblo egipcio, como heredera absoluta de las Dos Coronas del alto y del bajo país del Nilo...

—Lo sabe —intervino el Rey—. Y ni ella ni yo, llegada la oportunidad, opondremos resistencia al imperativo de los astros y a la voluntad de tus soberanos.

Desde aquel momento, se aceleraron en el Palacio real de Mitania los preparativos para el cumplimiento de ambas demandas: el viaje de la Princesa Tadukipa, prometida del hijo del Faraón, y el envío de la imagen milagrosa de Isthar a Tebas, la capital de Egipto.

Pero ni la preparación del lujoso ajuar de la Princesa, ni su fabuloso patrimonio en joyas y objetos artísticos, ni los valiosísimos regalos, entre los que destacaban el suntuoso collar y la diadema enviados por su prometido, ni el estímulo de las compañeras que constituirían su corte y que formaban su comitiva, podían ahuyentar de sus preciosos ojos almendrados, de asiática soñadora, la tristeza de su definitivo desarraigo del amado solar de sus mayores.

Cuando, en la fiesta de despedida celebrada en su honor, apareció la joven Princesa radiante de hermosura, digna y serena, ataviada con sus riquísimas galas, a pesar del inmenso dolor que embargaba su corazón, sonrió a todos los presentes en un supremo alarde de autodominio, de gentileza y de gracia.

El Rey su padre se le aproximó, profundamente reconocido, y díjole:

—Gracias te doy, hija mía. Estoy orgulloso de ti. Nada justifica la nobleza de tu estirpe como la entereza de tu carácter. Dondequiera te conduzca la divina Ley, cualesquiera sean las circunstancias de tu vida futura, honrarás a tu padre prodigando el amor, la delicadeza, el contentamiento, la dignidad soberana y todos esos inefables encantos que te caracterizan y de los que con tanta prodigalidad has sido por la Deidad dotada. Eres en verdad digna de un Rey. ¡Que Dios te proteja!

Y tras estas últimas, emocionadas palabras, puso la palma de su mano, en señal de bendición, sobre la frente humillada de la Princesa.

*

* *

La regia expedición, escoltada por los caballeros soldados elegidos entre la guardia regia del Faraón, y los infantes a pie de la guarnición del istmo del Sinaí, puerta del Delta egipcio, al frente de la cual se hallaba el general de confianza y emisario del anciano Amenofis III, presidíala el carro-altar, profusamente adornado, que conducía la imagen venerada de la diosa Isthar, seguida de algunas jóvenes sacerdotisas de su culto, que la custodiaban. Detrás de la milagrosa imagen iba el elegante baldaquino, totalmente cubierto por ricos cortinajes y que conducían por relevos los mismos criados de la corte mitani, de la encantadora Tadukipa, la hija del Rey Dushratta. Eso cuando el buen camino lo permitía. Pero cuando el terreno aparecía accidentado, la litera principesca se montaba sobre un carro de oro enviado desde Tebas, conducido por briosos caballos. Tras ella, marchaban a lento paso diversos carruajes con la copiosa carga, los personajes del séquito y por fin la recua interminable de bueyes y caballerías menores conduciendo alimentos y el vasto equipo.

El viaje se realizó en las jornadas previstas, sin novedad y traspuso las ardorosas marchas por el desierto en el tiempo que media entre el naciente lunar y el plenilunio que sigue a la benigna estación del solsticio invernal.

Después de atravesar las verdes llanuras asiáticas, regadas por canales y afluentes del caudaloso Eufrates, y las sendas accidentadas de la Arabia Pétrea, las últimas lentas jornadas del arenoso Desierto alentaban la esperanza del próximo confín, allí donde se iniciaban, por la parte noreste, las fértiles Tierras Negras del Delta que fecundaba el Nilo.

A cierta distancia de la fortificada guarnición egipcia desde que fueron vislumbrados por los vigías de las altas torres, salieron a recibir a la expedición los más ágiles mercenarios beduínos, con sus grandes capotes blancos y azules, montados en grandes camellos que transportaban frutas frescas y odres rezumantes de agua del Nilo, rica como la be-

bida sagrada de los inmortales en los Campos Felices de Yalú.

Allí, en las fortificadas viviendas del bastión militar, reposaron la Princesa y su nutrido séquito.

Aquella recia fortaleza levantada como portalón fronterizo cerca de la breve lengua de tierra que separaba el extremo del Mar Rojo del norteño Mar Interior tan bien pertrechada y provista, tenía por misión guardar la frontera del país más asequible al posible invasor.

Después de dos jornadas de plácido descanso, mostró la animosa Tadukipa deseos de contemplar el bajo Egipto desde el alto mirador de las torres de vigías.

Ascendió a la torre occidental y quedó maravillada al divisar el ancho canal del Nilo profundamente dragado, más allá del cual se extendía la pródiga planicie del río, sembrada hasta sus bordes extremos. Sus verdes campos de labor, sus arboledas, entre las cuales lucía el sol de la tarde, a manera de una serpiente fabulosa y plateada en toda la sinuosa rampa del río, deslumbraron a la Princesa.

—Este canal cercano —díjole, señalándolo con el dedo, el general que la acompañaba— fue construido por el gran Faraón Tuthmés I, el Libertador de Egipto, el que expulsó a los Hiksos invasores. Completó esa ingente obra de ingeniería su hija, la no menos grande Faraona Hatshepsut. Ella logró prolongarlo hasta el mismo Mar Rojo con el fin de que transitaran por él, fletadas desde la misma Tebas, la Ciudad señora de los Cien Portales, las potentes naves expedicionarias que no sólo subyugaron los estados del Africa meridional, sino que aportaron al país riquezas insospechadas en piedras preciosas, metales riquísimos, plantas desconocidas cuyo trasplante e injerto ha supuesto un incremento insospechado para la vegetación nilótica, además del arraigo de preciosísimas flores exóticas y de una fauna excepcional, rica en aves acuáticas, que medra felizmente, como tendrás pronto ocasión de comprobar, serenísima Princesa, desde los jardines de tu Palacio de la capital tebana.

—Allí diviso una nave engalanada... —insinuó Tadukipa, de pronto. Mas involuntariamente volvióse para contemplar con ojos lánguidos y tristísimos oteando el sendero recorrido, las áridas planicies desérticas, rememorando los perdidos lares.

—En ella remontarás dentro de poco la corriente del río. Es la mejor nave de recreo de sus Majestades. El Faraón te la envía...

*
* *

Hendida en las aguas por la preciosa carga que transportaba, la nave regia izó sus multicolores velas y zarpó a golpe de remos las aguas nacaradas como una joya. Remataba por igual proa y popa, el busto de oro policromado de Uazet, la diosa de las Dos Coronas de Egipto y cuyos brazos alargados se extendían sobre los barandares de ambos costados. En la punta del palo mayor, también sobredorado, ondeaba a la sazón el bordado estandarte del nomo de Tebas, "la Ciudad del Cetro", cuyo símbolo era el Carnero Khnum inscrito en un círculo.

Apoyada en el barandar de poniente, la dulce Princesa contemplaba el ubérrimo paisaje fluvial, todo dorado por los rayos del sol, y experimentaba, a la par, dos opuestos sentimientos: una admiración sin límites por los inmensos monumentos y las cultivadas laderas del Delta y una extraña, creciente angustia interior que atenazaba su corazón, derivada de la incógnita de su vida futura y de cuanto la esperaba en la corte de ambos monarcas. ¿Cómo sería recibida por el anciano Faraón, por su esposa, por su propio prometido?

¿Era miedo a lo desconocido? ¿Era falta de confianza en su Dios, en sí misma? ¿O era la emoción anticipada, el presentimiento de su amoroso corazón? La duda la tentaba

y oscurecía su confianza en el porvenir, como oscurecía la tierra el sol trasmontado.

Reclinóse en su lujosa cabina y no durmió pensanlo en las sorpresas que la aguardaban. Pero la frescura y la placidez de la noche, la música isócrona de los remos, el leve silbido del timón cercano hendiendo las aguas, junto al leve burbujeo de la espuma levantada, fueron un sedante para sus nervios y su mente sobreexcitada.

Al amanecer el tercer día se hallaba tranquila y confiada. Sus ojos rasgados de color de miel tenían esa languidez inefable, ese encanto único que el tocado más acicalado no puede otorgar realzando el interés de la mirada femenina.

Se vistió con su mejor atavío, la adornaron sus doncellas, se colocó con sencillez y coquetería las joyas que le regalara su prometido y sonrió ante el espejo de plata bruñida que le devolvía la hermosura de su imagen.

Salió a cubierta para saludar los primeros rayos del Sol que comenzaban a dorar las cumbres de los montes líbicos.

¡Cuán ancho aparecía allí el río! ¡Cuán lejanas ambas orillas, cuán suave la corriente nacarada de sus aguas!

Las brumas matinales cubrían temblorosamente, como velos flotantes ambas riberas. Izaban sus velámenes multicolores las navecillas pesqueras, y la luz del nuevo día ponía sobre ambas tierras, matices a sus verdes, destellos a sus lagos, colores inefables a sus jardines, blancuras purísimas y rojeces centelleantes a los pequeños poblados de la izquierda del río.

Se aproximaban a Tebas, la fabulosa capital del alto Egipto, la que sustentaba el trono máximo de las Dos Coronas.

De pronto divisó, a manera de dos inmensas columnatas inversas, al reflejarse en el agua tranquila, el gran Templo de Luxor. Conocía el diseño de ese peristilo doquiera pregonado, orgullo del milenario país del Nilo. Al poco rato, aparecieron más allá, erguidas y gigantescas, las columnas

lotiformes del máximo templo del mundo consagrado al dios Amen.

Aquellas entrevistas grandezas oprimieron su ya sobresaltado ánimo y experimentó de pronto una extraña sensación de debilidad que se manifestaba en una creciente opresión de su seno. Se ahogaba...

Comprendía que su viaje tocaba a su fin y que pronto comenzaría para ella la incógnita de su nueva vida.

Sintió la necesidad del amparo espiritual, ya que se hallaba sola, impotente ante el destino.

Se deslizó sigilosamente hacia el lugar reservado a la imagen de la diosa Isthar y se humilló ante ella y pidió protección a la divina Madre.

Oyó que la llamaban suavemente por su nombre.

Salió a cubierta. Dos de sus doncellas señalaban jubilosamente el ancho varadero de la Ciudad famoso de los Cien Portales.

Se encontraban en Tebas.

La regia nave insinuaba ya, con el juego de sus remos y la guía del timón, el esguince que la situaría lateralmente en la escalinata del puerto de arribo.

Tadukipa, de pie sobre el pequeño puente de proa, cubierta desde la frente a los pies con un manto sutil de seda blanca ribeteado de perlas, apareció inmóvil como la estatua de una divinidad exótica, en actitud de velada ofrenda.

Fuere cual fuere el recibimiento a su llegada, ella había prometido ser digna de su propia dádiva.

Tenía la vista baja y la emoción contenida cuando la inmóvil tierra tebana se ofrecía rendida a sus pies para que la pisara.

Abocado al borde mismo del embarcadero, esperándola, se hallaba ansioso y sobrecogido, el Príncipe regente Amenofis IV, hijo del anciano monarca.

El joven pretendiente era extremadamente alto y delgadísimo. Su figura un poco deslavazada, como si sus miembros hubieran crecido a destiempo. Pero su faz estrecha y

larga tenía, a pesar de la boca prominente y perfilada y de los ojos marcadamente oblicuos, una dulzura y una bondad que captaban la simpatía en el instante mismo de mirarla.

Vestía a la sazón el traje noble varonil con faldellín plisado hasta la rodilla y mandil triangular. Cubría su torso débil el ancho collar que ocultaba sus hombros, y su cabeza la toca o franjas horizontales que, ceñida con una banda de oro, caía vuelta en dos uniformes estolas sobre su pecho.

No ostentaba a la sazón más atributo real que un pequeño cetro en forma de cayado todo incrustado de pedrerías, que atestiguaba su condición de Príncipe coregente.

Cuando el general egipcio tomó con marcada prestancia la mano de la Princesa para ayudarla a desembarcar, ella separó el velo de su faz, levantó los ojos y vio ante sí al Príncipe su prometido que le sonreía con ojos maravillados.

Ambos quedaron entonces como aletargados, prendido cada uno en el encanto que irradiaba del otro. Se miraron largo rato, en silencio; el real mancebo absorto en la belleza sin par de ella; la Princesa extranjera, presa del mismo chispazo de fulminante amor, segura del sentimiento y de la fidelidad de él.

De pronto pareció que el mundo desaparecía en torno suyo. Embebidos en un éxtasis naciente, tuvieron ambos el vislumbre de su felicidad futura.

Por fin habló Amenofis con voz entrecortada y suavísima:

—Doy gracias a los dioses por habérteme concedido. ¡Cuán bella eres! En adelante y como futura soberana de mi país, te impongo este nombre: Nefertiti, que en lenguaje egipcio significa "La Hermosa, llega".

Ella sonrió maravillosamente. Y ambos se dirigieron, mirándose y cogidos de la mano, a pie, hacia el real Palacio.

*

* *

La imagen milagrosa de Isthar, recibida con inusitada fe por el anciano Faraón gravemente enfermo, pareció de momento obrar el prodigio de la ansiada curación.

Postrado en el lecho desde hacía tiempo, se levantó para recibir en su propia estancia la preciosa imagen. Y de golpe, sintió que recuperaba sus perdidas fuerzas y quiso reanudar sus abandonados deberes de gobierno.

Su amante esposa, la Reina Tiye, agradeció en el fondo de su corazón al Dios único, la merced concedida.

Sin duda contribuyó a la recuperación del Faraón la alegría por la llegada de la Princesa mitani que él había pedido en matrimonio al Rey Dushratta, su padre, para esposa real de su hijo, heredero del trono.

Celebróse con celeridad la boda, ya que el anciano Faraón deseaba que el joven Amenofis le sustituyera en los deberes de jefe del Estado con la colaboración de su joven y bellísima esposa.

Así fue. Pero después de efectuada la pomposa nupcial ceremonia, el buen corazón del viejo monarca cesó de latir en el momento feliz en que era aclamado por la multitud al abandonar el gran Templo de Amen donde se celebró, simultáneamente con los esponsales, un oficio de acción de gracias por su curación.

En la solemnidad religiosa de los funerales, después de efectuado el largo proceso de la momificación, ocuparon ambos tronos, impuestos de su pleno deber, los jóvenes Faraones Amenofis IV y Nefertiti.

*
* *

Al nuevo Rey, nunca tenían que despertarlo dulcemente en el momento solemne de la salida del Sol, como era tradicional costumbre entre los Faraones egipcios, con músicas y cantos, ya que Amenofis IV tenía por costumbre abandonar el tálamo antes de la hora de amanecida.

Un día de anticipada primavera, se levantó el joven Rey más temprano que de costumbre, se asomó al gran ventanal que daba al oriente y oteó el cielo cuajado de estrellas. Mas en la línea del horizonte atisbó, como un levísimo anuncio del día, esa claridad única, de un malva suavísimo que, perforada por el lucero del alba, la estrella del amor, la divina Hathor, prometía los esplendores de la aurora.

Entonces se apresuró a realizar sus preces y abluciones, se vistió, dejó sigilosamente la cámara nupcial después de besar quedamente a su bellísima esposa dormida y salió por la puerta trasera de Palacio. Desde allí se dirigió por el jardín, a la orilla de los lotos junto al pequeño embarcadero de la regia morada.

Allí le esperaba el timonel de su barca de tendidas velas rojas.

Atravesaron el río a impulsos de un solo remo, sesgando el agua tranquila, apenas iluminada por la luz lechosa del alba.

Al arribar a la orilla opuesta, desierta y arenosa, se dirigió solo y a pie, atravesando la ancha vega nilótica, alimentada por un canal del río. El perfume intensísimo, en aquella hora, de los opulentos bancales de flores que lo marginaban, le llenó de un éxtasis, de una paz y de un bienestar indescriptible. Hitos redondos, gigantescos, como extrañas flores petrificadas, parecían brotar a trechos de la tierra, delimitando las huertas, las viñas ubérrimas cargadas de racimos y las arboledas.

El joven Faraón se deleitaba, solo e ignorado, recorriendo las breves sendas linderas, en tanto aspiraba la fresca brisa matutina y contemplaba aquellas hermosuras de la Naturaleza y de la mano del hombre.

Siguió lentamente el sendero previsto, camino del grandioso Templo funerario.

Por fin, sacólo de su éxtasis la presencia cercana, a manera de dos moles avanzadas, de las colosales estatuas sedentes de sus Padres, que presidían, más allá de la verde

alfombra que alimentaba el negro limo de la última crecida del río, el extremo occidental del Valle.

Al llegar ante ellos, de pie junto al inmenso pilón que daba entrada al Templo, los primeros rayos del Sol naciente, al asomar tras las cumbres oscuras de la cordillera arábiga, bañaban de un rosa cobrizo, color de carne egipcia, las faces inmóviles de sus dos reales progenitores.

—¡Oh Padres míos! —exclamó Amenofis, levantando los ojos también iluminados hacia las queridas, majestuosas efigies de piedra—. Representantes en la Tierra del poder infinito del Gran Dios, ¡benditos seáis, tú, Madre mía, envuelta aún por la envoltura material; tú, Padre mío, liberado de la forma, visitante feliz de las Moradas de Yalú, del Amenti, de este Templo, de tu Palacio y de tu Trono, desde el que aún gobiernas!

Bajó luego la cabeza y musitó con humildad, devotamente, sus diarias oraciones a los que debía la categoría y el ser.

Al terminar, el Sol, ya ascendido, comenzaba a bañar, con sus rayos, la base del gigantesco monumento de la Reina Tiye, su Madre.

Entonces es cuando tenía lugar el mágico fenómeno ideado por el difunto Faraón, como homenaje de eterno amor a su esposa. Debido a un alarde técnico de la construcción, anuque algunos afirmaban que su causa obedecía a ciertos sortilegios mágicos y a ciertas "piedras vivas" que formaban parte lel monumento, al pulsar cada mañana los primeros rayos del Sol naciente la base de la estatua, se oían en torno, a manera de una enorme arpa viviente pulsada por los dedos de oro del Creador, unos armoniosos, suavísimos acordes, una música inefable que repercutía a través de los oídos y llegaba al corazón, allí donde reside nuestro propio centro solar, nuestra melodía eterna.

Amenofis la oyó aquel día con especial unción. Emocionado, se cubrió la faz con ambas manos. Lloraba.

Se aproximó a la melodiosa estatua y besó amorosamente, en acción de gracias, sus pies.

Cuando cesó el último trémolo prolongado y dulcísimo del divino canto matinal de la Faraona pétrea, todavía vibraba en el aire estremecido la beatitud del misterioso ensalmo.

El joven Príncipe se dirigió entonces hacia la estatua sedente de su Padre y díjole estas palabras con temblorosa voz:

—A ti se debe, Padre mío, este prodigio que desde tu mundo debes escuchar también cada mañana. A ti y a tu gran escultor y arquitecto Amenofis, tu omónimo. El gran amor que profesaste a mi Madre, operó este milagro que asombrará a las humanidades futuras. Tú conocías las artes ocultas que rigen la armonía sidérea y su trasunto cósmico y la medida musical de los volúmenes, canon y módulo de la escultura y la arquitectura, secreto que sólo poseen los auténticos Iniciados en los Misterios, discípulos de las grandes Universidades del Saber, anexas a los Templos del Sol. ¡Incomparable Faraón, mi Padre, Padre a la par de todo el pueblo egipcio!

Se aproximó entonces también a los pies de la enorme estatua, los besó con cariñosa unción y añadió con acendrada voz suplicante:

—¡Prótegeme, ayúdame, inspírame! ¡Que hoy y siempre, pueda yo dignificar el trono que dejaste y cumplir tu voluntad sobre el gran país elegido por la Divinidad para que pueda servir de guía a los hombres del presente y del futuro!

Luego franqueó el joven Faraón el gran portal abierto en el pilón de entrada y penetró devotamente en el interior del vastísimo Templo funerario elevado a la memoria y perpetua vigencia de su progenitor.

Atravesó el majestuoso peristilo de la antecámara, cruzó diagonalmente la inmensa nave interior del Templo y empujó una puertecilla disimulada del fondo empotrada ya en

el muro de piedra de la montaña. Descendió por un estrecho pasillo excavado y finamente revocado, lleno de simbólicas inscripciones y por fin, después de torcer por un codo del mismo, ya de excavadura horizontal, se encontró en la conocida sala de los banquetes y de las ofrendas funerarias anexa al *serdab*, pequeña antesala de la cámara funeraria donde yacía la momia de su Padre, el venerable Faraón Amenofis III.

La luz azulada de una lámpara inextinguible alumbraba débilmente la sala de las consagraciones y en forma indirecta, debido a la filtración de la luz por las dos mirillas abiertas verticalmente en la pared adyacente el *serdab* desnudo, en cuyo centro se encontraba, sola y de pie, la estatua de piedra policromada, vera imagen del viviente Faraón allí enterrado.

Amenofis se aproximó a lentos pasos insonoros hacia la primera mirilla, y por ella, atisbó la imagen petrificada de su Padre.

Emocionado, sólo pudo articular estas palabras:

—Padre mío bien amado. Hoy sólo puedo ofrecerte mi corazón, identificado con tu voluntad...

Un extraño, psíquico impacto, lo hizo retroceder de pronto. Palideció, y haciendo marcha atrás, salió de la sala, desanduvo con paso ligero ambos pasillos excavados en la misma piedra de la montaña, abrió la disimulada portezuela y se encontró otra vez en la gran sala del Templo consagrada al dios Amen, personificación solar.

Volvió la vista en torno y apreció su propia insignificancia ante tanto esplendor y tanta grandeza.

La imponente sublimidad de aquella nave inmensa, el fresco ambiente que en la semioscuridad le envolvía, casi agobiaron el sensible ánimo del joven Faraón.

Pero inmediatamente pensó que aquello suponía el mayor monumento religioso y familiar elevado a la gloria de su propio Padre. Acaso su *ka*, su doble viviente estaba allí, gozando de aquella paz y de aquella magnificencia, exta-

siándose en la sabiduría de los numerosos jeroglíficos de primorosa labra y multicolor iluminación, que rodeaban los muros y las recias columnas, destinados especialmente a guiar y conducir a los vivientes iniciados y a los nobles y sabios muertos.

Deambuló largo rato por todos los ámbitos del Templo, a la sazón vacío, con la mente y el corazón dedicados al piadoso recuerdo de su loado progenitor.

De golpe, recibió una sacudida inenarrable y su emoción desbordada se exhaló en un ahogado grito. Inmovilizado por la sorpresa, tendió ambos brazos suplicantes hacia su Padre. Pero su materializado *ka* pasó de largo, hierático, en actitud introvertida, hacia una dirección determinada, sin parar mientes en la presencia de su hijo.

Siguiólo éste unos pasos, sin hacer ruido. Luego se paró y vio la forma amada deslizarse lenta y majestuosamente bajo los pórticos laterales del gran peristilo interior del Templo.

—¡Padre! ¡Padre! —exclamó al fin el joven Faraón, con expresión desolada.

Mas el aparecido siguió inalterable su camino, abstraído a la sazón del mundano medio, inmerso en su más allá.

Una sensación de escalofrío recorrió todos los miembros del cuerpo endeble del joven Amenofis. Bajó la faz, cruzó ambos brazos sobre su pecho, y murmuró en voz baja:

—No, no debo en verdad detenerle en su camino, ni turbar su paz, sometiendo a su consejo mis cuitas, consultándole todas mis dudas, requiriendo su parecer en los grandes problemas que agobian a nuestro país... Padre, sé que con tu actitud, alientas mi experiencia y celas mi propio crecimiento... Queda en paz. Ya cumpliste tu difícil cometido sobre la Tierra. Tú mismo debes medir la oportunidad de tus intervenciones, sensible siempre al requerimiento del instante. ¡Que tu memoria y tu ejemplo me alienten a seguir tu ejemplo y sea digno de tu bendición!

Y en la misma actitud Amenofis IV salió quedamente del Templo.

*
* *

Sentado a los pies de su madre, como acostumbraba siendo niño, el joven Faraón la escuchaba atenta y devotamente.

—Hijo mío; desde el instante mismo que te engendré, preesntí en ti el alma de un poeta, de un soñador, de un reformador místico más que la de un Faraón gobernante. Pero ya que el destino te ha ligado indisolublemente a los deberes del trono, hazlo de acuerdo con los altos dictados de tu corazón y los imperativos de tu conciencia...

Amenofis bajó la cabeza y reflexionó. Luego habló con voz dulce y grave:

—Madre mía; en mi formación de hombre y de príncipe, han hecho gran mella las enseñanzas religiosas que imprimiste en mi alma infantil y que mi Padre refrendó luego a través de la educación completa que de él recibí. De él aprendí las luchas y sinsabores por el creciente poderío y las intrigas del cuerpo sacerdotal de Tebas, dirigidas contra la tradicional monarquía del país. Poderoso por su creciente pujanza material, más débil cada vez por su inoperante influjo espiritual, ellos detentan el máximo dominio sobre las Dos Tierras del Nilo... Yo presentí primero y conocí después vuestras ideas, vuestros nobles propósitos. Yo sé que siempre fuísteis, en vuestra auténtica, acendrada fe, enemigos de esa pluralidad de cultos cristalizados, de ese fárrago de rituales impuestos por las formas decadentes de la religión, cuyos tributos e imposiciones agobian al pueblo egipcio, mermando el poder legítimo de la realeza. Sé cuán enemigos sois de ese fomento constante del culto politeísta que crea el fanatismo mediante prácticas de una devoción que raya con el fanatismo, que agobia nuestras

arcas, mengua nuestros principios y entorpece el desenvolvimiento de las conciencias .

—Efectivamente —suspiró Tiye—. Mas... ¿cómo contrarrestar ese alud avasallante del poder sacerdotal? Yo siempre gravité, por mi formación religiosa desde la infancia, hacia la adoración del Dios único en su esencia y en su verdad, el omnipotente, el sin forma, que no tiene más representación simbólica que el disco del Sol, el universal Espíritu, el Dador único de la Vida...

—Madre mía bien amada; tú has sido siempre fiel a los principios monoteistas de la religión que animó siempre a los pobladores del Asia. Egipto, en cambio, ha adorado multitud de divinidades. Pero en sus orígenes, eran ellas, no ídolos antropomorfizados, no efigies zoolátricas, no cultos de pueblos ignorantes y supersticiosos, sino representaciones sabias, entidades celestes, poderes universales, fuerzas de la Naturaleza al servicio de una sola verdad y un solo Dios. Los Reyes Divinos que nos precedieron en el trono de Egipto, así como los grandes Iniciados que encarnaron el culto excelso al Espíritu Solar, no podían ser otra cosa, por su integridad evolutiva y su sabiduría, que monoteístas. Pero el pueblo...

—La evolución de los pueblos, la gran pedagogía de las almas, comienza por la probidad de los directores espirituales. ¿Qué puede exigir el pueblo, hoy, a los sacerdotes que lo conducen? Este es, hijo mío, el mayor escollo de tu reinado...

Y la anciana Faraona, al acariciar la testa humillada de su hijo, buscó como antaño el fondo de sus ojos.

Este se irguió, frunció el ceño, y exclamó de pronto con inusitada energía:

—Ciertamente, éste es el principal escollo. Pero venceré. Mantener un régimen de fanatismo y de ignorancia es hacerse cómplice del embrutecimiento del pueblo. Lo que hace falta es estimular la bondad y la pureza, objetivos de toda

religión verdadera. Sin bondad y sin pureza, la sabiduría se tuerce y se convierte en un poder monstruoso.

—Tu Padre te iluminará, hijo mío. Invoca a los altos espíritus guardianes de Egipto, los *Afrites* atlantes. Dices verdad y mereces conseguirla porque llevas luz en tu corazón. No olvides nunca que jamás un régimen de interés de clase cumplirá los divinos designios de un justo gobierno —rearguyó Tiye.

Amenofis miró con extremada ternura a su madre, y sonrió:

—Tus razones me confieren la fuerza, tus pensamientos la directriz de mi obra. Pido a Dios que no me falten nunca tus consejos y tu confirmación. Ayúdame, Madre. Ayúdame en mis propósitos de proclamar una fe pura, una religión esencial fundamentada en Aten, versión egipcia de Adon, el Dios único de tus mayores. Madre, yo sueño en dar a la humanidad mayor conciencia, más bondad, alas liberadoras a los espíritus capaces de remontar el vuelo a las puras fuentes creadoras, inspiración a los poetas y a los artistas para ayudarles a la plasmación de un mundo mejor, un mundo de felicidad, de armonía y de belleza. Madre mía; con tu ayuda y consejo y con el aliento y la confirmación de mi Padre, que quiere nuestro bien y el bien de su pueblo, yo seré, junto con mi amada esposa y gran colaboradora, el Faraón reformador de la religión y de las costumbres del pueblo egipcio.

Tiye bajó la cabeza, meditabunda. Luego, murmuró:

—Todo reformador tiene vocación de mártir. Mas si logras disipar en parte las tinieblas que ofuscan a las almas; si logras ofrecerles perspectivas de resurrección; si les encauzas certeramente hacia la verdad y les abres horizontes de alegría, recibirán, no sólo mi bendición y la bendición de tu Padre, sino la del Gran Padre Universal que vela por la evolución de la humanidad. ¡Que él guíe tus pasos, hijo mío!

*
* *

Era en verdad día de regocijo, especialmente para las seis hijas del Faraón, estrenar, en un largo paseo por el Nilo, la moderna embarcación recién llegada de los astilleros reales, flamante como una joya.

Ellas vieron, retozando llenas de ilusión, dando palmadas, descender por el río, aguas abajo, el gigantesco tronco del cual había sido tallada la nave. Primeramente, la enorme mole del *baobad* les había parecido, de lejos, un monstruo de las alturas legendarias que, al precipitarse por las cataratas, bajaba para devorarlas... Pero la verdad era que el Faraón su padre lo había mandado traer de las selvas infranqueables de las Tierras Altas, donde él imperaba bajo el distintivo de la Corona Blanca del Sur.

Y a la sazón, las niñas, mudas de admiración y de asombro, lo veían ya transformado en aquella lujosa nave de madera incorruptible y dura, ya completa, ornada de remos tallados, de gallardetes y de velas multicolores, ágil y segura navegante, de acuerdo con los cánones más modernos de la navegación fluvial.

Era en verdad una pieza única. Enamoraba ver los dos soles alados que exornaban, rematando los dos cabos extremos, la embarcación. Vista de cerca, el fino decorado de sus costados semejaba un auténtico calado de madera sobredorada. Bordeábanla, en su interior, sendos bancos, tapizados de seda y bajo los puentes extremos, aparecían los cortinajes de las dos cabinas de cubierta destinadas a las mujeres reales.

—La mejor nave que jamás bogó sobre el Nilo —dijo, satisfecho, el Faraón, al tiempo que, embarcadas las pequeñas en compañía de sus *donka*, los graciosos enanos traídos para ellas del corazón del Africa negra, con un pie en la barca y otro en la grada del embarcadero, daba gentilmen-

te la mano a su esposa y a su madre para que saltaran, desde la tabla-puentecillo, al borde de la nave.

Una vez embarcados ayos y servidores, el mismo Faraón dio la orden de partida, en tanto maniobraba el timón de mando.

Pero entre los tripulantes de la flamante embarcación, se contaba otro personaje que allí se encontraba desde la víspera, dedicado a dar personalmente los últimos toques al arreglo y disposición de los departamentos interiores de la barca. Era Bek, el famoso escultor y arquitecto, asesor y proyectista y decorador de las reales estancias. Esta vez les acompañaba por expresa voluntad del Faraón.

La barca se deslizaba suave y segura por las aguas. Al atravesar diagonalmente el río en la parte más ancha de todo su dilatado recorrido, el Faraón y el arquitecto, hábiles navegantes, maniobraron remos y gobernalle, dispusieron la orientación de las velas y condujeron la nave aguas abajo, por la orilla occidental del Nilo, hasta llegar al codo de Dendera, en que el mismo viento del desierto líbico empujó la barca, izados los remos, otra vez hacia la orilla oriental, a la altura del santo nomo deAbydos, venerado por hallarse allí, según la tradición, la tumba de Osiris, el dios del Amenti.

En el anochecer incomparable del cielo de poniente, encendido por las últimas luces de la puesta, de un rojo uniforme y amarillento, las columnas y pilones del gran Templo se reflejaban a contraluz en las aguas tranquilas que el cielo también enrojecía.

—Ya anochecido, cuando comience a soplar el viento sur, izaremos la gran vela del mástil central —dijo el Faraón al arquitecto.

Inopinadamente, les interrumpió la dulce Merit, la mayor de las hijas de Amenofis IV.

—¿Tan lejos vamos, Padre?

—Quiero daros una sorpresa —respondió, acariciándola, en tanto dilataba la mirada hacia el toldo de la cabina de

proa donde se hallaba su esposa Nefertiti, inmóvil como un ícono de oro, sentada bajo el rico dosel que cubría a medias su bello rostro de los rayos ardientes aún, de un sol de fuego.

Misteriosamente, al sentir sobre sus ojos cerrados el impacto de la amorosa mirada, ella sonrió.

Ello fue para Amenofis la más dulce de las compensaciones.

La poesía inefable de la aventura, en medio de tan bellos y plácidos parajes, tuvo la virtud de incrementar aún, en su corazón amante, la gracia de aquella sonrisa inefable de la esposa, la luz de su vida. Nunca le había parecido tan seductora como en aquel instante en que los últimos rayos del sol daban milagrosamente sobre su boca perfecta, recortando el óvalo sin par de su semblante, dejando en leve sombra malva la parte superior del rostro y los ojos, beatíficamente entornados.

El recogimiento de la hora, la visión maravillosa y transfigurada de la esposa y el mismo objetivo secreto del viaje, le hicieron sobrevalorar la dádiva. Y dio gracias en silencio al Creador de tamaña hermosura a su poquedad concedida, y oró al Sol que en aquel instante se ponía.

A bordo imperó un gran silencio.

Poco después, las primeras sombras nocturnas comenzaron a velar tímidamente las perspectivas de la cercana orilla. Pero tras la fina cortina gris de los cañaverales y los papiros, llegaba hasta ellos, como una recatada ofrenda, el perfume de los vergeles de la ancha vega cultivada.

Cerrada la noche, ambos hombres, ayudados por el capataz de los remeros, desplegaron la gran vela purpúrea y la izaron por el mástil central, erecto como un monolito, tensando los extremos de sus cabos.

La brisa de las alturas sopló más fuerte y la barca se deslizó veloz aguas abajo, hacia el fin incógnito que alimentaban las ilusiones de cada uno de los regios navegantes y de cuantos les acompañaban.

Pasó la noche en beatífica calma. Las mujeres y las niñas cedieron, por fin, a los imperativos del dulce sueño, después de gozar estas últimas con las improvisadas piruetas de los graciosos enanos. Pero los dos hombres permanecieron sobre cubierta, guiando la nave bajo la luz electa de la Luna Llena.

Al apuntar el alba, el joven Faraón descubrió, en las perspectivas que aclaraba la aurora, a su derecha, el gran anfiteatro natural de Tell-El-Amarna, en torno al cual formaban semicírculo de honor las suaves cumbres calizas de la cordillera arábiga. Aquel era el anhelado objetivo de su viaje.

Amenofis IV sintió que el palpitante corazón se le llenaba de desbordado gozo. Allí estaba el hito de sus sueños, el enclave de su ciudad ideal, la futura morada del divino Aten.

Insensiblemente, con voz queda, comenzó entonces a susurrar, a manera de acción de gracias por la feliz llegada, la música que acompañaba su propio "Himno al Sol".

La anciana Tiye fue la primera en desvelarse. Saludó al hijo con un beso en la frente, deseándole un día feliz.

—¡Madre! —díjole él—. Mi canto susurrado está muy lejos de la armonía del alba, pregonera del naciente Sol, cuerpo de la Deidad única. Pero en este humilde canto mío está contenida la ferviente alabanza de mi alma al Creador único de tanta hermosura, el que tú me has enseñado a reconocer y a reverenciar.

Ella se inclinó devotamente ante el amaneciente disco solar, con las palmas de sus manos juntas para recibir en ellas el beso de la primera luz del día, la pura dádiva del Padre de la vida, resbalada por una de las gargantas de los montes y que llegaba hasta ellos, envolviendo en sus rosas de oro a la embarcación, como dándole la bienvenida.

La nave apuntó a la orilla y se detuvo blandamente al empotrar la afilada proa en la fina arena de un remanso resguardado por un cañaveral.

Todos los pasajeros quedaron asombrados ante la magnificencia del dilatado paraje semicircular que, como una invitación, ante sus ojos se extendía.

Antes de desembarcar, subió Amenofis sobre el pequeño puente de la cubierta engalanada de proa y de cara al Sol naciente, comenzó a recitar con entonación grave y monocorde, prolongando la cadencia armoniosa de cada estrofa, los versos de su "HIMNO AL SOL":

"¡Cuán hermoso es verte aparecer en el confín del cielo,
oh, Aten, esplendoroso, origen de la Vida,
llenando de belleza la Tierra toda!...

Eres grande, resplandeciente, bellísimo;
tus rayos abarcan el límite inmenso de todo lo creado.
Dador de la luz, tus amorosos rayos
penetrando en tu Hijo bienamado, lo inspiran.

Desde las alturas soberanas donde resides,
tus rayos llegan a la Tierra.
Estás en los semblantes de los hombres,
y sin embargo, ignoramos tus designios.

Cuando te ocultas por el occidente,
el mundo se sumerge en las tinieblas,
y queda silencioso, porque el Dador de la Vida
reposa detrás del horizonte.

Pero cuando amanece de nuevo por el oriente,
alumbras el cielo y disipas las tinieblas,
¡oh Aten visible! Y tus dos países
—el alto y el bajo Egipto—
están de fiesta.

Las gentes despiertan, se ablucionan, se arreglan,
porque les infundes actividad. Y cuando apareces,

todos los brazos se elevan en señal de adoración.
Toda la Tierra se torna activa:
los rebaños retozan en los pastos,
los árboles y los campos verdean,
las aves emprenden el vuelo desde sus nidos,
y sus alas se agitan para saludar tu doble, tu *ka*.
Brincan las cabras y todas las aladas criaturas
cuando proyectas tu luz sobre ellas.
Los barcos se dan a la vela para remontar el Nilo
o para deslizarse al amor de sus aguas.
Todos los senderos se hacen visibles
e invitan a ser hollados en cuanto apareces.

¡Cuán innumerables son tus obras
aunque las ocultes a los ojos de los hombres!
¡Oh Dios único, oh Ser incomparable!...
A cada cual en el lugar pertinente colocas
y atiendes sus necesidades,
le otorgas alimento apropiado
y sus contados días.
¡Oh Señor de todos, que por todos te afanas,
Sol visible, disco resplandeciente del día!..."

Un arpa invisible, suave y bien tañida, prolongó con un acorde dilatado, de mágicas resonancias, la última estrofa del Himno del Faraón.

Todos cuantos tuvieron el privilegio de escuchar aquella mañana el canto emocionado de alabanza, quedaron suspensos ante la elevación, la belleza y el ritmo mágico de aquel recitado que loaba al gran Creador del Universo, representante de la Divinidad única, como si la participación sonora de aquella ofrenda del verbo del Faraón, tuviera la virtud de atraer sobre ellos y cuanto representaban en el mundo y en la historia, la bendición de Aten.

Acto seguido, sensible sin duda a la respuesta del Glorificado y a la mágica acción del Himno, de la música y

de la hora en aquel lugar predestinado, tomando el monarca como testigo al propio Sol naciente —su divino *Ka*, enviado a la Tierra desde el Infinito en que moraba a través de sus rayos de oro— proclamó allí mismo, al poner pie en tierra y a manera de feliz augurio, su nuevo nombre:

—Honro al gran Dios —dijo solemnemente—. Llamándome desde ahora en adelante, Akenaten, "aquel en quien Aten se contempla". Y es mi voluntad que mis hijas y sucesoras añadan desde este instante a sus nombres propios, el subfijo del nombre de la Deidad única, siendo de mi decisión El mismo testigo. Así, vosotras, flores bellísimas del jardín de mi corazón os llamaréis en adelante: tú, la primogénita, Merit-Aten, "La Amada de Aten", el Dios Unico; tú, la sucesora, Makt-Aten, "Su Virtud"; tú el tercero de mis amados retoños, te llamarás Ankh-Esen-Aten, "Su perdurable Vida"; tú, Nefer-Neferu-Aten, "Belleza de las Bellezas de Aten", como tú, Nefer-Neferú-Ra, lo eres de Ra, otra denominación del Dios supremo en la sagrada Heliópolis. Y por fin, tú, mi pequeña Setep-En-Ra, "Su Elegida"...

Bek saltó a tierra tras su Señor y aseguró acto seguido, con la ayuda del capataz, el amarre del navío, clavando una cuña en la blanda tierra arcillosa. Ambos colocaron después la pasarela y el Faraón, ayudado por el arquitecto, ayudaron a descender a las mujeres y a las niñas.

El gran anfiteatro natural, que desde aquel punto y hora se llamaría Akhet-Aten, "Siembra del Sol", ofrecía en aquella hora temprana sus vírgenes, rientes perspectivas, la marca suave de su dorado suelo, su dulce clima y su luz única.

El Faraón, radiante de felicidad, señaló con el brazo tendido todo el ámbito de las tierras vírgenes y feraces que formaban parte del "Adorable Valle" del Nilo. Y extrayendo de su ceñidor de cuero claveteado de oro un tubo de rosado cobre, sacó de su interior unos diseños realizados en colores sobre pulidas hojas de papiro. Desenrollándolos con complacencia, los mostró especialmente a Bek, el arquitecto real. Se trataba de los planos y proyectos que el propio Fa-

raón realizara con miras al establecimiento, en aquel punto elegido, de la nueva Ciudad del Sol, para gloria y regalo de las generaciones presentes y futuras.

En la proyectada urbe que llevaría su nombre, tendrían auge y solaz el amor y la belleza en sus formas más puras. Bajo el mandato de Aten, florecerían allí las artes y las ciencias , la religión retornaría al simple culto original de Egipto, estrictamente monoteísta. Allá, la vida misma se convertiría en oficio religioso mediante la virtud y el espíritu de consagración. Los artistas realizarían sus creaciones siguiendo los nuevos cánones de su inspiración, como iluminados. La fraternidad, el afecto mutuo, imperarían en el trato entre los hombres y las mujeres de todas las clases sociales que se amarían como hermanos, hijos de un mismo Padre, Barreríanse intolerancias de secta y clase, ambiciones, egoísmos materiales, corrupciones, vicios, rutinas. Allí no llegaría el poder codicioso y absorbente de los sacerdotes de Amen que practicaban un culto ampuloso y decadente que oprimía las conciencias y absorbía con impuestos crecientes la riqueza del pueblo. Allí, en la Ciudad Nueva consagrada al Espíritu del Sol, la siembra pura de Aten llamaría de nuevo a la sencillez de la Naturaleza, a la paz de los campos, a la contemplación de la belleza, a la ley única del amor. Allí florecería la onda de vida de la Era naciente bajo el signo Zodiacal del Cordero celeste. Brisas ignotas fecundarían tierras y almas, prometiendo una nueva primavera cíclica del mundo...

*

* *

Pasaron los años, y el sueño de aquel día se tornó esplendorosa realidad.

La corte entera, con su Palacio Real centrando, en un leve altozano, la hermosísima urbe floreciente, se habían instalado allí, en el hermoso anfiteatro natural de Tell-El-

Amarna, la Ciudad del Sol, trasplantados de la caduca y opulenta Tebas, la Ciudad de las Cien Puertas.

Y con la familia real y la corte y sus dependencias y manufacturas y sus artistas y numerosos servidores, se trasladaron también todas las almas selectas de Egipto, anhelosas de libertad y de luz, porque bajo el sabio cetro del Faraón Akenaten y la sonrisa de Nefertiti, surgía allí, para gloria del mundo, una civilización nueva que invitaba a una vida más feliz, más avanzada, más altamente protegida, más íntima al corazón del único Dios representado bajo el disco alado, único símbolo religioso que presidía los templos y alentaba la fe honda, sencilla y fervorosa de las almas.

Grandes avenidas, partían de la ancha bahía fluvial para remontar sus airosas y verdes perspectivas convergentes en la gran plaza-mirador que presidía, empotrado en parte en la misma montaña de granito, el gran Templo de Aten. A su vera, amplia y de simple y recia estructura se hallaba la "Casa Grande", el Palacio de Akenaten. Al otro lado, la Casa Comunal del nuevo Nomo, adscrito a la Corona Roja del Norte.

Enormes obeliscos de granito rosa y dorado, procedente de las canteras del alto sur, presidían la entrada principal del Templo. Numerosos estelios grabados, piedras nobles izadas en la margen de los senderos, pregonaban doquiera para meditación y solaz del paseante, las sentencias sabias de Toth, las glorias de los grandes Faraones, las leyes de la vida nueva y los sagrados Himnos. Múltiples estatuas alegorizaban principios religiosos y virtudes humanas, así como los ejecutores e inspiradores de aquellas maravillas.

En torno a la ciudad y presididas por jardines, las villas-estudio de los artistas, tenidos en tanta estima por Nefertiti y Akenaten, se alternaban con las mansiones de sabios y gobernantes, con la flor de los sacerdotes acogidos al purificado culto.

Imperaban en el ambiente la alegría y el bienestar, porque el arte, la ciencia y la religión, se inspiraban en la be-

lleza, la verdad y la bondad, su lema más puro y gozaban en su idealista trabajo sin impuestas trabas.

Esa libertad se echaba de ver cada día en el exorno de los edificios, en el planeamiento total de la ciudad nueva, en los jardines, en las fuentes, en los frisos y bajorrelieves de los muros, en las pinturas, en las esculturas, en la plasmación y doma de las mismas cumbres naturales, en los santuarios rupestres y funerarios, tomando por modelos decorativos, directamente, la flora y la fauna del Nilo. Ya que el propio Faraón estimulaba la creación de un arte nuevo, revolucionario, más directo y naturalista que requería la ahondada contemplación de la pródiga Naturaleza y sus innúmeros motivos de hermosura que los artistas captaban para ofrecerlos luego en aras de la divinidad, la ciudad y sus moradores.

Y no era sólo esto. Paralelamente, las instituciones evolucionaban a compás de los nuevos requerimientos de la vida. Las escuelas se multiplicaban en la urbe recién creada, modernizando los métodos de enseñanza. Las leyes se hacían más justas y clementes. Los adelantos sociales, las compensaciones de todo orden, convertían los trabajos rudos y los oficios en una obra de consagración y de creciente gracia. La experimentación científica anunciaba asombrosos progresos e invenciones.

Y todo ello ocurría porque la moral y la fe y el mismo sentido de la vida se fundamentaban en una más pura y estricta observancia de los preceptos religiosos eternos, de la conducta en sus orígenes. Por ello, todo se iba ajustando a la tónica celeste del nuevo signo que presidía la transformación del mundo. Y al sintonizarse con el mandato de los astros, la vida humana, en su conjunto, era fiel intérprete de la voluntad divina.

Akenaten, auténtico Iniciado, educado en la Alta Escuela de Sabiduría de Tebas, conocía a fondo la ciencia de los astros y había estudiado, para su realización cíclica, las características astrales de la Era que se iniciaba pulsando el

Sol, en su movimiento precesional, el signo del Cordero Celeste y su opuesto y complementario, el de la Balanza que regía toda acción de tipo espiritual, cuya más destacada característica era el arte y la belleza.

Tales prodigios eran inspirados y se llevaban a efecto bajo la paternal protección del Faraón que debería pasar a la posteridad, cumplido su mandato humano, como la más grande alma del Egipto histórico.

*
* *

En una de las superiores dependencias del real Palacio, adosada al muro natural de la montaña, se abría en lo alto una inmensa claraboya de matizado cristal de luz graduable. Era el más amplio y el mejor dispuesto estudio u obrador artístico de la nueva ciudad de Akhet-Aten, bien dotado de medios e instrumental adecuado. En él acostumbraba a trabajar la gran escultora Auta, amiga íntima de la Faraona.

A la sazón, Auta no trabajaba. Sentada en su taburete giratorio, contemplaba atentamente la serena belleza de Nefertiti, reclinada en un muelle sofá, vestida de ceremonial, tocada su noble cabeza con el alto sombrero mitral y engalanada con sus mejores joyas.

Inmóvil, parecía una viviente estatua bajo la suave luz cenital de la estancia.

—¿No trabajas más, hoy? —dijo al fin, rompiendo el dilatado silencio, sin alterar su postura erguida, la bellísima Faraona.

—No —respondió como evadida, transcurridos unos momentos, la escultora—. Prefiero contemplarte. Mas... preferiría hacerlo en un lugar en que te pudieras olvidar totalmente de que estás posando, de que alguien trata de eternizar tu busto, tu cuello, tus facciones. Por ejemplo, allá en el jardín entre las flores. Para captar tu verdadero ser, de-

seo mirarte hablando, deambulando, distraída o entregada a tus pensamientos íntimos. Entonces sorprendería mi cincel tus recónditas, genuinas expresiones. Entonces captaría tu alma, porque te llevaría impresa, antes, en mi corazón. Y te plasmaría a solas en un retrato único...

Nefertiti entornó los divinos ojos color de miel, y sonrió con la gracia de su sonrisa intransferible.

Auta corrió de pronto hacia la esbozada efigie y dando la espalda a su regia modelo, dio unos acelerados toques a su obra.

Después salieron juntas al jardín. Ambas mujeres se dirigieron hacia el inocente grupo que en un extremo formaban las dos princesitas menores que jugaban a la pelota y a los aros con los nietos de sus ayos y parientes, Ay y Ti, primer visir, él, del Faraón reinante desde la muerte de su augusto padre Amenofis III, del que fuera leal consejero.

Después de entretenerse un rato con los niños, prosiguieron Nefertiti y Auta su paseo predilecto por las orillas del río, platicando, como era su costumbre, de temas casi siempre ajenos a los habituales intereses femeninos.

Allí encontraron a Bek, paseando a su vez en compañía de otro famoso artista, Tutmés, otro gran escultor.

Reunidos los cuatro, departieron deleitosamente de temas artísticos bajo los palmerales del amplio paseo fluvial marginado de cañas, de rosales y de nelumbos.

En tanto, terminadas las consultas diarias y los deberes de gobierno, salía el Faraón del salón del Consejo. Gozando del frescor de la tarde, se dirigió como acostumbraba, hacia una terraza en forma de florida pérgola, frente a la primera escalinata del edificio comunal.

Sentóse cómodamente en un banco, bajo la sombra perfumada de emparrados jazmines y de menudas lianas. A ambos lados del Faraón, se sentaron asimismo su primer visir, Ay, su gran amigo y consejero Nakht; el sumo sacerdote de Aten, Khefer-Ra y el general de los ejércitos, Horemheb.

Pidió el Faraón a sus servidores refrescos de miel y frutas que todos consumieron en amable coloquio.

Trancurrido un rato, levantó el Faraón los ojos hacia el leve techo verde y florido de la glorieta, que transparentaba ya el incomparable cielo grana del crepúsculo egipcio.

Respiró el monarca profundamente el aire tibio y perfumado y exclamó:

—¡Cuánta paz aquí se respira! No me cansaría nunca de alabar al Creador por tantas mercedes a nosotros concedidas.

Horemheb, gran estratega y guerrero, súbdito leal de Su Majestad, ascendido por el Faraón a jefe supremo del ejército, no comprendía sin embargo los ideales civiles y religiosos de Akenaten. Temperamental agresivo e inquieto, no concebía la vida tranquila y placentera, un reinado próspero sin el aliciente de la conquista y de la guerra.

—Majestad —díjole—. Quizá esta paz que ensalzas nos resulte, a la larga, perjudicial y contraria a lo que anhelas. No hay que cerrar los ojos a la realidad. Cerca de nuestras fronteras más asequibles del norte, las del Delta oriental, los pueblos amigos y vasallos nuestros, luchan entre sí. Los hititas atacan a los mitanis; los amorritas levantan las armas contra los sirios y los babilonios. Hasta los pacíficos isleños, siempre leales a las Dos Coronas de Egipto, arman escaramuzas y alzan la voz, formulando quejas e imponiendo reivindicaciones. Los estados-tapones, más próximos a nuestras fronteras, mantenidos inermes para nuestra salvaguardia por los dos grandes Tuthmés, los faraones guerreros, se hallan en peligro. ¿Quién, en caso de ataque, les defenderá; quién puede restablecer allí la paz, sino una orden tuya de guerra?

Akenaten nada respondió. Pero observó atentamente el efecto de las palabras del jefe militar entre sus ministros y acompañantes.

El primer visir Nakht, tomó la palabra:

—Sin menospreciar el valor de los conceptos emitidos por el jefe de los ejércitos, yo opino que en estos momentos de caos e incomprensión, lo más urgente es afianzar el orden civil y resolver los problemas del interior.

Entonces intervino el sumo sacerdote. Miró al monarca, como solicitando su aquiescencia y expresó con estas palabras sus temores:

—Majestad; esta mañana partió en la nave del enviado del gran sacerdote tebano Seneth-Ka, tu cuñada Nut-Nezemet, la presunta futura sacerdotisa de Aten, mi discípula.

Akenaten se puso en pie, como movido por un resorte.

Entonces intervino de nuevo, con cierta reticencia de despechado, Horemheb:

—No es esto sólo. Tu propio hijo Tuth-Ankh-Aten, vástago del harén que regaló tus mocedades y al que confiaste la guarnición del Tell-El-Amarna, se ha pasado a las filas militares del nomo tebano. Sin duda, no ha sido ajeno a las promesas y halagos de los agentes del poderoso sacerdote de la Ciudad de los Cien Portales.

El Faraón no hizo comentario alguno a tan amargas noticias. Pero su rostro cambió de expresión. Lívido, visiblemente preocupado, se destacó del grupo y anduvo a cortos pasos por la dilatada terraza que coronaba la pérgola, entregado a profundas reflexiones.

En tanto, sus ministros comentaban:

—Habría que zanjar inmediatamente —comenzó diciendo en voz baja el primer visir— esas infiltraciones insidiosas, si no queremos ver derrumbarse a nuestros pies, como una torre de arena, toda la magna obra realizada. Esa forma de soborno representa un serio peligro, porque sus agentes trabajan en la sombra.

Khefer-Ra añadió:

—Un plan subversivo y astuto nos acecha. El peor enemigo es el que no da la cara. Debemos precavernos. Mejor dicho: precaver al Faraón de estos solapados manejos y actuar con presteza. De lo contrario...

Después de una pausa, prosiguió:

—Lo inmediato fuera, a mi entender, que el propio Faraón dictara una orden de incautación de las propiedades y riquezas del sacerdocio tebano, comprendidos los templos, en cuyo interior se intriga y se adora a los falsos dioses. Además, que se les suprimieran beneficios y prebendas, que son tantas, que igualan, casi, a las legítimas de la corona, así como los honores y los privilegios a su autoridad concedidos o por otros medios logrados.

En aquel momento, entró de nuevo en la glorieta, el Faraón. El Hierofante de Aten guardó respetuoso silencio. Así transcurrieron unos embarazosos instantes.

De pronto, y por el lado opuesto de la dilatada terraza emparrada de enredaderas, apareció en el umbral de la pérgola, sonriente y majestuosa, la propia Nefertiti acompañada de sus hijas.

Al verla, el rostro del Faraón se iluminó. Y como el Sol al asomar de nuevo de entre las nubes, sonrió de nuevo a la vida.

Dirigiéndose hacia su esposa, dijo con voz estremecida:

—Dulce amor invade mi corazón por la Reina y por sus hijas. Pido a Dios larga vida para mi esposa Nefertiti. ¡Que por muchos años pueda sostener la mano del Faraón!

Y puso dulcemente la suya sobre la que su esposa le tendía.

*

* *

Pasaron los esplendorosos días de la floreciente Ciudad del Sol, emplazada en el gran anfiteatro natural de Tell-El-Amarna.

Akenaten, el Rey místico, su creador, acababa de morir. Nefertiti había pasado voluntariamente a la oscuridad.

Los desengaños, las traiciones, las pruebas y sinsabores constantes habían minado poco a poco la salud, ya preca-

ria, del gran monarca, ejemplarísimo hijo, incomparable esposo y padre, rector, idealista, espiritual y benévolo del pueblo egipcio. El descenso del esposo amado al sepulcro, después de compartir durante los últimos años sus fatigas y sus penas, habían hecho mella en la resplandeciente hermosura y en la serena ecuanimidad de la Faraona Nefertiti.

Al poco tiempo de perder a su hijo Akenaten, pasaba también al reino del Amenti su madre y consejera, la Reina Tiye.

Y en tanto se precipitaban los desgraciados acontecimientos en su torno, la Faraona Nefertiti, reclusa en su espléndido retiro de Tell-El-Amarna, del que nadie tuvo la osadía de desplazarla, proseguía con su fe inmarcesible al Dios único que, como asiática, llevaba enraizada en la sangre y en la tradición y que constituía el mayor consuelo de su soledad en la gran desgracia. La creencia, asimismo arraigadísima en su corazón, del más allá de la vida, le daba el firme convencimiento de que el *ka* de su adorado esposo la visitaría con frecuencia y la alentaría, fortaleciendo el amor y el ideal que les uniera en su fugaz existencia física. Después de la muerte de su esposo, nada del mundo era capaz de absorber la atención de Nefertiti.

¿Nada?

Aquella tarde plácida, en tanto se hallaba sentada, como de costumbre, en su sillón, frente al gran ventanal de su cámara regia abierta al poniente, el magno espectáculo de la puesta de Sol sobre el Nilo hizo resbalar ardientes lágrimas sobre sus ya agostadas mejillas.

Sus aguzados oídos percibían como un eco, desde la estancia vecina, el llanto contenido de su hija mayor, Merit-Aten.

Levantóse hieráticamente, secó sus lágrimas, y se encaminó hacia la inmediata estancia.

—No llores, Merit —dijo, con firme y tierno acento a su hija, en tanto le rodeaba el cuello con sus brazos—. No

llores. Quizá se salve. Confía en la ciencia del gran sanador Aupi que llegará de un momento a otro de Heliópolis.

—Será tarde, madre. Mi adorado Seke-Ra, está agonizando.

Efectivamente. Cuando llegó el famoso sanador, el joven Faraón había dejado de existir. No había podido superar el cerco depresivo de tanta perfidia, la red de intrigas y falsedades urdida en torno suyo. Y su tierna y prometedora existencia se había ido agostando como una flor.

Por derceho de sucesión, correspondía entonces ocupar el trono a su tercera hija Ankh-Es-en-Aten, casada con su medio hermano Tuth-Ankh-Aten, ya que la segunda había descendido al sepulcro en vida todavía de su padre.

Subieron al trono de las Dos Coronas los jovencísimos Faraones, sojuzgada ya de tiempo su voluntad por el influjo ejercido en torno a la principesca pareja por la oligarquía sacerdotal de Tebas que estimulaba con fastuosas promesas al joven Faraón si devolvía el decaído esplendor, los privilegios y la riqueza a los representantes del culto de Amen y de todos sus dioses.

Tuth-Ankh-Aten, de flaca voluntad, hízoles solemnes promesas. Y en prueba de ellas, cambió su nombre por el de Tuth-Ankh-Amen, servidor del dios tradicional de Tebas. Simultáneamente, su joven esposa se llamaría, en adelante, Ankh-Es-en-Aten.

Las cien puertas de la gran capital egipcia se abrieron de par en par para recibir a la real pareja, convertida a la antigua fe. Se organizaron pomposas ceremonias en acción de gracias, tuvieron lugar sonados festejos populares, y las riquezas más fabulosas y los más bellos presentes se derramaron sobre la mansión lujosísima de los nuevos Faraones, a trueque de que formulara el joven Rey esta firme declaración: "Me comprometo a reedificar lo ruinoso de los monumentos eternos, a alejar la mentira de las Dos Tierras y a restablecer la verdad."

Tras esta proclama, toda la obra del Faraón su padre pasó a la historia, y sus verdades, al secreto de los devotos pensamientos de sus seguidores. Así la vieja pomposa ortodoxia, volvió por sus fueros a ser dueña absoluta de las voluntades, imperando en los templos y en la vida de Egipto bajo el signo de Amen.

Nefertiti recibió en su retiro de Tell-El-Amarna estas noticias con aparente serenidad, pero su corazón sensible detuvo un momento sus latidos.

Aun presintiendo que su fin se hallaba próximo, quiso realizar del mismo modo, esta vez con mayores ansias de cumplimiento y desagravio, su habitual visita al sencillo y escueto *serdab*, pequeño recinto contiguo al sepulcro de su amado esposo, que presidía la viviente estatua de su doble.

Quemó las resinas gratas al *ka* del difunto esposo, hizo las acostumbradas ofrendas, pronunció el himno habitual del *Libro de Toth*, el "Tres veces Grande" y por fin, sonriendo melancólicamente, puso su mano bajo la de la efigie del Faraón, como lo hiciera él en vida con su generosa y cálida diestra. Y haciendo suyas las propias palabras que prounciara el esposo tantas veces, repitió con enfervorecido, tembloroso acento: "Pido al supremo Dios Aten que por muchos años pueda yo sostener la mano del Faraón y vivir por los tiempos sin fin a su lado..."

Tuth-Ankh-Amen, joven Faraón renegado, gozó poco tiempo de las fabulosas prebendas ganadas con su apostasía. Murió súbitamente. Pero las dádivas riquísimas fueron depositadas en su improvisada tumba, excavada en el tebano Valle de los Reyes.

Supo la hermosa Nefertiti, ya muy débil y casi inmovilizada en su poltrona, reclusa en su residencia, la ascensión al trono de Ay y de Ti, ambos de sangre real, antes fieles a la fe monoteísta de Aten y convertidos también a la antigua creencia. Y supo al poco tiempo, ya en las postrimerías de su amargada y solitaria existencia, la exaltación al faraonato de Horemheb, el general que todo lo debía a Akenaten.

Para obtener la legalidad prescrita para lograr el máximo gobierno del país, se había casado con la propia Nut-Nezemet, la sacerdotisa, hija del Rey mitani Dushratta y hermana carnal de Nefertiti.

No quiso saber más, la dulce Reina.

Una tarde del plácido otoño egipcio, sintiéndose morir, mandó llamar a toda su dispersa familia.

Cuando llegaron a Tell-El-Amarna encontraron a Nefertiti muerta, sentada en su propio trono, revestida y adornada con todos los atributos reales.

Los últimos rayos del Sol iluminaban sus bellos ojos ya sin vida y en sus labios se dibujaba la sonrisa del más allá.

En medio de un sepulcral silencio, alguien dijo:

—A pesar de todo, ella sigue y seguirá siendo la auténtica Faraona de Egipto.

CAPÍTULO IX

THERMUTIS, PRINCESA-SACERDOTISA DE ISIS Y OSIRIS, LA MISIÓN DE MOISÉS

Thermatis

A JUICIO DE CORTESANOS y principales y aún del Faraón su hijo, Seti I, el gran monarca vencedor en la guerra, buen legislador en la paz, piadoso con los dioses y amante de la justicia, del esplendor, de la belleza y del progreso del país de Egipto, volvía a las aficiones de su juventud desde que abdicó, ya viejo, en favor de su hijo Ramsés II.

En realidad así era. Pero sus familiares, como los palaciegos y personas que lo rodeaban, no veían más que el aspecto externo, el más pueril y engañoso, de aquel retorno a sus juveniles aficiones: el deporte de la carrera, los juegos de emulación y competencia, sus periódicas reclusiones temporales consagrado a sus profundos estudios y devociones, y la manía de convivir directa y de forma incógnita, con su pueblo.

Algo habría, sin duda, más allá de todas estas apariencias. ¿No ocultarían un propósito definido y recóndito de su alma consagrada y lúcida?

Porque Seti I había pasado en su juventud, aun siendo un Faraón de firme voluntad y decisiones casi absolutas, por la Iniciación osiríaca, la profunda y auténtica, sin aquellos paliativos, cercenamientos y concesiones que se aplicaba, por lo común, a los Faraones reinantes durante las dinastías tebanas, mediatizada por una política acomodaticia que facilitaba, para su propio interés, el poderoso sacerdocio de Amen.

Seti I se reía socarronamente de los juicios que a menudo motivaba su conducta. Pero tenía tal concepto de la libertad individual, poseía una tan rotunda afirmación de su propio ser, de su derechura interior, que poco le importaban las censuras como las alabanzas.

Físicamente era menudo y de pocas carnes, de rostro enjuto y expresivo. Al envejecer, se había reducido aún más su figura. Pero en cambio, en su faz, surcada de profundas arrugas, se había intensificado la expresión ingenua, vivaz y optimista que se traslucía en el brillo y la móvil sagacidad de sus ojillos grises.

En cambio, su hijo Ramsés era alto y fornido, tenía una gran prestancia, y su rostro inalterable acusaba una gran voluntad de dominio y una cierta dureza de expresión junto con un gran temple de alma.

Durante los largos años de corregencia de ambos soberanos en el trono de las Dos Coronas del país del Nilo, sentados uno al lado de otro y revestidos ambos con los pomposos ornamentos y distintivos reales, dijérase a primera vista que era Ramsés el padre y Seti el hijo. Tal era el peregrino contraste que ofrecían al espectador las dos regias figuras gobernantes.

Seti, ya viejo y apartado de los deberes implícitos al ejercicio del máximo poder y autoridad de Egipto, sabía tantas cosas de la monarquía y del pueblo, que su alma se hallaba saturada de experiencias mundanales. Por ello todo su empeño se cifraba a la sazón en ahondar el significado de la vida, predisponiéndose mediante el aislamiento y la meditación y las buenas obras, a la próxima estancia en el más allá, mereciendo la compañía y la protección de sus divinos, remotos antecesores.

En cuanto a su actitud exterior frente a su numerosa familia y ante la corte, era de total discreción. A fuera de observador y discreto, se había vuelto un poco cazurro. De ese modo, ocultando su propia verdad y velando por la integridad de su conducta, había llegado a la decisión, tal y como

marchaban, a su pesar las cosas, de justificar, bajo la apariencia de un retorno a sus juveniles aficiones a los caballos y a las carreras de carros, sus verdaderas ansias de evasión y sus periódicas ausencias.

Por eso, no extrañó a nadie cuando anunció una nueva carrera hacia el norte del país.

El mismo eligió el tronco de sus caballos árabes, los más resistentes y veloces de sus bien provistas caballerizas de palacio. Hizo reformar su carro con algunos aditamentos y precisó el día y hora de la salida.

Todo dispuesto y a punto, apareció el anciano Faraón en equipo de viaje, con una simple túnica corta de lino a pliegues verticales ceñida a la cintura con un ancho cinturón de cuero claveteado. Afianzado bajo la barbilla, tocaba su cabeza con el estilizado casco-peluca.

En tanto revisaba los pormenores por él ordenados en el gran carro dispuesto, tactó el eje de las ruedas, púsose los recios guantes de cuero de auriga y con una agilidad insólita a su edad, saltó a la delantera de su carro. Sosteniendo tensas las bridas de sus fogosos caballos, hizo restallar varias veces su látigo en el aire, y emprendió velocísima carrera tierras abajo por la cuidada senda que bordeaba el Nilo y que él mismo mandara adoquinar en toda la extensión del nomo tebano.

Seguido de los dos carros de sus asistentes y guardias personales, siguió con redoblado ímpetu la marcha hacia el norte, envuelto en una tolvanera de dorado polvo.

Al finalizar la primera jornada mandó desenjaezar los caballos para el reposo de una bien ganada noche y el recobro para los días sucesivos.

Tal como estaba previsto, en la regia posada le esperaba un fiel mandatario con la barca dispuesta.

Al amanecer y acompañado sólo de Tuthi, su servidor y habitual auriga, atravesó Seti el Nilo en una barquita velera de un solo remo.

Al otro lado del río aparecía, blanca por la profusión de sus edificios marmóreos, la sagrada ciudad de Abydos donde, según la tradición se hallaba la tumba de Osiris, el dios antropomorfizado que presidía las Iniciaciones y que representaba al hombre solar, integral, en toda su dimensión perfectible.

En honor del Padre del hombre, fundador de los Misterios egipcios, allí se levantaba, construido por el mismo Seti I, en los primeros años de su ascensión al trono y honrando su propia *osirificación* o Iniciación en los grandes Misterios de Osiris, un gran Templo en honor del dios.

Ya en su ancianidad, y conmemorando su propia abdicación, había mandado adicionar, superpuesta a la primera lisa fachada principal, otra de mayor monumentalidad con doce pilastras uniformadas a manera de columnas, grabadas con sagradas inscripciones, a ambos lados de la entrada.

Seti deseaba a la sazón supervisar las obras y comprobar los adelantos logrados desde su última estancia allí.

Su sorpresa subió de punto al ver sus bastimentos todos recubiertos de planchas de oro claro y fino, aportado espontáneamente por los obreros que adoraban al viejo Faraón. Placas de bronce policromado recubrían las puertas de madera de pino.

Los trabajadores se aproximaron en humilde actitud a Seti, para contemplarlo perplejo y maravillado ante la perfección y la preciosidad de la obra, y se inclinaron ante él reverentemente.

El Faraón se emocionó. Levantó al cielo sus ojos anegados de lágrimas y murmuró esas históricas palabras:

—La belleza de los altos pilones va al encuentro del propio Ra en el horizonte.

Acto seguido, recompensó con largueza a los obreros, les brindó sendas medidas colmadas de cereales y frutas secas, varias odres de cerveza con miel y les acarició con sus rugosas, venerables manos.

Al siguiente día y al impulso de sus más recónditos pensamientos, siguió la ancha corriente del río, hacia la opuesta orilla.

El corazón del anciano se hallaba en aquella ocasión más allá del sagrado recinto funerario de Abydos, Nilo abajo, prendido de su predilecta hija Thermutis, el gran amor de su vida, habida de una espléndida, encantadora egipcia de humilde origen de la que estuvo el Faraón locamente enamorado.

Thermutis constituía el verdadero centro afectivo de sus seniles dedicaciones, el báculo sagrado de su vejez. Sagrado, porque la Princesa Thermutis era sacerdotisa del Templo de Isis y de Osiris próximo al Templo principal de Ra, en Heliópolis, lugar donde él se educara y recibiera la suprema Iniciación solar.

Por la modesta condición de su madre, jamás podría aspirar su hija, a pesar de su hermosura, su gran empaque y sus excepcionales condiciones de virtud y de inteligencia, al trono de Egipto. Por ello, el rango de "esposa de Osiris" la dignificaba, reservándole acaso una destacada misión futura. Así por lo menos se lo había anunciado, al nacer, el sacerdote-astrólogo, su propio maestro.

Una vez supervisadas las obras del Templo en Abydos y dadas sus instrucciones para las inmediatas a realizar allí, y atravesado el río sesgando la corriente, arribó de nuevo a la orilla oriental, doblando acto seguido el codo que allí formaban las fluviales aguas. Montó de nuevo en su dispuesto carro que en determinada dirección le esperaba y emprendió otra acelerada carrera por las sendas polvorientas del "Adorable Valle de las Tierras Negras" que el río generosamente fecundaba.

A medida que avanzaban en dirección al Delta, las huertas eran más verdes, prósperas y ubérrimas. Verdaderos enjambres de seres humanos, hombres y mujeres, las cultivaban, arando, sembrando, trillando, recolectando las abundosas cosechas.

—Son los siervos judíos, descendientes cautivos de las mesnadas de los expulsados Hiksos los que cultivan esas zonas norteñas —dijo Tuthi en voz alta para que el Faraón le oyera—. Grandes trabajadores, pero serviles y cobardes.

Dejó Seti entonces las riendas a su fiel acompañante y observó que, efectivamente, a la vista de los carros reales, aquella pléyade de esclavos harapientos huían en tropel, como atemorizados.

El compasivo corazón del anciano Rey se entristeció, porque él no quiso nunca ser temido de sus súbditos, pertenecieran a la raza o rango social que los dioses les destinaran. No quería que le temiera nadie, ni los encumbrados, ni los humildes, ni siquiera sus propios enemigos. El sólo deseaba amar y ser amado.

Adivinó la causa de aquella humillante actitud —más humillante, a todas luces, para un Faraón— y mentalmente vituperó a su hijo por el bárbaro decreto recientemente proclamado por todo el país, con objeto le detener por todos los medios la proliferación desproporcionada de aquella raza extranjera y cautiva en su país. El criminal edicto faraónico ordenaba la matanza sin piedad de todos los varones recién nacidos. Ya que Ramsés II consideraba a los judíos como eternos enemigos desde aquella otra antigua proclama que les convirtió en esclavos a raíz del vencimiento y expulsión de los Reyes Pastores invasores, "los Hiksos, judíos y leprosos".

En voz baja, como una forzada acusación, comentó el anciano monarca:

—¿Nos van a recibir con palmas si mi hijo, el Faraón reinante extermina, contraviniendo las leyes humanas y divinas, a sus hijos?

Luego suspiró, cerró los ojos, cubrióse la faz con ambas manos y murmuró:

—¡Oh soberano Dios de todas las criaturas! Tú que posees el máximo poder sobre la Tierra y que tienes igualmente por hijos a todos los hombres y a todos amas, infun-

de tu amor en el corazón de mi hijo Ramsés para que sobre los suyos no caiga la maldición de esas tribus maltratadas y humilladas.

Y prosiguieron en silencio, tierras abajo, la veloz carrera.

A medida que avanzaban, la senda se adentraba, a trechos, hasta la linde de los sembrados, discurriendo casi al pie de los montes arábigos, en cuyas cunetas se detenían los ríos de arena que el viento empujaba hacia el llano.

En menos de tres jornadas llegaron el Ex Faraón y sus acompañantes a la ciudad de Heliópolis.

Antes de franquear sus muros, Seti I quiso dar, como cuando era adolescente, varias vueltas en su carro por el amplio campo apisonado de Kher-Aha, dedicado al entrenamiento de los deportes y las guerras por un antiguo Faraón de la Vª dinastía. Allí había ganado él, en sus mocedades, valiosos trofeos.

Ya viejo, sonreía de su propia travesura, pero se sentía a la par feliz y animoso como nunca y la alegría le hacía saltar el corazón de gozo.

Luego, penetró reverentemente en el Templo en semipenumbra y se hizo anunciar al sumo sacerdote, gran Iniciador y amigo suyo.

Preguntóle ansiosamente por su hija.

No se hallaba a la sazón en el santuario. Por el Hierofante, se enteró de que, desde hacía un tiempo, Thermutis faltaba a menudo a sus deberes religiosos.

Quedó sorprendido. ¿Cómo era posible? El tenía una confianza absoluta en su hija. Sobre todo, le extrañó que no acudiera a sus deberes en el Templo sin participarle a él la causa. ¿Cómo no se lo habría confiado a través de los asiduos mensajeros de su absoluta confianza que a menudo en su nombre la visitaban?

El sumo sacerdote leyó los pensamientos en el rostro pasmado, un poco infantil, del viejo Faraón. Sonrió y díjole, con ánimo de tranquilizarle:

—No temas por tu hija. Tiene sin duda un imperioso deber que cumplir y no exclusivamente religioso.

Seti respiró, y su boca surcada de arrugas insinuó una confiada sonrisa.

El sacerdote sonrió a su vez y añadió:

—No te impacientes. Está bien. Como maestro suyo, me siento orgulloso de mi discípula. Es admirable, Thermutis. La encontrarás en la Casa Grande de Menfis, de tu pertenencia.

El viejo Faraón agradeció. Puso a sus hombres a buen recaudo, en los acogedores establos del Templo a sus caballos y embarcó apresuradamente hacia la otra orilla, bordeando las verdes islitas que la corriente del río ceñía blandamente.

Recaló ilusionado en el embarcadero de la Casa Grande, a pocos pasos de la preciosa terraza que guardaba para él tan amables recuerdos de su juventud y que avanzaba, suspensa sobre recios postes alquitranados, sobre las aguas, en dirección a la pequeña isla de Rhoda, el vergel-oasis del Nilo en la proximidad del Delta.

Seti aspiró con un sentimiento de dulce nostalgia el intenso perfume de sus flores. Era fama que, cuando soplaba el fuerte viento del sur, aquellos penetrantes bálsamos llegaban hasta las mismas orillas del Mar en la anchísima desembocadura de los siete brazos del sagrado río. Aquello significaba, para los navegantes, un anticipo de las delicias que les esperaban tierra adentro.

Cuando el anciano Faraón arribó apresuradamente a la otra orilla, ganó de un salto, como en sus mejores tiempos, la altura del espigón de piedra del embarcadero e irrumpió acto seguido en su propia morada, ocupada a la sazón por su amadísima hija, la Princesa Thermutis.

Habitualmente compartía ella, de ese modo, la vida mundana que exigía su rango, con los deberes sacerdotales en el Templo y dependencias consagradas a Isis y a Osiris.

Al franquear el umbral, llamó Seti varias veces a su hija por su nombre.

No hallando eco ni respuesta, penetró en el patio central de la morada, de alado peristilo.

Por fin acudieron unas doncellas servidoras. Una de ellas, al reconocer al Faraón-Padre, corrió a dar la nueva a la Princesa, desapareciendo por una de las puertas adyacentes.

Al poco rato, apareció Thermutis.

Con la sorpresa y la alegría reflejadas en su bello rostro de pálido color cobrizo, de expresión bondadosa y serena, corrió hacia su padre con los brazos abiertos.

Se abrazaron. Después de las primeras palabras y preguntas de rigor, dijo Seti a su hija:

—Me causó inquietud y extrañeza cuando me dijeron en el Templo que no estabas. Que de un tiempo a esta parte, tú, tan asidua cumplidora de los deberes religiosos, faltabas a ellos harto a menudo. ¿A qué se debe, hija mía?

Ella sonrió con extrema dulzura y respondió:

—¿No te dijeron nada más, padre?

—No. Por eso... —y se quedó balbuciendo unas palabras ininteligibles.

El viejo Faraón balbucía siempre las palabras felices cuando le embargaba el amor.

Al lado de su hija, se sentía plenamente feliz. Y a Thermutis le encantaba contemplar, en tales emotivos y afectuosos trances, el rostro de su padre surcado por innumerables arrugas, curtido por los años, las experiencias y las amarguras, pero tan ingenuo como el de un niño.

—¡Ven! —exclamó ella, al fin.

Lo cogió de la mano y se lo llevó casi corriendo, a través de la misma puerta por la que había aparecido poco antes.

Atravesaron un largo pasillo y varias estancias contiguas. En la última, cuya puerta y ventanal daban al jardín trasero, de aspecto íntimo y ornada de muebles sencillos, se

hallaba sentada al pie de la amplia ventana, recatada al sol rojizo de la tarde, una mujer dando de mamar a un niño a la vera de una cuna.

Volvió en aquel momento la hermosa criatura el rostro hacia la Princesa aproximada, tomó ella el niño en sus brazos y fue con él hacia su padre.

Este lo contempló, absorto y admirado a la vez, sin acertar a decir palabra.

—Es mi hijo... —dijo Thermutis—. ¡Bendícelo, padre!

—¡Tu hijo!... —murmuró al fin, volviendo de su sorpresa, el anciano Faraón—. No podía imaginar...

Besó al pequeño. Luego, volvió la mirada interrogante de sus ojos grises hacia Thermutis.

Puso ella de nuevo al pequeño en el regazo de su nodriza y salió del brazo de su padre al jardín del oeste.

Ya alejados de la mansión a través de una serie de senderillos marginados de flores, impaciente ante aquel enigma, Seti se detuvo y enfrentándose con su hija, le espetó estas palabras:

—Todo lo ignoraba, hija mía, todo... ¿Es acaso este niño tuyo fruto de sagrada teogamia, un hijo elegido engendrado por el dios que te escogió como madre predestinada? Este misrterio...

—No, padre mío —respondió ella con voz baja y cautelosa.

Anduvo algunos pasos, y prosiguió:

—Para el mundo, Isarship es mi hijo, fruto indiscutible de teogamia puesto que, por mi condición de esposa predilecta del dios, puedo ser por él elegida en forma directa o indirecta, para esta función sagrada de dar un hijo privilegiado al mundo. Pero no se trata de esto, en verdad. No debes ignorarlo.

El más vivo asombro se reflejó entonces en el semblante del anciano:

—Entonces... —murmuró casi sin voz.

Se sentaron en un banco labrado de verde piedra serpentina, que presidía un sendero descendente lleno de adelfas y de laureles rosa. Allí Thermutis, con voz dulcísima, aclaró a su padre la incógnita del hijo, revelándole las misteriosas circunstancias de su providencial hallazgo:

—Hace dos lunaciones escasamente, salía yo como tengo por costumbre, antes de apuntar el alba, a bañarme a la orilla del río, cuando vi que descendía, flotando sobre las aguas, rozando casi los cañaverales próximos de la isla de Rhoda, una canastilla. Obedeciendo mis órdenes, tomóla mi doncella de confianza y ambas arrimamos al bancal arenoso de la orilla el flotante bulto. Al abrir el canasto de calafateados juncos, encontré dentro a este niño, desnudo y hermoso como el Sol que en aquel instante amanecía.

—¿Nadie más fue testigo? —preguntó Seti, impaciente, captado por el interés y la ternura que invadían su ser oyendo el extraño relato.

—Sí, una muchachita que no lejos de allí, en la isla se bañaba. Ella me dijo que una parienta suya podría criarlo, ya que acababa de perder a su propio hijo. La tomé bajo juramento en calidad de nodriza. Ya la viste.

De pronto, el rostro de Seti se ensombreció. Dijo, como hablando consigo mismo:

—Lo probable es que sea un niño judío. Debes conocer el último edicto de mi hijo Ramsés.

Ella comentó:

—Orden terrible que sancionan las leyes divinas y humanas.

—Lo sé —afirmó el anciano Faraón—. Lo sé. Pero también sabemos que la voluntad del Faraón reinante es inapelable.

—Pero tú, padre, no la hubieras decretado en su lugar. —Y le tomó, en testimonio de veracidad, la mano.

Seti suspiró:

—Cierto. Pero la verdad es que los problemas de esta generación no son los mismos que los de la anterior.

—No hablemos ya de esto, padre —intervino, después de un embarazoso silencio Thermutis, dando paso otra vez a la alegría—. Los astros y los sacerdotes intérpretes aprobaron mi actitud y ello me basta además de tu propio definitivo consentimiento. Ellos auguraron una alta misión a mi ahijado, coincidente con la vaticinada en mi propio horóscopo de nacimiento. Bien lo sabes. Por todo ello te ruego, padre mío, aceptes a este niño como hijo de tu hija.

El la miró con extrema ternura y dijo solemnemente:

—Lo acepto con todo amor, sin reserva alguna, con todas sus consecuencias. Apruebo tu decisión.

Ella le besó la mano con gratitud. Luego, añadió:

—En cuanto lo adopté, lo ofrecí a la Madre, la gran Diosa. De ella lleva el nombre y la consagración. Se educará en el Templo. Allí se formará, allí crecerá interna y externamente...

El semblante del anciano Faraón se iluminó de pronto con su infantil, beatífica expresión. No pudo contenerse y exclamó, ilusionado:

—Pero alguna vez, me lo llevaré en mi carro a Tebas para que juegue con los otros niños. Será el compañero de Meneptah, el primogénito de Ramsés, heredero del trono y un poco mayor que él.

Thermutis objetó, precozmente preocupada:

—Se hará siempre tu voluntad. Pero no creo, padre, que sea aquel un ambiente propicio para un muchacho destinado a la vida religiosa.

—No hay que ser tan exclusivo. A todo niño le interesan las carreras en carro, a pie, a caballo; la navegación, los juegos, conocer países lejanos, alternar con otros niños, especialmente si se trata de familiares...

—Se hará como tú quieras, padre —dijo ella al fin, mirándole y con la más cariñosa de sus sonrisas.

Seti pensaba en el nuevo nieto. Cerró un instante sus ojillos grises y murmuró:

—¡Bendito sea!...

*

* *

Isarship creció sano de cuerpo y de alma, bajo el amparo y los maternales cuidados de Thermutis, pero sometido a los estudios y disciplinas de la Escuela del Templo de Isis y de Osiris en la urbe de la sagrada Heliópolis, ciudad consagrada al interno Sol, sede espiritual del país del Nilo.

Desde muy joven, manifestó el muchacho un carácter firme y reconcentrado. Hablaba poco y observaba mucho. Soportaba con dificultad la afrenta y la injusticia más en los otros que en sí mismo. Se interesaba por todos y por todo. Era cauto y paciente. Mas, sin razón provocado, era violento y temible.

Aunque su madre admiraba su integridad y su nobleza, no dejaba de frenar con dulzura, llegado el momento, sus arrebatos y sus ímpetus.

A pesar de ello, superaba el muchacho en inteligencia, sagacidad y aun en destreza al común de los niños acogidos, para su formación pedagógica, en la Escuela del Templo. En ella se sometía a los alumnos a pruebas graduales según sus aptitules, carácter y edad y ello bajo extrema vigilancia, de acuerdo con un plan trazado de positivos resultados.

Este sistema pedagógico integral podía realizarse en aquel sagrado centro docente, gracias a la dirección y supervisión de seres de gran inteligencia y elevada formación espiritual. De este modo, al rozar la adolescencia y de acuerdo con los resultados previamente obtenidos, la enseñanza de los jóvenes educandos se adaptaba a un plan estrictamente individual.

Isharship, sometido a especiales pruebas y exámenes, había salido airoso en todos ellos revelando cualidades y disposiciones que superaban en mucho a los de su edad y que suscitaban positivas esperanzas entre los maestros.

Ello hacía concebir fundadas esperanzas a su madre adoptiva. Pero lo que más la complacía, de lo que se sentía realmente orgullosa sobre sus excepcionales facultades intelectuales, era de su sentido de la equidad y de la justicia, de su enorme capacidad de amar, de su compasión hacia los inferiores y los desvalidos, de su espíritu de renunciación y de sacrificio.

—¿Por qué no será destinado al trono? —Pensaba a menudo Thermutis—. El podría devolver a Egipto sus altos y gloriosos destinos.

Sin embargo, su vocación era marcadamente religiosa.

A pesar de ello, no era tampoco Isarship en toda la acepción de la palabra un idealista. No se hallaba en ningún caso desplazado de la realidad que le envolvía. Y siendo fundamentalmente amable en su trato con los demás, raramente se mostraba manifestativo cuando el ambiente no lo acogía con simpatía.

Estas cualidades y estas disposiciones hacían abrigar positivas esperanzas, una vez formado su carácter, así a Thermutis, sensible y amorosa observadora del hijo, como a los mismos sacerdotes pedagogos, sus maestros. Su abuelo Seti concebía a menudo en él esperanzas difíciles de fundamentar. El viejo y sagaz Faraón, que amaba ciegamente a su nieto Isarship, echaba de menos sin embargo las prominentes muestras de su carácter y de su inteligencia en su otro nieto, el heredreo del trono de Egipto.

Meneptah era, por el contrario, trivial y caprichoso, amante de las bravatas y la ostentación, poco observador de los principios y de la palabra empeñada y con una inteligencia totalmente mediocre.

Por expreso deseo del abuelo, pero con ostensible contrariedad del Faraón Ramsés II, Isarship iba de vez en cuando a Tebas a pasar breves temporadas en compañía de Seti.

Entonces alternaba con los muchachos de su edad de noble origen que frecuentaban el palacio y los predios del Faraón, en compañía de su primo Meneptah, interviniendo

en su vida y en sus juegos. Alguna que otra vez, se le invitaba a compartir colectivas excursiones, cacerías y juegos de competencia y emulación.

En todos los campos de la cultura y del deporte, en la natación, la navegación, la lucha, la equitación, el ejercicio de las armas, la caza y la pesca, amén de las formas básicas de la cultura y aun en la pulcritud de los modales y la rectitud de la conducta, siempre destacaba Isarship sobre los demás, venciendo en singulares juegos y contiendas a su propio primo, el heredero del trono.

Esto ponía de mal humor al Faraón Ramsés e irritaba sobremanera a su hijo, hiriendo su natural soberbia. Especialmente cuando se hallaba presente como espectador, el abuelo, que no ocultaba su predilección por el hijo de Thermutis, manifestando su alegría al comprobar su manifiesta superioridad.

Cierto día y con motivo de celebrarse el cumpleaños del Príncipe Meneptah, se organizaron en los jardines de Palacio carreras de carros, doma de potros, saltos diversos y otros juegos.

Intervinieron numerosos muchachos pertenecientes a las más linajudas familias tebanas.

Isarship sobresalió en tal ocasión en el decurso de todas las competiciones.

Por fin, molesto y despechado, apeló el hijo de Ramsés al fraude para desbancar al que consideraba su enemigo. Y antes de iniciarse la carrera de saltos de altura, hizo de antemano un disimulado corte en la base de una de las pértigas y se la dio a su primo.

Al realizar el salto Isarship, en el que era excepcionalmente diestro, el palo se rajó en su punto de apoyo y cayó el muchacho antes de tiempo.

Descubierta la artimaña, se dirigió delante de todos los espectadores a Meneptah y le afeó la acción. El aludido quiso defenderse con altivez negando el hecho e insultando a su primo. Entonces Isarship le propinó tan fuerte golpe,

que el pequeño déspota cayó rodando, dando gritos desaforados, en tierra.

Seti salió en legítima defensa de Isarship, pero el Faraón se interpuso inmediatamente con severo rostro, y dijo a su padre:

—Ruego te abstengas aquí de manifestar tus predilecciones. Al hombre, como al rey, lo hace no sólo su propio valer, sino el destino. No olvides que mi hijo está llamado a reinar.

Seti contestó a manera de reto:

—La justicia debe estar siempre por encima de privilegios y de dignidades. La vida debe ser la gran maestra así para los reyes como para los esclavos. Para ser un rey digno, hay que manifestar antes las fundamentales cualidades humanas. Procura desde ahora que tu hijo merezca la categoría a que lo destinas para que algún día, el pueblo lo admire y no lo sufra, lo ame y no lo tema. Que el destino se somete a menudo al valor de un hombre, como al de un rey.

Ramsés se mordió los labios y nada respondió. Pero desde aquel día, fueron menos frecuentes las estancias de Isarship en Tebas.

*
* *

Pasaron años y el hijo de Thermutis alcanzó la hombría.

A poco de terminar brillantemente sus estudios superiores en la Escuela del Templo, falleció de pústulas malignas y de disentería, su abuelo Seti I, su decidido y venerado protector.

Por voluntad propia, preparóse valientemente para sufrir las durísimas pruebas a que se sometía al candidato a la gran Iniciación en las criptas subterráneas del Templo de Isis y de Osiris.

Salió triunfante y fue dignamente osirificado por el Hierofante y ensalzado por la veterana comunidad religiosa y sabia de Heliópolis. Y desde aquel momento, sin la más mínima ostentación exterior, se incorporó por derecho propio al grupo de los elegidos, de los superhombres residentes en el país del Nilo, a los cuales unía un tácito juramento de indisoluble hermandad. Se había convertido, a su semejanza, en un hombre completo, física, moral, intelectual y espiritualmente.

Respecto a su contextura física, se hallaba el joven príncipe-sacerdote dotado de una robusta constitución. No era alto, pero poseía anchos y fuertes hombros, recia musculatura y nervios de acero. Tenía la piel de color aceitunado, la faz alargada, la frente prominente, la nariz ligeramente aguileña, los oojs redondos, negros, de mirada detenida y extrañamente penetrante. Irradiaba de toda su persona un poderoso magnetismo que lo hacía indefiniblemente atractivo.

Su madre Thermutis tenía puestas en él fundadas esperanzas. Se hallaba convencida de que Isarship sería llamado un día a desempeñar una destacada misión en los destinos de su país y acaso del mundo.

Ultimamente los acontecimientos se habían precipitado así en el alto como en el bajo Egipto. Ramsés era glorificado como un héroe, vencedor en diversas y sucesivas campañas guerreras. Y en su ostentoso afán de grandeza y de inmortalidad, había movilizado un verdadero ejército de artistas y artesanos encargados de conmemorar en monumentos, templos, estelios y monolitos, sus hazañas de guerra.

A todo lo largo del "Adorable Valle de las Tierras Negras" se iban alzando estatuas gigantescas del Faraón, en un alarde de autoglorificación y de exaltación personal sin precedentes en la dilatada historia de Egipto.

Llevado de ese afán de egolatría sin límites, llegaba incluso a deformar los más venerables monumentos de la an-

tigüedad, imprimiendo en sus figuras tanto simbólicas como representativas, sus propios rasgos.

Sin embargo, la flor de la joven generación egipcia había muerto en el anonimato contribuyendo con el holocausto de su vida al prestigio y a la gloria de Ramsés II.

Después de someter por las armas a los pueblos belicosos de la Libia por el oeste y de la Nubia por el alto sur, numerosas tribus nómadas del interior de Asia, se lanzaban a través de sucesivas incursiones, sobre los pueblos pacificados del litoral Mediterráneo sometido ya al poder de los Faraones, y todos se soliviantaron a una y levantaron las armas ansiosos de liberarse a su vez de la antigua tutela del gran país del Nilo. Asirios, persas e hititas presentaron batalla a los ejércitos comandados por el Faraón quien tras reñida lucha, logró la última, clamorosa batalla de Kadesh sobre sus poderosos enemigos.

Esas campañas, gloriosas para el exterior, redundaron en progresiva ruina para la agricultura, la industria y el comercio nacionales. Las tierras generosas del valle se hallaban casi abandonadas por falta de brazos fuertes, de gente joven y esforzada que las cultivaran.

Esa amenaza de hambre y de ruina obligó al Faraón, a disponer que tales trabajos viles y pesados recayeran en su condición de esclavos extranjeros, en las numerosas tribus judías que pululaban especialmente en la zona del Delta y que habían ido proliferando desde su llegada al país en tiempos de la invasión semita de los reyes Hiksos. Desde entonces se hallaban sometidas a duras condiciones y arbitrarias leyes.

Así, en aquellas difíciles circunstancias que atravesaba el país, los cautivos judíos salvaron a los egipcios del hambre y de la miseria.

—Trabajan como forzados con la esperanza de emigrar a la Tierra Prometida de sus antepasados —decía uno de los crueles capataces de esas sumisas hordas, al Faraón Ramsés.

El respondió, airado:

—Ahora nos son necesarios y aquí permanecerán por mi voluntad en su condición de esclavos. Responded a sus quejas con el látigo. Cuando sueñen en su tierra, hacedles morder la nuestra. Que trabajen como bestias.

Esto oyó Isarship y sintió, no sólo una profunda tristeza en su corazón compasivo, sino un gran desprecio por el inhumano despotismo del Faraón su tío, que tan despiadadamente transgredía los principios de humanidad y de clemencia hacia el vencido.

"La soberbia le entorpece la mente y la crueldad endurece su corazón", pensó el joven sacerdote.

De natural violento y de fondo justiciero, esas palabras levantaron en él una oleada emotiva de indignación. Sentía la desgarradura de la injusticia en sí mismo, al pensar en el ambiente acogedor y entrañable de su nodriza hebrea y su ejemplar familia, donde hallaba siempre dulce recibimiento. Pensaba en sus hermanos de raza, dolidos, sumisos, resignados, amadores del prójimo, sustentadores de una firme voluntad y de una fe admirable, confiando siempre en su futura redención.

Isarship frecuentaba a menudo la casa de su nodriza, aquella admirable mujer toda sacrificio, devota hasta la total renunciación personal. ¡Cuánto había aprendido de ella, de su vida intachable, de su modestia, de su discreción, de su integridad! De ella aprendería sobre todo, el sufrido silencio. Jamás la queja marcó un rictus amargo en sus bondadosos labios, que tan bien sabían sonreir.

Isarship era amigo personal de Aarón, el hijo mayor de su nodriza, tres años mayor que él. Aarón sentía vocación religiosa y era discípulo del más anciano entre los setenta patriarcas de las tribus israelitas en Egipto, descendiente de la tribu de Leví. Estudiaba y a la par, ejercía su ministerio de novicio de la antigua religión monoteísta, con devoción extrema, cuando sus deberes de alfarero le dejaban algún tiempo libre.

A través de ellos, conocía a fondo el joven príncipe el drama tradicional de aquella raza nómada, esclava en tierra ajena ornada de tan nobles y acendradas cualidades. Y sentía una inmensa compasión por todos aquellos hermanos suyos en humanidad.

Una tarde, cuando cumplidos sus deberes en la Escuela y en el Templo realizaba Isarship su acostumbrado paseo cotidiano por los alrededores del sagrado predio, vio cómo un capataz castigaba brutalmente a un labrador judío porque no rendía el trabajo exigido. Sin duda estaba enfermo, porque a los primeros latigazos se desplomó en el suelo sin sentido.

Isarship reaccionó inmediatamente ante aquel incalificable atropello y corrió con intento de auxiliar a la víctima postrada. Y en tanto en sus vigorosos brazos la sostenía, conminó al capataz a deponer su iras haciendo más clemente la justicia.

El capataz, iracundo, levantó el brazo, armado de tremendo zurriago, amenazándole a él si se interponía en sus asuntos.

En su actitud auxiliadora, sostuvo Isarship la mirada del hombre terriblemente enardecido. Este descargo entonces con renovada fuerza otro violento golpe sobre la espalda lacerada del infeliz derribado, al que trataba de reclinar el auxiliador y clemente paseante.

Isarship no se puedo contener. Levantóse de un salto, arrancó con furia el látigo de la mano criminal del capataz y le cruzó la cara a latigazos. El afrentado reaccionó y se echó sobre el joven sacerdote dispuesto también a tomarse la justicia por su mano.

Pero Isarship era fuerte y valiente. Se enfrentó con entereza con aquella bestia humana y ambos lucharon tenazmente cuerpo a cuerpo, a muerte.

Isarship venció al fin. Su cruel enemigo depuso los criminales ímpetus cuando exhaló el último aliento en la lucha.

Lentamente se enderezó el joven príncipe. Y cuando vio exánime a sus pies al capataz, se dio cuenta, de pronto, de su acto. El Iniciado en los Misterios de Isis y de Osiris, acababa de matar a un hombre. Aquello era penado con la muerte y la execración por el propio cuerpo sacerdotal de Heliópolis.

Los mismos labriegos le ayudaron a enterrar en la arena el cuerpo del capataz. Pero él comprendió que no podría rehuir la justicia del Faraón ni la severa ley de los ejecutores de los Misterios.

Amparado en las sombras del crepúsculo se refugió en casa de su nodriza y explicó todo lo ocurrido.

Ella lanzó un agudo lamento. Abrió los ojos desmesuradamente y de pronto, vencido su pasmo y desconsuelo, se irguió, miró un rato fijamente a Isarship y dijo, con una voz que no parecía la suya, como si viniera de muy lejos:

—Hijo mío, la sangre te ha traicionado. Tú no eres hijo de la Princesa Thermutis, sino de mis propias entrañas. Cuando proclamó el Faraón su decreto de que fueran asesinados los recién nacidos hijos varones de los judíos, tu padre y yo nos valimos, para salvarte, de una estratagema: con las cañas que alimentan nuestro horno de humildes alfareros y juncos del río, hicimos una canasta, la calafateamos con pez y alquitrán, la rellenamos con esta paja, te metimos en ella desnudo y la confiamos al amor de las aguas del Nilo antes de rayar el alba. Cerca de allí, un poco más abajo, en la otra orilla, oculta entre las finas plantas del papiro y las matas de nenúfares, acostumbraba a tomar su baño matinal la Princesa-Sacerdotisa. Ella te recogió. Ella te adoptó. Yo te crié... Dos madres han velado por ti, la verdadera y la adoptiva. Así te salvé. Y te salvó nuestro Dios a través de las sagradas, amparadoras aguas...

Isarship pareció que despertara de un sueño.

—"*Salvado... de las aguas*" —murmuró silabeando—. En adelante, me llamaré así, traducidas estas palabras en idioma egipcio: *Mo-Yses*.

Madre e hijo se abrazaron.

Aarón intervino, exclamando:

—¡Huye, hermano! ¡Apresúrate! Aprovecha la clandestinidad de la noche para escapar. Mañana ya sería tarde. La justicia implacable caería sobre ti.

—No podría marcharme sin obtener el perdón de mi otra madre Thermutis.

—Vámonos inmediatamente —insistió Aarón, en tanto echaba sobre la cabeza y los hombros del hermano un raído manto oscuro.

El mismo cuidó de avisar a la Princesa-Sacerdotisa y de lograr la furtiva, accidentada entrevista de despedida.

Escuchó ella de boca de su adorado hijo adoptivo el trágico relato sin pestañear, con actitud serena como cumplía a la dignidad de máxima encarnación de la divina Madre.

A ruegos de Isarship, subió ella a su celda, tomó sus archivos de sacerdote-Iniciado y las copias de los Tratados sabios y secretos, y entregóselos. Sin poder añadir palabra, lo besó en la frente y bendijo con mano temblorosa su cabeza humillada.

Y el forzado culpable, huyó como una exhalación por la puerta trasera del Templo y se perdió entre las sombras del jardín, cerrada la noche.

Aarón le esperaba tras el pilón que guardaba la salida oriental del sagrado recinto.

Dijo en voz baja a su hermano:

—Atraviesa en derechura el valle bordeando el canal de riego, hacia el monte bajo de la cordillera. Toma la garganta arenosa que da al noreste. Caminando esforzadamente por el desierto arábigo puedes llegar, antes de que caigan las sombras del segundo día, a la vista de la zona fronteriza que separa Egipto de la base de la península del Sinaí. Procura sortear la vigilancia nocturna. Y al amparo de las dunas y de las sombras, cumplida la tercera jornada, habrás franqueado la zona de mayor peligro. Entonces tratarás de bordear, siempre peregrinando, el litoral montañoso de la

cabeza del Mar Rojo. Y cuando tus ojos fatigados descubran, alzando sus crestas inaccesibles sobre el inmenso macizo del Sinaí, el Monte Horeb coronado de nubes, habrás llegado a lugar seguro, ya que al pie de esa imponente venerada montaña, vive, solitaria, consagrada a la meditación, al estudio y al rezo, una milenaria comunidad de monjes semitas encargados de salvaguardar la pura tradición de Jehová, nuestro Dios, fundada por el primer patriarca de nuestras tribus, nuestro padre Abraham.

Así partió Moisés hacia el destierro, sin más tesoro que sus Tratados de sabiduría, sin más amparo que la mirada puesta en el corazón de Dios, que todo lo perdona.

Bajo los ardientes soles del desierto africano y el frescor de las noches profusamente estrelladas, superando peligros, hambriento y sediento, sin dar tregua a la fatiga, llegó por fin, a través de penosas jornadas, al objetivo final de su peregrinación.

Al pie del Horeb, el monte que se erguía, imponente, sobre el vasto macizo montañoso de la península del Sinaí, halló Moisés, en medio de aquella hosca soledad granítica, el retiro sosegado de la comunidad de patriarcas y sacerdotes judíos de que le hablara Aarón y de la que era jefe el venerable anciano Jetro. El velaba, en comunión constante con el Dios de su pueblo elegido, para salvaguardar la fe, la sabiduría y la pureza de las altas tradiciones de su pueblo. Allí, todos oraban, vinculados a su Dios protector y justiciero, por la redención y el cumplimiento de los altos destinos de su pueblo.

Moisés halló generoso amparo en el seno de aquella sencilla y patriarcal comunidad.

Su noble aspecto, su amabilidad y su apostura, además del interesante relato de su vida y de sus aventuras, enternecieron el amoroso corazón de Séfora, la hermosa hija de Jetro. Este se la concedió por esposa y ambos se unieron bajo juramento de eterna fidelidad, invocando el nombre de Jehová, el Dios único.

Allí, en aquel seguro apartamiento del mundo, discurrieron en plena paz los años para Moisés y su familia. Tuvo dos hijos, ensanchó el ámbito de las tierras fecundas con el vigor de sus brazos y el sudor de su frente; ahondó las peñas en busca de agua que halló, dulce y generosa; incrementó los rebaños, engrandeció su hogar, hizo prosperar la hacienda y aumentó a la par el caudal de sabiduría y de experiencia que allegara en la Escuela del Templo de Heliópolis, y en la vida.

A través de sus coloquios con los sabios de la comunidad y de sus profundas meditaciones al amparo de aquel imponente escenario agreste, fue incrementando Moisés, ya maduro, la riqueza de su saber primero, la herencia de la sabiduría iniciática egipcia, con la profunda tradición monoteísta de los pueblos semitas del Asia Menor. Y añadió al sueño de la liberación de su pueblo sometido al despotismo faraónico, el ansia ferviente de arrancarlo de la esclavitud y conducirlo a la Tierra Prometida de Canaan, ribereña del Mediterráneo, el mar de las grandes civilizaciones. Pero en tanto durara la humillación de su pueblo irredento, debía velar allí, mortificado en las duras soledades yermas, símbolo de los padecimientos a que se veían sometidos sus hermanos de raza.

En tanto esperaba que el dedo de Dios señalara la hora, se consagró con ahinco a preparar el sustento espiritual de su pueblo, el archivo de la sabiduría secreta de su pasado que alimentaría a los hombres del futuro. Allí rehizo sus notas y escribió, aleccionado por los sacerdotes y profetas, *El Libro del Conocimiento Secreto*. Allí realizó una síntesis que sumaba y refundía ambas doctrinas, la judaica-semita y la más antigua tradición hermética egipcia.

Por fin, y cuando rozaba ya Moisés, aún vigoroso y en la plenitud de sus facultades, las fronteras de la vejez, se sintió tocado por el índice divino de la inspiración y recibió el inapelable impulso de la Gracia.

La Voz oculta, una Voz que resonaba en las límpidas profundidades de su propia conciencia, le repetía, en aquel imponente Valle de mil resonancias misteriosas: "Sube a la cumbre y reza. Y oirás la Palabra de Jehová."

Jetro, su suegro, le instó:

—Ve, hijo mío. Purifica tu cuerpo e ilumina tu espíritu en las cuevas alterosas del Horeb, allí donde sólo pueden penetrar los santos, los iluminados, los puros de corazón, ya que guardan sus umbrales los poderosos Elohim, servidores del Dios único. En tanto, nosotros rogaremos por ti, con el pensamiento puesto en alto. Dios vela por el porvenir de la raza elegida.

Moisés ascendió trabajosamente aquellas imponentes, roqueñas altitudes casi inexpugnables.

Al llegar a la cumbre, se le apareció ante el umbral de la gruta, una Presencia de Luz, un Espíritu divino, un Elohim enviado de Jehová, y le invitó a entrar en ella, al tiempo que oía la Voz altísima que le decía: "Moisés, Moisés..."

El respondió:

—Aquí estoy, Padre mío, atendiendo tus órdenes.

La Voz prosiguió: "Yo soy el Dios de tus mayores, el Dios de Israel, desde los orígenes. Escucha: Conozco la servidumbre y las aflicciones de mi pueblo. Pero ha sonado en la altura la hora de su liberación y tú eres el elegido que ha de salvarle. Volverás a las tierras de Egipto donde padece esclavitud, realzarás su espíritu, y lo conducirás aquí, donde te daré la Ley que habrá de regirlo. Desde aquí seguirás, al frente de ese numeroso ejército de la paz, hacia la Tierra de Promisión cuya Naturaleza destila leche y miel. Vuelve ahora a los fértiles esteros del Nilo donde te criaste, date a conocer, y escucha mi Palabra. Yo te guiaré."

Moisés obedeció. Realizó meditaciones y penitencias. Y cuando sintió permanente en su alma el fuego de la comunión con el Padre, descendió de nuevo la montaña, alegre

y transfigurado. Volvió al seno de la comunidad y contó a su suegro lo sucedido.

El anciano levantó los brazos y dio gracias al Creador por la suprema merced concedida.

Sintiendo su misión cumplida sobre la Tierra, llamó a Moisés y le dijo con voz ya desfallecida:

—Hijo mío, no quería morir sin conocer la buena nueva de la redención de mi pueblo. Esta llegó, y por tu mano...

Sin acabar la frase, cerró los ojos y entregó el alma beatificada al Todopoderoso.

Con este precioso equipo, retornó Moisés a Egipto.

El amor, siempre vivo en su corazón, por su madre Thermutis, le condujo a su Palacio de la orilla del Nilo.

Ya muy ancianita y casi ciega, le recibió con los brazos tendidos, llamándole con su antiguo nombre. Luego palpó su faz y lloró de alegría, en silencio, por su retorno.

Revenida de la intensa emoción primera, musitó con voz débil y dulcísima, en tanto agitaba sus débiles manos como alas:

—Isarship, sabía que volverías. Oí de lejos la voz del Padre, que te llamaba para indicarte la senda del retorno, y por ella, supe también tu futuro, glorioso destino. La pérdida de la visión material me ha sido con creces compensada con la otra visión lúcida para la cual no hay vallas ni en la distancia ni en el tiempo. Te vi preparar la marcha estimulado por la comunidad sinaíta. Te vi caminar penosamente sobre los polvorientos ríos de arena del desierto, camino del Valle. Y te vi... Hijo mío, tú sabes las etapas de tu alto ministerio. Sigue tu misión. Pero antes de ausentarte para siempre, vuelve a verme...

De allí, corrió Moisés a su humilde hogar judío. Supo que sus padres habían muerto en su ausencia, pero su hermano Aarón le esperaba lleno de fe en la misión futura de su pueblo, dispuesto a colaborar con él en la obra predestinada.

El número de los judíos residentes en Egipto, había aumentado considerablemente durante la prolongada etapa del destierro de Moisés. ¿Cómo sacar a toda su numerosa gente: ancianos, hombres, mujeres, niños, con todos sus enseres y rebaños; cómo organizar y hacer posible su éxodo de las tierras en las que servían en humilde vallasaje como pueblo esclavo? ¿Cómo ablandar la soberbia del Faraón logrando su consentimiento?

En la atormentadora duda, oyó Moisés de nuevo la Voz de Jehová su Dios que le decía: "Ve al Faraón y trata de convencerle. Si su duro corazón se cierra, amenaza y obra milagros."

Moisés se presentó acompañado de Aarón a Meneptah, entonces Faraón de las Dos Tierras.

Como era muy soberbio, no quiso acceder a las pretensiones de Moisés y replicó a sus ruegos:

—Las belicosas tribus del oeste amenazan con nuevas guerras. Me serán precisos todos los egipcios aptos. ¿Quién, entonces, trabajará las fecundas tierras del Valle y edificará mis obras y abrirá caminos y dragará canales y hará todos los trabajos viles, sino ese pueblo tuyo, sujeto a cautividad en este país?

Moisés, apelando a sus poderes de Iniciado y bajo la inspiración de la Voz divina, obró milagros ante el Faraón para que por el temor, accediera a sus demandas. Pero en vez de hacerlo, acrecentó, iracundo, los castigos, las humillaciones y la severidad para con el pueblo judío.

Moisés amenazó de nuevo. Y vinieron sobre Egipto pestes y plagas y sequías, se malograron las cosechas y todo eran signos de que la deidad protectora de las tribus de Israel, desaprobaba la actitud del Rey.

La Voz le habló de nuevo a Moisés para que no cejara en su empeño y anunciara nuevas calamidades que afectarían a la misma familia del Faraón.

Como revancha por las crueles disposiciones del Faraón y de su padre para con los judíos, el poderoso Jehová quiso

que murieran los primogénitos varones nacidos de egipcios. Y perdió el propio Faraón su hijo primogénito en el que tenía puestas sus miras para que le sucediera en el trono. Y aquella noche fatídica, se desencadenaron rayos y truenos y hubo devastaciones múltiples, inundaciones y hundimientos.

Por fin, el ánimo supersticioso y timorato del Faraón se amedrentó de tal modo, que temiendo mayores males y castigos de lo alto, accedió a que los judíos emigraran a su país bajo el mando de Moisés.

Se agruparon entonces las tribus de los israelitas bajo las directas órdenes de los setenta ancianos patriarcas descendientes de las primeras tribus inmigrantes llegadas antaño con los invasores Hiksos, los Reyes-Pastores de origen judío.

Y allegaron prendas y alimentos y carros y bestias de tiro y ganados y así se fue organizando el éxodo del pueblo de Israel hacia la Tierra Prometida.

Fijada por Moisés la fecha de la marcha, fue a despedirse de Thermutis.

Dotada ella, en su condición de alta iniciada y de hierofántida de Isis, de doble vista y de superiores facultades, conocía el porvenir de los seres y los futuros acontecimientos. Por ello, esperaba impaciente aquella última entrevista con Moisés. Ya que en su corazón, reñían lucha encarnizada el dolor y la alegría, la desilusión y la esperanza, aunque todo lo superaba su fe en el óptimo cumplimiento de la divina voluntad.

—Hijo mío —díjole, ya serena y afirmada, al recibirlo por última vez—. Tu senda espiritual está trazada y has puesto ya con firme planta los pies en ella. Mas, aunque se halla erizada de obstáculos, cruzada de desengaños, empedrada de constantes ingratitudes e incomprensiones, te conducirá al fin apetecido. Esta es mi satisfacción. El Dios único que invocas y que te protege a ti y a tu pueblo es, en el fondo, el mismo que yo invoco, el que tú y yo aprendimos

a conocer y a adorar en el seno de los Misterios isíacos y osiríacos. No te descorazonen los reveses. Los Elohim, los grandes poderes que gobiernan la Naturaleza, te asistirán, ya que tú y el pueblo que te sigue, encarnáis la transformación de un núcleo predestinado de la humanidad en el ciclo histórico que comienza. Por ello, el dedo de Dios os señala para un alto logro futuro. No ignoras, merced a tu conocimiento de la ciencia celeste, que se inicia ahora la Era zodiacal del Cordero, anunciada de antemano por los sacerdotes-astrólogos. Recuerda que mi palre Seti, tu abuelo adoptivo, rindió homenaje a ese símbolo de la Era naciente mandando construir la gran avenida que une los dos grandes Templos de Tebas, cuyas márgenes exornan esfinges parejas de forma y cuernos de morueco. El pueblo judío debe desempeñar, bajo ese signo, parte de su misión predestinada; ahora, y cuando se asiente en el solar bendito de sus antepasados. Pero tu sino es largo y duro y quebrado, ya que geográficamente, tu gran misión se centra en la mitad del prolongado itinerario, así en el tiempo como en el espacio, que debe recorrer, en su éxodo y destino, el pueblo de Israel. Lucharás, hijo mío, contra la esterilidad y la dureza del suelo, y de las almas. Lucharás contigo mismo, tú, sellado también por el distintivo del celeste Cordero. Y lucharás con los demás, porque los seres son siempre, colectivamente rehacios a dar el salto y se aferran a las rutinas y a los intereses materiales del pasado, en este caso, simbolizado por el Toro celeste, cuyo culto ha caducado ya. Pero no importa; al fin vencerás, porque recibirás la fuerza del cielo y te conducirá la Voz del Padre.

Suspiró aquí la anciana Princesa-Sacerdotisa, visiblemente fatigada. Palpó los hombros inclinados de Moisés, que permanecía en actitud reverente y humillada hacia su madre adoptiva.

Después de un dilatado, compenetrado silencio, Thermutis prosiguió en voz más baja y confidencial:

—Quiero ahora patentizarte, como despedida definitiva en esta corta vida, mi positiva ayuda a tu empresa. Puesto que te considero heredero de mi fe y de tu sumisión a la volunatd del Padre único que desea el bien y la perfección, te confío mi arquilla de oro en la que he guardado siempre, junto con los libros sagrados de la tradición hermética, los preciosos talismanes, vínculos poderosísimos que nos enlazan con las fuerzas del Universo. Allí hallarás para tu servicio, en la hora precisa, el *ankh* sagrado, el distintivo de la Iniciación egipcia, la cruz coronada de Isis, la gran Madre, a la que he servido durante toda mi vida y en la que tengo puesta mi fe y mi convencimiento en la vida eterna que representa; junto con las *piedras del cielo,* que sirven de vínculo a la comunión con los poderes y espíritus universales, hallarás otras *piedras magnéticas* o *piedras vivas,* empleadas para efectuar preguntas a lo incógnito. Esas *piedras* aclaran el porvenir si son debidamente consultadas; o sea, en estado de pureza interior. Sé que nunca abandonarás, pase lo que pase, este utilísimo tesoro que te lego. A través de él me recordarás. Y a través de su magnético enlace, cuando me invoques, estaré contigo. Por otra parte, ya que también las aportaciones materiales son necesarias, sobre todo en los momentos de iniciar esta magna empresa migratoria que patrocinas, aceptarás, como dádiva de mi peculio personal, setenta sacos de trigo y otros cereales, otras tantas mantas y prendas de abrigo, una crecida cantidad de oro y plata en lingotes, cuarenta ánforas de aceite y miel y otras de bebidas incorruptibles. Y ahora... Ya no me resta más que hacerte esta última recomendación, Isarship: Acelera los preparativos y emprended la marcha sin demora. Aprovecha esta oportunidad en que el Faraón se halla ausente después de haberte otorgado, a despecho de su voluntad y movido por el miedo y la superstición, permiso para la marcha defintiva de las tribus cautivas. Porque si actualmente se halla empeñado, al frente de su ejército, en sofocar la rebelión de las aguerridas tribus libias, fronte-

rizas del desierto occidental, dentro de poco y a despecho de la palabra dada, sería tarde, revocaría la orden y os perseguiría a muerte.

Aquí hizo otra pausa la anciana sacerdotisa. Puso su temblorosa mano sobre la frente de Moisés y luego, en su lugar, los labios con inmenso amor. Y añadió, haciendo un último, supremo esfuerzo por no alterar su débil temblorosa voz:

—Adiós, hijo mío. Que la paz sea tuya y el éxito te acompañe. Y mi bendición...

CAPÍTULO X

CLEOPATRA, LA ÚLTIMA REINA DEL SOL

Cleopatra

La maravillosa ciudad de Alejandría, gloria del mundo, la fundó Alejandro el Grande sobre la que fue la antigua aldea de Rakotis, centro comercial greco-egipcio, cuyo puerto enlazaba un importante brazo dragado del Nilo con el Lago Mareotis y el Mar Mediterráneo.

Engrandecida y hermoseada por los dos primeros monarcas Tolomeos, fundadores de la dinastía lagida y descendientes de un general de Alejandro llamado Lagos, semejaba un enorme cisne blanco posado a orillas del mar intensamente azul. Sobre la cabeza del ave, representada por la Isla de Faros, resplandecía su altísimo monumento que con su luz guiaba en la noche, como otra radiante estrella, a los viajeros y a los nautas anhelosos de recalar en uno de los dos puertos alejandrinos. Su dos alas tendilas eran las dos grandes bahías naturales, con sus dos puertos, a uno y otro lado del cuello del cisne, que tal semejaba el prolongado muelle que separaba ambos puertos: el del barrio comercial de Rakotis llamado Eunosos, del otro conocido como Gran Puerto, que presidía el barrio aristocrático del Bruquión, famoso, no sólo por sus ostentosas residencias, sus villas, sus jardines, sus grandes paseos y avenidas marginales de árboles y de flores, sino por su Museo, sus Templos, su Teatro, sus Edificios Públicos, sus enormes Atarazanas, su famosa Biblioteca.

Por su privilegiado emplazamiento, por su grandiosidad, por su sabio planeamiento urbanístico, por su belleza y su

clima único, Alejandría era a manera de un broche de gemas que unía el oriente con el occidente, sirviendo de enlace a esas dos dispares culturas el antiguo país del Nilo, que regaba sus monumentos milenarios y cuya antiquísima civilización, cima y compendio de todas las culturas del mundo, intentara perdurar, bajo el signo de Grecia, la dinastía Tolemaica.

*
* *

(*Fragmentos del Diario Intimo de Cleopatra* —Hemera cuarta lunación sagrada de mes de Elefebolión).

"Eran éstas fechas celebradas en los antiguos Santuarios griegos donde tenían lugar los fastos de los sacros Misterios. Pero ellos, los griegos, todo lo aprendieron de los egipcios. Dice Demetrio que Egipto ha sido la madre de todas las civilizaciones mediterráneas y del cercano oriente. Como egipcia de origen griego, puedo enorgullecerme de ello. Comienza con la primavera el año sidéreo y la celebración de los Misterios Menores. Los sacerdotes del Templo de Ra, de Heliópolis, llamada antiguamente la Ciudad de On, me instruyeron respecto a su sentido astrológico y místico. Tiempos de purificación, de concentración, de examen interior, de nobles propósitos para el futuro. Me encantan esas catarsis o purificaciones periódicas rituales, acordadas a los ritmos universales y a la vieja religión solilunar.

¿Has puesto, Cleopatra, tu conciencia al unísono con la voluntad divina? ¿Has afrontado para ese alto logro, tu propia, integral verdad? ¿Has prestado obediencia al requerimiento espiritual de los astros y sus significados en esta etapa de observancia sagrada?

Intentaré una vez más, ante mi *Aghatodaemon*, mi buen genio, la más sincera autoconfesión: Siento como si en mi interior batallaran dos opuestas Cleopatras. Una —la que podríamos llamar la noble, ajena a las vanidades del mun-

do que la rodea, hija de la Madre Celeste— es la que trata de hacer suya la sabiduría, viviendo recta y humildemente y practicando la virtud; la que procura ajustar sus pensamientos y sus deseos a la voluntad divina, tal como preconizan los Libros Herméticos y como aconsejan los filósofos griegos. La otra, la soberbia princesa de Alejandría, heredera legítima del trono matriarcal de Egipto, es aquella que arrastra por sus venas la sangre podrida de los últimos Tolomeos, la dinastía del bajo Egipto, capaz de alentar los más perversos instintos y de obedecer los más bajos dictados; la mujer caprichosa y sensual, ambiciosa, libre de escrúpulos y consideraciones, amoral y tiránica, soberbia hasta la locura, tan inclinada al rápido declive de todas las torceduras de la conducta, como ágil y lúcida para librarse al inmediato remonte...

¡Viven en verdad en mí dos seres tan irremisiblemente distintos!... A veces me parece que mis sentidos, capaces de pulsar a menudo cuerdas finas, tensas y delicadas, van a estallar, movidas por la violencia incontrolable de mi carácter. No, no quiero que esa segunda, nefasta personalidad, me gobierne y me esclavice. Al fin y al cabo, soy la egregia Cleopatra, de una efectiva ascendencia divina. Y bien saben los dioses que, en mis momentos de augusta discriminación, excluyo de entre mis ascendientes a los malditos, para evocar y venerar a los tres primeros reyes lagidas del bajo Nilo, de cuya paternidad y ejemplo me sentiré siempre orgullosa.

No olviles, Cleopatra, que un imperativo ineludible gravita sobre tu destino. El oráculo predijo que sería faraona. Lo ratifican los astros de mi nacimiento. En verdad, me encantaría ser Faraona de Egipto. Ha habido grandes mujeres Faraonas en la antigüedad. Me gustaría que, junto a la suya, se venerara mi memoria. Me considero capacitada para dignificar el trono, para remontar, con el río sagrado, la gran historia del país del Nilo. ¡Pido a los dioses me ayuden a conseguirlo!

¡Cleopatra, Faraona de Alejandría, Reina del Sol!... El corazón me dice que alcanzaré las gradas del trono de las antiguas Dinastías Divinas y que lograré realizar algo grande, noble y definitivo. Pero antes, he de intentar unir esa patria dispersa, desmembrada y empobrecida. He de lograr, ante todo, la unidad de Egipto. Así podré devolverle el antiguo esplendor, así resplandecerá de nuevo sobre el mundo su poder y su sabiduría. Eso quería mi gran antepasado Tolomeo Evergetes, cuando hizo construir el gran Faro de Alejandría, cuya visión exalta en este momento mis sueños y remonta y guía mi estilo de oro sobre la blanda cera de mi tablilla. ¡Oh luz guiadora y pregonera de la grandeza de mi pueblo, ojo clarividente del avanzado entrecejo de los dos puertos de la bahía alejandrina, admiración del mundo! Si por estrella te tuvieron a menudo los nautas extranjeros, pueda bajo mi regencia ser guía para el arribo a puerto de promisión de los sabios y los eruditos del mundo, amparo de los necesitados, riqueza de los mercaderes y símbolo de otra suprema luz para los sedientos de perfección que vengan en busca de nuestras sapientísimas tradiciones..."

*
* *

(Luna Llena de Targelión.)

"Rodipa, mi buena amiga, sacerdotisa del Templo de Serapis, dotada de doble vista, me dijo ayer, en el transcurso de las ceremonias dedicadas a las momias de los Apis sagrados muertos en el Templo, que sobre mí flotaba un alto destino, parejo en categoría al de la gran Faraona Hatshepsut, la 'Noble entre las Nobles', máxima representación del imperio tebano; aquella que, engendrada por el propio dios Amen, fue denominada 'Horus Femenino'.

Siempre admiré a esa Reina única, cumbre y gloria del regio matriarcado del antiguo Egipto, especialmente por su condición andrógina de encarnación divina. Ella reunía en verdad los atributos de los dos sexos. Era hombre y mujer. Cuéntase que se mostraba a menudo con barba y varonil atuendo. Mas ella fue ungida y potenciada, siendo niña, por sus padres terrestres, los faraones Amenofis III y Aahmés. Merced a esa divina investidura reinó y obtuvo la capacidad del verbo divino y los poderes mágicos inherentes a toda auténtica monarquía. ¿Cómo puedo yo aspirar a tamaña entronización?

Yo me elevaré al trono, en todo caso, sobre la degeneración y la incapacidad de mis mayores. Pero no importa. Las que triunfan, después de todo, son las cualidades personales. Sobre mí también se cernirá el genio cíclico de una raza inmortal. ¡Seré Faraona de Egipto!

Siento en mí un imperativo irrefrenable, una gravitación irreprimible de todo mi ser hacia la corona máxima. ¿Qué dios me los transfiere? Me siento plenamente dotada, no sólo por mi cultura y por mi belleza, sino por esa doble condición del andrógino que une a la ambición, la astucia; a la osadía, la reflexión; a las dotes de dominio, la dulzura conquistadora; al imperio, la seducción. Presiento en mí ese doble poder creciente...

Si la predicción se cumple, seré yo, sentada sobre el trono imperial de Alejandría, adorada también como Faraón andrógino. Seré el Horus Femenino del Ciclo Zodiacal que nace como lo fue mi noble antecesora, la Faraona Hatshepsut."

*

* *

(Hemera segunda del mes de Memacterión.)

"No pude proseguir esas anotaciones íntimas. ¡Han pasado tantas y tan lamentables cosas, en poco tiempo!

Releo ahora ya más apacible, mi tableta escrita en la Luna Llena de Targelión, cuando florecen las mejores rosas que llevan mi nombre. Esa lectura me ha llenado de vergüenza. Una vergüenza profunda, ancestral, nacida de la misma raíz de mi sangre.

Sólo mi vanidad y mi soberbia podían dictarme esos burdos, petulantes renglones en los que me vanagloriaba a solas, haciendo gala de mi conocimiento literario y poético de la lengua griega, de cualidades y disposiciones que en verdad no poseo. ¡Ah, no en vano mi Maestro, que sabía tanto, me aconsejaba tantas veces la humildad! ¿Dónde quedó, ofuscada por tanto vano alarde, esa cualidad fundamental del carácter, inherente a los verdaderos filósofos?

He sentido deseos de echar a las llamas esa tablilla. Pero he decidido no hacerlo. Será siempre un documento de contraste para conocerme mejor, una prueba de confrontamiento de mi conducta cuando sea capaz de vivir las cualidades esenciales que me fueron enseñadas. Pero sólo la leeré cuando me sienta armónica. Así tendré indulgencia sobre mí otra yo deleznable. No fundiré esa cera para que me dé oportunamente constancia de mi propia confusión y sepa por ella rectificar a tiempo.

¡Por todos los dioses! ¿Cómo pude, en el arrebato de la máxima vanidad, equipararme con la grande Hatshepsut? ¿Acaso podía alegar como motivo de justificación que ella no tenía como yo, por herencia, la moral podrida? A ella pudo investirla su padre ante toda la congregación del sacerdocio tebano y el completo nomarcado egipcio y todas las fuerzas vivas del país en nombre de la divinidad que fertilizó su germen. Tuthmés I era un auténtico Iniciado y un hombre honrado y puro. ¿Qué puede transferirme, en

cambio, el mío? Prefiero callar. No encontraría adecuadas palabras...

Me siento, en estos momentos, desolada. ¿Qué será de mí, en adelante sin Demetrio, mi amado preceptor?

Acabo de saber toda la verdad. Mi padre lo ha despedido en la peor forma, despojánlolo de sus cargos de consejero de la corona y maestro mío; a él, el más sabio entre todos los griegos de Alejandría y el más virtuoso de los hombres. Lo ha amenazado de muerte, a menos de que por sí mismo se destierre.

Y todo, ¿por qué?

Porque se negó a emborracharse con él en el banquete que ofreció al general romano de las campañas de Asia. ¡Doble afrenta al mejor de los hombres y a los dioses!

¿Cómo podía Demetrio caer en tal bajeza? Me cuesta trabajo creer esta inmensa injusticia, este abuso de poder, esta procacidad contra el talento y la rectitud de un alma merecedora de veneración.

El me enseñó la filosofía y la virtud, el arte de bien pensar y de bien decir, el original lenguaje jeroglífico y sagrado sobre el demótico vulgar y el griego culto. De sus labios aprendí el hebreo, el sirio, el árabe, el persa el arameo y el etíope. Me dio lecciones de oratoria, de recitación cantada, de música. Y me enseñó —lo que él tenía por más esencial siendo como era un auténtico filósofo— la difícil ciencia del propio vencimiento y la confianza en mí misma justificada por la conciencia limpia de toda mancha, liberada de todo desorden de naturaleza inferior.

A través de Demetrio —esta valiosa dádiva, además de la formación pedagógica y superior, le debo— conocí a sus inteligentes colaboradores del Bruckión, así de la Escuela como de las aulas sabias de la Biblioteca, la más nutrida y famosa del mundo, fundada por uno de mis más nobles antecesores regios de la dinastía lagida: el primer Faraón Griego Tolomeo Soter.

Las últimas palabras que me dirigió Demetrio fueron éstas: 'Eres todavía casi una niña. Pero es posible que por tus innatas aptitutdes llegues a reinar. Piensa, sin embargo, que la pureza y la integridad del alma, valen más que la corona'.

¡La corona! ¿Qué representa la corona para mi padre, que se llama a sí mismo 'el Gran Tolomeo Auletes, Dyonisos redivivo'? Eso: la inconciencia, el vicio sin ley, la arbitrarielad, el ridículo, la degeneración, el crimen; una vida frustrada y un paso más dado hacia el desmoronamiento de una dinastía indigna ante la noble historia del pasado egipcio. Cuando pienso que yo misma soy la descendiente de esas dinastías deformes y degeneradas, a la postrera de las cuales, la Tolemaica, pertenezco, me invade una oleada irresistible de bochorno..."

. . . . . .

"¡Frena tu punzón de oro, Cleopatra! ¡Serénate! No te dicte el rencor. Deja que la voluntad de los dioses actúe sobre tu vida.. ¿Qué sabemos los humanos del fin último de la divina voluntad?

Demetrio me enseñó la humildad. ¿Acaso soy yo mejor? ¡Abstente de juzgar, Cleopatra! Dicen que el trono representa la mayor tentación para un alma. Seré probada... ¿Cómo reaccionaré ante los sutiles requerimientos del destino una vez exaltada al máximo poder?

No puedo negar que aún ahora, he sentido alguna vez atisbos en mí de esa impura tendencia que ha entenebrecido, demasiado a menudo, la razón de mis mayores. No tengo derecho a impugnar. Por algo soy su heredera y por mis venas corre su misma sangre corrupta.

En la paz de esta noche alejandrina iluminada por tantas estrellas, oigo los dulces sones de la flauta de mi padre, acordando su música a los rumores nocturnos. ¡Qué matizada dicción, cuánta dulzura frenada! ¿Será todo lo amargo, lo torcido evocado, un sueño? Yo sé que ahora, sin ver-

lo, la dura y repelente expresión de su rostro se suaviza y enternece... ¡Ah, complejidad de la naturaleza humana! No en vano me aconsejaba siempre mi maestro no enjuiciar los actos ajenos. 'Deja el juicio a los dioses —me decía—. Tú cuida sólo de amar y de comprender'. Juro hacerlo en su nombre.

En adelante, te invocaré con más fervor, ¡oh *Aghatodaemon*, mi buen genio! ¡Haga yo cada día por merecerte más!"

*
* *

(Luna Nueva del mes de Gamelión.)

"Han pasado tres años desde el destierro de Demetrio. Dos veces supe de él: cuando estaba en la Jonia asiática y más tarde, hallándose en la Grecia continental, con cargos de preceptor y pedagogo. Otros ganaron lo que yo perdí. Mas tengo, por fortuna, anotadas sus mejores lecciones y acudo a menudo a esas tablillas.

Se cumplió su profecía. Al morir mi padre, fui entronizada Faraona de Egipto. Y alcanzada la Iniciación en las criptas del Templo de Heliópolis, fui solemnemente proclamada Reina del Sol e investida con todos los atributos y todos los símbolos, como las antiguas Faraonas representantes del augusto matriarcado egipcio. ¡Logre yo, como ellas, honrar dignamente a Uazet, la diosa de las Dos Coronas!

Sin embargo, mi natural rebelde se opone en tal caso a la tradición imperial del viejo país. ¿A qué entronizar al mismo tiempo, al lado de la Faraona, heredera legal del trono, al hermano con el título faraónico de esposo? Mi pequeño Dionisos Tolomeo XIV cuenta sólo diez años... Supongo que en bastante tiempo no le interesará ocupar el trono más que para jugar con el flagelo de oro, el atributo de la real justicia. Pero eso no importa. Yo gobernaré sola.

Hoy he dado órdenes a mi primer ministro y fiel ejecutor, el griego Teodoto, que tan bien me aconseja y acata, que haga grabar mi sello real en el gran zafiro de mi anillo, así como en el cartucho del inmenso obelisco que preside la entrada del Templo de Hathor, en Dendera. Y junto a mi nombre, el distintivo de *Basileus*. Quiero pasar a la historia no como Reina, sino como Rey. Mi mayor deseo es parecerme a mi ilustre antecesora Hatshepsut, la Faraona barbada."

*
* *

(Hemera de traspaso, Luna creciente del mes de Anthesterión.)

"Reviso mi íntimo Diario. Según mis archivos y anotaciones, hace poco más de un año realicé mi última grabación, con mi fino estilo imperial de oro, sobre la blanda tablilla. La prefiero al papiro. Es más fácil anular o rectificar lo escrito, sobre todo tratándose de confesiones íntimas. ¡Cambia tan a menudo nuestro juicio sobre los demás, sobre nosotros mismos!... La pira perpetuamente ardiente o la lámpara perfumada dirán al fin la última palabra sobre la cera hollada. No fuera extraño, con mi temperamento impulsivo, que algún día convirtiera en muñón informe las planchas todas que guardan mis íntimas memorias. ¿A quién pueden interesar en definitiva, más que a mí? Nunca podría estimar la venidera historia lo mejor que poseo: la sinceridad, porque el mundo adorará siempre la mentira."

. . . . . .

"He concedido hoy una aburridísima audiencia. ¡Esos magistrados nubios y sus eternas pretensiones! Se creen los auténticos descendientes de los antiguos Faraones de su ra-

za, que usurparon en tiempos el trono de Egipto. Son absurdos: su piel, sus facciones, su mentalidad... No reconocen ni la fina nobleza de los egipcios puros de piel rojiza, de cuerpo esbelto y anchos hombros, ni la conquista de Alejandro y la prioridad de la cultura griega...

Mas todo eso que anoto, ¿qué importa a fin de cuentas? Hace una noche maravilosa y el jardín embalsama el ambiente con todas sus flores.

Cuando en las orillas del Nilo, junto al Delta, comiencen a secarse los delicados abanicos del papiro y doren las cañas y se mustien los sagrados lotos y sople el *kamsin*, el polvo ardiente del desierto y lo mustie todo, y vele con su fulbo dorado todas las perspectivas, yo tendré rosas en mi jardín y me despertarán, con el sol, los trinos de los pájaros. ¿Qué más podría desear?

La vida es bella, a pesar de todo. A pesar de las audiencias, de las engorrosas visitas y recepciones, de los problemas inherentes a mi cargo, de las dilatadas ceremonias religiosas.

He de indagar por todos los medios, los móviles que impulsan los actos de mi ministro griego Potin. La verdad es que nunca me ha gustado este medio hombre, este eunuco que en mal hora mereció la confianza de mi padre. Por lo general, tienen también el espíritu castrado. Cuando los generales griegos me lo impusieron, ¿por qué cedí? No puedo confiar en él. Es traidor por naturaleza. Lo presentí al subir al trono. Anoche recibí informes privados de que intriga en la sombra contra mí. Urde planes en secreto para allegarse la voluntad del ejército griego, el más numeroso. No quiere a una mujer en el trono. ¿Cómo puede quererla si por su condición las detesta? Por eso atiza a la facción militar en contra mía fomentando el partido del joven Rey, mi hermano-esposo.

Pero cuento con la adhesión incondicional y la confianza absoluta de Aquillas, el general egipcio y también con la del ejército autóctono del Delta y con los guerrilleros y ar-

queros de los fortines que bordean el desierto. Sea cual fuere el poder y la saña de los enemigos, Cleopatra triunfará..."

. . . . . .

"La ceremonia del equinoccio otoñal en el Templo de Hathor de Dendera del alto Egipto, ha revestido la misma magnificencia de otros años, a pesar de las conmociones y revueltas que agitan a este país.

Investida con el manto regio y la corona roja del bajo Egipto, cruzados sobre mi pecho los dos atributos de poder, fortalecida por los talismanes solares de la tradición, me recibió el gran Hierofante como la única soberana del país del Nilo. Así hice mi entrada solemne en la sala hipótila, de capiteles ornados con la faz de la diosa del amor y penetré luego en la sala de las triples coronaciones y en la de los esplendores. Compartí la ceremonia soli-lunar con sus atributos zodiacales y sus vínculos, y centré el papel de la diosa, como Iniciada que soy en los Misterios.

Al terminar, y al trasladarme después otra vez a mi encubierto retiro, bien guardado por mis fieles tropas egipcias al mando de Aquillas, me he enterado de la llegada a Perusa de César, el general romano. Parece que viene en son de paz...

Es natural. Agitan a Roma demasiados conflictos para que un gobernante no desee, de momento, el apaciguamiento de los que tiene por aliados, o de los pueblos que pretende encubiertamente sojuzgar, convirtiéndolos en una especie de semicolonia romana.

Quiere entrevistarse con mi hermano Dionisos Tolomeo y conmigo, mas... ¿cómo cubrir el abismo abierto entre nosotros, esta grave fisura hendida en la tradicional constitución dinástica del viejo país? De momento, la verdad es que no soy más que una Reina destronada. El partido legitimista que me apoya, está escindido en sus mismos man-

dos y carece de fuerza para mantenerme en el trono. El golpe militar de Potino, al que unió Teodoro y sus partidarios facciosos, logró lo que se proponía: nombrar Rey único a mi hermano. Así ellos ocupan el poder y son dueños de Alejandría.

¿Cómo es posible, en esta situación, llegar indemne hasta César para recabar su protección? ¿Cómo burlar la vigilancia de los caminos y puertas de acceso a Alejandría? ¿Cómo escapar a los numerosos esbirros de Potino?"...

. . . . . .

Con su habitual ademán tribunicio, Julio César, el gran general romano convocó, al llegar a Alejandría, a los responsables del poder.

Ante los enviados de la corte del joven Tolomeo, manifestó su deseo de imponer la quebrantada paz a Alejandría y a todos los pueblos del Delta, bajo el amparo de las potentes alas del águila romana. Para lograrlo, era indispensable restituir al trono de Egipto, en paridad, a sus legítimos faraones: Cleopatra y Tolomeo.

Potino, contrariado y cariacontecido, repetía con su voz atiplada:

—Los tiempos exigen, mi general, comandos varoniles. Los pueblos de los contornos se soliviantan. Jamás una mujer conducirá a Egipto a la paz fundamentada en el respeto que otorga la fuerza, la capacidad de conquista y la gloria. Las necesidades de la patria resurgida bajo la regencia de la dinastía lagida, en estrecha unión con el gran pueblo romano, requiere la unidad y la fortaleza del ejército, teniendo al frente a un Faraón guerrero.

César, como buen político, arguyó:

—La unidad de los ejércitos es consecuencia de la unidad de los mismos pueblos. Si el país de Egipto se halla dividido, no pretenderá defender la paz de los estados vecinos. Además, Roma es suficientemente fuerte para, en

caso necesario, defender a este gran país. El partido legalista, el más antiguo, el más noble y numeroso, apoya a Cleopatra, la reina legítima, según la antigua constitución de este antiquísimo régimen matriarcal monárquico. Roma exige la integridad del trono dual y el retorno de la Reina al trono.

Los partidarios del joven Tolomeo se dispersaron de mal talante, dispuestos a hacer prevalecer de algún modo sus pretensiones, en contra de las del general romano. Y como medida inmediata, redoblaron la vigiliancia de los caminos, poniendo en ellos guardias adictos y enmascarados, en tanto divulgaban a cuatro vientos el bulo de la desaparición de Cleopatra.

Pasaron unos días. Las pesquisas de César se hacían infructuosas, y el gran general se impacientaba en su regio alojamiento del Palacio de Alejandría donde se hospedaba.

Las circunstancias no eran en ninguna forma tranquilizadoras, desde que pusiera pie en el Delta nilótico.

Ocurrió poco antes que, al desobedecer Pompeyo, su corregente, las órdenes de César, fue derrotado en Asia. Entonces pidió hospitalidad a los Reyes de Egipto para refugiarse con sus naves en el puerto real de Alejandría. Aconsejado por sus adictos y astutos generales Teodoto y Potino, el joven Faraón Tolomeo, atribuyéndose la absoluta y única autoridad, concedió al derrotado general romano la pedida licencia y la prometida hospitalidad.

Al conocer la llegada de César y para congraciarse con él, mandaron matar alevosamente al confiado Pompeyo.

En actitud taciturna, acosado por los dramáticos recuerdos de los recientes acontecimientos, atormentaba especialmente a Julio César el asesinato de su amigo Pompeyo en manos de Teodoto quien, ansioso de ganarse con ello su favor y simpatía, habíale brindado, al desembarcar, la cabeza del general romano.

César era demasiado noble para agradecer tan sangrientas dádivas. Maldijo de nuevo a los traidores y asesinos. Y

aquel recuerdo le llenó de nuevo de horror y de repugnancia.

Dejóse caer en el diván y con la mano diestra, oprimió sus ojos llenos de lágrimas.

¿Cómo justificar ante el senado romano aquel acto incalificable de crueldad y de perfidia? ¿Creerían los numerosos partidarios del gran Pompeyo, al que él mismo estimaba tanto, en su propia inocencia? ¡Si por lo menos lograra volver a su país dejando aquel Egipto a la sazón dividido y soliviantado, apaciguado, reconstruido, bien regido y aliado fiel de Roma! Sería en verdad para su patria, tan amante de la justicia, del orden y del derecho, motivo principal de aprecio a su gestión y olvido del pasado, conseguir una firme alianza militar con los pueblos del Delta y del interior, incluidos sus vecinos fronterizos, además de otro concordato financiero que asegurara, como tributo permanente, el supuesto excedente de las cosechas del fecundo Valle del Nilo.

Para lograrlo, necesitaba tener en sus manos las riendas de todas las fuerzas vivas del país. Necesitaba ante todo afianzar en el trono a la legítima Faraona desterrada, a Cleopatra, de cuyo talento y de cuyos encantos personales tenía cumplidas referencias.

Levantóse, más animado. Tercióse el manto de púrpura al hombro sobre la luciente coraza de mallas, y comenzó a recorrer a zancadas de un extremo a otro la habitación, en tanto repetía una y otra vez:

—Es el único modo de lograr una auténtica y bien fundamentada alianza... Una Reina egipcia, respaldada por un ejército romano...

Dirigióse, ya más sosegado, hacia el amplio mirador que daba al jardín. Y con amplio gesto, abrió de par en par la puerta contigua.

De pie en el umbral de la rotonda columnada de la entrada, a la que daba acceso una hermosa escalinata de mármol rosa a cuyos lados hacían permanente guardia dos

hermosas esfinges de alabastro, contempló complacido, más allá de la senda de entrada al jardín real, bordeado de mimosas y de sicomoros, las rientes, dilatadas perspectivas del Delta nilótico. A su izquierda, más allá de la blanca cornisa semicircular de la inmensa bahía alejandrina, se extendía el mar, de un azul intenso con lejanas calidades malva.

De pronto, vio cómo atravesaba el portal del jardín, enfilando a paso lento la umbrosa senda de Palacio, un carro profusamente adornado. Pertenecía sin duda a algún rico mercader, de aquellos que frecuentan las casas nobles y ricas, ofreciendo sus mercancías exóticas.

Un criado palaciego le salió al paso, intercambió con el presunto mercader unas palabras y se dirigió luego diligentemente a César diciéndole:

—Señor, un emisario de Cleopatra te trae unas ofrendas en nombre de la Reina.

César sonrió, entre dudoso y complacido.

—¡Que pase! —respondió. Y entrando de nuevo en la lujosa estancia, sentóse en el muelle diván de la propia Cleopatra y esperó lleno de curiosidad la llegada del mercader-emisario.

Al poco rato entró, precedido por el criado palaciego, un auténtico gigante siciliano, fiel esclavo de la Reina, llamado Apolodoro, que la siguió, al ser destronada por su hermano, a su lejano refugio del desierto.

Al llegar ante César, procedió el supuesto mercader a abrir un abultado fajo envuelto en finas pieles. Y ante los ojos deslumbrados del general romano, aparecieron montones de valiosas joyas, de copas talladas en alabastro policromado incrustado de gemas preciosas y multitud de objetos de oro y plata.

—Son de la Reina. En prueba de homenaje, de bienvenida y de adhesión, las envía al gran general romano.

César sonrió.

—Traigo además para ti, obsequio de la noble Faraona —prosiguió el gigantón siciliano— los más ricos tapices que Roma admira.

Con la venia de César, el hombre desapareció para volver al poco rato sosteniendo con sus brazos hercúleos un voluminoso envoltorio que comenzó inmediatamente a desenvolver ante el admirado general.

¡Cuál sería su sorpresa al aparecer dentro del pesado rollo de tapices la propia Cleopatra, erguida, provocativa y sonriente, bellísima en su simple atuendo y con la negrísima cabellera revuelta! Cubríala, desde el alto ceñidor de la cintura hasta los finos tobillos, una estrecha túnica de plateado tisú y velaba apenas su busto perfecto del que asomaban sus erectos y rosados senos, un tul de color violeta rematado con flecos de oro.

César no pudo reprimir una exclamación de sorpresa y gozo contenido al ver ante sí, atraída como por arte de magia, a aquella hermosísima mujer que era a la vez la Faraona de ambas tierras de Egipto a la que legítimamente pertenecían las dos coronas, la del norte y la del sur.

Cleopatra miró un rato al general con ojos tiernos y retadores, que dejaban translucir una oculta voluntad de dominio, satisfecha del éxito de la sin par estratagema. Luego dirigióse con paso rítmico y cadencioso hacia él sin dejar de mirarle fijamente con sus grandes y profundos ojos verdes alargados con maderas ahumadas y olorosas.

Plantóse con actitud digna, levemente altanera ante el general mudo de asombro y díjole, con su voz única, armoniosa y segura, de inflexiones acariciadoras:

—Sé lo que estás pensando. ¡Peregrina forma de presentarse la Faraona egipcia a un general de Roma! ¿No es cierto? No podía llegar ante ti de otro modo: Todos los accesos a Alejandría se hallan estrictamente vigilados por los esbirros al servicio de mi hermano y de Teodoto.

César se hallaba absorto. Tanta era su emoción y su sorpresa.

Al fin, tomó de entre las joyas expuestas y ofrecidas el gran collar de perlas que sostenía el Halcón sagrado de alas tendidas, valiosísima obra de arte de un valor inapreciable, y lo puso sobre el pecho palpitante de la Reina, rodeando con sus brazos el adorable cuello de ella al abrocharlo en su nuca. Después, ciñóle en ambos brazos los brazaletes serpentinos de oro y esmeraldas y por fin, colocóle en el índice de la diestra mano la sortija real en la que se hallaba grabado, sobre un inmenso zafiro, el sello del "Basileus" que la propia Cleopatra mandara perforar, en apurada arte glíptica.

Agradeció ella con la mirada, en silencio.

Y cuando por fin, díjole César, besando la mano y el anillo:

—El general romano Julio César, se pone desde ahora al servicio de la gran Faraona de Egipto. Mi deseo es que escales tu legítimo trono y asumas todos tus derechos. Yo te apoyaré incondicionalmente...

Ella lo envolvió en la luz misteriosa de sus fascinantes ojos verdes, y murmuró, con voz insinuante y velada:

—Deudora de tales palabras me consideraré siempre... Pero mis enemigos celan, y temen y odian a un tiempo el poder romano. Guárdate de ellos. Deposito mi confianza en ti...

En prenda de alianza, juntaron de frente las palmas de sus manos.

César trató de sortear instintivamente el sortilegio de aquella femenina mirada que comenzaba a ajercer sobre él los efectos de un amoroso filtro. Y haciendo acopio de autodominio y voluntad, se despidió de Cleopatra y se retiró a sus aposentos para madurar los futuros planes.

Al hallarse solo, trató de rehacer una y otra vez la reciente, extraordinaria escena. E insensiblemente, experimentaba de manera creciente el influjo de la mujer sobre el incipiente papel de la Faraona. En su interior se libraba ya una ardua lucha entre sus pensamientos y sus sentimientos. Por

fin, el político y el estratega superaron en aquella ocasión el ansia acuciante de la presentida aventura amorosa.

Al día siguiente, expresó a Cleopatra la necesidad de que ella y su hermano se reconciliaran y compartieran otra vez en paz el trono de Egipto.

—Pero Potino y Teodoro... —insinuó, dubitativa, la Reina.

—A los traidores, déjalos de mi cuenta —respondió imperativamente el general.

Temerosos aquéllos de las decisiones de César, decidieron inmediatamente poner en práctica sus planes subversivos, tratando de fomentar en otra forma la disensión entre ambos hermanos, obligando al joven Tolomeo a desobedecer las órdenes recibidas del general romano. El pretexto que alegaban era, por supuesto, el de defender a todo trance la independencia de Egipto.

Convencieron fácilmente al pusilámine reyezuelo, quien se puso de nuevo al frente de las aguerridas tropas de mercenarios acantonadas en Alejandría y en los fuertes del Delta del Nilo.

De este modo intentaron adelantarse a los posibles planes del general, enfrentándose con sus tropas antes de que llegaran los refuerzos de Roma.

Como medida espectacular y preventiva, determinaron incendiar las naves romanas fondeadas en el puerto alejandrino.

Fue algo espantoso, inenarrable. Ardió la escuadra romana en su totalidad. Pero las voraces e incontenibles llamas prendieron en los depósitos del puerto y en las viviendas próximas, se propagaron velozmente por el barrio noble de Bruckión, y alcanzaron la famosa Biblioteca y el Museo, fundados por el gran Tolomeo I, joya intelectual de Alejandría, suma y dechado de toda la sabiduría del mundo antiguo.

Todos los empleados y asiduos de la Escuela sincrética anexa a la Biblioteca, los maestros y los estudiantes y nu-

merosos ciudadanos, acudieron presurosos con ánimo de salvar del incendio la preciosa Biblioteca. Algunos murieron abrasados en tan noble consagración.

Salváronse muy pocos de los 700,000 volúmenes de que constaba el incomparable archivo. Sólo se libraron de la destrucción implacable, algunos rollos de papiro y de pergamino que se hallaban recubiertos de metal y de otras substancias incombustibles, aparte de otros muy contados que los héroes de las letras lograron rescatar a las devoradoras llamas.

Cleopatra contemplaba desde la terraza de su Palacio, con el alma desgarrada por el dolor, el inmenso incendio y la destrucción de aquel monumento del intelecto y del espíritu, sin par en la historia.

Derramando ardientes lágrimas repetía:

—¡Terrible maldición, terrible maldición!... No es ya contra mi pueblo ni contra mí. Es una afrenta inconcebible al mundo de hoy y al mundo de mañana. Es restañar la fuente más generosa de conocimiento. Es un monstruoso atentado contra la más noble tradición de este país... ¡Oh, dioses de Egipto y Grecia, acudid! ¡Espíritus protectores de los Faraones muertos, Artífices, Maestros del grandioso pasado histórico, venid, yo os invoco! ¡Vengadnos de los malvados!

Desesperada, daba órdenes a sus servidores, a sus huestes armadas, rogaba a César de todo corazón que remediara tanto mal. Todo fue inútil.

No tardaron sin embargo en llegar a Alejandría las huestes romanas de refuerzo para afianzar el orden en el país, reanimando los decaídos ánimos.

César no se arredró ante las terribles amenazas de los enemigos. Mantuvo su calma y llegada la oportunidad, presentó batalla y venció. Teodoto y Potino fueron perseguidos y asesinados por la soldadesca romana. Dionisos Tolomeo murió ahogado al atravesar, huyendo, un brazo del Nilo.

Cleopatra tenía ante sí el campo libre, el trono asegurado y el corazón de César latiendo día y noche por conseguir su amor.

Nada podía, sin embargo, restañar la herida de su alma.

Entre gemidos, murmuró, cobijada entre los brazos protectores del general enamorado:

—Algunos de los sabios volúmenes desaparecidos en el incendio de la Biblioteca del Bruquión, los había hecho reproducir Atalo de Pérgamo, con el consentimiento de mis padres, para su Biblioteca...

—Ten confianza en mí y no sólo reconstruiremos en lo posible la Biblioteca —afirmó él—, sino las naves y la parte demolida de la ciudad. Quiero que reines sobre un pueblo digno, rico y próspero. Que asientes tu trono sobre una Alejandría grande y...

—Y sabia —completó Cleopatra, mirando entre tierna e imperativa a César. Luego, viendo al general postrado a sus pies, añadió, tentando su primera orden—: Theodas, el joven bibliitecario, el sin par erudito, el que salvó los índices y ocultos archivos, te dirá cuáles han sido las obras salvadas... y cuáles se hallan reproducidas en poder de Atalo. Si quieres que reine sobre una Alejandría grande y sabia...

César tendió con gravedad la mano hacia ella en actitud de juramento y dijo, con solemne acento:

—Si tu deseo es reconstruir en lo posible, la incendiada Biblioteca, poseerás, íntegra, la del rey Atalo de Pérgamo. En pago, yo deseo tu amor...

—Acepto la permuta —respondió ella. Y sin dejar de mirar al general rendido, se dirigió majestuosamente hacia sus habitaciones privadas.

Mas, prendido en las redes sutiles de aquella fascinadora mujer, el gran César fue olvidando sus promesas y sus deberes de militar y de parlamentario que le llevaron a las codiciadas costas africanas por mandato de Roma.

Ante los apremios de los altos mensajeros y enviados, y justificándose con constantes excusas, iba demorando su retorno a la patria.

Ni las tiernas misivas de su esposa Calpurnia, ni los ruegos de sus amigos y partidarios, ni las exigencias de los senadores, lograban arrancarlo de los brazos de la Reina egipcia.

Para retenerle y para que olvidara sus obligaciones, aguzaba ella su ingenio inventando toda índole de alicientes: organizaba fiestas, certámenes, juegos olímpicos, carreras, excursiones, cacerías, banquetes que con frecuencia terminaban en orgías, al estilo romano.

Un día de apacible otoño, cuando arrastraba el Nilo hasta sus bordes máximos el generoso caudal de sus aguas y el cielo sin brisas aproximaba, tornándolas precisas y translúcidas todas las perspectivas, se le antojó a Cleopatra, con objeto de alejarlo de Alejandría y de sus internas dudas, realizan una gira de placer remontando el caudaloso río.

—Quiero que conozcas —díjole, insinuante y voluptuosa— las grandezas que en el pasado hicieron tan famoso a este país sobre el que conmigo imperas. Por el brazo canópico recién dragado llegaremos al Lago Mareotis. Allí dirigirás la pesca recién alzada la veda. Y en tanto retornen las barcas cargadas para llenar los depósitos de salazones, remontaremos nosotros en la lujosa nave regia el gran lecho del Nilo por el sur-oeste y visitaremos el primer núcleo de civilización, el más antiguo y floreciente desde el punto de vista histórico: Menfis con sus nobilísimas ruinas, el Templo de Ptah, los inmensos palmerales que rodeaban la gran ciudad, la amplísima y fecunda vega del río. Cerca de allí y en mi carro tirado por bueyes, deslizándonos sobre vías de arena visitaremos los más asombrosos monumentos de la antigüedad, magnas reliquias talismánicas de un pasado único: la gran Esfinge y las Pirámides; atravesando el Nilo, recalaremos en el embarcadero de la antigua On, la sagrada Heliópolis, para visitar el Templo del Sol, precedido de los

más altos obeliscos. Allí, en el monumental sagrario de Ra, el Dios único, tenían lugar antaño las triples coronaciones de los Faraones y Faraonas. Debes saber que entonces, los auténticos Reyes-Iniciados recibían, con la corona blanca del sur y la roja del norte, la corona o halo solar del propio Ra, con los mágicos ungimientos y los secretos del poder. Piensa que mis remotos antecesores eran auténticos Reyes en el sentido espiritual. Y porque eran más que hombres, eran merecedores de administrar resortes de energía cósmica. Muchas de las cosas que contemplarás y que humanamente te parecerán insolubles, eran fruto de esa magia superior que ellos poseían. Prepárate, pues, a admirar los mayores misterios del mundo...

Después de visitar el gran centro religioso de Heliópolis y de navegar en esguince de nuevo hacia la opuesta orilla, dijo Cleopatra con su voz de oro, al enamorado César:

—Te prometo los más dulces días en nuestro retiro del Oasis de Fayum, el Paraíso del Placer. Allí se solazaban los antiguos Faraones, sus familiares y los nobles. Te maravillarás en sus bosques, navegando las límpidas aguas de su Lagos sin par, rodeado de lotos portentosos y de finos cañaverales que mandé importar de la idílica isla griega de Eubea. Más tarde, visitaremos la sabia Hermópolis con su templo consagrado a honrar la memoria de los sucesivos Hermes, los grandes Maestros cíclicos que vienen a la Tierra a iluminarnos y a guiarnos. Cerca de allí está Tell-El-Amarna, la ciudad residencial fundada por Akenaten, aquel Faraón místico e idealista de creencias puras, que quiso transformar el culto decadente del dios Amen de Tebas en una religión esencial, simple y monoteísta que adorara sólo al Espíritu del Sol, nuestro supremo Padre. Junto con su bella esposa Nefertiti, asiática de nacimiento, hizo de esa ciudad refugio de sabios y de artistas, morada de bienestar y de hermosura a la gloria de los Padres de la Era que nacía bajo el signo del Cordero celeste. De allí, remontando siempre el Nilo, visitaremos Abydos, donde, según la tradi-

ción, se conserva el sepulcro de Osiris, símbolo del hombre solar astralizado, el que preside las iniciaciones y las muertes una vez trascendida la vulgar humanidad. Un poco más allá, al iniciar el río su gran codo oriental, visitaremos Dendera, cuyo Templo consagrado a Hathor, la diosa de la belleza y del amor, he mandado reconstruir recientemente. Deseo mucho, amado mío, que goces de su contemplación, que te sumes a mi devoción, que admires su simbólico Zodíaco que señala el misterio de las más remotas cronologías de los orígenes, y sus salas dedicadas a la Creación, a los Esplendores, a la consagración humana y divina de la vida. ¡Cuánta sabiduría encierra su magnificente recinto! Mi deseo es que algún día, imitando los relieves del Templo Funerario de la Gran Faraona Hatshepsut, logremos ambos eternizar en sus muros, los hitos inmortales de nuestras vidas, para ejemplo de las generaciones futuras...

—¡Que los dioses de Egipto y los de Roma confirmen tus palabras de buen augurio! —confirmó, con los ojos iluminados por el amor y la dicha, el general.

La Faraona, prosiguió:

—De ellos sean oídas tus palabras y se cumplan tus deseos, que siempre serán los míos... Visitaremos por fin la famosísima Tebas, la Ciudad de los Cien Portales con sus gigantescos Templos de Luxor y de Karnac y la doble ciudad de los muertos, con su Valle de los Reyes y el Templo de Hatshepsut, llamado "La Maravilla de las Maravillas". Desembarcaremos en las islas sagradas de Elegantina y de Filaé, dedicadas a la Diosa Isis y que son a manera de vigías del río que guardan a Egipto de la vecina Nubia. De allí navegaremos por la máxima anchura del Nilo, de imperceptible corriente y aguas transparentes, para visitar el gran Templo rupestre de Sesostris, excavado en la peña viva y otro dedicado a su bellísima esposa, la Faraona Nefertari...

Cleopatra encandilaba a César con sus maravillosas descripciones, en tanto sus finos dedos enjoyados acariciaban

voluptuosamente el inmenso panel en relieve policromado representando al vasto país del Nilo con todos sus hitos sagrados, militares e históricos.

El sueño de la Faraona Tolemaica se realizó felizmente. En la lujosa nave regia, seguida de otras tres de la escuadra romana de refuerzo como séquito, los dos amantes vivieron la más dulce y memorable etapa de su idilio en cuya realización colaboraron todas las venturas. Placer del cuerpo y del espíritu, evocación de un pasado que en cada hito viajero suscitaba en ellos renovados planes de grandeza para el porvenir.

—Los hechos me confirman tu razón —decía César a su amada, admirado de tanta grandeza—. Alejandría, la moderna sede del Egipto inmortal, debe seguir siendo, bajo tu mandato, la capital del mundo...

—Juntos lo lograremos —respondía ella, apoyando su cabeza seductora sobre el hombro de él—. El hado nos enviará en breve plazo y como confirmación de tan venturosos pronósticos, a un hijo. Será nuestro sucesor en el trono de Egipto...

—¡Un hijo! —exclamó César en el colmo de su felicidad—. ¡Bendita seas! ¡Gracias a los dioses protectores!

—Tendrá por nombre Cesarión... —añadió ella, con voz débil y enternecida.

Transcurridas siete lunas de aquel dichoso viaje fluvial, nació el hijo deseado.

El regio hogar rebosaba de alegría y de esperanza. Sin embargo, cargadas nubes densas entenebrecían aquellos íntimos ámbitos de luz: eran las cada día más apremiantes misivas de Roma, requiriendo allí la presencia de César. Fermentaba la revuelta que amenazaba el poder...

Embarcó en la gran nave de comando con parte de su flota y partió rumbo a la Ciudad Eterna para cumplir su apremiante deber, con el corazón lacerado y la mirada vuelta hacia la dulce Alejandría.

Transcurrió tiempo... y César no volvía.

Por fin, un mensajero recién llegado de Roma pidió audiencia a la Faraona de Egipto, quien depositó en sus manos una misiva personal de César que decía:

"Graves acontecimientos me retendrán en Roma por tiempo indefinido. Te necesito. No puedo vivir sin ti. Ven."

Ella fue, acompañada de su hijito Cesarión, de su hermano menor y de un nutrido séquito de damas de la corte y doncellas a su servicio.

César, ciego de amor, instaló a su amada y a su hijo con todo boato en una preciosa villa que poseía a orillas del Tíber. Y el idilio prosiguió, con el consiguiente escándalo de familiares, patricios y especialmente, de su esposa Calpurnia.

Contrariado y enfurecido, llegó al extremo de imponer su absoluta autoridad desafiando los más preclaros consejos de familiares y amigos, desoyendo a los partidos políticos que pedían el restablecimiento de la moral en sus gobernantes y dirigentes y exigiendo un gobierno democrático. Pero César, erigiéndose en autoridad absoluta, impuso por toda respuesta su férreo mandato sobre el pueblo, acallando por la fuerza las opiniones sobresalientes. Atenazó con amenazas al brazo militar y se dispuso a cercenar las atribuciones del senado.

Por fin llegó lo inevitable. La creciente y sorda protesta, fraguó la trágica conspiración. Al pie del monumento a Pompeyo que presidía la gran sala del Senado, César fue derribado a puñaladas. La última se la hundió en el corazón, para rematarle, su propio hijo natural, Bruto.

La consternación que siguió al asesinato, abrió un trágico lapso de silencio en Roma.

Cleopatra aprovechó aquellos momentos de confusión y de pasmo para huir. No tenía de momento nada que temer en su país. Había hecho desaparecer a su hermano menor; Arsinoé, su única hermana, se hallaba a buen recaudo, prisionera en el Templo de Artemisa, en Efeso. En Alejandría, gobernaban en su nombre, durante su ausencia, los fieles

ministros de la corona y sus secuaces. El trono faraónico, estaba asegurado.

Después de la muerte de César, las aguas revueltas volvieron a su cauce. Nombraron, para regir los destinos de Roma, un triunvirato compuesto por Marco Antonio, brazo militar adicto a César; Octavio, su ahijado, y Lépido, su fiel partidario.

De todos ellos, Marco Antonio era el más generoso e intrépido aunque el menos político. Por ello se le confió el mando militar, correspondiéndole ante todo la pacificación y la organización de los soliviantados países asiáticos sometidos a la férula romana.

Con tal fin, partió al frente de sus aguerridas tropas y su armada de combate con rumbo a Siria, el próximo oriente.

Al arribar a Tarso, en Cilicia, mandó un emisario a Cleopatra con la orden de que la Reina de Egipto se pusiera bajo sus órdenes y se presentara ante él.

Ella se hallaba a la sazón en la plenitud de sus facultades, de su belleza y de sus femeninos encantos. Su talento y su astucia habían madurado a razón de los acontecimientos y de las experiencias. Su carácter se había fortalecido y afirmado a la par de su personal poder de seducción. Su natural imperio y su orgullo, la hacían a menudo irresistible.

Reflexionó. No era posible eludir la orden. Y fue. Mas antes, maduró lenta y detenidamente su nuevo ardid y su plan de triunfo.

Mandó engalanar sus naves con lujo sin igual. Dotó la suya regia con un derroche de riquezas y con todos los refinamientos, y se hizo anunciar en Tarso, infiltrando, allí previamente, a gente de su confianza, como la encarnación de Venus, la diosa del amor, surgida de las marinas ondas.

Corrió la voz y todos, ciudadanos, plebeyos y soldados, fueron a la playa al divisar las fantásticas naves que se aproximaban.

Fuegos de artificio las rodeaban cuando la dorada proa de la nave regia de áurea popa y remos de plata, con sus

ricos velámenes de púrpura tendidos, enfilaron la curva de la playa.

Bajo un dosel de oro y pedrerías, sostenido por las más encantadoras doncellas egipcias, descendió de la nave Cleopatra, lenta y majestuosamente, ataviada como un ídolo con todos sus ornamentos de ceremonial, refulgente como una divinidad.

Envuelta en vahos perfumados, rodeada de corros danzantes de faunos y de ninfas, seguida de músicos y cantores, avanzó entre aplausos y estruendosos vítores. Pisando alfombras, se dirigió hacia Marco Antonio que la esperaba sentado, solo en su sitial, entre sorprendido y humillado.

Cuando Cleopatra se irguió ante él con su plena majestad soberana, hubo unos instantes de tensa espectación. Por fin, el orgulloso triunviro, extrañamente fascinado, se levantó, fue hacia ella, y se humilló ante la Faraona. La astuta mujer acababa de ganar, sobre el águila romana, la segunda batalla.

Quedó Marco Antonio prendado de su hermosura desde que la vio y ya no tuvo más afán que, en cualquier forma, conseguirla. De vencedor, se había declarado vencido.

En la misma nave de Cleopatra embarcaron juntos, y en ella hubo de encontrar Marco Antonio todas las satisfacciones y todos los deleites que anhelaba su naturaleza sensual y pródiga.

Su viaje hacia Alejandría sobre el mar en calma de un intenso azul, bordeando las orillas y las sirtes doradas del Delta del Nilo, fue un inefable idilio de amor. La Reina de Egipto había logrado, en aquellos días, captar por entero la voluntad del impetuoso general romano, torciendo sus propósitos primeros, adueñándose de su corazón.

Entonces, en momentos de lucidez, pensó ella en la oportunidad que la sumisión de Marco Antonio le ofrecía para realizar al fin uno de sus más acariciados planes, hasta entonces frustrado y del que esperaba obtener gloria, prestigio y autoridad espiritual en todo el mundo conocido: la recons-

trucción de la incendiada Biblioteca de Alejandría, que tanta fama allegara a sus regios antecesores.

Pidió a Marco Antonio, en prenda de su gran amor, la Biblioteca de Pérgamo perteneciente a la sazón al rey Atalo, dueño de ese país del Asia Menor. Los más valiosos de sus tratados de sabiduría eran copias de los textos originales de la desaparecida Biblioteca alejandrina, algunos de ellos copiados, como joyas inapreciables, en pergamino.

Por fin, logró obtener del apasionado general romano, mediante despojo, los 200,000 codiciados volúmenes de que constaba la mentada Biblioteca. Trasladada tan inapreciable riqueza intelectual a Alejandría y para preservarla de nuevas y posibles destrucciones, profanaciones e incendios, mandó Cleopatra construir el nuevo Edificio-Biblioteca en la parte alta del barrio de Rakotis, como dependencia del Templo del dios greco-egipcio Serapis, por lo que fue denominado el docto edificio Biblioteca del Serapeon Alejandrino.

Se aposentaron fastuosamente en el real Palacio. Desde su llegada y en honor del triunviro, se suscedieron allí los banquetes, las orgías, las lascivas danzas egipcias. Todos los placeres y los vicios se juntaron en aquellas regias estancias, sometiendo cada vez más la débil voluntad del romano.

Poco a poco, los excesos de la bebida y los prodigados goces sensuales, menguaron las capacidades y torcieron los fines del gran estratega, afeminaron sus costumbres, ablandaron sus músculos y nublaron su cerebro.

Las campañas militares a que se viera obligado para justificarse ante los otros dos máximos gobernantes y ante el senado y el pueblo romano, redundaron en estrepitosas derrotas y considerables pérdidas.

En tanto, Cleopatra daba a Egipto, en prueba de amor al nuevo general, tres hijos.

Al fin, sonó para Roma la hora de las decisiones heroicas.

Octavio zarpó de un puerto de Italia al frente de sus aguerirdas legiones, para ir al encuentro de Marco Antonio y presentarle batalla en caso de resistirse a las órdenes recibidas y derrotarle a cualquier precio.

Así ocurrió. Al presentar batalla estimulado por Cleopatra, Marco Antonio fue derrotado en la gran contienda naval de Accio. Fue la más deshonrosa y decisiva de las derrotas.

Al tomar Octavio el mando de los ejércitos del que fuera su colaborador y triunviro, el ahijado de César se dirigió al frente de sus vencedoras tropas a Egipto con el propósito de imponer por fin allí la férrea ley romana.

Antes de abandonar la escuadra, declaró Octavio la guerra a Cleopatra, su Reina.

Entonces desembarcó con sus soldados, aprestándose a la lucha. Pero Marco Antonio, confuso y derrotado, no quiso combatir.

Aterrada Cleopatra, viéndose perdida, se encerró en el interior de su propia, suntuosa tumba. Al tener noticia de ello, Marco Antonio se dirigió hacia allí, y creído de que su amada había dado fin a su vida, se atravesó el vientre con su espada. Moribundo fue trasladado al túmulo de la propia Cleopatra.

Conocedor Octavio de la verdad, mandó cercar la tumba de la Reina con ánimo de apresarla con vida. Mas ella determinó poner a su fin un epitafio digno de su temple y de su dignidad soberana. La última Faraona de Egipto prefirió la muerte a la humillación de verse arrastrada por las calles de Roma como trofeo del triunfo de Octavio sobre Marco Antonio y Cleopatra.

Tomó con mano segura una de las víboras que a tal fin tenía apresadas y la prendió como un trágico collar en su garganta...

El áspid le proporcionó el último don que exigiera su imperiosa voluntad, su ejecutoria y mandato sobre su destino.

*
* *

Cuando Octavio logró forzar la suntuosa, fúnebre morada de la gran Faraona egipcia, no encontró más que tres cadáveres: el de Cleopatra, bellísima, ornada con todas sus joyas, atavío y distintivos de Faraona y el de sus dos más adictas doncellas Eira y Carmión que voluntariamente la habían seguido al más allá.

Con la muerte de la última Reina del Sol, se cerraba la postrera etapa de la gran civilización milenaria que floreció en el país del Nilo y que tantas glorias aportó a la historia de la humanidad.

ÍNDICE

		Pág.
Prólogo		7
I.	Isis y la Esfinge	23
II.	Neit-Hetep y las Dinastías de Reyes Divinos	47
III.	Hetep-Heres y Toth Hermes, "Tres veces grande"	69
IV.	Mertitefs y la Gran Pirámide	85
V.	Nofert. La Escuela de Sabiduría y la Iniciación Solar	103
VI.	Dos Nitocris. La Sacerdotiza Enamorada y la Faraona Vengativa	133
VII.	Hatshepsut, la Gran Faraona Barbada, "Horus Femenino"	155
IIIV.	Nefertiti, la Hermosa y el Cisma de Aten	189
IX.	Thermutis, Princesa-Sacerdotisa de Isis y Osiris, y la Misión de Moisés	231
X.	Cleopatra, la última Reina del Sol	265

C O N O Z C A

en estos trascendentales momentos de Traspaso Cíclico que vivimos, las Claves astrológico-astronómicas de la Historia. Asimile en su conciencia, a través de las ambientadas Biografías de los personajes que constituyen sus más destacados hitos humanos, el viviente, auténtico significado histórico de los ciclos y la evolución de los pueblos y de las razas. Haga suyo el experimento leyendo estos Libros. No podemos morir a la Era que termina sin asimilar las enseñanzas del pasado, renaciendo a la Era Nueva. Los astros nos guían y alumbran . . .

L E A y D I V U L G U E

EL HORÓSCOPO DEL MUNDO (La Clave Astral de la Historia y la Era de Acuario que comienza).

ASURAMAYA, EL GRAN ASTRÓLOGO ATLANTE (Con el hundimiento y tragedia del Continente de la Atlántida).

FARAONAS Y SACERDOTISAS DEL ANTIGUO MATRIARCADO EGIPCIO (A partir de su fundación por los grandes Reyes Divinos).

MOISÉS (Su adopción, sus estudios e iniciación en Heliópolis - Mentor del pueblo de Israel - Avatar del mundo occidental).

ORFEO Y LA CÍCLICA EXPEDICIÓN DE LOS ARGONAUTAS (Orígenes de Grecia y de la Civilización Occidental).

Obras ceñidas al importantísimo tema de la Astrología, vivientes relatos ambientados en cada lugar, estudiados y profundizados y especialmente escritos por:

JOSEFINA MAYNADÉ

B. COSTA-AMIC, EDITOR
Mesones, 14 — México, D. F.

TALLERES DE B. COSTA-AMIC, EDITOR
Terminóse el 30 de mayo de 1967
Edición de 3,000 ejemplares

ALGUNOS "BEST SELLERS" PUBLICADOS POR NUESTRA FIRMA EDITORIAL

PICARDIA MEXICANA, A. Jiménez (28 ediciones)

CRONICA DE LA REVOLUCION MEXICANA (13 ediciones), Roberto Blanco Moheno

RENUNCIA AL COMUNISMO (5 ediciones), Carlos Manuel Pellecer

HISTORIA DE LA REVOLUCION MEXICANA (8 ediciones), José Mancisidor

EL MEXICANO ENANO (3 ediciones), Oscar Monroy Rivera

MEMORIAS DE LA BANDIDA (3 ediciones), Eduardo Muñuzuri.

MEXICO BARBARO (2 ediciones), John Kenneth Turner

MISION SECRETA EN EL VATICANO (3 ediciones), José Natividad Rosales

TRAS LAS REJAS DEL VATICANO (2 ediciones), José Natividad Rosales

JUAREZ ANTE DIOS Y ANTE LOS HOMBRES (5 ediciones), Roberto Blanco Moheno

LAS HORAS VIOLENTAS (5 ediciones), Luis Spota

MAS CORNADAS DA EL HAMBRE (5 ediciones), Luis Spota

CRONICA DE UN PAIS BARBARO (2 ediciones), Fernando Jordán

UTILES DESPUES DE MUERTOS (2 ediciones, 17,000 ejemplares), Carlos Manuel Pellecer

---

B. COSTA-AMIC, EDITOR
Mesones, 14 México, D. F.